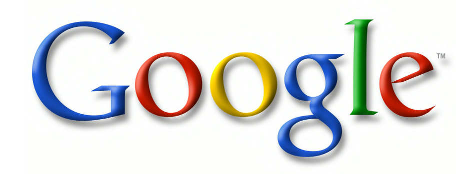





LELAND · STANFORD · JVNIOR · VNIVERSITY



OBRAS

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS

IV

OBRAS

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS

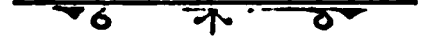
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

CON UN PRÓLOGO DE

D. Alejandro Pidal y Mon.

TOMO IV

DEL DICHO AL HECHO.—MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA.
UN DRAMA NUEVO.— NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.
LOS HOMBRES DE BIEN.



MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Impresores de la Real Casa
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20
1900

DEL DICHO AL HECHO....

PROVERBIO EN TRES ACTOS TOMADO DEL FRANCÉS

REPARTO

en el estreno de la obra, representada en el teatro del Circo el 24 de Diciembre de 1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
LEANDRO..................	Don Manuel Ossorio.
TOMÁS....................	» Joaquín Arjona.
GABRIELA.................	Doña Teodora Lamadrid.
DON ESTEBAN DE AGUILAR...	Don Juan López Benetti.
DON VICENTE..............	» José Miguel.

La acción en Madrid, época actual.

La comedia francesa de que es imitación la presente titúlase *La pierre de touche*, y se estrenó en París el 23 de Diciembre de 1853.

ACTO PRIMERO.

Habitación de un sotabanco. Las paredes blanqueadas. Una ventana á la derecha. Puertas laterales y en el foro. Sofá y sillas de paja.

ESCENA PRIMERA.

LEANDRO y TOMÁS.

Aquél echado en el sofá, leyendo un libro; éste sale por la puerta del foro con blusa azul y gorra.

TOMÁS.

¡Perezoso! Dos horas ha que te dejé en la misma postura.

LEANDRO.

Estoy leyendo.

TOMÁS.

Alguno de esos librotes de extranjis donde aprendes tanta divina tontería.

LEANDRO.

¿Qué sabes tú?

TOMÁS.

¿Yo qué he de saber, si tú te lo sabes todo?

LEANDRO.

¿Has preguntado?

TOMÁS.

Sí.

LEANDRO.

¿Cómo está?

TOMÁS.

Ya no le duele nada.

LEANDRO.

¿Se ha muerto?

TOMÁS.

Hasta las uñas.

LEANDRO.

¡Pobre viejo!

TOMÁS.

Linda ocurrencia andar solo un hombre de su edad por calles extraviadas después de media noche.

LEANDRO.

Volvía del teatro. Según informes, era un viejecito muy listo, que aún bullía por todas partes como un muchacho.

TOMÁS.

Á los setenta y nueve años no se resiste una medrana como la que el infeliz debió pasar. ¡Verse entre dos ladrones armados de cuchillos, y enfurecidos por no hallar su bolsa tan repleta como esperaban! Y acaso hubieran hecho con él una barbaridad, á no pasar tú por allí y correr en su ayuda.

LEANDRO.

¿Y qué se ha logrado con eso? No murió de una puñalada, pero ha muerto del susto.

TOMÁS.

Siquiera ha tenido tiempo de pensarlo; y de todas maneras, tú hiciste lo que debías. ¡Buena acción, Leandro, buena acción!

LEANDRO.

Ya me lo has dicho sobre unas quinientas veces.

TOMÁS.

Te lo diré quinientas mil.

LEANDRO.

Cualquiera otro hiciera lo mismo que yo.

TOMÁS.

Ó no, que está más abajo.

LEANDRO.

Además, el riesgo me atrae. Voy cansándome de vivir.

TOMÁS.

¿Empezamos ya con las lamentaciones?

LEANDRO.

Pues ¿cómo no he de lamentarme? ¡Sin oficio ni beneficio á los veintisiete años de edad! ¡Viviendo hace tres á tus expensas mi prima y yo!

TOMÁS.

La canción de todos los días. Cantaré yo también.

Tararea una canción popular.

LEANDRO.

¡Y no hay recursos! ¡No hay esperanza! Todas las puertas se cierran para el pobre.

TOMÁS.

Eso no es verdad. Una vez te ofrecieron un portal para que te metieses á memorialista.

LEANDRO.

¡Yo memorialista! ¡Yo en un portal!

TOMÁS.

Otra vez te quisieron hacer ayuda de cámara de un grande, y tampoco eso te pareció bien.

LEANDRO.

¡Ayuda de cámara! ¡Qué vergüenza!

TOMÁS.

En ganarse el pan honradamente no hay vergüenza

ninguna. ¡Ojalá hubieras sido zapatero como tu padre, que otro gallo te cantaría! Pero te empeñaste en ser leído y escribido, y está visto que la sabiduría no da de comer. Ya te prediqué yo bastante cuando murió D. Diego. ¡Que si quieres! Traspasaste la tienda; hiciste versos en lugar de hacer zapatos, y ¿qué sucedió? Que al poco tiempo no te quedaba ya una peseta, y un día te encontraste en mitad del arroyo con la huerfanita que tu padre te había encomendado al morir.

LEANDRO.

Tomás, no nacieron los hombres como yo para pasarse la vida cortando cuero detrás de un mostrador; hay vocaciones irresistibles; sentía arder en mi mente la llama del genio.....

TOMÁS.

No digo lo contrario: sé que tienes mucho de aquí. (Dándose con la mano en la frente.) Sólo que los hombres de talento ¡hacen unas tonterías!..... Yo, que no tengo ninguno, á Dios gracias, seguí contento el oficio con que vi que mi padre mantenía su casa, y hoy, aunque me esté mal el decirlo, no hay en todo Madrid oficial de ebanista que me eche la pata. Verdad que esto á ti y á tu prima os lo debo. Tenía yo bastante de flojo y tumbón cuando me hallaba solo como un hongo; pero desde que os traje á mi lado, desde que me vi hecho un padre de familia—vamos al decir—¡sentí un afán de ser algo en el mundo! Trabajar para uno solo, cansa y aburre. Trabajar para personas queridas, ya es otra cosa.

LEANDRO.

Sí, por nosotros te sacrificas; por nosotros, que hemos venido á empobrecer más y más á un pobre.

TOMÁS.

¿Yo pobre? ¡Me gusta! ¡Pobre con veinte reales de jornal!

LEANDRO.

Si no hallo pronto una ocupación decorosa me pego un tiro, como esa luz.

TOMÁS.

Pues, alma de cántaro, ¿lo pasarías mejor en el infierno? Aunque no fuese más que por no afligirme, no deberías decir esas tontunas. Te doy lo que tengo. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué te falta? ¿Qué quieres?

LEANDRO.

Tomás, quiero subir.

TOMÁS.

Ciento veintisiete escalones subes todos los días dos ó tres veces, y ¿aun te parece poco?

LEANDRO.

Tú en cambio nada ambicionas. ¡Qué calma la tuya!

TOMÁS.

Con paciencia se gana el cielo.

LEANDRO.

Feliz tú que posees la virtud del pollino.

TOMÁS.

Más vale ser asno que tigre; y se me figura á mí que no es pobreza tener poco, sino desear lo que no se tiene.

LEANDRO.

Las echas de filósofo, ¿eh? (Con sonrisa burlona.) ¿Si con el tiempo serás tú otro Séneca?

TOMÁS.

No me pongas motes, que no me gustan. Por carecer de sabiduría, no carece uno de sentido común.

LEANDRO.

Vamos, señor filósofo, que si ahora llamase un caudal á sus puertas, no dejaría usted de abrírselas.

TOMÁS.

Se las abriría de par en par.

LEANDRO.

Y serías más dichoso.

TOMÁS.

¿Qué sé yo? En la cara del pobre veo, por regla general, más alegría que en la del rico.

LEANDRO.

Cada cual goza á su manera.

TOMÁS.

Soy un pobre regularcillo; podría muy bien ser un rico detestable. Diz que con el dinero todo se alcanza, y me dan á mí á veces unos caprichos tan bestiales..... Figúrate que un día se me pusiese entre ceja y ceja beber perlas disueltas en vino, como esa reina á quien has compuesto una..... ¿qué? ¡Ah, ya! ¡Una oda!

LEANDRO.

¿Y por qué no se te había de ocurrir emplear tu dinero en hacer bien á tus semejantes?

TOMÁS.

Quizá me diese por ahí, pero no es seguro.

LEANDRO.

Unicamente los ricos pueden tener esa noble satisfacción.

TOMÁS.

¡Bah! Tanto bien hace el que de tres da uno, como el que de nueve da tres. Sube á las guardillas, entra en las gazaperas de las casas de vecindad, y verás cómo personas que no cuentan con espacio bastante

para poder moverse, ni con el sustento preciso para poder vivir, reparten magníficamente su pobreza con otros aún más necesitados. Créelo, chico: el que tiene caridad, siempre tiene algo que dar.

LEANDRO.

Es cierto; con tales sacrificios se honran los pobres, esos infelices desheredados por la injusticia humana de todos los bienes de la tierra. En los pobres hay virtud; en los ricos, tan sólo egoísmo y vanidad.

TOMÁS.

No digas despropósitos. Ricos y pobres todos somos hijos de Adán. Señores conozco yo que han secado más lágrimas que agua trae el Lozoya. ¿Y sabes lo que se me ocurre?

LEANDRO.

¿Qué?

TOMÁS.

Que eres algo envidioso del bien ajeno.

LEANDRO.

Y ¿puedes tú ver con paciencia que unos tengan tanto y otros tan poco? ¿No da rabia que bribones y sandios naden en la opulencia, y que hombres de honradez como tú y de talento como yo carezcan hasta de lo más preciso? ¡Ay, Tomás, este mundo está muy mal arreglado!

TOMÁS.

Tú lo arreglarías mejor.

LEANDRO.

Si yo pudiera, con el ejemplo haría ver á los ricos que, poseyendo aún más de lo necesario, raya en locura estar siempre deseando más; que el tener dinero no da derecho para tener vanidad y mal corazón; que

es deber suyo amparar á los pobres y respetar á los humildes. ¡Oh, si yo fuese rico!.....

TOMÁS.

Sabe Dios lo que harías. Del dicho al hecho hay mucho trecho, y creo yo que para llegar á saber usar bien de las riquezas se necesita aprendizaje; creo que es bobada declamar tanto contra los ricos, y que, en su lugar, muchos de nosotros lo haríamos tan mal como algunos de ellos, y quizá peor.

LEANDRO.

No deseo sino que se me ponga á la prueba. Óyese dentro la voz de un chico gritando: *La Correspondencia*, *La Correspondencia*.)

GABRIELA.

¡Chico! ¡Chico! Aquí..... En el sotabanco..... Espera.

Dentro.

LEANDRO.

¿Qué es eso?

A Tomás, que se habrá asomado á la ventana.

TOMÁS.

Gabriela, que llama desde la ventana á un chico que pasa vendiendo *La Correspondencia*. Como á ti te gusta leer ese papel.....

LEANDRO.

Sí; da tantas noticias.....

TOMÁS.

¿Verdad, Leandro, que Gabriela es ya una mujer hecha y derecha?

LEANDRO.

Como que el mes que viene cumplirá diecinueve años.

TOMÁS.

La pobre no está bien viviendo con dos solteros. (Cortado y con segunda intención.) ¿No te parece que sería bueno casarla?

LEANDRO.

Con ansiedad.

¿Sabes que tenga novio?

TOMÁS.

Con mucho interés.

No..... Y tú, ¿sabes algo?

LEANDRO.

Yo, nada.

TOMÁS.

Entonces.....

Sin atreverse á explicarse.

LEANDRO.

Entonces, ya ves que no puede casarse.

TOMÁS.

Leandro..... ¿Has querido tú alguna vez?

LEANDRO.

Amo ahora, y también por este motivo detesto mi pobreza.

TOMÁS.

¡Qué cosa tan particular! También yo estoy enamorado.....

LEANDRO.

¿Sí, eh?

Sonriéndose.

TOMÁS.

Aunque uno sea algo cerrado de mollera....., el corazón á veces.....

LEANDRO.

¿Y quién es el dulce objeto de tu amor?

TOMÁS.

Gabriela viene. (Viendo entrar á Gabriela por la puerta del foro.) Calla.

ESCENA II.

DICHOS y GABRIELA.

GABRIELA.

Te he comprado *La Correspondencia.* Tómala. (Dando *La Correspondencia* á Leandro, el cual se recuesta en el sofá y lee el periódico.)

LEANDRO.

Gracias, primita.

TOMÁS.

Venga usted acá, señora, que tengo que reñirle muy formalmente.

Llevándosela á un extremo del escenario.

GABRIELA.

¿De veritas?

TOMÁS.

¡Y tan de veritas! ¿Por qué estás pálida y ojerosa?

GABRIELA.

¡Toma! ¿Qué sé yo?

TOMÁS.

Pues yo sí lo sé. Porque te has pasado la noche cosiendo y bordando para las tiendas.

GABRIELA.

¡Ay, qué mentira!

TOMÁS.

¡Ay, qué verdad! Lo he averiguado casualmente. Ya decía yo: ¿cómo diablos hace cundir tanto mi jor-

nal esa muchacha? ¡Ah picaronaza, y qué bien nos ha engañado usted!

GABRIELA.

Egoistón, ¿quieres ser tú solo el que gane para los tres?

TOMÁS.

No es razón que, después de estar todo el día de Dios trajinando en la casa, te pases las noches en vela, á pique de perder la salud.

GABRIELA.

¡Qué salud ni qué niño muerto! Yo haré lo que me acomode.

TOMÁS.

¿Sí? ¡Leandro!

Llamándole.

LEANDRO.

¿Qué?

Respondiendo sin apartar la vista del periódico.

GABRIELA.

No, no por Dios; no se lo digas.

LEANDRO.

¿Qué?

TOMÁS.

Nada ya.

Leandro se acomoda mejor en el sofá y sigue leyendo.

GABRIELA.

¡Cuidado que tienes unas cosas!.....

TOMÁS.

¡Si supiera que te estás sacrificando por él!..... Un hombre puede vivir sin bochorno á costa de un amigo, pero á costa de una mujer.....

LEANDRO.

Mira lo que yo te decía. (Levantándose y acercándose á Tomás

y Gabriela con el periódico en la mano.) Mira si no es natural que uno se desespere.

TOMÁS.

Pues, ¿qué dice ahí?

LEANDRO.

Escucha: «Hoy á las nueve de la mañana ha fallecido el señor don Juan de Villarroel, á consecuencia del susto que recibió anteanoche cuando unos ladrones quisieron matarle. No tenía parientes cercanos, y aún se ignora quién será su heredero. Deja un caudal de cerca de dieciséis millones.» ¡Dieciséis millones!

GABRIELA.

¡Pobre señor! ¡De qué poco le ha servido el dinero!

TOMÁS.

Se ha muerto lo mismo que si no hubiera tenido un ochavo.

LEANDRO.

¡Dieciséis millones!

TOMÁS.

¿Apuestas á que el viejo te ha dejado alguna manda en su testamento?

LEANDRO.

¡Ca! Los ricos piensan que todo se lo merecen. Y si me hubiera dejado alguna limosna, yo no la aceptaría.

TOMÁS.

¿Que no?

LEANDRO.

No.

GABRIELA.

¿Y por qué?

LEANDRO.

Porque el servicio que le presté no se paga con una

limosna: porque yo no estoy en el caso de recibir unos cuantos duros.

TOMÁS.

Pues maldecido de cocer, ¿á quién pueden venirle mejor unos cuantos duros que á quien no tiene un solo maravedí?

LEANDRO.

Bien sé que no tengo nada, Tomás; bien sé que estoy viviendo á tus expensas,

TOMÁS.

¡Caramba, no seas mal pensado!

LEANDRO.

Ojalá que pueda librarte pronto de una carga que con razón se te va haciendo molesta.

TOMÁS.

¿Ves, Gabriela; ves qué cosas me dice? ¡Anda, que tienes mal corazón!

GABRIELA.

¡Válgame Dios, Leandro! Algunos días estás insufrible. Á Tomás se le han saltado las lágrimas.

LEANDRO.

No sé lo que me digo. Perdóname.

TOMÁS.

Con una condición. Has de creer á pie juntillas que lo mío es tuyo.

LEANDRO.

Con una condición. Has de creer que cuanto yo pueda poseer en lo sucesivo, es tuyo también.

TOMÁS.

Trato hecho; y para poner á prueba tu buena fe, empiezo por decirte que tengo ahorrados cincuenta y siete reales y que sé que á ti te hacen falta.

LEANDRO.

¿Á mí? Te equivocas.

TOMÁS.

Al primer tapón, zurrapas.

LEANDRO.

Te aseguro que no necesito ese dinero.

TOMÁS.

¿No ha estado aquí esta mañana tu amigo Pablo Ortiz á ver si podías socorrerle?

LEANDRO.

Ah, sí; es cierto.

GABRIELA.

¡Pobre muchacho! ¡Cuánta lástima da!

TOMÁS.

La madre, anciana é impedida; el hijo, tísico; con hambre los dos..... Pues teniendo tú cincuenta y siete reales, ¿has de negar un socorro á esos infelices?

LEANDRO.

Bien; si tú lo dispones.....

GABRIELA.

¡Qué bueno eres, y cuánto te queremos Leandro y yo!

TOMÁS.

(Me cree bueno....., dice que me quiere.....) (Abre el cajón de una mesa y saca dinero.) Toma; llévaselos.

Dando el dinero á Leandro.

LEANDRO.

Le diré que se los llevo de tu parte.

TOMÁS.

¡Qué desatino! Tú eres su amigo y un señor como él. Dándoselos tú, los recibirá con menos empacho que si yo se los diera. Ya sabes que los pobres tenemos el feo vicio de ser orgullosos.

Con intención.

GABRIELA.

A Leandro.

Haz lo que te dice.

LEANDRO.

Corriente. Voy allá.

Quítase el gaban y pónese una levita bastante raída que habrá en una silla: se mira á un espejo, se arregla la corbata, se ahueca el pelo y se pone el sombrero.

GABRIELA.

A Tomás.

¿Oyes?

TOMÁS.

Sí; el señor *Leal*, que quiere pasar adelante, y araña la puerta para que se le abra.

GABRIELA.

Tendrá apetito. Esta mañana se fué sin probar bocado.

TOMÁS.

Es un calaverón de marca mayor. Ahora estaba en la calle rodeado de una caterva de camaradas de todos tamaños. Vínose á mí loco de alegría, y poniéndome las patas en el pecho me dijo: *guau*, *guau*, *guau*, con lo cual quería dar á entender: «Que sea usted bien venido, señor amo.» Y luego, para echarla de guapo á mis ojos, fué á caer, botando como si fuera de goma elástica, encima del apiñado corro de sus amigos, que salieron pitando y poniendo el grito en el cielo. Cuando se vió solo volvió la cara con mucho sosiego hacia donde me había dejado, y me hizo un guiño, como diciendo: «Ya ve usted que aquí soy yo quien cobra el barato.»

GABRIELA.

Voy á abrirle, que se impacienta.

TOMÁS.

Dime, Gabriela; ¿estás contenta de mí?

GABRIELA.

No hay un mozo mejor que tú debajo de la capa del cielo.

Vase por la puerta del foro.

ESCENA III.

TOMÁS y LEANDRO.

TOMÁS.

(Vamos; es cosa averiguada: esta chica me corresponde.) ¡Eh, tú! ¿Vas á estarte acicalando hasta el día del juicio? Más veces te pones y te quitas la levosa al cabo del día.....

LEANDRO.

¿He de salir á la calle hecho un puerco?

TOMÁS.

Pues vivo, que te esperan con hambre.

LEANDRO.

Ya me voy. Hasta luego.

TOMÁS.

Ah, oye..... Me has dicho que estás enamorado.

LEANDRO.

Sí; como tú.

TOMÁS.

Pues sepamos de quién.

LEANDRO.

No es razón que tengamos secretos el uno para el otro.

TOMÁS.

¡No faltaba más!

LEANDRO.

¿A quién quieres tú?

TOMÁS.

¿Yo?..... Habla tú primero.

LEANDRO.

No; primero tú.

TOMÁS.

No; tú.

LEANDRO.

Así no acabaremos nunca. Yo quiero á mi prima.

TOMÁS.

¡Eh! ¿Á quién? ¿Á Gabriela?

LEANDRO.

¿Por qué te sorprende?

TOMÁS.

¿Qué sé yo? Como es tu prima.

LEANDRO.

¿Y qué?

TOMÁS.

Justo: ¿y qué?

LEANDRO.

¿No te parece Gabriela digna de ser amada?

TOMÁS.

Sí.....; ¡lo que es eso!.....

LEANDRO.

Pues entonces, ¿qué tiene de particular que me haya enamorado de ella?

TOMÁS.

No....., la verdad es que no tiene nada de particular.

LEANDRO.

Y tú, ¿á quién quieres?

TOMÁS.

Yo....., ¿qué sé yo?

LEANDRO.

¿Que no lo sabes?..... ¿Me obligas á confiarte mi secreto, y ahora te niegas á descubrirme el tuyo? No lo consentiré: habla.

TOMÁS.

(¡Qué apuro!)

LEANDRO.

¿Quién merece tu amor?

TOMÁS.

¿Quién?..... Pues....., sí; la chica del portero.

LEANDRO.

¡La chica del portero! Pero, hombre, ¡si es jorobada!

TOMÁS.

Ah..... Sí....., cierto: es jorobada. Quizá sea la joroba lo que á mí me ha hecho tilín.

LEANDRO.

¿Hablas con formalidad?

TOMÁS.

Sí.

LEANDRO.

Pues con formalidad te digo que tienes un gusto.....

TOMÁS.

De mil demonios.

LEANDRO.

Es preciso que se te quite eso de la cabeza. Dicen que una mujer es carga pesada; figúrate lo que será una mujer con joroba.

TOMÁS.

Anda; no te detengas más.

LEANDRO.

Adiós.

TOMÁS.

¿Le has declarado ya tu amor á Gabriela?

LEANDRO.

No..... Tú me ayudarás á declarárselo.

Vase por la puerta del foro:

ESCENA IV.

TOMÁS.

¡Yo!..... ¡Pues no estaría malo! Para todo necesita ayuda el señorito. ¡Es un perezoso....., un egoísta! Cree que todo se lo merece por su linda cara, y que él no debe nada á nadie..... ¿Qué es esto? Vamos á cuentas, señor Tomás. ¿Por qué se enfurece usted contra su amigo, notándole ahora defectos que en tres años no le había notado? ¿Y por qué quiere á su prima? ¿Y por qué no la ha de querer? ¿No la quiero yo? Vivir á su lado y no amarla, esto sí que no hubiera merecido perdón de Dios. Haberse enamorado de Gabriela, es quizá lo único bueno que ha hecho ese bolonio en toda su vida. ¡Y yo que había llegado á concebir esperanzas de casarme con ella!..... ¡Qué se le ha de hacer! Paciencia. Tengamos la virtud del pollino, como dice su señoría. Los casaré..... Trabajaré para ella y para él..... y para sus hijos..... Me vengaré haciéndolos felices; y yo también seré dichoso....., así....., de cierta manera....., pues..... hasta cierto punto....., eso es....., hasta que no pueda aguantar más, y reviente como un triquitrate. ¡Porvíchele!

¡Porvíchele! (Se sienta en el sofá, pone los brazos sobre el respaldo y reclina en ellos la cabeza.) Pero Leandro no le ha dicho aún esta boca es mía. ¿Quién sabe si le querrá Gabriela? ¿Quién sabe si me querrá á mí? Ca. Él gasta levita....., yo blusa ó chaqueta.....; él tiene humos de gran señor....., yo soy un pelele..... No hay que devanarse los sesos: Leandro será el preferido....., claró está. ¿Y por qué ha de estar claro? Su cabeza, sí señor, su cabeza vale más que la mía; pero mi cozazón—¿por qué no he de decirlo?,—mi corazón vale más que el suyo. ¡Ah! (Viendo salir á Gabriela por la puerta del foro.) Salgamos de dudas, y al vado ó á la puente.

ESCENA V.

TOMÁS y GABRIELA.

GABRIELA.

Ya se ha comido su merced una cazuela de sopas.

TOMÁS.

¿Quieres á tu primo, Gabriela?

GABRIELA.

¡Qué pregunta! ¿Pues no le he de querer, si es mi primo? Ni le quiero por esto sólo. Desde que se arrojó á salvar á ese anciano con riesgo de su vida, le quiero mil veces más que antes.

Con mucho calor.

TOMÁS.

(¡Que no hallase yo por ahí otro viejo!.....)

GABRIELA.

Además (Reprimiéndose.), ya sabes que su padre me recogió cuando quedé huérfana, y que después él me tuvo también á su lado.

TOMÁS.

No hizo más que cumplir una obligación.

GABRIELA.

¡Rara suerte la mía, Tomás! Siempre amenazada de quedarme sola en el mundo, y siempre hallando amparo y cariño en corazones generosos. Primero D. Diego, que en gloria esté; luego Leandro; luego tú. Tú sí que no tenías obligación ninguna de ampararme. Por eso á nadie debo tanta gratitud como á ti.

TOMÁS.

(Algo es algo. Y como el que da primero da dos veces..... ¡Pecho al agua! Declarándome primero que el otro.....)

GABRIELA.

¿En qué piensas?

TOMÁS.

Gabriela, has de saber..... (Guarda, Pablo. Las calabazas me gustan poco. Hagamos antes una prueba.) Gabriela.

GABRIELA.

¿Qué?

TOMÁS.

Leandro tiene un disgusto.

GABRIELA.

¡Un disgusto! ¿Cuál?

TOMÁS.

Está enamorado.

GABRIELA.

¿Enamorado? ¡Él! ¿De veras?

Con ansiedad.

TOMÁS.

(¡Malo!) De veras.

GABRIELA.

No puede ser. ¡Ca! Figuraciones tuyas.

TOMÁS.

Lo sé de buena tinta.

GABRIELA.

¿Por dónde lo sabes?

TOMÁS.

Él mismo me lo ha dicho.

GABRIELA.

¿Conque no hay duda? ¿Conque es verdad?

Con enojo.

TOMÁS.

(¡Malo, malo!) Verdad es, por desgracia.

GABRIELA.

¿Por desgracia dices? ¿No es digna de su cariño esa mujer? Entonces hay que abrirle los ojos, hay que impedir que haga un desatino.

TOMÁS.

(¡Malo, malo, malo!)

GABRIELA.

No faltaba más sino que una picarona..... Salvémosle del peligro que corre. Tú me ayudarás á desengañarle.

TOMÁS.

(Todo el mundo quiere que yo le ayude, y nadie quiere ayudarme á mí.)

GABRIELA.

Apostaría cualquier cosa á que ella no le ama.

TOMÁS.

Pues perderías. Le ama, le adora sin saberlo.

GABRIELA.

¿Sin saberlo?

TOMÁS.

Es una criatura angelical, que aún no se ha dado cuenta á sí misma de lo que pasa en su corazón. Cree que es amistad el amor que tiene á Leandro; pero sólo al pensar que ama á otra mujer siente celos....., se pone pálida....., sus ojos echan chispas....., se altera su voz....., su mano tiembla.....

Asiéndole una mano.

GABRIELA.

Muy turbada.

Tomás.....

TOMÁS.

Te digo que le quiere, le quiere mucho. (Óyese un campanillazo.) ¿No opinas tú lo mismo que yo?

GABRIELA.

Suéltame; están llamando.

Gabriela se va corriendo por la puerta del foro.

TOMÁS.

La pobre huye avergonzada al ver descubierto su cariño. ¿Qué rompería yo? ¡Yo quiero romper algo! Hay hombres que nacen de pie. ¡Yo nací en martes y lloviendo! Bueno que se quieran; bueno que se casen; pero esto de que se quieran en mis barbas; esto de que se casen en mis hocicos..... Si pudiera huir..... Ojos que no ven...... ¿Y cómo hago yo eso? ¿Cómo los abandono? No hay más: tendré que casarlos yo mismo. ¡Buen bromazo voy á correr! Sudando estoy. Se me arde la frente. Si me diera un tabardillo pintado, ¡qué bien me vendría!

ESCENA VI.

TOMÁS y LEANDRO.

LEANDRO.

¡Qué casa aquella, Tomás! Un chiribitil en que se da con la cabeza en el techo: un catre con un jergón para la madre; un jergón en el suelo para el hijo; una silla desvencijada para los dos; un fogón sin lumbre, ni ceniza siquiera, que da frío de sólo verlo. Allí recordaba con espanto que ese viejo que ha muerto hoy poseía dieciséis millones. ¡Qué monstruosa desigualdad!

Quítase la levita y pónese el gabán.

TOMÁS.

Perora, hijo, perora, y quítate la levita.

Con soflama.

LEANDRO.

No tengo más que ésta; si no la cuido.....

Óyese un fuerte campanillazo y ladridos de perro.

TOMÁS.

¡Caramba! Ese quiere entrar.

LEANDRO.

¿Quién podrá ser á estas horas?

TOMÁS.

Á *Leal* no le ha hecho gracia el campanillazo.

LEANDRO.

Siempre que oigo llamar á la puerta me entra un desasosiego.....

El perro ladra cada vez más fuerte.

ESCENA VII.

DICHOS y GABRIELA.

GABRIELA.

Saliendo muy turbada por la puerta del foro.

Leandro, Leandro

LEANDRO.

Con ansiedad.

¿Qué hay?

TOMÁS.

¿Quién es?

Notando la turbación de Gabriela y acercándose á ella.

GABRIELA.

Un lacayo que ha preguntado si estás en casa.

LEANDRO.

¡Un lacayo!

GABRIELA.

Su amo, que se había quedado en el coche, va á subir en seguida.

TOMÁS.

¡Calla! ¿Te visitan á ti señores de coche?

LEANDRO.

¿Un señor de coche buscarme á mí? ¿Qué me querrá?

GABRIELA.

¿Le abro?

LEANDRO.

Pues ¿qué has de hacer? Anda, y abre en seguida.

Vase Gabriela por la puerta del foro. Leandro se quita el gabán, que echa dentro de un cuarto, cuya puerta cierra; se pone la levita, arregla los muebles, se ahueca el pelo con la mano mirándose al espejo, se estira el chaleco, se mira el pantalón, tose y escupe, todo con mucha precipitación y azoramiento.

TOMÁS.

¿Otra te pego, Mateo?

LEANDRO.

¡Recibir aquí á un caballero que tiene coche!

TOMÁS.

Ya supondrá que aquí no vive el emperador de los cochinchinos.

El perro ladra desaforadamente.

LEANDRO.

Y á ese maldito animal, que nunca ladra, se le ocurre ahora alborotar así.

AGUILAR.

Dentro.

¡Chucho! ¡Chucho!

GABRIELA.

Dentro.

¡Leal! ¡Leal!

TOMÁS.

Asomándose á la puerta del foro.

No le deja pasar de la puerta.

LEANDRO.

(¡Qué bochorno!)

TOMÁS.

Riéndose.

¡Y el hombre tiene una cara de espanto!.....

LEANDRO.

Anda tú, ¡por los clavos de Cristo!

TOMÁS.

¡Largo de ahí, *Leal*, largo!

Yéndose por la puerta del foro. El perro deja de ladrar y empieza á gruñir.

LEANDRO.

¿Qué idea formará de mí ese caballero viéndome en esta casa?

ESCENA VIII.

LEANDRO, TOMÁS, AGUILAR y GABRIELA.

AGUILAR.

¡Pícaro bicho!..... ¡Cómo ladra! Beso á usted la mano.

LEANDRO.

Saludándole muy cortado.

Caballero.....

AGUILAR.

Creí que se me venía encima. ¡Qué fco es el condenado!

TOMÁS.

(¡Feo mi perro! Más feo es él y pasa.) Diré á usted: *Leal* es muy pacífico (Haciendo cortesías.); pero se conoce que usted le ha chocado. Como no tiene costumbre de recibir visitas tan majas.....

Leandro le hace señas para que calle.

LEANDRO.

(¡Qué necio!) Hágame usted el favor de sentarse.

AGUILAR.

A Leandro.

Gracias. Y usted, ¿no se sienta?

LEANDRO.

Sentándose á alguna distancia de Aguilar.

Sí.....; sí, señor.

AGUILAR.

Más cerca.....

LEANDRO.

Acercándose un poco.

Sí....., como usted guste.

AGUILAR.

¿Tengo la honra de hablar con el señor don Leandro Jiménez?

LEANDRO.

Servidor de usted.

AGUILAR.

Muy señor mío. Pues yo soy don Esteban de Aguilar, pariente, aunque lejano, del señor don Juan de Villarroel, á quien usted salvó anteanoche valerosamente de unos ladrones. Los hombres capaces de arriesgar su vida por la del prójimo merecen, cualquiera que sea su condición social, el aprecio y respeto de todo el mundo, y yo vengo á manifestarle á usted mi gratitud y á estrechar su mano.

LEANDRO.

Dándole la mano.

¡Tanta bondad!

TOMÁS.

Bajo á Gabriela.

(¡Me revienta este tío!)

GABRIELA.

Bajo á Tomás.

(Pues me parece muy bueno.)

AGUILAR.

¡Es usted un bienhechor de la humanidad! (¡Canalla!) ¡Un héroe!

LEANDRO.

¡Héroe yo! El favor que tuve la dicha de prestar al señor don Juan de Villarroel.....

AGUILAR.

Fué inmenso. Lo que él decía: «Por ese mozo he vivido algún tiempo más, y puedo morir en mi lecho cristianamente, con la esperanza de resucitar á vida

mejor.» Era un santo. Ya habrá recibido en el cielo la recompensa de sus virtudes.

Fingiendo que llora y restregándose los ojos con un pañuelo.

GABRIELA.

Conmovida.

¿Ves cómo llora?

TOMÁS.

¿Llora, ó finge llorar?

LEANDRO.

¿Es usted su heredero?

AGUILAR.

No, señor; no lo soy, contra lo que todo el mundo esperaba. Cualquiera otro en mi lugar, hubiera tomado el cielo con las manos. Yo no. Lejos de condenar su conducta, la admiro, la aplaudo. (Con vehemencia fingida.) ¡Qué hombre aquél, qué hombre! ¡Qué corazón!

Fingiendo enternecerse otra vez.

TOMÁS.

(¡Cuánta pamema!)

AGUILAR.

El objeto de mi visita es darle á usted una buena noticia.

LEANDRO.

¿Á mí?

AGUILAR.

He querido ser quien primero se la diese á usted. El señor don Juan lega por su testamento la mitad de sus bienes para dotar hospitales y otras obras de beneficencia.....

TOMÁS.

Acercándose á Leandro.

¡Bravo! Y luego se dirá que los ricos.....

LEANDRO.

¡Tomás!

TOMÁS.

Retirándose.

(Tente, lengua.)

AGUILAR.

La otra mitad, que ascenderá en fincas rústicas y urbanas á unos ocho millones de reales, sobre poco más ó menos, se la deja á usted.

LEANDRO.

Levantándose.

¡Eh!

GABRIELA.

¡Dios mío!

TOMÁS.

¡Caracoles!

LEANDRO.

Dice usted que.....

TOMÁS.

Eso debe ser una broma.

AGUILAR.

Digo que á estas horas es usted dueño de un caudal de ocho millones.

LEANDRO.

¡Será posible!..... ¡Tanto dinero!..... Se me vá la vista..... Todo da vueltas á mi alrededor.

Apoyándose en una silla.

GABRIELA.

Corriendo á sostenerle.

¡Leandro!

TOMÁS.

Vamos, hombre, que la cosa no es para tanto.

Sosteniéndole también y haciendo que se siente en una silla.

AGUILAR.

Serénese usted. (¡Si reventara!)

GABRIELA.

Te daré agua con unas gotas de vinagre.

LEANDRO.

No es menester. Ya pasó. ¡Ocho millones!

AGUILAR.

La presencia de un extraño en este momento debe serle á usted enojosa.

LEANDRO.

No; de ningún modo..... Al contrario.....

AGUILAR.

Ya nos veremos. Creo que esta señorita es prima de usted. ¡Preciosa criatura!

GABRIELA.

(¡Jesús, qué sofoco!)

AGUILAR.

Mi sobrina y pupila, la Marquesita de Torregalindo, tendrá mucho gusto en ser amiga de usted.

GABRIELA.

(¡Amiga yo de una Marquesa!)

AGUILAR.

¿Usted no conoce á mi sobrina? (A Leandro.) ¡Oh, es una perla! Toca el piano como Listz, canta como la Patti, habla el francés como un francés. El hombre que logre llamarla esposa será el más feliz de los mortales. Conque lo dicho, seremos muy amigos.

LEANDRO.

Caballero....., usted....., la Marquesa....., el difunto....., yo.....

AGUILAR.

Los pondré á ustedes en relaciones con la grandeza.

LEANDRO.

¡Con la grandeza!

AGUILAR.

Tengo palco en el teatro Real, y cuando ustedes gusten favorecerme.....

GABRIELA.

¡Palco!

LEANDRO.

¡Palco en el teatro Real!

TOMÁS.

¡Ave María Purísima!

LEANDRO.

Déjase caer en una silla.

¡Otro vahído!

AGUILAR.

Dándole la mano.

Estoy abusando.....

LEANDRO.

Queriendo levantarse y volviendo á caer en la silla como atontado.

Mi gratitud....., mi.....

AGUILAR.

Quieto....., quieto..... Entre amigos íntimos como nosotros..... (A Gabriela, alargándole la mano: ella le da la suya con rubor.) Va usted á volver locos á todos los pollos del gran mundo.

GABRIELA.

(Tiemblo de pies á cabeza.)

AGUILAR.

¿Éste será su criado de usted? Abur tú, muchacho.

TOMÁS.

¡Me gusta!

LEANDRO.

Turbado y como haciéndose violencia.

No..... Es..... mi amigo.

AGUILAR.

Dándole la mano.

Ah..... ¡Mil perdones!

TOMÁS.

(¡El demonio del tío éste.....!)

AGUILAR.

Señores..... Señorita..... (Saludando.) (Me conviene. Puede pasar.)

Mirando á Leandro. Vase por la puerta del foro.

LEANDRO.

Como alelado.

No sé qué me sucede.

GABRIELA.

¡Ni yo!

TOMÁS.

¡Ni yo!

Óyese ladrar al perro con furor.

AGUILAR.

Dentro, dando un grito.

¡Ay!

LEANDRO.

Yendo hacia el foro.

¡El perro!

TOMÁS.

¡Otra vez!

AGUILAR.

Sale corriendo y despavorido por la puerta del foro, hasta donde debe suponerse que le ha seguido el perro ladrando.

¡Chucho, quieto!

LEANDRO.

Haciendo ademán de dar un puntapié al perro, que se retira aullando.

¿Quieres callar?

AGUILAR.

¡Eso no es perro, es una fiera, es el mismo demonio!

LEANDRO.

Le hemos dejado á usted salir solo...., Nuestro aturdimiento.....

AGUILAR.

¡Bah! Cuando hay confianza..... Hasta la vista.

Vase por la puerta del foro precedido de Leandro.

GABRIELA.

Como asombrada.

¿Qué dices, Tomás?

TOMÁS.

Yo, nada. ¿Y tú?

GABRIELA.

¡Qué cosa tan rara! ¿Verdad?

Óyese cerrar la puerta de la escalera y gruñidos del perro.

TOMÁS.

Muy rara, mucho.

ESCENA IX.

TOMÁS, GABRIELA y LEANDRO.

LEANDRO.

¡Tomás! ¡Gabriela! (Óyese ladrar al perro y arañar á la puerta.) ¿Estoy soñando? Vosotros lo habéis oído como yo. Tengo dinero, mucho dinero..... Cierta es mi felicidad.

TOMÁS.

Bien me maliciaba yo que el buen viejo haría algo por ti. Pero ¿quién se había de figurar?..... Mira....., mira..... Esta se ha quedado patilifusa.

LEANDRO.

Alégrate, chica; soy millonario.

GABRIELA.

Sí, me alegro.....; sólo que una alegría tan repentina.....

TOMÁS.

Le compraremos un collar de plata á *Leal*, ¿eh?

LEANDRO.

¡De oro! ¡Llegó la mía! ¡Ah, señores ricos, qué buena lección os voy á dar!

TOMÁS.

¿No serás vanidoso?

LEANDRO.

¿Yo vanidoso? ¡Quita allá!

TOMÁS.

¿No te olvidarás de que hay pobres que tienen hambre?

LEANDRO.

Simple, ¿quién ha de tener hambre teniendo yo tanto dinero? ¡Se acabaron los pobres!

TOMÁS.

Alargándole la mano.

Toca ahí.

LEANDRO.

Abrazándole.

¡Tomasillo!

GABRIELA.

¡Qué gusto!

TOMÁS.

Fijando la vista en Gabriela.

¡Ah!

LEANDRO.

¡Ocho millones! ¡Ocho millones!

TOMÁS.

¿Te parece que tener ocho millones es gran ventura?

LEANDRO.

Me parece que es la mayor felicidad de la tierra.

TOMÁS.

Calla, bárbaro. Aun hay dicha mayor, ocho millones de veces mayor.

LEANDRO.

¿Te chanceas?

TOMÁS.

¡Gabriela te ama!

GABRIELA.

¡Oh!

LEANDRO.

¿Qué dices?

TOMÁS.

La verdad.

LEANDRO.

¡Gabriela!

GABRIELA.

Pero.....

TOMÁS.

Él te ama á ti.

GABRIELA.

Con íntimo gozo.

¿De veras?

TOMÁS.

A Leandro, señalando á Gabriela.

Mira cómo le sale el gozo á la cara.

LEANDRO.

Pues también Tomás está enamorado. Pero si vieras qué mal gusto ha tenido!..... ¡Ja, ja!.....

Riendo.

GABRIELA.

Pues ¿á quién quiere?

TOMÁS.

Calla. (¡Maldita jorobada! Sólo me faltaba que ella creyese.....) Con que no hay más que hablar. Os casaréis inmediatamente. Seré padrino de la boda. Hazla muy dichosa, Leandro: sí, muy dichosa....., porque si no.....

Llorando.

LEANDRO.

¿Y á qué viene ahora llorar?

TOMÁS.

Viene..... ¿Qué sé yo á qué viene? Lloro..... porque..... Justo y cabal..... Porque estoy tan contento..... (Riendo y llorando.) Pero dile algo, bobo; dile....., pues....., lo que se dice en tales casos.

LEANDRO.

¿Me quieres?

GABRIELA.

Creo que sí.

LEANDRO.

Pues yo te adoro, te idolatro.

TOMÁS.

(No hay más remedio que ir tragando saliva.) No se anden ustedes con repulgos de empanada. Un abrazo.

Arrojando á Gabriela en los brazos de Leandro.

LEANDRO.

¡Gabriela!

GABRIELA.

¡Leandro!

TOMÁS.

¡Así me gusta!..... ¡Vivan los novios!

GABRIELA.

¡Viva Tomás!

TOMÁS.

Llorando otra vez.

Sí, ¡viva Tomás! (¡Grandísima pícara!)

LEANDRO.

¡Dale! No llores.

TOMÁS.

Se acabó. ¡Alegría, alegría! Viva el dinero que ha de servir para hacer bien.

LEANDRO y GABRIELA.

¡Viva! ¡Viva!

TOMÁS.

Cogiéndola y empezando á bailar con ella una polca.

Ven acá tú, muchacha.

TOMÁS y GABRIELA.

Tarareando una polca.

Tararí....., tararí.....

LEANDRO.

Tarareando también la polca, y bailando solo.

Tararí..... Ocho millones..... Tararí..... Ocho millones.....

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala. Puertas laterales, y otra en el foro. Un retrato al óleo de D. Juan de Villarroel, con la cruz de Calatrava y la banda de Carlos III.

ESCENA PRIMERA.

DON VICENTE, un criado, un lacayo, tapiceros, que se ocupan en poner colgaduras en las puertas; ebanistas y mozos, que entran y salen, llevándose los muebles que hay en la escena, y trayendo y colocando otros nuevos de mucho lujo; después TOMÁS.

DON VICENTE.

¡Qué batahola! No sé dónde tengo la cabeza. Más de prisa, muchachos. Á esta hora (Mirando el reloj.) querría el señor que estuviese ya todo listo. Y á fe que el niño es blando de genio. (Para sí.) (A los mozos que salen trayendo un sofá, indicándoles el sitio en que han de colocarle.) ¡Eh!, el sofá en este lado..... Así..... Y vosotros (A los tapiceros.), ¿no acabáis todavía? ¡Aquél sí que era un señor! (Señalando al retrato de D. Juan de Villarroel.) Un señor á carta cabal. Ay, Jesús; entre éste y aquél, ¡qué diferencia!

TOMÁS.

Saliendo por la puerta de la derecha de primer término.

¿Han acabado ya?

DON VICENTE.

Sí, señor. ¿Traéis las cuentas? (Un tapicero y un ebanista

hacen una señal afirmativa.) Pues vengan acá y tomad el portante. (Recibiendo los papeles que le dan un tapicero y un ebanista. Vanse los tapiceros, los ebanistas y los mozos.) Tú anda corriendo á casa de Lhardy y tráete el faisán. (Al criado, que se va.) Tú con Miguel, ve poniendo la mesa. Ya sabéis: para servir la comida, frac y corbata blanca.

Vase el lacayo.

TOMÁS.

¡Válgame Dios! Todo este trajín para dar de comer á una persona.

DON VICENTE.

Se empeñó el señor en que hoy mismo se había de alhajar de nuevo esta sala; y como en diciendo él melón, hay que ponerle la tajada en la mano.....

TOMÁS.

Va á perder la chabeta.

DON VICENTE.

¿Que la va á perder? No, señor; ya la tiene perdida.

TOMÁS.

¡Eh! ¿Cómo se entiende? ¿Usted se atreve á murmurar de su amo?

DON VICENTE.

¡Ay, señorito, si D. Leandro fuera como usted!.....

TOMÁS.

Es mejor que yo, ¿estamos? Mil veces mejor.

DON VICENTE.

Bien, corriente, será un ángel del cielo.....; pero ¡qué genio tiene! ¡Ay, qué genio tan pícaro!

TOMÁS.

Se enfada pronto, no lo niego, pero en seguida se le pasa.

DON VICENTE.

Y se vuelve á enfadar. Ni se enfada sólo conmigo,

sino también con usted, y hasta con la señorita Gabriela, que esto sí que no merece disculpa. Y note usted cómo la pobrecilla anda siempre escondiéndose por los rincones para llorar sin que la vean.

TOMÁS.

(Empieza á conocerle.)

DON VICENTE.

Pues se me antoja á mí que la señorita no hará muy buen casamiento casándose con su señor primo.

TOMÁS.

¿Y á usted quién le mete?.....

DON VICENTE.

Cierto. Y sabe Dios si luego mi señor don Leandro será un marido á pedir de boca..... Aunque pienso yo que no se muere por su prima.

TOMÁS.

Pues se engaña usted, amiguito: la ama, la adora.

DON VICENTE.

Bueno, convenido. Pero ya se ve, como ella es una malva y él un cardo borriqueño; como ella peca de humilde, y él tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca.....

TOMÁS.

¡Don Vicente! Cuidado con la lengua. Ya va de dos.

DON VICENTE.

No; si no lo decía yo por ofenderle. ¿Quién está libre de defectos? Sólo que observo que cuanto más señor es un señor, con más sencillez y benevolencia trata á los demás, y que no hay diablo que resista al que no es señor y quiere parecerlo. Su excelencia, mi amo..... El otro....., aquél..... (Señalando el retrato.), tenía una prosapia de las buenas, y era caballero calatravo

y gran cruz de Carlos III—véalo usted—(Señalando de nuevo al retrato.) y senador del reino, y ¿qué sé yo? Pues no se puede usted figurar un señor más llano y más amable con todo el mundo. Y no hubiese miedo de que ningún inferior se le subiera nunca á las barbas. Ca: nada de eso. Sin vanas exterioridades sabía él hacerse respetar, porque él—entiéndame usted,—él era un señor por de dentro, así como otros....., pues....., no lo son más que por de fuera.

TOMÁS.

Con enojo.

¿Y qué? ¿Quiere usted dar á entender que Leandro?.....

DON VICENTE.

No, señorito; yo no quiero dar á entender nada contra mi señor don Leandro. Y eso que á veces manda cosas que á mí—clarito—no me parecen bien. Ayer, sin ir más lejos, mandó subir los alquileres de las casas y el arrendamiento de las tierras, y poner por justicia á los pobres que no puedan pagar los atrasos inmediatamente.

TOMÁS.

¡Cómo! Usted ya chochea, buen hombre. Oiría usted mal.

DON VICENTE.

Vaya, que también usted me echa unos requiebros..... No oí sino muy bien. Su excelencia, mi amo, pensaba muy de otra manera. Cuando algún métomeentodo le decía que los alquileres y arrendamientos de las fincas estaban muy bajos, respondía él con mucha calma, tomando así un polvo (Sacando una caja de rapé, y tomando un polvo.): «No quiero ser yo más rico haciendo que otros sean más pobres.»

TOMÁS.

Algún métomeentodo de esos de que habla usted habrá aconsejado mal á su nuevo amo.

DON VICENTE.

Y ya me figuro yo quién habrá sido.

TOMÁS.

¿El señor Aguilar?

DON VICENTE.

El mismo que viste y calza.

TOMÁS.

¿Qué pájaro es ése?

DON VICENTE.

Es un pájaro que canta en la mano; un viejo verde, un calavera incorregible. En viajes y en vicios de todo género ha derrochado el bendito señor un caudal muy considerable, y aun dicen malas lenguas que se ha comido los bienes de su pupila. Viéndose ahora entrampado y lleno de deudas, quería pescar la herencia de mi amo con el achaque de ser pariente suyo. Un parentesco que no le alcanza un galgo. Pero su excelencia, mi amo, solía decir, arreglándose así el cuello de la camisa: «Con mi dinero no hará tonterías ese tonto.»

TOMÁS.

¿Con que tiene deudas?

DON VICENTE.

Debe hasta el modo de andar.

TOMÁS.

Y entonces, ¿cómo vive tan bién? ¿Cómo gasta ese lujo?

DON VICENTE.

Pidiendo y no pagando, que es cosa muy cómoda.

TOMÁS.

Pero ¿cómo halla quien le dé si no paga?

DON VICENTE.

Por eso mismo. En Madrid los tramposos tienen mucho crédito. De algún tiempo á esta parte bebe los vientos buscando un marido millonario para su pupila, porque la tal Marquesita de Torregalindo es otra que bien baila. Para novio no le parece mal un don Federiquito Vilches, teniente de Estado Mayor, buen mozo pero pobre: para marido quiere á todo trance un quídam con mucho dinero.

TOMÁS.

¡Ay don Vicente, y qué malicioso es usted!

DON VICENTE.

Lo que su excelencia, mi amo, solía decir, atusándose así el poco pelo que le había quedado: «Malicioso me llaman porque no me dejo engañar.»

Con sonrisa placentera.

ESCENA II.

DICHOS y LEANDRO.

Éste sale por la puerta de la izquierda.

LEANDRO.

¿Qué tengo yo mandado?

A D. Vicente, con ira.

DON VICENTE.

Ay, señor, ¿qué sé yo? ¡Tantas cosas tiene usted mandadas!.....

LEANDRO.

¿Qué orden le di á usted esta mañana en el comedor?

DON VICENTE.

No recuerdo.

LEANDRO.

Si usted no recuerda nada..... Si es usted un pazguato.....

DON VICENTE.

Nunca me injurió así el difunto en treinta y cinco años, seis meses y veinte días que tuve el gusto de servirle; y una vez, sabedor de que yo había llamado bruto á un pinche de cocina, me dijo, dándome golpecitos en el hombro: «Vicente: injuriar á los iguales es malo, y mil veces peor injuriar á los inferiores.»

LEANDRO.

Ya estoy harto de oirle á usted referir las cosas que decía el difunto. ¿No mandé esta mañana que se atase al perro?

DON VICENTE.

Sí, señor, y el lacayo le ató delante de mí.

LEANDRO.

Pues ¿cómo anda suelto?

TOMÁS.

Porque le he desatado yo.

LEANDRO.

Ah..... Bueno: eso es distinto.

Disimulando su enojo.

DON VICENTE.

¿Qué le parece á usted esta sala?

LEANDRO.

Ps, regular.

DON VICENTE.

Pues sesenta y cinco mil reales han importado los muebles, las colgaduras y la alfombra. Aquí están las cuentas.

Enseñándole los papeles que antes le dieron el tapicero y el ebanista.

LEANDRO.

Bien, páguelas usted. ¿Han traído ya el faisán?

DON VICENTE.

Ya han ido á buscarlo.

LEANDRO.

Enséñemelo usted cuando le traigan. La comida será buena, ¿eh?

DON VICENTE.

Con probar un poco no más de cada plato, habrá para reventar de una indigestión.

LEANDRO.

¿Se han traído los vinos que dije?

DON VICENTE.

Sí, señor: Burdeos, blanco y tinto, Borgoña, Oporto, Rhin, Champagne.....

LEANDRO.

Que no falte nada. Usted me responde de todo, y ¡cuidado conmigo!..... ¿Qué hace usted ahí todavía? Váyase usted.

DON VICENTE.

(¡Es un déspota! ¡Es un tirano! Ay, Jesús; entre éste y aquél, ¡qué diferencia!)

Vase por la puerta del foro.

ESCENA III.

TOMÁS y LEANDRO.

Leandro se sienta á la derecha, dando la espalda á Tomás. Pausa.

TOMÁS.

¿Te enojas porque he dado suelta á *Leal*?

LEANDRO.

¿Pues no he de enojarme? (Levantándose.) Ahora se iba á tumbar en el sofá de ese otro salón. Todo lo ensucia, todo lo rompe.

TOMÁS.

Quiere seguir su antigua costumbre de estar siempre á tu lado. En cuanto le atan, da unos aullidos tan lastimeros que me parten el corazón. Ya sabes que *Leal* fué durante mucho tiempo mi solo camarada, y que le tengo afecto de amigo. No me avergüenzo de confesarlo. ¿Por qué no le he de querer, si él me quiere á mí? Y á ti también te quiere mucho el pobre animalejo, á pesar de que ahora le tratas tan mal. Seguro estoy de que dirá allá para sus adentros: «Pues señor, con la mudanza de fortuna de los señores no he salido yo ganancioso: antes era pobre pero libre; ahora soy rico pero esclavo.» Para los perros, como para los hombres, las riquezas no son tan estimables como la libertad.

LEANDRO.

Si no hiciera más que ensuciar y romper..... Pero esto de ladrar y ponerse como una furia en cuanto ve al señor Aguilar.....

TOMÁS.

¡Sus razones tendrá para ello el animalito! Ese señor nos carga á *Leal* y á mí.

LEANDRO.

¡Te carga!..... Acostúmbrate á hablar con finura. ¡Luego sueltas delante de gente unas expresiones!.....

TOMÁS.

Ya procuro irme afinando, y hasta me he puesto futraque para darte gusto; que no es mala mortificación esto de verse uno con cola; pero la cabra siempre tira al monte.

LEANDRO.

¿Y por qué te carga un caballero á quien debo tantas atenciones?

TOMÁS.

Por eso mismo. No es natural que un señor tan encopetado esté á partir un piñón con el hijo de un zapatero.

LEANDRO.

Te he dicho que no hay necesidad de sacar á colación si mi padre fué un zapatero ó no lo fué.

TOMÁS.

El señor Aguilar confiaba en heredar á su pariente, y no debe mirar con buenos ojos á quien le ha birlado la herencia.

LEANDRO.

No tienen tan ruines sentimientos las personas de cierta clase.

TOMÁS.

Antes decías que las personas de cierta clase eran vanidosas y egoístas, y qué sé yo cuántas cosas más.

LEANDRO.

Entonces era pobre, y los pobres piensan mal de los ricos porque los ciega la envidia y el rencor.

TOMÁS.

Antes decías que los pobres eran unas palomitas sin hiel.

LEANDRO.

Mira: antes decía lo que estimaba oportuno, y ahora digo lo que me da la gana.

TOMÁS.

¡Lo que te da la gana!..... Pues tampoco ese modo de hablar es muy fino, que digamos. El maestro Ciruela, que no sabía leer y ponía escuela.

LEANDRO.

Si no te empeñases en sacarme de mis casillas.....

TOMÁS.

Yo he de hablarte siempre con sinceridad. Ese hombre te está dando malos consejos.

LEANDRO.

¿De qué lo infieres?

TOMÁS.

Por consejo suyo quieres subir los alquileres de las casas y los arrendamientos de las tierras, y poner por justicia á los pobres que no pueden pagar.

LEANDRO.

¿Te lo ha dicho don Vicente, eh? Yo le aseguro.....

TOMÁS.

Y á fe que tratas muy mal á ese anciano.

LEANDRO.

¡Si no hay paciencia para aguantarle! ¡Siempre recordando lo que decía el señor don Juan!

TOMÁS.

Bien hicieras tú en no olvidar lo que te encarga en

su testamento. Que emplees bien el caudal que te lega; que te contentes con sacarle una ganancia moderada; que tengas caridad con los pobres.....

LEANDRO.

Era un maniático.

TOMÁS.

Y aun por eso tuvo la manía de regalarte ocho millones.

LEANDRO.

Modérate. Bien sabes que soy poco sufrido. No parece sino que es alguna picardía querer arreglar la administración de mis bienes. Un capital que apenas produce un tres por ciento.

TOMÁS.

Así y todo, tienes una renta de doce mil duros, limpios de polvo y caja.

LEANDRO.

Y eso, ¿qué es?

TOMÁS.

En toda tierra de castañas, doce mil duros son doce mil duros.

LEANDRO.

Otros tienen más.

TOMÁS.

Sí, y otros tienen menos.

LEANDRO.

Tú no has visto el mundo: tú ignoras cómo viven los ricos. Si hubieras estado como yo en el baile que dieron anoche los Duques de Renedo..... ¡Qué lujo aquél! ¡Qué magnificencia! Una escalera de mármol llena de luces y flores, y en cada tramo dos lacayos con libreas verdes y amarillas y pelucas blancas.

TOMÁS.

¡Estarían preciosos!

LEANDRO.

Y luego, ¡qué *buffet!*

TOMÁS.

Bu..... ¿qué?

LEANDRO.

La cena, hombre.

TOMÁS.

¡Ah, ya! ¡Como le ponen ustedes á las cosas unos nombres tan raros!.....

LEANDRO.

El Duque es la persona más notable de todo Madrid. Ya sabes que hoy come conmigo. (Con júbilo.) Vergüenza me dará recibirle en esta casa.

TOMÁS.

¿Pues no te parecía un palacio?

LEANDRO.

Un palacio es comparada con nuestra guardilla; una guardilla comparada con el palacio del Duque. Esta pieza no ha quedado muy mal. Pero ¡qué!, si en Madrid no se encuentra nada. Ya se ha escrito á París encargando muebles dorados, espejos, bronces, arañas, carruajes.....

TOMÁS.

Decías bien, Leandro; doce mil duros son muy poco.

LEANDRO.

Las cinco y media. (Mirando el reloj.) Me ofreció venir á las cinco. ¿Cómo tardará tanto?

Con mucha impaciencia.

ESCENA IV.

DICHOS, DON VICENTE y un CRIADO.

LEANDRO.

¿El señor Duque de Renedo, eh? (Al ver á D. Vicente.) Que pase, que pase en seguida.

DON VICENTE.

Si no es el Duque.

LEANDRO.

¿Pues quién es?

DON VICENTE.

El faisán.

Señalando á un criado, que aparece en este momento con una fuente, en que habrá un faisán en galantina, adornado con el cuello, la cabeza, las alas y la cola.

TOMÁS.

¡Ja..... ja..... ja.....!

Riendo.

LEANDRO.

Podía usted haberlo dicho antes.

DON VICENTE.

Si usted no me ha dejado hablar.

LEANDRO.

Silencio. Llega tú.

Al criado, que se acerca con la fuente en las manos. Leandro examina el faisán.

TOMÁS.

¡Canario! ¿Está vivo? (Viendo el faisán y dando un respingo.) Leandro, ¿se comen vivos estos animaluchos?

LEANDRO.

No disparates. Está muerto y guisado.

TOMÁS.

Vamos, ya entiendo. Es que ahora se comen las plumas también. ¡Pícaro gusto!

LEANDRO.

No, hombre, no; eso no es más que un adorno.

TOMÁS.

Ya, ya..... ¡Qué diablo de ocurrencia!

LEANDRO.

Está bien. Vete. (Vase el criado.) Creo que llaman. (A don Vicente.) Cuidado; que le haga usted mil cortesías y que le dé tratamiento de excelencia.

DON VICENTE.

¿Á quién? ¿Al faisán?

LEANDRO.

Al Duque, señor mío, al Duque.

TOMÁS.

¡Ja..... ja..... ja.....!

Riendo.

DON VICENTE.

Como usted no se explica.....

LEANDRO.

Como usted es un majadero..... Que éntre aquí. Pero ¿no va usted?

DON VICENTE.

Ya voy....., ya voy..... Al que no está hecho á bragas.....

Vase por la puerta del foro.

ESCENA V.

TOMÁS, LEANDRO y después DON VICENTE.

LEANDRO.

Mira lo que dices delante del Duque: mira que no se te escape alguna sandez.

TOMÁS.

Maldita la necesidad que tengo de verle. Puesto que no he de comer hoy en la mesa.....

LEANDRO.

El otro día me dijiste que no te gusta comer con personas de cumplimiento; y yo, por hacerte un favor, he mandado.....

TOMÁS.

Has hecho muy bien.

DON VICENTE.

Señor.....

Saliendo por la puerta del foro.

LEANDRO.

¿No le he dicho á usted que pase en seguida? ¿Por qué no entra?

DON VICENTE.

Pero ¿quién?

LEANDRO.

¿Quién ha de ser? El Duque.

DON VICENTE.

¡Señor, por las once mil vírgenes, que no es el Duque!

LEANDRO.

¡Ah!

DON VICENTE.

Es uno que dice que se llama Pablo Ortiz.

LEANDRO.

Manifestando disgusto.

¡Ortiz!

TOMÁS.

¿No te alegras de que haya venido?

LEANDRO.

El otro día le vi en la calle hecho un Adán.

TOMÁS.

Como que el pobre no ha heredado ocho millones.

LEANDRO.

Pero yendo con aquella facha y yo acompañado, bien pudo comprender que no debía saludarme.

TOMÁS.

¡Ay, Leandro; á verte el corazón, quizá no te hubiera conocido!

LEANDRO.

¡Tomás!

TOMÁS.

No te alteres, que es de mal tono.

LEANDRO.

¿Le ha dejado usted entrar?

DON VICENTE.

Sí, señor.

LEANDRO.

¡Qué torpeza! ¿No conoció usted por su traje que era un pobre?

DON VICENTE.

Pues por eso le abrí la puerta. Porque su excelencia, mi amo, dijo una vez, levantando así el dedo, que un rico podía cerrar á otro rico la puerta, pero que al pobre debía abrírsela siempre de par en par.

LEANDRO.

En canal le abriría yo á usted de mejor gana que lo digo.

DON VICENTE.

(¡Aprieta!)

LEANDRO.

Ya sabes que aguardo á ese caballero. Recibe tú á Pablo.

TOMÁS.

Corriente; ése no trae sucia más que la ropa (¡Desdichada Gabriela!)

Vase por la puerta del foro.

DON VICENTE.

El hábito no hace al monje, y por eso mi amo solía decir, estirándose así el chaleco.....

LEANDRO.

¡Váyase usted, porque si no!.....

DON VICENTE.

Ay, Jesús; entre éste y aquél, ¡qué diferencia!

Vase por la puerta del foro.

ESCENA VI.

LEANDRO.

Al fin y al cabo tendré que rifar con Tomás. Se empeña en fiscalizar todas mis acciones, y esto no lo puedo yo consentir. ¡Qué ruín es! Aunque la mona se vista de seda..... Por culpa suya estoy continuamente con el alma en un hilo. Ese afán de recordar lo pasado..... Cuando yo era pobre, podía tener cierto género de amistades. Ahora..... ¿qué remedio? Hay distintas esferas sociales. Cada uno debe vivir en la

suya. Las seis menos cuarto (Mirando el reloj.), y no viene aún. Me enoja la tardanza. ¿Se habrá vestido bien Gabriela?..... ¡Es tan corta de genio....., tan humilde....., tan poco aficionada á lucir!..... Yo la quiero..... Eso sí....., la quiero bastante..... Será una buena esposa, pero..... ¡Qué bien cantó anoche la Marquesita de Torregalindo! ¡Qué traje llevaba tan precioso! Era la señora que llamaba más la atención en el baile. ¡Ya se ve....., conoce tanto el mundo!..... Para hacer los honores de una casa, no creo que haya mujer más á propósito..... ¿Cómo no se habrá casado ya?..... Es muy seductora, mucho. ¡Y conmigo está siempre tan fina!..... ¡Su tutor me ha cobrado tal cariño!..... ¡Casarse con una Marquesa!..... Si no hubiera dado á Gabriela palabra de casamiento..... ¡Maldito compromiso!

ESCENA VII.

LEANDRO y GABRIELA.

GABRIELA.

Saliendo por la puerta de la izquierda.

¿No ha venido aún ese caballero que ha de comer hoy con nosotros?

LEANDRO.

Aun no. Tal vez le haya ocurrido algo que hacer.

GABRIELA.

¡Ojalá no viniera!

LEANDRO.

Sí; vendrá. ¿No ha de venir? ¡Pues! De los tres vestidos que te acabó ayer la modista has elegido el menos vistoso.

GABRIELA.

Es el que más me gusta.

LEANDRO.

Dime, Gabriela. ¿No te parece que Tomás no se encuentra á gusto á nuestro lado?

GABRIELA.

¿Quieres que te hable con franqueza?

LEANDRO.

Sí.

GABRIELA.

Pues lo que á mí me parece es que tú no te encuentras á gusto al lado de Tomás.

LEANDRO.

Él y tú os habéis propuesto llevarme siempre la contraria.

GABRIELA.

¡Mal genio vas echando desde que eres rico!

LEANDRO.

Tomás desea irse, me consta; y por bien suyo, es preciso que entre los dos le demos á entender poco á poco que no tomaríamos á mal que se fuese; que estoy pronto á regalarle cuatro mil....., diez mil reales....., para que con este dinero ponga un taller de ebanistería y se haga hombre. ¿Lloras? Ya te he dicho que esas pamemas no me divierten.

GABRIELA.

De algún tiempo á esta parte, raras son las veces que puedo oirte sin llorar.

LEANDRO.

(¡Si pudiera librarme de ella tan fácilmente!.....

GABRIELA.

(¿Por qué me figuraría yo que le amaba?)

ESCENA VIII.

DICHOS y TOMÁS.

LEANDRO.

Viendo salir á Tomás.

¿Qué? ¿Ha venido ya el Duque?

TOMÁS.

Anda, alma mía, anda; pregúntalo otra vez; duquea otro poquito más. Á todos nos tienes ya de duque hasta la punta de los pelos. No ha venido nadie; se ha ido Ortiz.

LEANDRO.

¿Qué quería?

TOMÁS.

Verte.

LEANDRO.

¿Nada más?

TOMÁS.

Nada más.

LEANDRO.

Milagro, porque los pobres sólo saben pedir.

TOMÁS.

Está peor, mucho peor: sus manos queman; sus ojos parecen de vidrio. Es bueno, y la muerte para los buenos tiene cara de pascua; pero si él muere, aquella viejecita baldada, que es su madre, se quedará á pedir limosna. Los médicos dicen que hallaría algún alivio tomando las aguas de Panticosa, unas aguas que están muy lejos. Para el viaje y para que su madre coma durante su ausencia, necesitará unos

dos mil reales. Él nada ha pedido, pero yo le he dicho que tú le adelantarás ese dinero.

LEANDRO.

¿Te burlas?

TOMÁS.

Pero, hombre, ¿qué has de hacer sino adelantárselo?

LEANDRO.

Dos mil reales. ¡Una limosna de dos mil reales!

TOMÁS.

Ya te los devolverá cuando pueda.

LEANDRO.

¿Y si no puede nunca?

TOMÁS.

Te los pagará Dios, que es el fiador de los pobres.

LEANDRO.

Déjame en paz. ¡Pues me ha hecho gracia la ocurrencia!..... ¡Dos mil reales! Como si fuera yo algún Creso. Cerca de las seis..... (Mirando el reloj.) Ya no sé qué pensar.

Con gran impaciencia. Vase por la puerta de la derecha de segundo término.

ESCENA IX.

TOMÁS y GABRIELA.

TOMÁS.

(¡Delante de ella!.....) ¿Ves lo que ha dicho? Pues no lo dudes; antes de quince minutos envía á Pablo ese dinero.

GABRIELA.

Sí, de fijo se lo enviará..... (Haciéndose los dos violencia para fingir.) Opino como tú.

TOMÁS.

Ahora le ha dado por echarla de picarón; pero en el fondo es siempre el mismo. Créelo; te lo aseguro.....

GABRIELA.

Sí lo creo.....

TOMÁS.

Toma, claro está. Cómo no habías de creerlo..... ¡Vaya! Leandro tiene un corazón..... de oro, como suele decirse. ¿Verdad que sí?

GABRIELA.

Sí....., con efecto..... ¡Un corazón!

TOMÁS.

Echas la cabeza atrás para impedir que se viertan las lágrimas detenidas en tus párpados. Estás reventando por llorar.

GABRIELA.

No; te engañas. Como no sea que me haya caído algo en los ojos.....

TOMÁS.

En los ojos no te ha caído nada. Dime si te ha caído algo en el corazón; dime si Leandro te ha dado alguna pena; dímelo.

Sin poderlo reprimir.

GABRIELA.

¿Á mí darme penas Leandro? No.....; ni por pienso..... ¿De dónde sacas?.....

TOMÁS.

Sí....., si..... es verdad (Reprimiéndose.) no sé lo que me pesco. ¿Darte él penas á ti? ¡Queriéndote como te quiere?..... Soy un borrico. ¡Pues te querrá poco Leandro! Ahora hemos estado solos un rato aquí mismo, y me ha puesto la cabeza..... Dale con que eres un ángel.....

GABRIELA.

(¡Qué mentir!)

TOMÁS.

¡Dale con que te adora!.....

GABRIELA.

(¡Qué doble mentir!)

TOMÁS.

¡Vuelta con que no ve el instante de casarse contigo!

GABRIELA.

(¡Leandro mi esposo!.....)

TOMÁS.

También yo deseo que se verifique pronto la boda, porque....., la verdad....., en cuanto os vea casados..... pienso tomar las de Villadiego. Me hallo más á gusto con la chaqueta que con la levita; la holganza me cansa más que el trabajo.

GABRIELA.

Tomás, no me abandones.

TOMÁS.

Tú sentirás que me vaya. Bien lo conozco. Y también Leandro lo sentirá....., lo sentirá mucho. ¡Es tan buen amigo!..... Yo en cambio soy un egoísta, y por satisfacer el antojo de vivir á mis anchas voy á darle un disgusto. Ya vendré á veros alguna vez..... Cuando estéis solos..... Cuando no haya visitas..... Un artesano haría muy triste figura entre personas de calidad..... Dime cuando te vea que eres feliz, y yo, te lo juro, yo lo seré también.

GABRIELA.

Pero vamos á ver: tú ¿por qué no te casas?

TOMÁS.

¡Toma!, porque me falta lo principal.

GABRIELA.

¿Qué te falta?

TOMÁS.

La novia.

GABRIELA.

Cuando me dijiste que Leandro me quería, dijo él que tú también estabas enamorado.

TOMÁS.

Sí; por broma; por hacerme rabiar.

GABRIELA.

Tú no quisiste confesar entonces quién era ella.

TOMÁS.

¿No oyes que Leandro se chanceaba?

GABRIELA.

Leandro, á quien se lo he preguntado después, me ha respondido que era la hija del portero de la otra casa, la jorobadita.

TOMÁS.

¿Sí?

GABRIELA.

¿Y sabes lo que digo?

TOMÁS.

¿Qué?

GABRIELA.

Que no lo creo.

TOMÁS.

¿Pues sabes lo que digo yo?

GABRIELA.

¿Qué?

TOMÁS.

Que haces muy bien.

GABRIELA.

Pero ello es lo cierto que tú le aseguraste á Lean-

dro que sentías amor; que lo sentías por la..... ¿Eh? (Remedando á una jorobada.) Ya me entiendes.

TOMÁS.

Le engañé como á un chino.

GABRIELA.

En lo segundo, sí; en lo primero me parece que no.

TOMÁS.

En lo primero, y en lo segundo, y en todo.

GABRIELA.

Alza los pies.

TOMÁS.

¿Para qué?

GABRIELA.

Para que pase la bola.

TOMÁS.

¿Te empeñas en creer que miento?

GABRIELA.

¡Qué disparate! Me empeño en creer que no dices verdad.

TOMÁS.

Muchas gracias.

GABRIELA.

¿Por qué se lo callaste á Leandro? ¿Por qué me lo callas á mí?

TOMÁS.

Repito que no hay tales carneros.

GABRIELA.

Ya comprendo la causa. Te dará vergüenza confesarlo, porque te habrás enamorado de una mala mujer.

TOMÁS.

¡Eso sí que no! (Con mucho calor, irreflexiva y espontáneamente.) En todo el mundo hay mujer más.....

GABRIELA.

¡Hola, hola!

Riéndose.

TOMÁS.

¡Tonto de mí!

GABRIELA.

¿Lo ves? Es más fácil engañar á un chino que á una china.

TOMÁS.

Pues bien, sí; estoy enamorado de una muchacha más linda que una flor y más buena que el pan; pero no como yo veo que se enamoran algunos, sino de otro modo muy diferente. Ni á mirarla me atrevo. Tentaciones me dan á veces—perdónemelo Dios—de encomendarme á ella como á una santa. La quiero contra mi voluntad; preferiría que me odiase á que me quisiera. No me preguntes quién es, porque á nadie puedo decírselo, á nadie. Si mi madre viviera, ni á mi madre se lo diría. (Óyese ladrar fuertemente al perro.) ¡Santa Bárbara! De fijo está ahí Aguilar. ¡Bueno se va á poner Leandro! ¡Pícaro *Leal!* ¡Aquí, *Leal*, aquí!

Vase corriendo por la puerta del foro.

ESCENA X.

GABRIELA y LEANDRO.

GABRIELA.

¿Qué mujer será la que ha merecido su cariño? ¿Seré yo?

Muy turbada.

LEANDRO.

¡Maldito sea el perro y su amo!

Saliendo por la puerta derecha. El perro sigue ladrando.

GABRIELA.

¿Á quién maldices? (Con enérgica indignación.) No; no soy yo. ¡Una mujer que amó á éste no puede ser amada por aquél!

Vase por la puerta de la izquierda.

ESCENA XI.

LEANDRO; después AGUILAR y TOMÁS.

LEANDRO.

Contento quedará el Duque del recibimiento que se le hace en mi casa. Ya está aquí.....

Como disponiéndose á recibir al Duque.

AGUILAR.

Francamente, ese perro me asusta.

LEANDRO.

(No es él.)

TOMÁS.

Ladra, pero no muerde.

LEANDRO.

Mil perdones, amigo mío.

AGUILAR.

Dígole á usted que es gusto tener una fiera dentro de casa.

LEANDRO.

Bajo á Tomás en tono de áspera reconvención.

(¿Lo estás viendo?)

TOMÁS.

(¡Por vida de *Leal!*)

LEANDRO.

¿Sabe usted que el Duque no ha venido aún?

AGUILAR.

Por eso vengo yo. (Tenemos que hablar.)

Bajo á Leandro.

TOMÁS.

(¡Secretitos!)

LEANDRO.

¿Le ha visto usted?

AGUILAR.

Me ha escrito.

LEANDRO.

¿Y qué?

AGUILAR.

Que no vendrá.

TOMÁS.

¡Toma! ¿Ahora salimos con eso?

LEANDRO.

Calla. (A Tomás.) ¿Por qué motivo?

A Aguilar.

AGUILAR.

(Haga usted que se vaya Tomás.)

TOMÁS.

(¡Y el faisán que estaba allí tan serio esperándole!)

LEANDRO.

Di que preparen la comida para dentro de media hora.

TOMÁS.

(Se quieren quedar solos.)

LEANDRO.

¿No oyes?

TOMÁS.

Sí..... Diré á tu prima que está aquí este caballero.

AGUILAR.

No, no la moleste usted. Yo pasaré á su habitación.

LEANDRO.

Pero ¿no vas?

TOMÁS.

Ya voy. (¿Qué traerán entre manos estos dos angelitos?)

Vase por la puerta de la derecha de primer término.

ESCENA XII.

LEANDRO y AGUILAR.

LEANDRO.

Ya estamos solos. ¿Por qué no viene el Duque?

AGUILAR.

No debo ocultárselo á usted. Esta es la carta que me ha enviado poco ha. (Dando á Leandro una carta.) ¡Estoy furioso!

LEANDRO.

«Mi querido Aguilar (Leyendo la carta.): Por recomendación de usted he recibido en mi casa al señor Jiménez, y le ofrecí anoche comer hoy en la suya. Casualmente acabo de saber que su padre calzaba á mi ayuda de cámara. Tenga usted la bondad de disculparme con su recomendado según le parezca mejor. Suyo afectísimo.....» ¡Qué vergüenza! ¡Qué rabia!

AGUILAR.

¡Es un gran señor del siglo pasado!

LEANDRO.

No siento el desaire por mí; lo siento por usted.

AGUILAR.

¡Oh! Yo haré entender á ese caballero..... (Paseándose rápidamente á lo ancho de la escena.) Se me enciende la sangre cuando veo á personas que no tienen mérito alguno propio darse tono con hombres como usted. La verdadera nobleza no está en los pergaminos; está aquí, aquí.

Dándose golpes en el pecho.

LEANDRO.

Es inútil luchar con las preocupaciones sociales. Yo salgo mañana de Madrid, y me voy al último rincón del mundo.

AGUILAR.

No faltaba más. El Duque es una excepción de la regla. Adonde quiera que usted vaya será bien recibido. Y si no fuera por Gabrielita, yo le aconsejaría á usted una cosa.

LEANDRO.

¿Cuál?

AGUILAR.

Que procurase usted emparentar con la nobleza por medio de un casamiento.

LEANDRO.

¿Y sería posible.....!

AGUILAR.

Así se quitaba usted de ruidos, tomando de pronto en la sociedad el puesto que le corresponde.

LEANDRO.

Pero.....

AGUILAR.

Así podría usted tratar como á igual á ese altivo Duque, y devolverle tal vez un día el desaire que le acaba de hacer.

LEANDRO.

Por conseguir eso diera parte de mi vida.

AGUILAR.

¿De veras? Pues desde hoy mismo empiezo á buscarle á usted una novia que le convenga.

LEANDRO.

¿Querría una señora ilustre darme su mano?.....

AGUILAR.

¡Seguramente!

LEANDRO.

¿Á que no?

AGUILAR.

Á que sí.

LEANDRO.

Una prueba.

AGUILAR.

Veamos.

LEANDRO.

¿Qué haría usted si yo le pidiera la mano de su sobrina?

AGUILAR.

¡Ay qué suposición tan graciosa! ¡Ja, ja, ja! (Tragó el anzuelo.)

LEANDRO.

Respóndame usted.

AGUILAR.

No sé qué responder. ¡Me coge usted tan de nuevas!.....

LEANDRO.

Diga usted que me tiene en menos. Ya lo sabía yo.

AGUILAR.

Usted no me conoce. Usted ignora cuánto le estimo. Nunca olvidaré que usted salvó la vida á mi

pariente el señor don Juan, un pariente á quien quería yo con delirio. Pero ¿habla usted con formalidad?

LEANDRO.

Con toda formalidad.

AGUILAR.

¿Quién había de imaginarse?..... Lo pensaré. Un tutor debe pensar mucho estas cosas.

LEANDRO.

Comprendo..... Una negativa cortés.

AGUILAR.

No, señor, no hay tal negativa.

LEANDRO.

¿Teme usted que ella se niegue?.....

AGUILAR.

Lo que es en cuanto á eso, he creído notar.....

LEANDRO.

¿Qué?

AGUILAR.

Que no le mira á usted con malos ojos.

LEANDRO.

¿Será tan grande mi ventura?..... Resuélvase usted: una palabra.

AGUILAR.

¡Qué carácter tan impetuoso!..... Pues, señor, corriente: se casará usted con mi sobrina.

LEANDRO.

¡Oh! ¡Gracias, gracias! No sabe usted el bien que me hace. Y dígame usted: ¿la boda se verificará pronto?.....

AGUILAR.

Sí; dentro de unos dos ó tres años.

LEANDRO.

¿Cómo?

AGUILAR.

Le confesaré á usted aquí, en confianza, que de algún tiempo á esta parte, por desgracias que contaré á usted despacio, he perdido casi todo mi patrimonio. En uno de mis apuros tuve que echar mano de los bienes de mi pupila, y hasta que logre reunir algún dinero.....

LEANDRO.

¿Qué caudal es el de la Marquesa?

AGUILAR.

Cosa corta: unos dos millones y pico.

LEANDRO.

La boda puede verificarse en seguida. Yo daré por recibidos los bienes de mi esposa.

AGUILAR.

¿Qué me propone usted?

LEANDRO.

Nadie se enteraría.....

AGUILAR.

¡Usted me ofende! ¡Yo soy un caballero!

LEANDRO.

¡Pero si no se trata más que de una demora!

AGUILAR.

¿Una demora? Explíquese usted.

LEANDRO.

Ahora, en los documentos oficiales, se hará constar que yo recibo ese caudal; y cuando usted pueda buenamente, me lo entregará por bajo de cuerda.

AGUILAR.

¿Conque se lo entregaré á usted cuando pueda buenamente?

LEANDRO.

Sí, señor.

AGUILAR.

Eso tiene otro ver.

LEANDRO.

Consiente usted, ¿no es cierto?

AGUILAR.

Por que no diga usted que soy testarudo.

LEANDRO.

¡Qué felicidad la mía!..... ¡Señor Aguilar!.....

Queriendo estrecharle la mano.

AGUILAR.

Llámeme usted tío, y venga un abrazo.

Se abrazan.

LEANDRO.

¡Con mil amores!

AGUILAR.

Saludaré á su prima de usted por el bien parecer.

LEANDRO.

Vamos allá.

AGUILAR.

(¡Salí de apuros!)

LEANDRO.

(Dos millones me cuesta. No importa. ¡Seré Marqués!)

Vanse por la puerta de la izquierda. A poco óyese ladrar al perro.

ESCENA XIII.

TOMÁS.

Sale de detrás de las colgaduras de la puerta de la derecha de primer término, pálido y desencajado.

¡Qué par de bribones! ¿Cuál será más bribón de los dos? No estoy en mí; no sé qué me sucede. No; si no

puede ser. Me habré dormido detrás de las cortinas; habré soñado..... Todo es más creíble que la maldad de ese tunante. ¡Abandonar á Gabriela! ¡Casarse con otra! ¿Y qué será de la infeliz? ¡No ha de salirse con la suya! ¿Para qué estoy yo aquí? Le hablaré, y si no me hace caso..... ¡Líbrele Dios de no hacerme caso! ¡Digo, el que se pasaba la vida echando sermones contra los ricos! ¡El que quería arreglar el mundo! Todos los vicios que censuraba en los demás, todos los tiene él aumentados en tercio y quinto. (Óyese ruido de gente que corre.) Es malo y—claro está—fué malo como pobre, y como rico es malo también.

ESCENA XIV.

TOMÁS y GABRIELA.

GABRIELA.

Corre, Tomás, corre. (Saliendo precipitadamente y muy asustada por la puerta de la izquierda.) Le quieren matar.

TOMÁS.

¡Matar! ¿Á quién?

GABRIELA.

Al perro.

TOMÁS.

¡Matar á *Leal*!

Óyense quejidos del perro.

GABRIELA.

Se ha tirado al señor Aguilar, y le ha rasgado el pantalón.

TOMÁS.

¿El pantalón no más?

GABRIELA.

Hacia el comedor van corriendo tras él.

TOMÁS.

¡Ay del que se atreva á tocarle!

Vase corriendo por el foro izquierda.

ESCENA XV.

GABRIELA, á poco LEANDRO y AGUILAR; después TOMÁS, DON VICENTE y dos lacayos.

GABRIELA.

Matadle en seguida, matadle, decía Leandro á los criados (Con expresión de terror.); matadle, ó mato yo á uno. ¡Y cómo lo decía!..... ¡Echando fuego por los ojos, trémulo de rabia!..... Ese hombre me da miedo..... ¿Quién me librará de ese hombre?

LEANDRO.

Saliendo por la puerta de la izquierda. Aguilar viene apoyado en su brazo, y trae roto el pantalón.

Serénese usted.

AGUILAR.

¡Qué horror! Creí que me hacía pedazos.

LEANDRO.

Con saña.

Ya habrá llevado su merecido.

DON VICENTE.

Dentro.

¡Favor! ¡Socorro! ¡Socorro!

TOMÁS.

Dentro.

¡No huyáis, cobardes!

Salen corriendo dos lacayos por la puerta del foro. Al llegar á ella D. Vicente, le alcanza Tomás y le ase por el pescuezo.

DON VICENTE.

¡Que me ahoga! ¡Favor!

TOMÁS.

Te ahogaré, te mataré.

DON VICENTE.

Yo no he sido; al contrario. Su excelencia, mi amo, decía que el que hace daño á los animales.....

TOMÁS.

Soltando á D. Vicente y dirigiéndose á los lacayos, que corren á ponerse detrás de Leandro.

¿Han sido aquéllos?

LEANDRO.

Con tono imperioso y severo.

¡Tomás!

AGUILAR.

(¡No me llega la camisa al cuerpo!)

GABRIELA.

¿Le han hecho algo?

TOMÁS.

Le han atravesado con un estoque de bastón. ¡Han matado á *Leal*! (Con rabia.) Allí está el animalito caído en el suelo y respirando por la herida..... ¡Mi perro! ¡Mi *Leal*!

Con acento de desesperación.

LEANDRO.

Modérate; hay gente delante.

TOMÁS.

¿Y qué me importa á mí la gente? ¡Malvados!.....

A los lacayos, dirigiéndose á ellos otra vez.

LEANDRO.

Deteniéndole.

¡Basta!

GABRIELA.

¡Sosiégate!..... ¡Escucha!.....

TOMÁS.

Encarándose con Aguilar.

Ya sabía *Leal* por qué le enseñaba á usted los dientes.

LEANDRO.

Interponiéndose.

Mira lo que dices.

TOMÁS.

¡Bien mirado lo tengo! ¡Aparta!

GABRIELA.

¡Por piedad!

TOMÁS.

A los lacayos.

¿Os ha mandado alguien que le matéis? ¿Os lo ha mandado este viejo?

AGUILAR.

Con susto, retrocediendo.

¡Canario!.....

LEANDRO.

Se lo he mandado yo.

TOMÁS.

¡Tú!..... ¡Tú!..... ¡Sí! ¿Qué mucho que mates á un perro? De mayor hazaña eres capaz. Muere tú.

Cogiendo una silla y levantándola en alto con ambas manos.

GABRIELA, AGUILAR Y DON VICENTE.

Dando un grito. Gabriela detiene á Tomás, que al verla deja la silla y baja la cabeza.

¡Oh!

AGUILAR.

Con susto y ansiedad.

Vámonos de aquí.

LEANDRO.

Sí, dejémosle por loco.

Dirígense hacia el foro Leandro, Aguilar, D. Vicente y los lacayos.

GABRIELA.

Con energía.

¡Es un infame, Tomás!

TOMÁS.

Levantando la cabeza y con mucha fuerza de expresión.

¡Gabriela, es un infame!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA y DON VICENTE.

GABRIELA.

¿Ha vuelto ya?

DON VICENTE.

Todavía no, y son ya las ocho menos cuarto. Quizá se haya quedado á comer con el señor Aguilar. Hoy es lunes y los lunes comen allí varios amigos, entre otros don Federico Vilches, mozo de quien gusta mucho hace ya tiempo la Marquesita, pero con el cual no quiere casarse por razones de peso. Conque me parece que usted y el señorito deberían tomar un bocado. Cuando su excelencia, mi amo, estaba de mal humor, solía decir al sentarse á la mesa, restregándose así las manos: «Ea, vamos á comer, que tripas llevan corazón.»

GABRIELA.

Gracias; no tengo apetito. ¿Qué hace Tomás?

DON VICENTE.

Está en su cuarto, con los codos apoyados en una mesa y la cabeza entre las manos. Desde la puerta le

he estado viendo, y él ni siquiera me ha sentido. De cuando en cuando suspira, y unas veces dice «*¡Leal!*» (En tono de aflicción.) ¡Como quería tanto al perro! Y otras dice «¡Leandro!» (En tono de cólera.) ¡Como le han hecho esa perrada!

GABRIELA.

¡Pobre Tomás!

DON VICENTE.

Pues también él ha dicho: «¡Pobre Gabriela!»

GABRIELA.

¿Sí?

DON VICENTE.

Sí, señora; y al decirlo, empezó á dar unos resoplidos tan fuertes que yo me asusté y le pregunté si quería algo.

GABRIELA.

(No; Leandro no me ama. ¡Qué vanidoso es! ¡Qué malo es! Dios mío, si me caso con él, ¿qué va á ser de mí?)

DON VICENTE.

Contemplándola.

(Habla sola.)

GABRIELA.

(No veía más que á ese hombre cuando mi corazón empezaba á sentir; amparó mi orfandad; creí que le amaba. Sí, alguna disculpa merezco; pero cuando pienso que he creído amarle, siento una rabia tan grande contra mí misma.....)

DON VICENTE.

(Parece que se enoja.)

GABRIELA.

(¿Qué haré para evitar este casamiento? Le diré la verdad. Me apartaré de su lado..... ¡Si fuera yo la

mujer á quien quiere Tomás!..... ¡No lo permita Dios! Padecería aún más de lo que ahora padezco: no me consolaría nunca de haber tenido tan cerca la dicha sin reparar en ella. ¡Dichosa la mujer á quien ame un hombre tan bueno!)

DON VICENTE.

Ahí está, señorita.

GABRIELA.

Con alegría.

¿Tomás?

DON VICENTE.

No: don Leandro.

GABRIELA.

Enjugándose las lágrimas.

¡Oh!

DON VICENTE.

(¡Qué cara de vinagre!)

ESCENA II.

DICHOS y LEANDRO.

LEANDRO.

Dentro de un rato vendrá por mí en su coche el señor Aguilar. En cuanto suba el lacayo, avíseme usted.

DON VICENTE.

Bien está, señor. (Leandro le despide con un ademán.) Me voy corriendo. No deseaba yo otra cosa.

Vase por la puerta del foro.

ESCENA III.

GABRIELA y LEANDRO.

LEANDRO.

Espera: tenemos que hablar.

GABRIELA.

Di.

LEANDRO.

Ya lo has visto.

GABRIELA.

¿Qué?

LEANDRO.

Que Tomás no puede seguir viviendo en mi compañía.

GABRIELA.

¿Por qué?

LEANDRO.

¿Por qué, preguntas? Yo no puedo tolerar que haya en mi casa estos escándalos.

GABRIELA.

Advierte.....

LEANDRO.

Es preciso que Tomás se marche de aquí.

GABRIELA.

¿Vas á despedir á tu bienhechor como se despide á un criado?

LEANDRO.

Le pagaré lo que le debo.

GABRIELA.

Te dió su corazón; no le puedes pagar.

LEANDRO.

Gabriela, mide tus palabras.

GABRIELA.

Si al fin llega á convencerse de que le odias y le desprecias, ¡qué golpe recibirá el desdichado! Vuelve en ti. No arrojes de tu casa al amigo que te acogió en la suya. Sé agradecido. ¿Á quién habrá amado este hombre? Todo el mundo ama á sus padres. Querrías á los tuyos, ¿verdad? Pues bien; te lo pido por la memoria de tus padres.

LEANDRO.

De seguir viviendo juntos los dos, pudieran sobrevenir graves males que debo evitar.

GABRIELA.

Tomás se irá, no lo dudes; aguarda á que te deje por su voluntad.

LEANDRO.

Por su voluntad no me dejará nunca. Se ha de ir en seguida. Si yo se lo digo tendremos nuevo escándalo; díselo tú.

GABRIELA.

¿Yo?

LEANDRO.

Créeme y haz lo que te encargo.

GABRIELA.

Me encargas una infamia.

LEANDRO.

Estás abusando de mi paciencia.

GABRIELA.

¿De qué no has abusado tú?

LEANDRO.

Díselo, Gabriela.

GABRIELA.

No.

LEANDRO.

¿No?

GABRIELA.

¿Te has vuelto sordo? No.

LEANDRO.

Es que yo quiero que se lo digas.

GABRIELA.

Es que yo no se lo quiero decir.

LEANDRO.

Corriente: serás responsable de lo que suceda. Se lo diré yo.

Dirigiéndose á la puerta de la derecha de primer término.

GABRIELA.

Poniéndose delante.

¡Leandro!

LEANDRO.

¿Está en su cuarto? Déjame.

Asiéndole una mano para apartarla.

GABRIELA.

No; no has de verle.....

LEANDRO.

¿Que no?

GABRIELA.

Piénsalo siquiera esta noche.

LEANDRO.

¡Aparta!

GABRIELA.

No seas infame, Leandro.

LEANDRO.

Aparta, digo.

Oprimiéndole la mano con violento furor.

GABRIELA.

¡Ay!

Dando un grito.

LEANDRO.

¿Qué? ¿Te he lastimado? (Muy confuso y avergonzado.) Tal vez sin pensar.....

ESCENA IV.

DICHOS y DON VICENTE.

DON VICENTE.

¿Qué es eso, señorita?..... ¿Por qué ha gritado usted?

Mirando alternativamente á Gabriela y Leandro.

GABRIELA.

No....., no es nada.

DON VICENTE.

¿Por qué se mira usted esa mano?

GABRIELA.

Por nada..... Don Vicente....., por nada.

DON VICENTE.

Dijo un día su excelencia, mi amo, dando así una patada en el suelo: «No es hombre el que maltrata á una mujer.»

LEANDRO.

¿Á qué ha venido usted aquí? Ya estoy harto de usted.

DON VICENTE.

Y yo de usted.

LEANDRO.

¡Don Vicente! Fuera de mi casa mañana mismo.

DON VICENTE.

¿Mañana? No señor; esta noche, en cuanto haga el hatillo; y antes me hubiera marchado si no me diera tanta pena salir de una casa donde han corrido treinta y cinco años de mi vida, y donde quería morir como su excelencia, mi amo. Con la manda que él me dejó tengo yo más que suficiente para pasarlo hecho un patriarca; y lo que su excelencia, mi amo, dijo, poniéndose así colorado de rabia, una vez que se enfadó con un señor muy tonto y muy presumido y muy insolente: «¡Caramba con el hombre, que no se le puede aguantar!»

LEANDRO.

¡Si no mirase que tiene usted canas!.....

Dirigiéndose á la puerta de la derecha de primer término.

GABRIELA.

Retírate, Leandro. Yo hablaré á Tomás.

LEANDRO.

¿De veras?

GABRIELA.

Sí; te lo prometo.

LEANDRO.

Es lo mejor.

Vase por la puerta de la derecha de segundo término, que cierra.

ESCENA V.

GABRIELA y DON VICENTE.

DON VICENTE.

¡Habráse visto el arrapiezo! ¡Pues ni que uno fuera otro Job! Liaré el petate, y.....

Dirigiéndose hacia el foro.

GABRIELA.

¡Don Vicente!

Llamándole.

DON VICENTE.

Señorita.

GABRIELA.

¿De fijo se va usted á marchar?

DON VICENTE.

¡No que no! Por la posta.

GABRIELA.

¿Dónde dormirá usted esta noche?

DON VICENTE.

Ahí, más abajo; en una casa de huéspedes. El ama es paisana y amiga mía. Mujer muy limpia y honrada á carta cabal.

GABRIELA.

Hágame usted un favor, don Vicente.

DON VICENTE.

Con alma y vida.

GABRIELA.

Lléveme usted á esa casa.

DON VICENTE.

¿También usted se quiere ir?

GABRIELA.

Sí, señor.

DON VICENTE.

¡Ánimas benditas! ¡Me deja usted con la boca abierta!

GABRIELA.

Mi resolución es irrevocable. Sé coser y bordar. Tengo tiendas conocidas donde me darán trabajo. Trabajaré. Dios me abrirá camino.

DON VICENTE.

La verdad es que á usted no le convenía casarse con ese caballerito. Y más vale comer patatas con sosiego, que trufas rabiando. También esto se lo oí decir á mi amo en cierta ocasión. Pero antes debe usted pensar.....

GABRIELA.

Me iré sola si usted no me acompaña.

DON VICENTE.

Eso no, y todo cuanto yo tengo es de usted. Lo que más me duele es verme solo en el mundo al cabo de mis años. ¡Ojalá pudiera servirle á usted de padre!

GABRIELA.

Gracias, don Vicente, gracias.

ESCENA VI.

DICHOS y TOMÁS.

TOMÁS.

¿No estaba aquí Leandro contigo?

DON VICENTE.

Aquí estaba ese Fierabrás.

TOMÁS.

Ya le tengo á usted prevenido que delante de mí.....

DON VICENTE.

Sí, defienda usted á quien es capaz de maltratar á la señorita.

TOMÁS.

¡Eh! ¿Qué quiere usted decir?

GABRIELA.

¡Don Vicente, por Dios!.....

TOMÁS.

¿Qué ha hecho Leandro?

GABRIELA.

Me tenía cogida una mano; apretó sin querer.....

TOMÁS.

¡Villano!

DON VICENTE.

¡Oiga! ¿Conque ya estamos de acuerdo? Me alegro mucho.

TOMÁS.

¿Dónde se oculta?

GABRIELA.

Óyeme. Es preciso que salgas al punto de esta casa.

TOMÁS.

¿Te ha encargado que me eches?

DON VICENTE.

Está visto que el hombre se quiere quedar solo.

GABRIELA.

Vete, por favor.

TOMÁS.

Me iré cuando le haya hablado. Aun no sabes..... Si los dos tenemos mucho que hablar. ¡Leandro! (Llamándole.) Ha cerrado la puerta.

Empujando la puerta de la derecha de segundo término.

GABRIELA.

¿También tú desoyes mis súplicas?

TOMÁS.

Nada temas. ¡Leandro!

Dando golpes en la puerta.

DON VICENTE.

(Si éste me le diera un buen susto.....)

TOMÁS.

¿No quieres verme? ¿Es por miedo ó vergüenza?

ESCENA VII.

DICHOS y LEANDRO.

LEANDRO.

Menos ruido. Aquí estoy.

TOMÁS.

Déjanos.

GABRIELA.

¡Dios mío! ¡Dios mío!

Yéndose por la puerta de la izquierda.

DON VICENTE.

Ay, Jesús; entre éste y aquél, ¡qué diferencia!

Yéndose por la puerta del foro.

ESCENA VIII.

LEANDRO y TOMÁS.

TOMÁS.

No era regular que dos amigos de toda la vida como nosotros, al ir á echar cada cual por camino distinto, ni siquiera se dijesen adiós. Siéntate.

Acercándole una silla.

LEANDRO.

Me encuentro bien.

TOMÁS.

Con tono imperioso.

Siéntate.

LEANDRO.

Como gustes.

Se sienta.

TOMÁS.

¿Quieres?

Sentándose á horcajadas en una silla y sacando de la petaca un cigarro de papel.

LEANDRO.

No; gracias.

TOMÁS.

Mal hecho. ¿No conoces la copla del marinerito y el soldado?

Meciéndose á compás en la silla mientras canta esta copla:

«El marinerito y el soldado
Se suelen á veces enfadar,
Pero de los dos cesa el enfado
Luego que se ponen á fumar.»

LEANDRO.

¿Te burlas?

TOMÁS.

¿Burlarme yo de ti? Ni por pienso. (Encendiendo un fósforo, y en él el cigarro.) Conque vamos á ver: ¿qué te parece á ti de este mundo? Está muy mal arreglado, ¿eh? Pero á bien que tú vas ya arreglándole poco á poco.

LEANDRO.

Se conoce que tienes gana de broma.

TOMÁS.

Ya los pobres hallan amparo; respeto los humildes.

LEANDRO.

¿Qué más?

TOMÁS.

Ya es cosa probada que el tener dinero no da derecho para tener soberbia y mal corazón.

LEANDRO.

¡Tomás!

TOMÁS.

Ya, gracias á Dios, hay un rico bueno que sepa cumplir con su deber. Uno solo, es verdad. Solo uno, sí señor. Todos los ricos son pícaros desalmados: todos menos éste, que es una alhaja.

Poniéndole una mano en el hombro.

LEANDRO.

¡Basta!

Levantándose.

TOMÁS.

¿Qué ha de bastar, si ahora empiezo á insultarte? (Levantándose también.) Tú que ambicionabas riquezas para dar una lección á los ricos, mira allí (Señalando al retrato.), y delante de aquél tápate la cara abochornado. Tú que llamabas á los ricos egoístas y vanidosos, ¡tú sí que eres vanidoso y egoísta! Como á esclavo tratas á todo el que depende de ti: exprimes el jugo al que tiene poco para tener tú más; niegas al pobre la limosna que necesitaba para alargar su vida; te avergüenzas del amigo que te dió su pan cuando sentías hambre; te avergüenzas de la mujer que te amó cuando únicamente miseria podías ofrecerle; te avergüenzas del padre que te engendró. No puede hacer cosa buena quien se avergüenza de su padre.

LEANDRO.

Calla: no prosigas.

TOMÁS.

Pero en cambio, pidamos coches y muebles dorados á París; en cambio, hagamos asunto principal de la vida sentar á un duque á nuestra mesa; casémonos, en cambio, con una mujer á quien no quiero, que no me quiere, que tal vez quiera á otro. ¿Qué importa? Aquí no se trata de amor: se trata de un negocio. Yo

tengo dinero, ella un título. Pues señor, trato hecho; venga el título y ahí van los cuartos.

LEANDRO.

¿Por dónde sabes que me voy á casar con la Marquesa; por dónde lo sabes?

TOMÁS.

Lo sé porque oí tu conversación con el señor Aguilar, oculto detrás de aquella colgadura.

LEANDRO.

¡Qué acción tan ruin! ¡Qué villanía!

TOMÁS.

Sí, hombre, sí; asústate, que tú debes asustarte de las malas acciones.

LEANDRO.

Me odias; te aborrezco. Los hombres no han de insultarse como mujeres; estoy á tu disposición.

TOMÁS.

¿Qué es eso? ¿Me desafías? ¡Tonto! Un millonario, un Marqués en ciernes, no puede reñir con un menestral. Lo que sí puede suceder es que el menestral pierda los estribos y rompa la crisma de un puñetazo al señor Marqués. Leandro, pase todo lo que has hecho, todo lo que intentas hacer; todo, menos que abandones á Gabriela. Habéis vivido juntos; es público que os habéis amado: si tú ahora no te casas con ella, quedará deshonrada á los ojos de cuantos no tengan, como yo, pruebas seguras de su virtud. Gabriela te ama; Gabriela es un ángel que aún te puede salvar. Leandro, ¡por el cariño que te tuve! ¡Por el que te profeso aún! Sí; todavía te quiero como se quiere á un mal hermano. Te perdono que hayas matado á *Leal;* te perdono que me desprecies. Ahora mismo saldré de esta casa; no nos volveremos á ver,

á no ser que algún día necesites de mí, que entonces me tendrás á tu lado, dispuesto á darte lo que me pidas; hasta la sangre de mis venas. Pero cásate con esa infeliz. Cásate con ella y—¿qué más?—te daré un abrazo de despedida.

Abrazándole.

LEANDRO.

Lo siento, pero ya lo sabes, Tomás; estoy comprometido formalmente con la Marquesa.

TOMÁS.

¿Y con Gabriela no?

LEANDRO.

La verdad: no la amo.

TOMÁS.

¿Y á la otra sí? Di que tú no eres capaz de amar. ¿Por qué te pusiste entre ella y yo? ¡Yo sí que la amaba! ¡Yo sí que la hubiera hecho feliz!

LEANDRO.

¿Amas á Gabriela?

TOMÁS.

¡Con todo mi corazón, con toda mi alma!

LEANDRO.

¡Qué dicha! Todo puede arreglarse.

TOMÁS.

¿Cómo?

LEANDRO.

Cásate con ella.

TOMÁS.

Pero, ¿no sabes que ella á mí no me tiene amor?

LEANDRO.

Yo la dotaré: os daré dinero, mucho dinero.

TOMÁS.

¡Qué iniquidad! ¿Quieres comprar un marido para

Gabriela? ¿Quieres dársela á un canalla? Sí; únicamente los canallas se dejan comprar.

LEANDRO.

No, Tomás; no es ésa mi intención; pero tú.....

TOMÁS.

Calla, que si te oigo una palabra más tendré que matarte. Con razón has creído que yo no debía seguir viviendo á tu lado. Vivir con un tunante no podía convenirle á un hombre de bien. Espera.

Vase por la puerta de la derecha de primer término.

ESCENA IX.

LEANDRO; á poco TOMÁS, después GABRIELA, luego D. VICENTE.

LEANDRO.

¡Qué horrible día! ¿Por qué tolero que me insulte? ¿Le asistirá derecho para insultarme? Logro lo que deseo, y el corazón se me contrista.

TOMÁS.

Ahí va tu frac. (Saliendo por la misma puerta con la blusa y la gorra que llevaba en el primer acto. Trae en la mano el frac, y le arroja al suelo.) Con él puedes engalanar á uno de tus lacayos. Ahí va tu dinero (Sacando dinero de los bolsillos, y arrojándolo también al suelo.); quizá te haga falta algún día. Lo que he gastado en tu casa durante un mes, váyase por lo que tú gastaste en la mía durante más de tres años. Saca la cuenta, y si aún te debo algo, dímelo y te lo pagaré. No quiero deberte nada; quiero quedar en paz contigo y, sin ser ingrato, poderte despreciar con todas las fuerzas de mi alma.

LEANDRO.

Te ciega la cólera. Me ofendes sin razón.

TOMÁS.

Otra cosa te dice á gritos la conciencia. ¡Gabriela!

Acercándose á la puerta de la izquierda y gritando.

LEANDRO.

¿Qué intentas hacer?

TOMÁS.

Vas á verlo. ¡Oh! (Gabriela sale por la puerta de la izquierda con el vestido de percal que llevaba en el acto primero.) Ven aquí. (Asiéndola de una mano.) Es preciso que lo sepas. Leandro no te quiere. Va á casarse con otra. Ha pedido la mano de la Marquesa.

GABRIELA.

Mira.

TOMÁS.

¿Ese traje?.....

GABRIELA.

Antes de saberlo, había yo resuelto separarme de él.

LEANDRO.

¿Estás loca? No lo consentiré jamás.

GABRIELA.

Leandro, tú y yo deseamos vernos libres el uno del otro.

TOMÁS.

¿No le amas?

GABRIELA.

Si le amara conociéndole, me moriría de vergüenza.

LEANDRO.

¡Oh!

TOMÁS.

¡Te conoce al fin! ¡Ya no te ama! ¡Y yo sentía

que fueses malo! Muy bien que haces en serlo. Esto nada más tengo que agradecerte. Gabriela, saliendo de aquí renuncias al lujo, á las comodidades.

GABRIELA.

Cuando he vuelto á ponerme este vestido de percal se me ha ensanchado el corazón.

TOMÁS.

Gabriela, tú necesitas amparo. Hay un hombre que te ama. Es pobre, pero ante el mundo y ante el cielo puede levantar serena la frente. En otras circunstancias, nunca se hubiera atrevido á confesártelo. El hombre que te ama hace tiempo, el hombre que no piensa más que en ti, que no vive más que por ti....., ese hombre soy yo.

GABRIELA.

¡Tú! ¡Ay, no puedes imaginar lo que siente mi alma en este momento!

TOMÁS.

Eres honrada: algún día quizá llegues á quererme. ¿Verdad que no es imposible que me quieras? Responde, una esperanza, una palabra; una sola delante de él.

GABRIELA.

¿Por qué no vi antes quién era él, y quién eras tú?

LEANDRO.

¡Pérfidos, hipócritas! Os quejabais de mí, y me habéis estado engañando villanamente. Dile que le amas; díselo.

GABRIELA.

¿Quieres que se lo diga? Se lo diré si tú lo mandas. ¡Amarle es mi consuelo, mi rehabilitación, mi orgullo!

TOMÁS.

¿Has dicho que me amas? ¿Has dicho eso? Á ver, repítelo.

GABRIELA.

Ten compasión de esta pobre mujer, y no me hagas la ofensa de dudarlo. ¡Te lo juro por Dios!

TOMÁS.

¿Lo oyes, Leandro? Á ti no te quiere, y á mí sí. ¿Qué más puedo pedir al cielo?

LEANDRO.

Idos pronto; dejadme.

TOMÁS.

Ven á ser mi esposa.

GABRIELA.

¿Tu esposa yo? No; no lo merezco.

TOMÁS.

Yo sí que no merezco tanta ventura.

GABRIELA.

¡Bendita sea tu bondad!

DON VICENTE.

Vamos andando, señorita. (Saliendo por la puerta del foro con el sombrero y un paraguas en la mano, y un lío de ropa debajo del brazo.) Abajo esperan á usted en un coche, para ir al teatro, el señor Aguilar, su pupila y don Federico Vilches, un amiguito de la casa.

A Leandro.

TOMÁS.

Anda, insensato, anda á buscar lo que te parece felicidad. La felicidad es ésta (Señalando á Gabriela.); se viene conmigo: huye de ti. Millonario insolente, ¿de qué te sirven tus millones? Rico de ayer, date prisa á gastar tu dinero; gástalo casándote con una mujer que no te ama; gástalo satisfaciendo ruines vanidades

que endurezcan y prostituyan tu corazón. Quiere la justicia eterna que el rico malo compre su desgracia á peso de oro. ¡Adiós para siempre!

Dirígese al foro con Gabriela. Síguelos D. Vicente. Leandro se queda meditabundo con la cabeza inclinada hacia el suelo.

FIN DEL PROVERBIO.

MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA

PROVERBIO EN UN ACTO

IMITADO DEL FRANCÉS

REPARTO

en el estreno de la obra, representada en el teatro de la Zarzuela á 26 de Noviembre de 1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA.	Doña Teodora Lamadrid.
JUANA.	» Matilde Díez.
ANTONIO.	Don Manuel Catalina.
MIGUEL.	» Juan Casañer.

La comedia francesa de que es imitación la presente titúlase *La diplomatie du ménage*, y se estrenó en París, en el Teatro Francés, el 6 de Enero de 1852.

ACTO ÚNICO.

Habitación decorosamente amueblada. A la izquierda una chimenea, y sobre ella un espejo; dos butacas al lado de la chimenea; un balcón; á la derecha, dos puertas; un piano; un velador con un quinqué encendido; un costurero, libros y otros objetos; puerta en el foro.

ESCENA PRIMERA.

Elisa está sentada cerca del velador, con un pañuelo blanco en la mano.

Las nueve y media. (Mirando el reloj.) Las nueve y media, y no vuelve aún. Todo el día ha estado inquieto, receloso; no bien acabamos de comer se fué á la calle, diciéndome tan sólo un adiós tan frío como la nieve..... ¡Si hubiese empezado ya á perderme el cariño!..... ¡Tan pronto! ¡Qué infundado recelo! Sin embargo, Miguel y Juana se casaron al mismo tiempo que nosotros, y á estas fechas no se mueren ciertamente de amor. Sí; pero Juana tiene un carácter insufrible, quiere esclavizar á Miguel, y yo, por el contrario, nunca he reñido con mi Antonio, jamás le he dado el menor disgusto. Desdicha es que vivan en esta misma calle: así rara vez transcurren veinticuatro horas seguidas sin que alguno de ellos venga á referirnos sus desventuras, y Antonio pudiera al fin contaminarse con el ejemplo de un matrimonio tan mal

avenido. Soy injusta con él. Siempre me querrá..... ¿Siempre? No haberse acordado de que hoy es el segundo aniversario de nuestro enlace..... ¡Bah! ¡Los hombres tienen tantas cosas en qué pensar! Bien podía yo haberle dicho: «Eh, amiguito, que hoy hace años que nos casamos.» Pero ¡ca! Más de cien veces habré intentado decírselo, y nunca me lo consintieron la lengua ni los ojos: muda la una, demasiado habladores los otros con lágrimas intempestivas. Le hallaba serio, meditabundo; me trataba con tibieza y despego por la primera vez de su vida..... Y es lo cierto que ha llegado la noche, y aún tengo aquí este pañuelo que había bordado para dárselo hoy. ¡Válgame Dios! ¡Un día que yo esperaba que fuese tan alegre!..... No hay que apurarse: todo se arreglará. Sí; durante la cena que le tengo preparada..... Llaman. Él será. ¡Qué tontería! Al sentirle volver á casa, me late siempre el corazón. Que halle bien encendida la chimenea. (Echa leña en la chimenea y sopla con un fuelle.) Traerá frío. (Óyense voces confusas.) No, pues no es él.

ESCENA II.

ELISA y JUANA.

JUANA.

Dentro.

¿No sabe usted que para mí siempre está?

ELISA.

Es Juana. Á estas horas.....

JUANA,

Dentro.

¡Quítese usted de en medio, tonto!

ELISA.

¡Qué fastidio!

JUANA.

Entrando por la puerta del foro muy sofocada.

¡Ay, hija, qué criado el tuyo tan mal criado! Milagro ha sido que no le dé un empellón.

ELISA.

Como no me gusta recibir á nadie de noche estando sola.....

JUANA.

Bueno y santo que no hubiera dejado entrar á un hombre; pero á una mujer, á una amiga..... Es muy bruto, hija, ¡muy bruto! ¿Sabes á lo que vengo?

ELISA.

Ciertamente que no.

JUANA.

Difícil es que te imagines..... Pero á ver, criatura, dame una silla, que no puedo tenerme en pie. (Con brusca energía.) ¡Ay!

Suspirando con languidez y dejándose caer en una silla que Elisa le acerca.

ELISA.

¿Te sientes mala?

JUANA.

¡Jesús, muy mala! (Con afectado abatimiento.) Ni sé yo cómo hay una sola mujer con vida. (Con repentina cólera.) ¡Qué hombres! ¡Qué hombres tan malditos!

Haciéndose aire con un abanico de chimenea, que toma de encima del velador.

ELISA.

Pues ¿qué ocurre?

JUANA.

Nada..... Friolera..... ¡Uf! ¡Qué calor hace esta noche!

Se levanta abanicándose muy de prisa, y anda aceleradamente por la escena.

ELISA.

¿Calor? ¿En el mes de Febrero?

JUANA.

El que tiene ira está siempre en Agosto.—Oye. (Parándose de pronto.) Desde la infancia nos conocemos; á un tiempo fuimos novias de hombres á quienes por su íntimo trato llamaban los inseparables; nos casamos con ellos el mismo día, y estas circunstancias, en mi opinión, deben inducirnos á proceder de acuerdo en nuestra conducta de mujeres casadas y á prestarnos mutuamente ayuda contra los enemigos.

ELISA.

¿Los enemigos?

JUANA.

Nuestros maridos, lo mismo da.

ELISA.

¡Ah!

JUANA.

¡Oh! (Remedándola.) Pues has de saber por la mayor ventura del mundo que Miguel es un grandísimo bribón.....

ELISA.

Aprensiones tuyas.

JUANA.

Y Antonio otro que tal.

ELISA.

Ni de chanza me gusta oir.....

JUANA.

Sí, que yo soy chancera. Porque siempre está haciéndote mimos y carantoñas, te parece un bendito. Del agua mansa nos libre Dios, dice el refrán. Esos hipócritas y cazurros tienen el demonio en el cuerpo.

ELISA.

(¿Hasta cuándo pensará estarse aquí?) Con tanto hablar, aún no me has dicho la causa de tu venida.

JUANA.

Á eso voy; pero dame antes una silla si no quieres que me caiga redonda. (Elisa acerca una silla á Juana, que ahora estará en un lugar diferente del que ocupaba al principio de la escena.) Gracias. (Sentándose.) ¿Entiendes de pulso?

ELISA.

Con sequedad.

No.

JUANA.

Debo tener un poco de destemplanza. Como soy tan nerviosa, cualquier disgusto me pone fuera de mí.

ELISA.

¿Acabarás de explicarme qué ha sucedido?

JUANA.

Verás. Ya con el sombrero en la mano para irse á la calle, hará poco más de una hora, me dijo Miguel que el Ministro de la Gobernación le tenía citado para esta noche á las doce, y que á las diez y media volvería á casa á vestirse, advirtiéndome que los ministros suelen citar á las doce y recibir á las tres ó las cuatro de la madrugada. Mira qué gracia de ministros. Se le ha puesto ahora entre ceja y ceja ser diputado. ¡Para qué quería yo más día de fiesta! (Levantándose.) Bastantes discusiones tenemos en casa. Lo de la cita del ministro no me dió, sin embargo, buena es-

pina. Sigo la máxima de que las mujeres no deben creer nada de cuanto les digan sus maridos. Pues no bien se marchó, entré en su cuarto, abrí el cajón de su mesa..... El muy tonto los deja siempre cerrados; pero como contra siete vicios hay siete virtudes, yo, contra siete llaves que cierran tengo siete que abren.

ELISA.

Muy mal camino sigues, Juana.

JUANA.

Así descubriré algo de lo que me quiera ocultar.

ELISA.

Y ¿por qué ha de querer ocultarte nada?

JUANA.

Porque no hay marido en el mundo que no tenga algo que ocultar á su mujer. ¡Cosa más sabida!..... ¡Qué gusto el mío si le pillara una cartita de amor!

ELISA.

¡Sin duda que pasarías un rato muy divertido!

Con ironía.

JUANA.

Y ¡qué buen sofocón le había de dar!

ELISA.

¿Y qué lograrías con eso? Vamos á ver.

JUANA.

Dársele.

ELISA.

¿Y luego, Juana, y luego?

JUANA.

Luego..... le daría otro.

ELISA.

Considera que la prudencia es virtud que una buena esposa debe ejercer á toda hora con afán incansable; considera que el vínculo del matrimonio liga indiso-

lublemente al marido y la mujer como si los convirtiese en una sola persona.

JUANA.

¡Ay, hija! Si algunas veces nos oyeras reñir, creerías que mi marido y yo somos un batallón. Pero, como iba diciendo, abrí un cajón de su mesa y encontré esta cartita (Enseñándole una carta.) ¿Conoces la letra?

ELISA.

De Antonio.

JUANA.

Del mismo que viste y calza. Lee.

ELISA.

Esa carta no es para mí.

JUANA.

¡Cuánto repulgo de empanada! (Leyendo.) «Querido Miguel: Anoche con tus bromas me hiciste pasar en el café un mal rato. Si me negué á ir hoy al baile de máscaras del teatro Real, no fué por temor de enojar á Elisa, sino porque á mí esas diversiones me gustan muy poco. Después, sin embargo, he cambiado de idea: pásate por aquí á las once, y juntos iremos en busca de Mendoza y Valdés. Tuyo, Antonio.» ¿Eh, qué te parece?

ELISA.

Sea todo por Dios. Lo siento.

JUANA.

Sea todo por Dios. Lo siento. (Remedándola.) Tu flema es singular. Truena como yo, y hagamos siquiera uso del derecho de pataleo.

ELISA.

¿Y por qué he de enojarme? Lo siento, porque preferiría que se estuviese aquí conmigo, y porque esta noche precisamente se me había ocurrido prepa-

rarle una cena, sin que él lo supiese; pero si quiere irse á las máscaras, váyase en hora buena y cumpla su gusto, que en eso cifro yo mi ventura.

JUANA.

No es posible oirte sin que se le encienda á una la sangre. Á fe que si no llevaras ya dos años de casamiento, cualquiera diría que estás enamorada de tu marido.

ELISA.

Y cualquiera que lo dijese diría la verdad. No es ciertamente mi cariño amor de melodrama, rabioso y alborotador, capaz de buscar remedio á sus desdichas en un puñal ó en una caja de fósforos de Cascaste; pero lejos de entibiarse con el trato íntimo y diario de marido y mujer, halla en él su más firme apoyo, su incentivo más eficaz; y si no tengo venda en los ojos que me impida ver los defectos del sér amado, tengo en cambio paciencia y resignación para sufrirlos sin disgusto, antes bien con satisfacción y alegría. Amor es el mío, como ves, muy plebeyo y prosaico, amor á la pata la llana, que sentirá con igual fuerza mi corazón cuando la vejez arrugue mi piel y llene de canas mi cabeza. ¿Te ríes? ¿Crees que una vieja enamorada sería cosa inverosímil y extravagante? Los afectos desordenados, únicamente en la juventud merecen disculpa: un sentimiento puro y honrado, á todas las edades les está bien. Amor reprobado por la conciencia, dura poco; amor bendecido de Dios, puede durar eternamente.

JUANA.

Música celestial, y nada más que música celestial.

ELISA.

No seas hipócrita de vicios. ¿Acaso tú no amas también á tu marido?

JUANA.

¿Yo amar á mi marido? ¡Qué gracia! (Con viva indignación.) ¡Pues no estaría malo! Estas palomitas sin hiel son las que echan á perder á los hombres. Si todas tuviesen mi fibra y mi modo de pensar, ¡pobres de ellos! Nos temerían como á una espada desnuda.

ELISA.

El miedo hace esclavos: la esclavitud hace rebeldes.

JUANA.

¡Que si quieres! Con el látigo, y la espuela y el freno se doma á un caballo.

ELISA.

Ya; pero como mi marido no es caballo.....

JUANA.

Por eso hay que tirarle más de la cuerda. Si Miguel no tuviese tanto miedo, ¿quién le sujetaba á mi lado?

ELISA.

Antonio se complace en estar conmigo, y los medios de que para conseguirlo me valgo son muy diferentes.

JUANA.

Á ver, á ver.

ELISA.

Disponer las cosas de manera que en ninguna parte se halle tan á gusto como en su casa, quererle más cada día y respetar en todo su voluntad.

JUANA.

¿Aunque se le antoje ir á las máscaras?

ELISA.

Haga el cielo que nunca se le antoje cosa peor.

JUANA.

Mira que si á un marido se le deja pasar la primera, luego no hay forma de atarle corto.

ELISA.

Como yo no quiero atar al mío corto ni largo.....

JUANA.

Mira que un bailecito de máscaras puede traer mucha cola.

ELISA.

Ni Antonio ni Miguel están ya en edad de hacer el oso.

JUANA.

Forzosamente han de hacerle hasta que se mueran. ¡Si el hombre no es más que un oso disfrazado!

ELISA.

¿Á todos los tienes por iguales?

JUANA.

Por iguales, no. Unos son malos.....

ELISA.

Y otros buenos.

JUANA.

¿Bueno? Ninguno.

ELISA.

Pues el que no es malo, ¿qué es?

JUANA.

El que no es malo, hija mía, es peor.

ELISA.

Mírame.

JUANA.

Ya te miro.

ELISA.

¿Qué tal te parezco?

JUANA.

Pasaderilla.

ELISA.

¿Nada más?

JUANA.

¡Ay, qué fatua!

ELISA.

Sería hacerme poco favor suponer que Antonio puede enamorarse de otra tan fácilmente.

JUANA.

Es que para un marido toda mujer lleva á la suya una gran ventaja.

ELISA.

¿Cuál?

JUANA.

La de no ser suya.

ELISA.

Cada loco con su tema. De almas nobles es confiar.

JUANA.

Y desconfiar de gente avisada.

ELISA.

De necios creo yo, porque con la desconfianza no se evita el engaño.

JUANA.

Pues no hay más que hablar: es cosa averiguada que los santos van á los bailes de máscaras, y que van con el solo fin de darse golpes de pecho. Elisa, piénsalo bien antes de responderme. ¿Quieres ó no quieres formar conmigo alianza defensiva y ofensiva?

ELISA.

No estoy en guerra con nadie, gracias á Dios.

JUANA.

¿Quieres ó no quieres impedir que Antonio se vaya esta noche de picos pardos?

ELISA.

¿Con qué derecho? ¿Cómo?

JUANA.

¿Con qué derecho? Con el que asiste á toda mujer de impedir que su marido se divierta solo. ¿Cómo? Sacándole los ojos, si fuera preciso.

ELISA.

¿Así piensas tú evitar que Miguel vaya al baile?

JUANA.

¡Y tanto como lo evitaré!

ELISA.

Allá lo veremos.

JUANA.

¿Evitarás tú que Antonio vaya diciendo á todo amén?

ELISA.

¿Quién sabe? ¿Han llamado?

JUANA.

Me parece que sí. ¿Será él?

ELISA.

Á no dudar.

JUANA.

Me alegro: sentiría irme sin decirle una palabrita al oído.

ELISA.

¿Y á qué fin?

JUANA.

¿Temes que me le coma?

ELISA.

(¡Verle ahora con esta mujer delante, que lo

echará todo á perder!.....) Pues ahí te quedas. Voy á dar una vuelta por la cocina, no sea que haga la Petra con mis guisos algún desaguisado.

JUANA.

¿Qué importa si él no los ha de probar?

ELISA.

¡Toma! ¿Y yo?

JUANA.

Qué, ¿tú cenarás?

ELISA.

¡Claro está que sí! Y me tocará ración doble.

JUANA.

¡Ay qué alma de cántaro!

ELISA.

¿Qué quieres? Así me hizo Dios.

JUANA.

Te daría azotes como á un niño chiquito.

ELISA.

No te vendrían á ti mal unos cuantos.

Vase por la segunda puerta de la derecha.

ESCENA III.

JUANA, y en seguida ANTONIO.

JUANA.

Esta mujer tiene en las venas horchata de chufas. ¡Qué bien empleado le estaría que su señor marido le diese un buen chasco! Y se lo dará; por fuerza se lo dará. ¡Y cuánto me alegraré de que lleve su merecido!

ANTONIO.

No es ella. (Desde la puerta del foro mirando á Juana.) ¡Ah, Juanita! ¿Es usted?

Conociéndola y acercándose.

JUANA.

Desdeñosamente.

Me parece que sí.

ANTONIO.

Algo desconcertado.

Buenas noches.

JUANA.

Sin mirarle apenas.

Buenas las tenga usted.

ANTONIO.

¿Sopla mal aire?

JUANA.

Usted dirá.

ANTONIO.

¿Yo?

JUANA.

Usted, que viene de la calle.

ANTONIO.

(Tiene esta buena señora una habilidad para sacarme de mis casillas.)

JUANA.

Acercándose á él de pronto con resuelto ademán.

Ha de saber usted que Miguel no irá al baile esta noche.

ANTONIO.

Turbado.

¿Usted?.....

JUANA.

¿Usted?..... (Remedándole.) ¿Qué?

ANTONIO.

(Miguel me había dicho que su mujer no sabría nada.)

JUANA.

¿Se ha quedado usted mudo?

ANTONIO.

Señora..... yo....., Miguel.....

JUANA.

Mudo no, pero lo que es tartamudo..... Esa gracia nada más le faltaba á usted.

ANTONIO.

Creía....., me figuraba.....

JUANA.

Seguro; tartamudez incurable.

ANTONIO.

(Esta señora..... ¡Ay qué señora de mis pecados!)

JUANA.

Bruscamente.

¿Quiere usted hablar ó no?

ANTONIO.

Con despecho.

¿Pero qué quiere usted que diga?

JUANA.

Es verdad; nada me puede usted decir.

ANTONIO.

Ya que usted lo conoce..... (Sentándose.) Con permiso de usted.

JUANA.

Usted le tiene. (Pausa.) ¿Cree usted que le está bien á un hombre casado, que ya no es un niño?..... (Acercándose á él otra vez como antes.) ¡Qué niño! ¿Cuántos años tiene usted?

ANTONIO.

Con enfado.

¡Qué sé yo!

JUANA.

Claro; son ya tantos que se pierde la cuenta. Usted es una de esas personas que no cambian nunca de fisonomía. Desde que yo era una muñeca le conozco á usted con la misma cara.

ANTONIO.

Como que no tengo otra.

JUANA.

Calle usted..... Sí..... Lo menos..... Lo menos..... Cuarenta muy corridos.

ANTONIO.

¡Señora! (Levantándose de pronto.) ¡Ni corridos ni sin correr! ¡Treinta y seis cumpliré la semana que viene!

JUANA.

¡Treinta y seis! ¡Ya baja!

ANTONIO.

Ni baja ni sube. ¡Treinta y seis!

JUANA.

Y aunque no sean más que cuarenta ó cuarenta y dos, ¿cree usted que le está bien á un hombre casado que casi casi peina canas?.....

ANTONIO.

¿Yo canas?

JUANA.

Vamos al decir.

ANTONIO.

¿Y á qué decir lo que no es verdad?

JUANA.

La verdad es que usted haría muy mal en asistir á un baile de máscaras, diversión propia únicamente de

muchachos insustanciales y de gentecilla de poco más ó menos.

ANTONIO.

Pero á usted, ¿qué le importa?.....

JUANA.

Me importa mucho; si usted va, también querrá ir el otro zángano.

ANTONIO.

El otro zángano hará lo que estime más oportuno; este zángano ya sabe lo que ha de hacer.

JUANA.

Lo que es hoy, se quedará usted con las ganas de satisfacer el antojo.

ANTONIO.

Irónicamente.

Basta que usted lo quiera.

JUANA.

¿Y si también lo quiere Elisa?

ANTONIO.

¿Pues qué, Elisa?.....

JUANA.

(Ya se turba.)

ANTONIO.

¿Le ha dicho usted?.....

JUANA.

Sí, señor; se lo he dicho.

ANTONIO.

(Mejor. Yo no sabía cómo empezar.) Y ¿qué, se ha enojado un poquillo?

Con pena y timidez.

JUANA.

Con mucho énfasis.

¡Oh!

ANTONIO.

Se ha enojado, ¿eh?

JUANA.

Se ha puesto furiosa.

ANTONIO.

¡Furiosa!

JUANA.

(Así le meto miedo, y cede de fijo.)

ANTONIO.

¡Furiosa! Una mujer que parecía incapaz de enfadarse. ¡Ya se ve! como ésta es la primera vez que trato de hacer una cosa contra su gusto.

JUANA.

Ha llorado, ha rabiado, ha pataleado.

ANTONIO.

Digo, ¡ha pataleado! (Y ésta lo contará, y luego me llamarán Juan Lanas en el café.)

JUANA.

¡Y lo que ella ha echado por su boca! Hombre sin seso, mal marido, monstruo.....

ANTONIO.

No quiero saber más: calle usted.

JUANA.

Y está decidida á no dejarle á usted salir esta noche.

ANTONIO.

Sí, ¿eh?

JUANA.

Sí, señor. Con que haga usted bien á bien lo que al fin y al cabo ha de hacer por fuerza.

ANTONIO.

Paseándose por la escena muy agitado.

Por fuerza, sí señora.

JUANA.

Siguiéndole.

Y no será malo que escriba usted á Miguel dos renglones, que yo me encargaré de darle, exhortándole á seguir el ejemplo.

ANTONIO.

Sí, señora, sí; en eso estoy.

JUANA.

Feliz idea, ¿no es verdad?

ANTONIO.

Muy feliz.

JUANA.

Pues ea, venga esa cartita. Cuanto antes mejor.

ANTONIO.

Como no vea usted más carta que la que yo le dé.....

JUANA.

¿No quiere usted dármela?

ANTONIO.

Justo y cabal.

JUANA.

Pero ya que usted no ha de ir.....

ANTONIO.

Deteniéndose.

¿Que yo no voy?

JUANA.

Deteniéndose.

¡Claro!

ANTONIO.

¡Turbio!

JUANA.

¿Irá usted?

ANTONIO.

¡Y tres más!

JUANA.

Ó tres menos. ¿Y Elisa?

ANTONIO.

Bonito es el niño para dejarse sopapear de nadie.....

JUANA.

No, lo que es bonito..... (Antonio hace un gesto de desagrado.) Pero como ella se mantendrá en sus trece.....

ANTONIO.

En el mismo tono que Juana.

Pero como yo me mantendré en mis catorce.....

JUANA.

Y habrá la de San Quintín.

ANTONIO.

Aunque haya la de Roncesvalles.

JUANA.

Pues Miguel no le acompañará á usted. ¡Lo que es eso!.....

ANTONIO.

¡Ya! Porque Miguel se deja gobernar como un chiquillo.....

JUANA.

Porque atiende á razones.

ANTONIO.

Porque tiene miedo de su mujer..... Porque es un cobarde....., un Juan Lanas.

JUANA.

¡Cuidadito con que se nos vaya la lengua!.....

ANTONIO.

Los hombres han de hacer siempre su santísima voluntad.

JUANA.

¡Por supuesto!

ANTONIO.

Y las mujeres, chitito, y bajar la cabeza, y sufrir por Dios.

JUANA.

Oiga el mosquita muerta, y cómo saca los pies del plato.

ANTONIO.

Mosca, una que yo me sé. Pero ¡qué mosca tan pesada!

JUANA.

Lo que es á mí no me la ha pegado usted, amiguito.

ANTONIO.

Lo celebro, amiguita.

JUANA.

Bien convencida estaba yo de que tiene usted metida en un puño á la pobre Elisa.

ANTONIO.

Otros suponen que ella me mete á mí en cintura.

JUANA.

Como que es usted un hipocritón. ¡Hipocritón!

ANTONIO.

¡Juanita!

JUANA.

Quite usted de ahí, que debería caérsele la cara de vergüenza.

ANTONIO.

¡Señora!

JUANA.

¡Si no hay uno que no merezca estar en presidio!

ANTONIO.

Gracias.

JUANA.

¡Abandonar el tálamo conyugal!

ANTONIO.

¡Dale!

JUANA.

¡Pasar toda una noche fuera del hogar doméstico!

ANTONIO.

¡Ya escampa!

JUANA.

¡Turbar la paz de la familia!

ANTONIO.

¿Otra te pego?

JUANA.

Y todo ¿por qué? Por satisfacer un capricho ridículo y necio: por ir á un baile de máscaras. Y ¿á qué van los condenados á un baile de máscaras, sepamos, á qué van?

ANTONIO.

¡Ni el martirio de San Lorenzo!.....

JUANA.

¡Á emborracharse!

ANTONIO.

Advierta usted.....

JUANA.

¡Á retozar con mujercillas de medio pelo!

ANTONIO.

Mire usted que.....

JUANA.

¡Á tunantear, y nada más que á tunantear!

ANTONIO.

Yo.....

JUANA.

¡Es una calaverada!

ANTONIO.

Usted.....

JUANA.

¡Una picardía!

ANTONIO.

¿Qué haría yo con ella?

JUANA.

¡Una infamia!

ANTONIO.

¡Jesús!

JUANA.

¡Una villanía que no se debe tolerar, que clama al cielo, que pide venganza!.... (Aquí Antonio, fuera de sí, empezará á decir lo que sigue á esta relación de Juana, de suerte que los dos hablarán al mismo tiempo; y ambos irán progresivamente esforzando más la voz y expresándose con mayor rapidez y vehemencia, como si cada uno de ellos quisiera á todo trance ser oído del otro.) Pero ¿qué importa? En cumpliendo ustedes su gusto, arda Troya, y salga el sol por Antequera. Y luego, si una se deja llevar del despecho y da algún tropezón, será cosa de alquilar ventanas para oirlos á ustedes. Pues no señor: llegó la hora en que se acaben los privilegios; hay que abolir la ley del embudo; donde las dan las toman: y si ustedes se empeñan en hacer de las suyas, justo es que nosotras también hagamos de las nuestras, y ya se verá quién las hace peores.

ANTONIO.

Señora, que esto pasa ya de castaño obscuro. Calle usted por las once mil vírgenes, y no se meta en camisa de once varas, y lo que no ha de comer déjelo cocer. Á usted no le han dado vela para este entierro,

y es temeridad provocar á un hombre con obstinación tan maldita, sin considerar que ya no hay santos en el mundo, y que la paciencia se acaba, y que yo puedo cansarme al fin, y perder el juicio, y echarlo todo á rodar.

JUANA.

Me parece, me parece que se está usted desentonando.

ANTONIO.

Tengo muy mal oído.

JUANA.

Será preciso decirle á usted las cuatro verdades del barquero.

ANTONIO.

Mire usted, Juanita: el barquero no dijo cuatro verdades, sino cinco; y si usted me dice las cuatro, yo tendré que decirle á usted la última, que es la mejor.

JUANA.

Recuerde usted que habla con una señora.

ANTONIO.

Procure usted no hacérmelo olvidar.

JUANA.

Es usted un puerco espín.

ANTONIO.

Y usted una hiena.

JUANA.

Si no mirara..... (Adelantando un poco hacia Antonio y mirándole sañudamente.) Quede usted con Dios.

Cambiando repentinamente de tono. Vase muy de prisa por la puerta del foro.

ANTONIO.

Vaya usted..... con dos mil de á caballo. (Cuando Juana ha desaparecido.) ¿Quién resiste á una mujer así? (Andando por

la escena como procurando tranquilizarse.) Por más cachaza que uno tenga.....

Juana sale por la puerta del foro con paso acelerado, coge una silla y la deja caer de golpe cerca de Antonio.

JUANA.

Siéntese usted.

ANTONIO.

¿Para qué?

JUANA.

¿No espera usted á Miguelito? Pues espérelo usted sentado.

Vase por el foro.

ANTONIO.

Dios me valga. Hay que tomar una resolución. ¡Cuando ella vuelva á echarme la vista encima!.....

JUANA.

Creo haberle manifestado á usted que Miguel no vendrá. ¡Y no vendrá!

Asomándose á la puerta del foro. Vuelve á irse en seguida.

ANTONIO.

¡Qué furia! Se ha propuesto acabar conmigo. Estoy rendido....., atolondrado.....

JUANA.

Presentándose otra vez en la puerta del foro.

¿Sabe usted lo que le digo?

ANTONIO.

¡Ave María purísima!

JUANA.

Avanzando un poco y alzando mucho la voz.

¿Sabe usted lo que le digo?

ANTONIO.

Gritando también.

¿Qué dice usted?

JUANA.

¡Que si fuera usted mi marido!.....

ANTONIO.

¡Pues si usted fuera mi mujer!.....

JUANA.

¡Ay, ojalá, ojalá, ojalá!

Vuelve á irse precipitadamente.

ESCENA IV.

ANTONIO.

Habrá que llamar al inspector de vigilancia..... Tendré que avisar á la parroquia para que toquen á fuego..... (Asomándose á la puerta del foro.) ¡Oh! Lo que es ahora parece que se va. (Mirando hacia fuera.) Sí....., se va....., se va....., ¡se fué! ¡Ay, gracias á Dios! (Respirando con fuerza y volviendo al proscenio.) Razón tiene Miguel al asegurar que toda mujer es mala, y pésima la propia. Ahí está la mía. Ha sido una malva, una excepción de la regla, mientras no se le ha dado el menor motivo de disgusto. Cuando uno no quiere, dos no riñen. Pero ocúrreseme una vez ir á un baile de máscaras, y cátese usted á la señora llorando, pataleando, poniendo el grito en el cielo. Pues á fe que no ha de volverme á decir Miguel que aún no he salido de tutela..... No, señor. Vida nueva. Á mí no me acomoda estar en ridículo. Esta noche, al baile. ¡Pues no que no! ¡Y yo necio, que sentía una pena tan grande!..... ¿De qué le sirve á uno ser bueno? Tendremos quimera. Mejor. Así como así nuestra existencia, de puro pacífica, empezaba á pecar de monótona y empalagosa. Lo que dice Miguel: cuando los casados no riñen, ¿qué

harán en todo el día y toda la noche? Y que tengo curiosidad de ver cómo se enfada mi mujer. Aunque como no estoy acostumbrado á reñir con ella, temo..... ¡Valor! Es preciso tener carácter. Mi decoro....., mi dignidad de marido..!.. ¡Oh, sí; mi dignidad! .... Aquí viene. Dios quiera que grite mucho....., porque así yo.....

Se sienta á la izquierda, dando la espalda á Elisa, que sale por la derecha.

ESCENA V.

ANTONIO y ELISA.

ELISA.

Hola, caballerito. Bien ha tardado usted esta noche.

Con cariñosa jovialidad.

ANTONIO.

(Ya empieza.) No..... Sí....., algo..... El café..... (Sin cambiar de postura ni volver la cabeza hacia donde está Elisa.) Hay crisis: el Ministerio ha presentado la dimisión.

ELISA.

Y lo peor es que viene usted tarde y con daño.

ANTONIO.

Con daño, ¿eh? (Muy bien que se explica.)

ELISA.

Juana me ha dicho que vas al baile del teatro Real.

ANTONIO.

Cierto....., sí..... Voy con Miguel. (Ahora será ella.)

ELISA.

Y sepamos, ¿por qué me lo has tenido oculto? Es usted un grandísimo pícaro.

Acercándose á su marido y poniéndole afectuosamente las manos sobre los hombros.

ANTONIO.

(No hay más; va á tirarme un pellizco. Miguel dice que su mujer se los tira muy buenos.)

ELISA.

¿No me respondes? ¿Estás enfadado conmigo? Á ver: vuelve esa cara.

Asiéndole la cabeza, y haciéndole que vuelva el rostro hacia ella.

ANTONIO.

¡Eh!

Sobresaltado, como temiendo que su mujer le vaya á hacer algún daño. Ambos se quedan mirándose el uno al otro.

ELISA.

¡Ja, ja, ja! (Riendo y separándose un poco de Antonio, que permanece en la misma postura.) ¡Qué cara de simple tienes esta noche!

ANTONIO.

(Está visto: su plan es burlarse de mí. Empezaré yo el ataque. No hay otro remedio.) (Con tono muy grave.) ¡Señora!

ELISA.

Con el mismo tono y sonriendo.

¡Caballero!

ANTONIO.

Nada de broma, señora; nada de broma.

ELISA.

Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Estás en tu juicio?

ANTONIO.

No creo que sea delito tan grande ir á un baile de máscaras.

ELISA.

¡Delito! Pues ya se ve que no lo es.

ANTONIO.

Pues no siéndolo, no veo motivo para que usted se ponga furiosa.

ELISA.

¿Furiosa? ¡Ay, Antonio, tú debes estar malo!

ANTONIO.

No vale disimular. Lo sé por Juanita.

ELISA.

Ya caigo. ¡Pobre Antonio! Juana te ha engañado como á un chino.

ANTONIO.

¿Como á un chino?

ELISA.

Ó como á un tonto; lo que quieras. Ella es la que está furiosa, y quería que yo lo estuviese también; pero ¿por qué he de llevar á mal que satisfagas un capricho tan inocente? Sentí al principio que me lo hubieses ocultado, pero luego comprendí que tu silencio no tenía más causa que el temor de darme una pesadumbre, y bien sabe Dios que este nuevo indicio de la bondad de tu carácter me ha conmovido profundamente. ¿Yo enojarme contigo? ¡Ca, no lo creas! Estoy muy convencida de que mi Antonio es incapaz de hacer nada malo. Tengo más confianza en este corazoncito que en el mío propio.

Tocando á Antonio en el pecho con la mano.

ANTONIO.

Ya decía yo..... Si no cabía en lo posible..... ¡Canario con la Juanita, y qué mentir tan descarado!..... ¡Tú sí que eres buena! ¡Tú sí que eres un ángel!

ELISA.

Grande hazaña á fe mía no oponerme á que vayas á un baile de máscaras.

ANTONIO.

Eso es hablar en razón. Sin embargo, cada cual tiene su genio, y..... la verdad....., aunque ahora te enfadases un poco.....

ELISA.

Pues nada, no me enfado ni poco ni mucho.

ANTONIO.

Con disgusto.

¿Que no?

ELISA.

Al contrario: me alegro.

ANTONIO.

¿Que te alegras? (Con enojo.) Y ¿por qué te alegras, vamos á ver?

ELISA.

Pregunta excusada. ¿No he de alegrarme de que vayas á divertirte?

ANTONIO.

¡Ya!

ELISA.

¡Pues!

ANTONIO.

(¡Mire usted por donde me sale ahora! ¡Yo que esperaba que pusiese el grito en el cielo!)

ELISA.

Y no sé qué haces ahí papando moscas.

ANTONIO.

Pues ¿qué he de hacer?

ELISA.

Vestirte. ¿Á qué esperas? Todo lo tienes preparado. Anda, que es tarde.

ANTONIO.

Sentándose junto á la chimenea y calentándose las manos.

Ya voy.

ELISA.

¿Ya voy, y te sientas?

ANTONIO.

No corre tanta prisa.

ELISA.

¡Te conozco yo á ti muy bien! Eres un perezoso, y por no vestirte ahora de pies á cabeza.....

ANTONIO.

Con efecto, que la broma es algo pesada.

ELISA.

Á vestirse, y fuera pereza.

Empujándole para que se levante.

ANTONIO.

¡Paciencia y barajar!

Levantándose de mala gana.

Ay qué gusto y qué placer,
Y es cosa rica.....

Canturreando el tango que lleva esta letra, y dirigiéndose muy despacio hacia la puerta de la derecha del primer término.

ELISA.

Afligida.

(¡Se va!)

ANTONIO.

El bailar el minué.....

ELISA.

(¡Siento una pena!.....)

ANTONIO.

Con la Francisca.

Entrando por la puerta antes indicada.

ELISA.

Con tono muy enérgico y amenazador.

¡Y mira que si te volvieses atrás!.....

ANTONIO.

Volviendo á la escena.

¿Qué?

ELISA.

Que por la primera vez de mi vida te llevaría la contraria.

ANTONIO.

¡Oiga! (Tendré que no ir para dar prueba de carácter.)

Con aparente cólera y dando á entender, á pesar suyo, que se alegraría de verse precisado á tomar esta resolución.

ELISA.

¡Aún no me has visto á mí enfadada!

ANTONIO.

¿Y si se me antojara quedarme?

ELISA.

¡No te quedarías!

ANTONIO.

¡Á mí con ésas? Pues me quedo.

Sentándose.

ELISA.

¿De veras?

Con íntima alegría y dirigiéndose á su marido como para abrazarle. Óyese un campanillazo.

ANTONIO.

¡Oh! (Levantándose de pronto muy sobresaltado.) ¡Será Miguel! ¡Y aún estoy sin vestir! Entretenle un poco. ¡Malhaya amén mi suerte!

Vase precipitadamente por la primer puerta de la derecha.

ELISA.

¡Se me va! ¡Murió mi esperanza! ¡Y qué buen día elige para darme esta pesadumbre! ¡Válgame Dios!

Se sienta.

ANTONIO.

Dentro.

¿No era Miguel?

ELISA.

Por lo visto.

ANTONIO.

¿Y quién sería?

ELISA.

Pedro, quizá.

ANTONIO.

¿Había salido?

ELISA.

Así parece. Traerá el pavo trufado....., el Burdeos..... ¡Qué lástima de cena! (Pausa.) Antonio.....

ANTONIO.

¿Qué?

ELISA.

Haz cuenta de que nada te he dicho, y si no tienes gana de baile.....

ANTONIO.

¿Gana? Maldita.

ELISA.

Pues mira, lo que es por mí.....

Levantándose y dirigiéndose muy de prisa hacia la puerta del cuarto en que está su marido.

ANTONIO.

¡Pero la sociedad....., los amigos!.....

ELISA.

Deteniéndose.

(¡Amigos de mi alma!)

ANTONIO.

Y que luego salen con que no hago más que lo que tú quieres.

ELISA.

¿Eso dicen?

ANTONIO.

Y me llaman.....

Sin atreverse á decirlo.

ELISA.

Con viveza.

¿Qué?

ANTONIO.

Me llaman Juan Lanas. (Asomando la cabeza por la puerta.) ¡Aunque supiera que en el baile había de dar un estallido!.....

Retirándose adentro.

ELISA.

¡Qué han de hacer los bribones sino reirse de los hombres de bien! ¿Se conoce aquí más ley que tu voluntad?

ANTONIO.

Cierto que no. El hombre es quien debe mandar en su casa. ¡Huy!..... ¡Huy!..... ¡Huy!.....

Como tiritando.

ELISA.

¿Qué te pasa?

ANTONIO.

¡Que tengo un tiritón!.....

ELISA.

Luego en bailando ya verás cómo sudas.

ANTONIO.

¿Sabes, hija, que te vas haciendo muy graciosa ¡Ay!..... ¡Ay!.....

Quejándose.

ELISA,

¿Qué ocurre ahora?

ANTONIO.

Que con este pícaro calzado veo las estrellas.

ELISA.

Malo es eso para bailar.

ANTONIO.

¡Si acabarás de comprender que no está la Magdalena para tafetanes! ¡Que si quieres! (Como hablando consigo mismo muy irritado.) Sí....., ya se va abrochando..... ¡Maldito sea!.....

ELISA.

¡Cómo se entiende! ¿Maldices?

ANTONIO.

Maldito este pícaro cuello que me está dando un rato..... Vamos....., ¡me ahorcaría! Ayúdame un poco, mujer, porque si no.....

Saliendo precipitadamente en mangas de camisa con un cuello postizo sin abrochar por un lado.

ELISA.

Venga usted acá, don Fuguillas.

Procurando abrocharle el cuello.

ANTONIO.

¡Oh!

ELISA.

¿Qué?

ANTONIO.

¡Que me ahogas!

ELISA.

Ya está.

ANTONIO.

¡Pero cómo me aprieta! ¡Cómo me aprieta el condenado! (Estirándose el cuello con la mano violentamente.) ¡Voto va! (Dando una patada en el suelo.) ¡Ay! (Como si se hubiese lastimado un pie.) ¡Quién fuese moro para llevar siempre babuchas! ¡Ay! ¡Ay!

Anda cojeando por la escena.

ELISA.

¿Te pondrás un chaleco negro?

ANTONIO.

Negro ó colorado; lo mismo me da. (Elisa entra por la puerta de la derecha y vuelve á poco con un chaleco negro.) ¡Por vida de Miguel! ¡Tome usted amiguitos! El primer hombre que se hizo amigo de otro, ¿en qué estaría pensando? ¡Huy!

Tiritando y acercándose á la chimenea.

ELISA.

Aquí le tienes. (Dándole el chaleco. Le hace el nudo de la corbata.) ¿Sientes frío todavía?

ANTONIO.

Un frío de mil demonios, si los demonios tienen frío.

ELISA.

¡Debe hacer una noche malísima! Á ver. (Abre el balcón.) ¡Jesús, qué aire!

ANTONIO.

Arrimándose mucho á la chimenea.

¡Cierra ahí, mujer!

ELISA.

¡Un aire glacial! (Sacando una mano fuera del balcón.) ¡Y cae una lluvia tan menudita, tan menudita!

ANTONIO.

¡Qué placer!

ELISA.

Con alegría.

¡Ay, si es nieve, es nieve!

ANTONIO.

¡Nieve! ¿Y eso te regocija?

ELISA.

¡Como se ponen los tejados tan blancos!.....

ANTONIO.

¡Sí, muy bonito!.....

ELISA.

Lo malo es que suelen darse unas caídas..... Pepito González se rompió una pierna el año pasado. Mira tú cómo te vuelves á casa mañana.

ANTONIO.

Yo probablemente me romperé las dos....., y los brazos también. ¡Pero cierra, por la Virgen Santísima! ¿No ves cómo estoy?

Elisa cierra el balcón.

ELISA.

¡Hermosa noche! Y al salir de los bailes de máscaras se cogen unas pulmonías.....

ANTONIO.

Antes cogeré un tabardillo pintado.

ELISA.

¿Quieres el frac?

ANTONIO.

¡Qué frac ni qué niño muerto! Un chaquet, el que más abrigue. (Elisa vuelve á entrar por la derecha y saca un chaquet, que Antonio se pone, ayudándole ella.) Me daría de testarazos contra la pared de mejor gana que lo digo.

ELISA.

Sí que es broma exponerse á tantos peligros por ir á un baile de máscaras. ¡Diversión menos divertida!..... ¡Tantas luces!..... ¡Tanta gente! ¡Aquella confusión!..... ¡Aquel ruido insufrible!.....

ANTONIO.

Se me pondrá la cabeza como un tambor.

ELISA.

Y á ti que te dan esas jaquecas.....

ANTONIO.

Mira, creo que ya..... Con el rato que me ha hecho pasar la Juanita.....

ELISA.

¿Te sientes malo?

Con exagerado interés.

ANTONIO.

Malo, no. Así....., un dolorcillo.....

Tocándose la frente.

ELISA.

Pues mañana, cama de seguro....., y mucho quejarse....., y.....

ANTONIO.

¡Machaca, hija, machaca! ¡Qué gana de mortificarle á uno!

ELISA.

Lo que más siento es que te acompañe Miguel. Es tan provocativo, tan camorrista.....

ANTONIO.

Como si lo viera..... ¡Será preciso andar á cachetes! ¿Á que todavía no voy?

ELISA.

Sin duda que pasarás una mala noche....., una noche infernal..... Pero ¿qué remedio? La sociedad....., los amigos.

ANTONIO.

Y ¿qué necesidad tengo yo de servir á nadie de juguete?

ELISA.

¡Ea, Antoñito, un poco de paciencia! ¿Irás, verdad, irás?

Con zalamería, acariciándole.

ANTONIO.

¡Iré, sí, señora, iré! ¡Y basta de sobo!

Rechazándola con enfado.

ELISA.

¡Eh, no hay que amontonarse! ¡Qué bien te has vestido! Ven aquí, te arreglaré un poco para que luego Miguel no te tenga que esperar.

ANTONIO.

¡Si se le tragase la tierra!

ELISA.

Va á ser necesario darte en la lengua con guindilla. Te has abrochado mal el chaleco.

ANTONIO.

Déjalo.

ELISA.

Quieto. (Le desabrocha el chaleco y vuelve á abrochárselo mientras habla.) ¡Y qué cena te pierdes!

ANTONIO.

¿Una cena?

ELISA.

Como el otro día te oí quejarte de que se hubiese perdido la costumbre de cenar, y hoy no has comido nada, se me ocurrió prepararte una cena para esta noche. ¡Mira qué tino el mío!

ANTONIO.

Con efecto, que la coincidencia es particular.

ELISA.

Verás. Primero una *mayonesa* de lenguado.

ANTONIO.

¡Caramba! ¡Mi plato predilecto! ¿La has hecho tú?

ELISA.

Yo misma. Y te aseguro que está diciendo comedme.

ANTONIO.

Ya lo creo. ¡Tienes unas manos para guisar!

ELISA.

Luego un poquito de pavo trufado.

ANTONIO.

¡Oiga!

ELISA.

Un *chantilly*.

ANTONIO.

¡Tómate esa!

ELISA.

¡Una botellita de Burdeos!

ANTONIO.

¿*Château Laffitte*?

ELISA.

Por supuesto.

ANTONIO.

¡Ni la cena de Baltasar! ¡Y me he de quedar sin probarla!

ELISA.

El lazo de la corbata deshecho.

ANTONIO.

¿Qué importa?

ELISA.

Quien te viera así, diría: ¿qué mujer tiene ese hombre? (Le hace el lazo de la corbata.) No, no cenarás por ahí como hubieras cenado conmigo.

ANTONIO.

¡Qué diferencia! Te aseguro que no hay hombre más desdichado que yo.

ELISA.

¡Qué poca maña se da Pedro para limpiar la ropa! (Toma un cepillo del velador y cepilla la ropa de Antonio.) ¡Ay, hijo! ¡Parece que tienes azogue!

ANTONIO.

Pero si.....

ELISA.

Quiero yo que te vean curiosito las ninfas del baile. En vez de estar mortificado toda la noche con las botas, te hubieras puesto las pantuflas.

ANTONIO.

¡Pantuflas de mi vida!

ELISA.

La bata.

ANTONIO.

¡La bata! ¡No me la nombres! ¡Y cuidado que el cuellecito me está fastidiando muy ricamente.

Estirándose otra vez violentamente el cuello de la camisa.

ELISA.

Aquí mismo, en este velador, al lado de la chimenea, hubiéramos cenado los dos solitos en paz y en gracia de Dios.

ANTONIO.

Agua se me hace la boca de sólo pensarlo. ¡Y me he de ir! ¿Y por qué me he de ir?

ELISA.

No, si no te lo digo yo porque no te vayas. ¿Y no sabes? Ya he aprendido la sinfonía del *Pardon de Ploërmel*, que tanto te gusta, y pensaba haberla tocado después de cenar, mientras que tú, muellemente reclinado en esa butaca, mirando con descuido la llama que ya parece que va á morir; que ya, chisporroteando, se alza de nuevo, en parte roja y en parte azul, blanca ó amarilla, poblado el aire de los vagarosos fantasmas á que da ser el humo del cigarro, yacías sin memorias del mundo ni de ti mismo, bajo el yugo del dulcísimo bienestar y arrobamiento indefinible.

ANTONIO.

¡Calla, que pierdo la cabeza!

ELISA.

Pero ¿qué se ha de hacer? ¡Anda bendito de Dios! Los guantes.

Tomándolos de encima del velador y dándoselos á su marido.

ANTONIO.

¡El Miguelito y su alma! (Guardándose los guantes con brusco ademán en un bolsillo del chaquet.) Pero, señor, ¡si á mí esos jaleos me revientan!

ELISA.

¡Vete, hijo, vete y que buen provecho te haga! El pañuelo.

Dándoselo.

ANTONIO.

¡Que ro se hundiera ahora mismo el teatro Real!

Tomando con ira el pañuelo y estrujándolo entre las manos.

ELISA.

¡Eh! Mira lo que haces.

ANTONIO.

¡Ah!

Reparando en el pañuelo y cambiando de tono. Este pañuelo es nuevo.

ELISA.

Sí.

ANTONIO.

¡Qué admirable trabajo!

Observando el bordado.

ELISA.

¿Te gusta?

ANTONIO.

Y ¿por qué me has bordado ahora este pañuelo?

ELISA.

Porque...... (Turbada.) ¡Ay!

ANTONIO.

¿Qué?

ELISA.

Que se me ha desabrochado esta pulsera, y se me iba á caer.

ANTONIO.

La que yo te regalé el año pasado.

Abrochándole la pulsera.

ELISA.

El día del aniversario de nuestro casamiento.

ANTONIO.

Pues ya lo sé.

ELISA.

(¡Qué torpe, Dios mío!) El doce de Febrero.

ANTONIO.

No haya miedo que se me olvide á mí nunca esa fecha.

ELISA.

¿Verdad que sí?

ANTONIO.

Como que está grabada en mi corazón.

ELISA.

¡Y qué bien se conoce!

ANTONIO.

¡Qué!..... ¡Calla!..... Esa cena....., esa pulsera....., este pañuelo..... ¿Á cuántos estamos? Sí, á doce de Febrero. ¿Conque hoy?..... ¡Válgame Dios! Hoy es el segundo aniversario de nuestro enlace..... Y yo lo había olvidado..... ¡Y nada te doy, ni tan sólo un ramo de flores..... ¡Y quería irme!..... ¡Y tú nada me decías! Pégame, Elisa, pégame; lo merezco; soy un ingrato,

un animal. Pero ¡qué animal! El hombre que se avergüenza de amar á su esposa y de ser feliz, debía andar en cuatro pies. Dicen que me dominas. Pues muy bien que dicen. Me dominas con las armas invencibles de la ternura y del amor. Dicen que soy tu esclavo. ¡Mucho que sí! Esclavo aprisionado con cadenas de flores. ¡Dichosa esclavitud!

ELISA.

Antonio, Antonio mío, no me hables de ese modo si no quieres hacerme llorar.

ANTONIO.

Llora. ¿Por qué no? ¡Están las mujeres tan bonitas llorando! Pues á mí mismo me falta poco..... (Haciendo esfuerzos para contener las lágrimas.) Y eso que los hombres, según dicen en el café..... ¡Qué diablos! ¿Por qué no han de llorar también los hombres cuando les dé la gana? (Dejándose llevar de su emoción y llorando.) Espera.

Vase precipitadamente por la puerta de la derecha.

ELISA.

¿Adónde vas? Oye. ¿Qué quieres?

ANTONIO.

Dentro.

Nada. Vuelvo en seguida.

ELISA.

Pero ¿qué intentas?

ANTONIO.

Ahora lo verás.

ELISA.

¿Acaso?..... No me atrevo á creerlo..... Habla, Antonio; responde: ¿te quedas conmigo?

Con mucha alegría.

ANTONIO.

¡Pues no que no! (Saliendo muy de prisa. Trae un pie calzado

con bota y otro con chinela.) Lo sabrá todo el mundo: se lo diré á cuantos me quieran oir. Para mí no hay más diversión que estar al lado de mi mujer.

Vuelve á irse apresuradamente por el mismo sitio quitándose el chaquet.

ELISA.

Pero ven acá: no te agites de ese modo. Yo te daré lo que quieras.

ANTONIO.

Dentro.

No. Pronto acabo.

ELISA.

¡Cómo podré pagarte nunca tanta bondad!..... Sin embargo, si tienes el menor empeño en ir á ese baile.....

ANTONIO.

¡Ca! No lo creas. (Saliendo otra vez en mangas de camisa. Trae los pies calzados con chinelas y deshecho el lazo de la corbata. Mientras habla se desabrocha el cuello postizo.) Yo sólo tengo empeño en no separarme de ti. (Quítase con alegría el cuello postizo.) ¡Gracias á Dios! (Moviendo la cabeza en una y otra dirección.) Y si por amar á su esposa está un hombre en ridículo, bueno: yo quiero ser el hombre más ridículo de la tierra.

Éntrase de nuevo corriendo por la derecha.

ELISA.

¡Virgen Santísima, Virgen de mi corazón, qué dicha tan grande! ¿Cómo la merecí? Pero ¿por qué no he de ayudarte! Allá voy.

Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.

ANTONIO.

No vengas, no; si ya estoy listo. (Sale otra vez poniéndose la bata.) ¡Y qué bien estoy así! (Restregándose las manos de gusto.) Conque ¿cena exquisita?..... ¿Sinfonía del *Pardon de Ploërmel*?..... Y luego á dormir..... El día es para tra-

bajar: por eso hay luz; la noche, para dormir: por eso no se ve. Y si los hombres, que todo lo enredan, no hubiesen inventado esas luminarias..... (Señalando al quinqué) Venga un abrazo.

ELISA.

¿Uno?

Se abrazan.

ANTONIO.

Ó dos.

Vuelven á abrazarse.

ELISA.

Ó tres.

Se abrazan de nuevo.

ANTONIO.

Ó mil. (Abraza á Elisa repetidas veces.) ¡Ahora sí que tengo yo ganas de bailar!

Baila con su mujer un vals, tarareando los dos.

ESCENA VI.

DICHOS y MIGUEL. Miguel entra precipitadamente por la puerta del foro, con el cabello desordenado y el traje descompuesto, dando señales de cansancio y mirando hacia atrás, como si alguien le persiguiese.

ANTONIO Y ELISA.

Deteniéndose al ver á Miguel.

¡Oh!

MIGUEL.

¿Vienes ó no vienes?

ANTONIO.

Mira....., yo..... ¡Me duele tanto la cabeza!.....

MIGUEL.

Y para curarte, sin duda, te habías puesto á bailar. ¡Gran remedio! No te disculpes, Antonio; haces muy bien en no venir.

Mira á cada momento con terror hacia la puerta del foro.

ANTONIO.

Con alegría.

¿Sí? ¿Tú crees?.....

ELISA.

Pero ¿qué tiene usted? ¿Por qué mira de ese modo hacia la puerta?

MIGUEL.

Olvida mis bromas y goza en paz de tu ventura. Antes de casarme era yo mejor que tú, y si hubiese dado con una esposa como la tuya..... Pero mi mujer no es mujer; es una arpía, una furia, un demonio, ¡peor que un demonio! Si hubiese un demonio como mi mujer, ¿quién pararía en el infierno?

ANTONIO.

¿Habéis reñido?

MIGUEL.

¡Friolera! ¡Una especie de batalla campal! ¡Oh! (Prestando atención, como si oyese algún ruido, y mirando otra vez muy sobresaltado hacia la puerta del foro.) No, nada. Se me ha colgado de los faldones del gabán....., de la corbata, que si tira algo más me ahoga. ¡Ay, ojalá!

ANTONIO.

Ya ves: su genio.....

ELISA.

Como le quiere á usted tanto.....

MIGUEL.

¡Señora! ¡No diga usted eso por los clavos de Cristo! Se acabó: mañana me divorcio.

ELISA.

¡Jesús!

MIGUEL.

Ó me suicido.

ANTONIO.

¡Hombre!

MIGUEL.

Ó la mato. La mataré probablemente. Me voy antes que..... (Óyese un campanillazo muy fuerte y prolongado.) ¡Oh! Lo que yo me temía. ¿Oyen ustedes? ¡Ella es! ¿Por dónde huir? ¡Ah!

Como asaltado de una idea. Abre el balcón.

ANTONIO.

¿Qué haces?

MIGUEL.

Afortunadamente vives en cuarto bajo. Lo mismo me hubiera tirado desde un cuarto tercero.

Desaparece por el balcón.

ELISA.

Yendo hacia el balcón.

¡Miguel!

ANTONIO.

Repara.....

ESCENA VII.

ANTONIO, ELISA y JUANA. Juana entra corriendo por la puerta del foro con el abrigo torcido y casi cayéndosele por un lado.

JUANA.

Aquí está. No lo nieguen ustedes. ¡Oh! (Viendo abierto el balcón y asomándose á él.) Ha huído por el balcón. Allí va. ¡Infame!

Como si fuera á tirarse por el balcón.

ELISA.

Cerrando el balcón.

¡Juana, por Dios!

JUANA.

Buenas noches.

Echa á correr por el foro.

ANTONIO.

Poniéndose delante.

¿Adónde va usted?

JUANA.

Al baile.

ANTONIO.

¿Al baile?

ELISA.

¿Al baile?

JUANA.

Al baile, sí, señor. (Dirigiéndose á Antonio.) Al baile, sí, señora. (Dirigiéndose á Elisa.) ¿Están ustedes enterados? Al baile. ¿Quieren ustedes que se lo diga otra vez? ¡Al baile!

Gritando con rabia.

ANTONIO.

Asiéndole una mano.

No irá usted.

ELISA.

Asiéndole la otra mano

No lo consentiremos.

JUANA.

¡Ea, ea, déjenme ustedes en paz! Que suelten, digo. (Desasiéndose bruscamente de Antonio y Elisa.) ¡Pues si tengo unas ganas de morder!.....

ANTONIO.

Separándose de Juana como asustado.

¡Caramba!

ELISA.

¿Quieres dar un escándalo?

JUANA.

Justo, precisamente; eso quiero: escandalizar; que me oigan los sordos. Y ¿usted se queda, eh? (Volviéndose de pronto hacia Antonio y reparando en su traje.) ¡No me faltaba más!

Con despecho.

ELISA.

Se queda, y yo no me he opuesto á que se vaya. ¿Por qué no has de seguir mi ejemplo?

JUANA.

¿Tu ejemplo? ¡Infeliz! Ya verás lo que te sucede el día menos pensado. ¡En dando suelta á los hombres!..... Si yo hubiera sujetado más á Miguel, otro gallo me cantaría. Aún es tiempo: voy por él, y desde mañana, vida nueva. ¡Un mes de encierro á pan y agua! ¡Le coseré á mis vestidos! ¡No verá nunca el sol sin que yo le haga sombra!

ELISA.

Ten juicio.

ANTONIO.

Reflexione usted.....

JUANA.

¡Para reflexionar está la niña! ¿No va él á divertirse? Pues yo quiero divertirme también. Nos divertiremos juntos. Bailaremos la polka, la galop infernal. ¡Y tan infernal como será el bailecito que bailemos los dos!

Vase corriendo por el foro.

ESCENA ÚLTIMA.

ELISA y ANTONIO.

ANTONIO.

¿Por qué andará suelta esa mujer?

ELISA.

¡Pobre Miguel y pobre Juana!

ANTONIO.

Compara la noche que pasarán ellos con la que pasaremos nosotros. Pide la cena. (Arrellanándose en una butaca cerca de la chimenea. Elisa tira del cordón de la campanilla.) ¡Qué feliz es un hombre en su casa con bata y chinelas, arrellanado en una butaca cerca del fuego, y viendo sonreir á una esposa honrada, modesta y afable! ¡Bendito sea Dios que me la dió!

ELISA.

Señoras mías de toda mi consideración y aprecio: (Recostándose en el respaldo de la butaca en que está sentado su marido, y dirigiéndose al público.) Guárdenme ustedes el secreto y les diré que las mujeres para dominar á los hombres no deben emplear la fuerza, sino la maña.

FIN.

UN DRAMA NUEVO

DRAMA EN TRES ACTOS

AL SEÑOR

D. VICTORINO TAMAYO Y BAUS,

por quien el público de Madrid es amigo de Yorick.

JOAQUÍN ESTÉBANEZ.

REPARTO

en el estreno de la obra, representada en el teatro de la Zarzuela el 4 de Mayo de 1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
YORICK.	Don Victorino Tamayo y Baus.
ALICIA.	Doña Teodora Lamadrid.
EDMUNDO.	Don Ricardo Morales.
WALTON.	» Francisco Oltra.
SHAKSPEARE.	» Juan Casañer.
EL AUTOR.	» Emilio Mario.
EL TRASPUNTE.	» José Alisedo.
EL APUNTADOR	» N. N.

ACTO PRIMERO.

Habitación en casa de Yorick: á la derecha, una mesa pequeña; á la izquierda, un escaño; puertas laterales, y otra en el foro.

ESCENA PRIMERA.

YORICK Y SHAKSPEARE.

Entran ambos por la puerta del foro: Shakspeare trae un manuscrito en la mano.

SHAKSPEARE.

Y sepamos, ¿á qué es traerme ahora á tu casa?

YORICK.

¿Duélete quizá de entrar en ella?

SHAKSPEARE.

Pregunta excusada, que bien sabes que no.

YORICK.

Pues ¿qué prisa tienes?

SHAKSPEARE.

Aguárdanme en casa muchos altísimos personajes, que por el solo gusto de verme vienen desde el otro á este mundo.

YORICK.

Sabré yo desenojar á tus huéspedes con unas cuantas botellas de vino de España, que hoy mismo he

de enviarles. Diz que este vinillo resucita á los muertos, y sería de ver que los monarcas de Inglaterra, congregados en tu aposento, resucitasen á la par y armaran contienda sobre cuál había de volver á sentarse en el trono. Pero ¿qué más resucitados que ya lo han sido por tu pluma?

SHAKSPEARE.

En fin, ¿qué me quieres?

YORICK.

¡Qué he de querer sino ufanarme con la dicha de ver en mi casa y en mis brazos al poeta insigne, al gran Shakspeare, orgullo y pasmo de Inglaterra!

Echándole los brazos al cuello.

SHAKSPEARE.

Con Dios se quede el nunca bien alabado cómico, el festivo Yorick, gloria y regocijo de la escena, que no es bien malgastar el tiempo en mimos y lagoterías.

YORICK.

Si no te has de ir.

SHAKSPEARE.

Entonces —¿qué remedio?—me quedaré.

YORICK.

Siéntate.

SHAKSPEARE.

Hecho está: mira si mandas otra cosa.

Siéntase cerca de la mesa y deja en ella el manuscrito.

YORICK.

Francamente: ¿qué te ha parecido este drama que acabamos de oir?

Siéntase al otro lado de la mesa, y mientras habla hojea el manuscrito.

SHAKSPEARE.

Á fe que me ha contentado mucho.

YORICK.

¿Y es la primera obra de ese mozo?

SHAKSPEARE.

La primera es.

YORICK.

Téngola yo también por cosa excelente, aunque algunos defectillos le noto.

SHAKSPEARE.

Los envidiosos contarán los defectos: miremos nosotros únicamente las bellezas.

YORICK.

Á ti sí que nunca te escoció la envidia en el pecho. Cierto que cuando nada se tiene que envidiar.....

SHAKSPEARE.

Temoso estás hoy con tus alabanzas, y en eso que dices te equivocas. Nunca faltará que envidiar al que sea envidioso. Pone la envidia delante de los ojos antiparras maravillosas, con las cuales á un tiempo lo ve uno todo feo y pequeño en sí, y en los demás, todo grande y hermoso. Así, advertirás que los míseros que llevan tales antiparras, no sólo envidian á quien vale más, sino también á quien vale menos, y juntamente los bienes y los males. No hallando cierto envidioso nada que envidiar en un vecino suyo muy desastrado, fué y ¿qué hizo?, envidiarle lo único que el infeliz tenía para llamar la atención, y era una gran joroba que le abrumaba las espaldas.

YORICK.

Algo debería yo saber en materia de envidias, que buen plantío de ellas es un teatro. ¿Viste jamás cuadrilla de mayores bribones que una de comediantes?

SHAKSPEARE.

Mejorando lo presente, has de añadir.

YORICK.

Entren todos y salga el que pueda. ¡Qué murmurar unos de otros! ¡Qué ambicionar éstos y aquéllos antes el ajeno daño que la propia satisfacción! ¡Qué juzgarse cada cual único y solo en el imperio de la escena!

SHAKSPEARE.

Engendra ruindades la emulación; mas por ella vence el hombre imposibles. Déjala revolcarse en el fango, que alguna vez se levantará hasta las nubes.

YORICK.

Dígote que hiciste muy bien en deponer el cetro de actor, quedándote nada más con el del poeta.

SHAKSPEARE.

Hemos de convenir, sin embargo, en que la regla que has establecido no deja de tener excepciones.

YORICK.

Tiénelas á no dudar, y mi mujer y Edmundo lo prueban. Bendito Dios que me ha concedido la ventura de ver recompensadas en vida mis buenas acciones. Porque fuí generoso y caritativo, logré en Alicia una esposa angelical y en Edmundo un amigo—¿qué amigo?,—un hijo lleno de nobles cualidades. ¡Y qué talento el de uno y otra! ¡Cómo representan los dos el Romeo y Julieta! Divinos son estos dos héroes á que dió sér tu fantasía; más divinos aún cuando Alicia y Edmundo les prestan humana forma y alma verdadera. ¡Qué ademanes, qué miradas, qué modo de expresar el amor! ¡Vamos, aquello es la misma verdad!

SHAKSPEARE.

(¡Desdichado Yorick!) ¿Puedo ya retirarme?

YORICK.

Pero si antes quisiera yo decir una cosa al director de mi teatro, al laureado vate, al.....

SHAKSPEARE.

Por San Jorge, que ya tantos arrumacos me empalagan, y que anduve torpe en no adivinar que algo quieres pedirme, y tratas de pagarme por adelantado el favor.

YORICK.

Cierto es que un favor deseo pedirte.

SHAKSPEARE.

Di cuál.

YORICK.

Eso quiero yo hacer, pero no sé cómo.

SHAKSPEARE.

¡Eh! Habla sin rodeos.

YORICK.

Manifiéstame con toda lisura tu opinión acerca de mi mérito de comediante.

SHAKSPEARE.

¡Pues á fe que lo ignoras! No hay para tristes y aburridos medicina tan eficaz como tu presencia en las tablas.

YORICK.

¿Y crees que sirvo únicamente para hacer reir?

SHAKSPEARE.

Creo que basta con eso para tu gloria.

YORICK.

¿Cuándo se representará este drama?

SHAKSPEARE.

Sin tardanza ninguna.

YORICK.

¿Y á quién piensas dar el papel de Conde Octavio?

SHAKSPEARE.

Gran papel es, y trágico por excelencia. Á Walton se le daré, que en este género sobresale.

YORICK.

¡Pues ya me lo sabía yo! Un papel bueno, ¿para quién había de ser sino para Walton? ¡Qué dicha tienen los bribones!

SHAKSPEARE.

Piérdese el fruto si, cuando empieza á sazonar, una escarcha le hiela; piérdese el corazón si, cuando está abriéndose á la vida, le hiela el desengaño. Walton fué muy desdichado en su juventud; merece disculpa. Adiós por tercera y última vez.

Levantándose.

YORICK.

Si aún no he dicho.....

Levantándose también.

SHAKSPEARE.

Pues di y acaba.

YORICK.

¡Allá voy! Quisiera..... Pero luego no has de burlarte ni.....

SHAKSPEARE.

Por Dios vivo, que hables, y más no me apures la paciencia.

YORICK.

Quisiera.....

SHAKSPEARE.

¿Qué? Dilo, ó desaparezco por tramoya.

YORICK.

Quisiera hacer ese papel.

SHAKSPEARE.

¿Qué papel?

YORICK.

El del drama nuevo.

SHAKSPEARE.

Pero ¿cuál?

YORICK.

¿Cuál sino el de Conde Octavio?

SHAKSPEARE.

¿El de marido?

YORICK.

Ése.

SHAKSPEARE.

¿Tú?

YORICK.

Yo.

SHAKSPEARE.

¡Jesús! Ponte en cura, Yorick, que estás enfermo de peligro.

YORICK.

No de otro modo discurren los necios. Necio yo si, conociendo sólo tus obras trágicas, te hubiese tenido por incapaz de hacer comedias amenas y festivas. Porque hasta hoy no interpreté más que burlas y fiestas, ¿se me ha de condenar á no salir jamás del camino trillado?

SHAKSPEARE.

¿Y á qué dejarle por la cumbre desconocida? Quisiste hasta hoy hacer reir, y rióse el público. ¡Ay si un día te propones hacerle llorar, y el público da también en reirse!

YORICK.

¡Ingrato! Negar tan sencillo favor á quien fué siempre tu amigo más leal; ¡á quien siempre te quiso como á las niñas de sus ojos! Pues corriente; haga

otro el papel de Conde; pero ni ya somos amigos, ni el año que viene estaré en la compañía de tu teatro. Y conmigo me llevaré á mi Alicia....., y á Edmundo igualmente. Veremos cuál de ambos pierde más.

Muy conmovido.

SHAKSPEARE.

¡Qué enhilamiento de palabras!

YORICK.

No, no creas que ahora encajaría bien aquello de «Palabras, palabras, palabras», que dice Hamlet.

SHAKSPEARE.

¡Esto de que en el mundo no ha de estar nadie contento de su suerte!.....

YORICK.

Sí, que es divertido el oficio de divertir á los demás.

SHAKSPEARE.

¿Hablas formalmente? ¿Capaz serías de abandonarme?

YORICK.

¡Abandonarte! ¿Eso he dicho y tú no lo crees? (Llorando.) Vaya, hombre, vaya, del mal el menos. No faltaba más sino que, desconfiando de mi talento, desconfiases también de mi corazón. No, no te abandonaré. Yorick podrá no saber fingir que siente, pero sabe sentir..... Tú le ofendes....., le humillas....., y él....., míralo......, te alarga los brazos.

SHAKSPEARE.

¡Vive Cristo! ¿Lloras?

YORICK.

Lloro porque el infierno se empeña en que yo no cumpla mi gusto; porque no es sólo Walton quien me tiene por grosero bufón, capaz únicamente de

hacer prorrumpir á los necios en estúpidas carcajadas; porque veo que también tú..... Y eso es lo que más me duele..... Que tú..... ¡Válgame Dios, qué desgracia la mía!

SHAKSPEARE.

¡Eh, llévete el diablo! ¿El papel de marido quieres? Pues tuyo es, y mal provecho te haga.

YORICK.

Dejando de pronto de llorar y con mucha alegría.

¿De veras? ¿Lo dices de veras?

SHAKSPEARE.

Sí; sacia ese maldito empeño de que mil veces procuré en vano disuadirte.

Andando por el escenario. Yorick le sigue.

YORICK.

¿Y si represento á maravilla el papel?

SHAKSPEARE.

¿Y si la noche del estreno á silbidos te matan?

YORICK.

Á un gustazo un trancazo.

SHAKSPEARE.

¡Y qué bueno le merecías!

YORICK.

Caramba, que en metiéndosete algo entre ceja y ceja.....

SHAKSPEARE.

No, que tú no eres porfiado.

YORICK.

Hombre, me alegraría de hacerlo bien no más que por darte en la cabeza.

SHAKSPEARE.

Yo por excusar el darte en la tuya.

YORICK.

Anda á paseo.

SHAKSPEARE.

Tomando el sombrero y dirigiéndose hacia el foro.

No apetezco otra cosa.

YORICK.

Con tono de cómica amenaza, deteniéndole.

Es que me has de repasar el papel.

SHAKSPEARE.

Con soflama.

Pues ¿quién lo duda?

YORICK.

Con empeño, con mucho empeño.

SHAKSPEARE.

¡Vaya! ¡Pues no que no!

YORICK.

Con formalidad.

La verdad, Guillermo: si en este papel logro que me aplaudan.....

SHAKSPEARE.

¿Qué?

YORICK.

Que será muy grande mi gozo.

SHAKSPEARE.

La verdad, Yorick; no más grande que el mío.

Con sinceridad y ternura, dando la mano á Yorick. Éste se la estrecha conmovido y luego le abraza. Shakspeare se va por el foro.

ESCENA II.

YORICK.

«¡Es tan fácil hacer reir!», me decían Walton y otros camaradas anoche. Verán muy pronto que también sé yo hacer llorar, si hay para ello ocasión; lo verán y rabiarán cuando, como antes alegría, infundiendo ahora lástima y terror en el público, logre sus vítores y aplausos (Toma de encima de la mesa el manuscrito.) Hay, sin embargo, que andarse con tiento, porque el dichoso papel de Conde Octavio es dificilillo, y al más leve tropiezo pudiera uno caer y estrellarse.

Tiemble la esposa infiel; tiemble.....

(Leyendo en el manuscrito.) Aquí entra lo bueno. Un señor Rodolfo ó Pandolfo..... Landolfo, Landolfo se llama (Encontrando este nombre en el manuscrito.), pícaro redomado, entrega al Conde una carta, por la cual se cerciora éste de que Manfredo, con quien hace veces de padre, es el amante de su mujer, la encantadora Beatriz. Recelaba él de todo bicho viviente, excepto de este caballerito; y cuando al fin cae de su burro, quédase el pobre—claro está—con tanta boca abierta, y como si el mundo se le viniese encima.

Tiemble la esposa infiel; tiemble la ingrata
Que el honor y la dicha me arrebata.
Fué vana tu cautela,
Y aquí la prenda de tu culpa mira.

Abre la carta.

La sangre se me hiela.

Sin atreverse á mirar la carta.

¡Arda de nuevo en ira!

¡Ay del vil por quien ciega me envileces!
¡Oh! ¡Qué miro ¡Jesús, Jesús mil veces!

Fija la vista en la carta, da un grito horrible y cae en un sitial como herido del rayo. (Desde «Tiemble la esposa infiel» hasta aquí, leyendo en el manuscrito: las acotaciones con distinta entonación que los versos.) Ea, vámonos á ver qué tal me sale este grito.

Toma una actitud afectadamente trágica, dobla el manuscrito como para que haga veces de carta, y declama torpemente con ridícula entonación.

¡Ay del vil por quien ciega me envileces!.....
¡Oh! ¡Qué miro!.....

(Dando un grito muy desentonado.) No..... Lo que es ahora, no lo hago muy bien. ¡Oh! (Dando el grito peor que antes.) Mal, muy mal; así grita uno cuando le dan un pisotón. ¡Oh! (Gritando otra vez.) Este no es grito de persona, sino graznido de pajarraco. ¡Bah! Luego, con el calor de la situación..... Á ver aquí.....

¿Conque eres tú el villano.....

Muy flojo.

¿Conque eres tú el villano.....

Muy fuerte.

¿Conque eres tú el villano.....

Villano yo, insensato yo, que á mi edad me empeño en ir contra naturales inclinaciones y costumbres envejecidas. Y quizá no sea mía toda la culpa..... Alguna tendrá acaso el autor..... Suelen escribir los poetas unos desatinos.....

¿Conque eres tú el villano.....

¿Cómo diablos se ha de decir esto bien? Pues si el anuncio de Guillermo se cumple, si me dan una silba...... No lo quiero pensar. Me moriría de coraje y vergüenza. Allá veremos lo que pasa. ¡Fuera miedo! ¡Adelante! (Pausa, durante la cual lee en voz baja en el manuscrito

haciendo gestos y contorsiones.) Ahora sí que me voy gustando. Lo que es en voz baja, suena muy bien todo lo que digo. ¡Si he de salirme con la mía!..... ¡Si lo he de hacer á pedir de boca!..... ¡Ah! ¿Eres tú? Ven acá, Edmundo, ven. (A Edmundo, que aparece en la puerta del foro.) ¿No sabes?

ESCENA III.

YORICK y EDMUNDO.

EDMUNDO.

Como asustado.

¿Qué?

YORICK.

Que en esta obra que estás viendo tengo un excelente papel.

(¡Tiemble la ingrata!)

EDMUNDO.

Con el alma lo celebro, señor.

YORICK.

Tiempo há que, en vez de padre, me llamas señor, y en vano ha sido reprendértelo.

(¡Tiemble la esposa infiel!.....)

¿He dado impensadamente motivo para que tan dulce nombre me niegues?

EDMUNDO.

Yo soy el indigno de pronunciarle.

YORICK.

¿Á qué viene ahora eso? ¡Ay, Edmundo, me vas perdiendo el cariño!

EDMUNDO.

¿Qué os induce á creerlo?

YORICK.

Fueras menos reservado conmigo si cual antes me amaras.

EDMUNDO.

¿Y en qué soy yo reservado con vos?

YORICK.

En no decirme la causa de tu tristeza.

EDMUNDO.

¿Yo triste?

YORICK.

Triste y lleno de inquietud. ¿Qué va á que estás enamorado?

EDMUNDO.

¿Enamorado? ¡Yo! ¿Suponéis?

YORICK.

No parece sino que te he imputado un crimen. (Sonriendo.) ¡Ah! (Con repentina seriedad.) Crimen puede ser el amor. ¿Amas á una mujer casada?

Asiéndole de una mano.

EDMUNDO.

Inmutándose.

¡Oh!

YORICK.

Te has puesto pálido..... Tu mano tiembla.....

EDMUNDO.

Sí....., con efecto..... Y es que me estáis mirando de un modo.....

YORICK.

Enfermilla debe de andar nuestra conciencia cuando una mirada nos asusta. Piénsalo bien: no causa á un hombre tanto daño quien le roba la hacienda, como quien le roba el honor; quien le hiere en el cuerpo, como quien le hiere en el alma. Ed-

mundo, no hagas eso..... ¡Ay, hijo mío, no lo hagas, por Dios!

EDMUNDO.

Vuestro recelo no tiene fundamento ninguno. Os lo afirmo.

YORICK.

Te creo; no puedes tú engañarme. En esta comedia, sin ir más lejos, se pintan los grandes infortunios á que da origen la falta de una esposa, y mira: ni aun siendo de mentirijillas me divierte que Alicia tenga que hacer de esposa culpada, y tú de aleve seductor.

EDMUNDO.

Procurando disimular.

¿Sí?

YORICK.

Con énfasis cómico.

¡Yo seré el esposo ultrajado!

EDMUNDO.

Dejándose llevar de su emoción.

¡Vos!

YORICK.

Yo, sí..... ¿Qué te sorprende? ¿Eres también tú de los que me juzgan incapaz de representar papeles serios?

EDMUNDO.

No, señor, no; sino que.....

YORICK.

Cierto que habré de pelear con no pequeñas dificultades. Y ahora que en ello caigo: ningún otro papel menos que el de marido celoso me cuadraría; porque á estas fechas no sé yo todavía qué especie de animalitos son los celos. Obligado á trabajar con-

tinuamente desde la infancia, y enamorado después de la gloria, no más que en ella tuvo señora mi albedrío, hasta que, por caso peregrino y feliz, cuando blanqueaba ya mi cabeza, mostró que aún era joven mi pecho, rindiendo á la mujer culto de abrasadoras llamas. Y Alicia — bien lo sabes tú, — ni me ha causado celos hasta ahora, ni me los ha de causar en toda la vida. No es posible desconfiar de tan hidalga criatura. ¿Verdad que no?

EDMUNDO.

No señor; no es posible.....

YORICK.

Fríamente lo has dicho. Oye, Edmundo. Hago mal en callarte lo que há tiempo he notado.

EDMUNDO.

¿Algo habéis notado? ¿Qué ha sido?

YORICK.

Que Alicia no te debe el menor afecto: que tal vez la miras con aversión.

EDMUNDO.

Muy turbado.

¿Eso habéis notado?..... ¡Qué idea!.....

YORICK.

Y el motivo no se oculta á mis ojos. Reinabas solo en mi corazón antes de que Alicia fuera mi esposa, y te enoja hallarte ahora en él acompañado. ¡Egoísta! Prométeme hacer hoy mismo las paces con ella. Y de aquí en adelante, Alicia á secas la has de llamar. Y aun sería mejor que la llamases madre; y si madre no porque su edad no lo consiente, llámala hermana, que hermanos debéis ser teniendo los dos un mismo padre.

Abrazándole.

EDMUNDO.

(¡Qué suplicio!)

YORICK.

¿Lloras? Ea, ea, no llores....., no llores si no quieres que también yo..... (Limpiándose las lágrimas con las manos.) ¿Y sabes lo que pienso? Que si los celos de hijo son tan vivos en ti, los de amante deben ser cosa muy terrible. Diz que no hay pasión más poderosa que ésta de los celos; que por entero domina el alma; que hace olvidarlo todo.

EDMUNDO.

¡Todo! Sí, señor, ¡todo!

YORICK.

¿Conque tú has estado celoso de una mujer? ¡Qué gusto! Así podrás estudiarme el papel de marido celoso; explicándome cómo en el pecho nace y se desarrolla ese afecto desconocido para mí; qué linaje de tormentos ocasiona; por qué signos exteriores se deja ver; todo aquello, en fin, que le corresponde y atañe. Empieza ahora por leerme esta escena. (Dándole el manuscrito abierto.) Desde aquí. (Señalando un lugar en el manuscrito.) Anda.

EDMUNDO.

¿Conque eres tú el villano?.....

YORICK.

Eso te lo digo yo á ti.

Edmundo se inmuta, y sigue leyendo torpe y desmayadamente.

EDMUNDO.

Tú el pérfido y aleve.....

YORICK.

Chico, chico, mira que no se puede hacer peor. ¡Más brío! ¡Más vehemencia!

EDMUNDO.

Tú el seductor infame que se atreve.....

YORICK.

¡Alma, alma!

EDMUNDO.

¿Á desgarrar el pecho de un anciano?

YORICK.

No estás hoy para ello. Dame. (Quitándole el manuscrito.)
Escucha.

¿Conque eres tú el villano,
Tú el pérfido y aleve,
Tú el seductor infame......

ESCENA IV.

DICHOS y WALTON.

WALTON.

Desde la puerta del foro.

¿Quién rabia por aquí?

YORICK.

Cerrando el manuscrito.

¡Walton!

WALTON.

¿Reñías con Edmundo?

YORICK.

No reñía con nadie.

WALTON.

Al llegar me pareció oir.....

YORICK.

(De fijo lo sabe ya, y viene buscando quimera.)

WALTON.

Jurara que no me recibes con mucho agrado.

YORICK.

Porque adivino tus intenciones.

WALTON.

Adivinar es.

YORICK.

Ahorremos palabras; ¿qué te trae por acá?

WALTON.

Si lo sabes, ¿á qué quieres que te lo diga? Pero ¿qué hacéis de pie, señor Walton? (Dirigiéndose á sí mismo la palabra.) Aquí tenéis silla. (Tomando una silla y colocándola en el centro del escenario.) Gracias.

Sentándose.

YORICK.

Mira, mira; lo que es á mí no te me vengas con pullitas, porque si me llego á enfadar.....

WALTON.

¡Oh, entonces!..... ¡Vaya! ¡Pues ya lo creo! ¡Si tiene un genio como un tigre!..... ¿Verdad, Edmundo?

EDMUNDO.

¿Eh?

YORICK.

¿Te burlas de mí?

EDMUNDO.

¿Burlarse él de vos?

WALTON.

Justo es que defiendas á tu amigo Yorick, á tu protector, á tu segundo padre..... ¡Oh, este muchacho es una alhaja! (Dirigiéndose á Yorick.) ¡Y cuánto me gustan á mí las personas agradecidas!

EDMUNDO.

Sin poderse contener y con aire amenazador.

¡Walton!

WALTON.

¿Las alabanzas te incomodan?

EDMUNDO.

(¿Cuál es su intención?)

WALTON.

Vamos, se conoce que hoy todos han pisado aquí mala hierba. Adiós. (Levantándose.) Tú te lo pierdes.

YORICK.

Que yo me pierdo..... ¿qué?

WALTON.

Nada. Venía en busca de un amigo; hallo un tonto, y me voy.

YORICK.

¿Tonto me llamas?

WALTON.

No se me ha ocurrido cosa mejor.

YORICK.

¿Has visto á Shakspeare?

WALTON.

No, sino al autor del drama nuevo.

YORICK.

¿Y qué?

WALTON.

Shakspeare, al salir de aquí, se encontró casualmente con él, y le dijo que en su obra era menester que hicieses tú el papel de marido.

YORICK.

Ya vamos entendiéndonos.

WALTON.

El autor se quedó como quien ve visiones.

YORICK.

No es él mala visión.

WALTON.

Y muy amostazado se vino á mi casa para instarme á que reclamara un papel que en su concepto me correspondía.....

YORICK.

Y tú....., pues....., tú.....

WALTON.

Yo..... (Como haciéndose violencia á sí mismo.) Quiero que sepas la verdad..... Yo al pronto me llené de ira; luego vi que no tenía razón, y dije al poeta..... Pero ¿á qué me canso en referirte?

Da algunos pasos hacia el foro.

YORICK.

No..... Oye..... Ven. (Le coge de una mano y le trae al proscenio.) ¿Qué le dijiste?

WALTON.

Le dije que tú eras mi amigo; que un actor de tu mérito y experiencia podía ejecutar bien cualquiera clase de papeles con sólo que en ello se empeñara; que yo haría el de confidente, que es, como odioso, muy difícil; que te auxiliaría con mis consejos si tú querías aceptarlos...... Adiós.....

Como despidiéndose y echando á andar hacia el foro.

YORICK.

Pero ven acá, hombre, ven acá. (Deteniéndole y trayéndole al proscenio, como antes.) ¿Eso dijiste.....?

WALTON.

Y cuando vengo, satisfecho de mí mismo, á darte la noticia, se me recibe con gesto de vinagre y palabras de hiel..... Por fuerza había de pagarte en la misma moneda. La culpa tiene.....

Dirigiéndose de nuevo hacia el foro.

YORICK.

No, si no te has de ir. (Deteniéndole y trayéndole al proscenio otra vez.) ¡Es tan raro eso que me cuentas.....!

WÁLTON.

¿Y por qué es raro, vamos á ver?

YORICK.

Parecía lo más natural que te disgustase perder la ocasión de alcanzar un nuevo triunfo, y que en cambio yo.....

WALTON.

El templo de la gloria es tan grande, que no se ha llenado todavía ni se llenará jamás.

YORICK.

Como tienes ese pícaro genio.....

WALTON.

Se me cree díscolo porque no sé mentir ni disimular.

YORICK.

¿Pero ello es que no te enojas porque yo haga de Conde Octavio en ese drama?

WALTON.

He dicho ya que no.

YORICK.

¿Y que tú harás de confidente?

WALTON.

Ya he dicho que sí.

YORICK.

¿Y que me estudiarás el papel?

WALTON.

Me ofendes con tus dudas.

YORICK.

Edmundo, ¿oyes esto?

WALTON.

Á ver si alguna vez logro ser apreciado justamente.

YORICK.

Mira; la verdad es que á mí me has parecido siempre un bellaco.

WALTON.

Así se juzga á los hombres en el mundo.

YORICK.

Confesar la culpa ya es principio de enmienda; y si tú ahora quisieses darme unos cuantos pescozones.....

WALTON.

Debiera dártelos á fe.

YORICK.

Pues anda, no vaciles. En caridad te ruego que me des uno tan siquiera.

WALTON.

¡Eh, quita allá!

YORICK.

Dame entonces la mano.

WALTON.

Eso sí.

Estrechándose ambos las manos.

YORICK.

Y yo que hubiera jurado..... Si el que piensa mal merecía no equivocarse nunca. ¿Tienes ahora algo que hacer?

WALTON.

Ni algo ni nada.

YORICK.

¡Me alegraría tanto de oirte leer el papel antes de empezar á estudiarle!

WALTON.

Pues si quieres, por mí.....

YORICK.

¿Que si quiero? ¡No he de querer! No quiero otra cosa. ¡Vaya, que me dejas atónito con bondad y nobleza tan desmedidas! ¿Quién había de imaginarse que tú.....?

WALTON.

Con ira.

¿Vuelta á las andadas?

YORICK.

No, no..... Al contrario..... Quería decir..... Conque vámonos á mi cuarto..... Allí nos encerramos y..... Francamente; el papel de marido ultrajado me parece algo dificultoso.....

WALTON.

Te engañas. El papel de marido ultrajado se hace sin ninguna dificultad. ¿Á que Edmundo opina de igual manera?

EDMUNDO.

¿Yo.....? (¿Qué dice este hombre?)

YORICK.

Con tus lecciones todo me será fácil. Y di: ¿me enseñarás alguna de esas inflexiones de voz, de que sacas tanto partido?

WALTON.

Seguramente.

YORICK.

¿Y alguna de esas transiciones repentinas en que siempre te haces aplaudir?

WALTON.

Pregunta excusada.

YORICK.

¿Y aquel modo de fingir el llanto con que arrancas lágrimas al público?

WALTON.

Sí, hombre, sí; todo lo que quieras.

YORICK.

¿Y crees que al fin conseguiré.....?

WALTON.

Conseguirás un triunfo.

YORICK.

¿De veras?

Restregándose las manos de gusto.

WALTON.

Ni tú mismo sabes de lo que eres capaz.

YORICK.

Con júbilo, que apenas le consiente hablar.

Pero hombre.....

WALTON.

¡Oh, me precio de conocer bien los actores!

YORICK.

Digo si conocerás bien..... Me pondría á saltar de mejor gana que lo digo. Vamos adentro, vamos..... (Dirigiéndose con Walton hacia la derecha. Luego corre al lado de Edmundo. Walton se queda esperándole cerca de la puerta de la derecha.) Pero, Edmundo, ¿es posible que, viéndome tan alegre á mí, no quieras tú alegrarte? Alégrate, por Dios. Quiero que esté alegre todo el mundo.

¿Conque eres tú el villano.....

WALTON.

Anda, y no perdamos tiempo.....

YORICK.

Sí, sí, no perdamos..... (Corriendo hacia donde está Walton.) Lo que pierdo hoy de seguro es la cabeza..... ¡Ah!

Oye. (Volviendo rápidamente al lado de Edmundo y hablándole en voz baja.) Aunque éste me repase el papel, no renuncio á que tú..... ¿Eh? (Va hasta el comedio del escenario y allí se detiene.) (Con dos maestros así.....) (Consigo mismo, señalando á Edmundo y Walton.) Y con Guillermo, por añadidura..... Y que yo no soy ningún necio.....

¡Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata!.....

¡No hay más, lo haré divinamente! (Saltando de alegría.) ¿No lo dije? Ya salté de gozo como un chiquillo.

WALTON.

Pero ¿no vienes?

YORICK.

Sí, sí, vamos allá.

Vanse Yorick y Walton por la puerta de la derecha.

ESCENA V.

EDMUNDO, y á poco ALICIA.

EDMUNDO.

¿Qué pensar? ¿Conoce Walton mi secreto? ¡Dios no lo quiera! ¿Hablaba sin malicia ó con intención depravada? ¡Siempre recelar! ¡Siempre temer! ¡Ay, qué asustadiza es la culpa! ¡Ay, qué existencia la del culpado!

Siéntase cerca de la mesa, en la cual apoya los brazos, dejando caer sobre ellos la cabeza. Alicia sale por la puerta de la izquierda, y, al verlo en aquella actitud, se estremece y corre hacia él sobresaltada.

ALICIA.

¿Qué es eso, Edmundo? ¿Qué te pasa? ¿Qué hay?

EDMUNDO.

¡Tú también, desdichada, temblando siempre como yo!

ALICIA.

¿Y qué he de hacer sino temblar? Con la conciencia no se lucha sin miedo.

EDMUNDO.

¿Y hemos de vivir siempre así? Dime, por favor, ¿esto es vida?

ALICIA.

¿Á mí me lo preguntas? Cabe en lo posible contar los momentos de un día; no los dolores y zozobras que yo durante un día padezco. Si alguien me mira, digo: ése lo sabe. Si alguien se acerca á mi marido, digo: ése va á contárselo. En todo semblante se me figura descubrir gesto amenazador; amenazadora retumba en mi pecho la palabra más inocente. Me da miedo la luz; temo que haga ver mi conciencia. La obscuridad me espanta; mi conciencia en medio de las tinieblas aparece más tenebrosa. Á veces juraría sentir en el rostro la señal de mi delito; quiero tocarla con la mano, y apenas logro que desaparezca la tenaz ilusión mirándome á un espejo. Agótanse ya todas mis fuerzas; no quiere ya seguir penando mi corazón, y la hora bendecida del que necesita descanso llega para mí con nuevos horrores. ¡Ay, que si duermo, quizá sueñe con él; quizá se escape de mis labios su nombre, quizá diga á voces que le amo! Y si al fin duermo á pesar mío, entonces soy más desdichada, porque los vagos temores de la vigilia toman durante el sueño cuerpo de realidad espantosa. Y otra vez es de día: y á la amargura de ayer, que parecía insuperable, excede siempre la de hoy; y á la amargura de hoy, que raya en lo infinito, excede siempre la de mañana. ¿Llorar? ¡Ay, cuánto he llorado! ¿Suspirar? ¡Ay, cuánto he suspirado! Ya no

tengo lágrimas ni suspiros que me consuelen. ¿Vienes? ¡Qué susto, qué desear que te vayas! ¿Te vas? ¡Qué angustia, qué desear que vuelvas! Y vuelves, y cuando, como ahora, hablo á solas contigo, me parece que mis palabras suenan tanto que pueden oirse en todas partes; el vuelo de un insecto me deja sin gota de sangre en las venas; creo que donde quiera hay oídos que escuchan, ojos que miran, y yo no sé hacia dónde volver los míos..... (Mirando con terror hacia una y otra parte.) y..... ¡Oh!

Dando un grito.

EDMUNDO.

¿Qué? ¡Habla!

Con sobresalto y ansiedad, mirando en la misma dirección que Alicia.

ALICIA.

Nada: mi sombra, mi sombra que me ha parecido testigo acusador. ¿Y tú me preguntas si esto es vida? ¡Qué ha de ser vida, Edmundo! No es vida, no lo es: es una muerte que no se acaba.

EDMUNDO.

Serénate, Alicia, y considera que, á serlo más, te creerías menos culpada. Parece siempre horrenda la culpa si aún brilla á su lado la virtud.

ALICIA.

No me hables de virtud. Sólo con amarte huello todos los deberes; ofendo al cielo y á la tierra. Sálvame; salva, como fuerte, á una débil mujer.

EDMUNDO.

¡Oh, sí; preciso es que ambos nos salvemos! Pero ¿cómo salvarnos? ¡Ver á mi Alicia idolatrada y no hablar con ella; hablar con ella y no decirle que la quiero; dejar de quererla habiéndola querido una vez!..... ¡Qué desatino! ¡Qué locura! Yo, sin embar-

go, todos los días me entretengo en formar muy buenos propósitos, con intención de no cumplirlos; así da uno que reir al demonio. Propóngome lo que todo el mundo en ocasiones parecidas: convertir en amistad el amor. El amor trabajando por hacerse más pequeño, se hace más grande. No se convierte el amor en amistad; si acaso, en odio tan vivo y tan profundo como él. La idea de quererte menos me indigna, me enfurece. Amarte con delirio ó aborrecerte con frenesí: no hay otro remedio. Á ver, dime: ¿cómo lograría yo aborrecerte?

ALICIA.

Los días enteros se me pasan á mí también discurriendo medios de vencer al tirano de mi albedrío, Si Edmundo se enamorase de otra mujer, me digo á mí misma, todo estaba arreglado; y con sólo figurarme que te veo al lado de otra mujer, tiemblo de cólera, y comparado con este dolor, no hay dolor que á mis ojos no tome aspecto de alegría. Póngome á pedir á Dios que me olvides, y noto de pronto que estoy pidiéndole que me quieras. No más pelear inútilmente. Conozco mi ingratitud para con el mejor de los hombres: te amo. Conozco mi vileza: te amo. Sálvame, te decía. Mi salvación está en no amarte. No me puedes salvar.

EDMUNDO.

¡Alicia, Alicia de mi alma!

ALICIA.

¡Edmundo! (Van á abrazarse y se detienen, oyendo ruido en el foro.) ¡Oh, quita!

ESCENA VI.

DICHOS y SHAKSPEARE. Después YORICK y WALTON.

SHAKSPEARE.

¡Loado sea Dios, que os encuentro solos! Buscándoos venía.

EDMUNDO.

¿Á quién....., á mí?

Con recelo.

SHAKSPEARE.

Á ti y á ella.

ALICIA.

¿Á los dos?

SHAKSPEARE.

Á los dos.

EDMUNDO.

(¡Cielos!)

ALICIA.

(¡Dios mío!)

SHAKSPEARE.

¿Puedo hablar sin temor de que nadie nos oiga?

EDMUNDO.

¿Tan secreto es lo que nos tenéis que revelar?

SHAKSPEARE.

Ni yo mismo quisiera oirlo.

ALICIA.

(No sé qué me sucede.)

EDMUNDO.

Hablad, pero ved lo que decís.

SHAKSPEARE.

Mira tú lo que dices.

Clavando en él una mirada.

EDMUNDO.

Es que no debo tolerar.....

SHAKSPEARE.

Calla y escucha.

Imperiosamente.

EDMUNDO.

¡Oh!

Baja la cabeza dominado por el tono y el ademán de Shakspeare.

SHAKSPEARE.

Tiempo ha que debí dar voluntariamente un paso que doy ahora arrastrado de la necesidad. Fuí cobarde. ¡Malditos miramientos humanos que hacen cobarde al hombre de bien! Ya no vacilo: ya en nada reparo; Edmundo, tú amas á esa mujer.

EDMUNDO.

¿Yo?.....

SHAKSPEARE.

Alicia, tú amas á ese hombre.

ALICIA.

¡Ah!

Con sobresalto y dolor.

EDMUNDO.

¿Con qué derecho os atrevéis?.....

SHAKSPEARE.

Con el derecho que me da el ser amigo del esposo de Alicia y del padre de Edmundo.

EDMUNDO.

Pero si no es cierto lo que decís; si os han engañado.

ALICIA.

Os han engañado, no lo dudéis.

SHAKSPEARE.

La hipocresía y la culpa son hermanas gemelas.

Ven acá. (Asiendo de una mano á Alicia y trayéndola cerca de sí.) Ven acá. (Asiendo de una mano á Edmundo y poniéndole delante de Alicia.) Levanta la cabeza, Edmundo. Levántala tú. (Levantando con una mano la cabeza de Edmundo, y con la otra la de Alicia.) Miraros cara á cara con el sosiego del inocente. Miraos. ¡Oh! Pálidos estabais; ¿por qué os ponéis tan encendidos? Antes, el color del remordimiento; ahora, el color de la vergüenza.

ALICIA.

¡Compasión!

EDMUNDO.

¡Basta ya!

Con profundo dolor.

ALICIA.

Habéis hablado tan de improviso.....

EDMUNDO.

La acusación ha caído como un rayo sobre nosotros.

ALICIA.

Hemos tenido miedo.

EDMUNDO.

Os diré la verdad.

ALICIA.

Es cierto: me ama, le amo.

EDMUNDO.

Sois noble y generoso.

ALICIA.

Tendréis lástima de dos infelices.

EDMUNDO.

No querréis aumentar nuestra desventura.

ALICIA.

Al contrario: nos protegeréis, nos defenderéis contra nosotros mismos.

SHAKSPEARE.

Vamos, hijos míos, serenidad.

ALICIA.

¡Hijos nos llama! ¿Lo has oído?

EDMUNDO.

¡Oh, besaremos vuestras plantas!

ALICIA.

Yendo á arrodillarse.

Sí.

SHAKSPEARE.

Abriendo los brazos.

No; en mis brazos estaréis mejor.

EDMUNDO.

Deteniéndose con rubor.

¡Guillermo!.....

ALICIA.

Con alegría.

¿Es posible?

SHAKSPEARE.

¡Venid!

EDMUNDO.

Arrojándose en sus brazos.

¡Salvadnos!

ALICIA.

Arrojándose también en los brazos de Shakspeare.

¡Salvadnos, por piedad!

SHAKSPEARE.

Sí; yo os salvaré con la ayuda de Dios.

Pausa, durante la cual se oyen los sollozos de Edmundo y Alicia.

ALICIA.

Pero ¡qué miro? ¿Estáis llorando?

SHAKSPEARE.

Viendo lágrimas, ¿qué ha de hacer uno sino llorar?

ALICIA.

Edmundo, es un protector que el cielo nos envía. ¡Y le queríamos engañar, queríamos rechazarle! ¡Cuál ciega la desdicha! Tener un amigo que nos consuele, que tome para sí parte de nuestras aflicciones; ser amparados del hombre que mejor puede curar los males del alma, porque es el que los conoce mejor..... ¡Oh gozo inesperado! ¿Quién me hubiera dicho momentos há que tan cerca de mí estaba la alegría? Ya respiro. ¡Ay, Edmundo, esto es ya vivir!

SHAKSPEARE.

No hay tiempo que perder. Hablad. Quiero saberlo todo.

Pausa.

EDMUNDO.

Vino há dos años Alicia á la compañía de vuestro teatro. Entonces la conocí. ¡Nunca la hubiera conocido!

ALICIA.

¡Nunca jamás le hubiera conocido yo!

EDMUNDO.

La vi de lejos; me arrastró hacia ella fuerza misteriosa. Llegué á su lado; miré, no vi; hablé, no se oyó lo que dije. Temblé: ¡la amaba!

ALICIA.

¡Yo le amaba también!

EDMUNDO.

Quiere el amor, aun siendo legítimo, vivir oculto en el fondo del corazón. Pasaron días..... Resolví al fin declararme..... ¡Imposible!

ALICIA.

Yorick me había manifestado ya su cariño.

EDMUNDO.

Era mi rival el hombre á quien todo se lo debía.

ALICIA.

Cayó mi madre muy enferma; carecíamos de recursos; Yorick apareció á nuestros ojos como enviado de la Misericordia infinita.

EDMUNDO.

¿Podía yo impedir que mi bienhechor hiciese bien á los demás?

ALICIA.

Alicia, me dijo un día mi madre; vas á quedarte abandonada; cásate con Yorick; ¡te quiere tanto y es tan bueno!

EDMUNDO.

Yorick me había recogido desnudo y hambriento de en medio de la calle, para darme abrigo y amor y dicha y un lugar en el mundo.

ALICIA.

Por Yorick gozaba mi madre en los últimos días de su existencia todo linaje de consuelos.

EDMUNDO.

Destruir la felicidad de ese hombre hubiera sido en mí sin igual villanía.

ALICIA.

Mi madre rogaba moribunda.

EDMUNDO.

Lo que se hace rindiendo culto á la gratitud, eso es lo que yo hice.

ALICIA.

Lo que se responde á una madre que suplica moribunda, eso es lo que yo respondí.

EDMUNDO.

Y juré que había de olvidarla.

ALICIA.

Y según iba empeñándome en quererle menos, le iba queriendo más.

EDMUNDO.

Era vana la resistencia.

ALICIA.

Pero decía yo: Edmundo es hijo de Yorick.

EDMUNDO.

Yorick es mi padre, decía yo.

ALICIA.

En casándome con Yorick se acabó el amor que ese hombre me inspira.

EDMUNDO.

Se acabó el amor que siento por esa mujer al punto mismo en que Yorick se enlace con ella.

ALICIA.

¿Amar al hijo de mi esposo? ¡Qué horror! No cabe en lo posible.

EDMUNDO.

¿Amar á la esposa de mi padre? ¡Qué locura! No puede ser.

ALICIA.

¡Y con qué afán aguardaba yo la hora de mi enlace!

EDMUNDO.

Siglos se me hacían los minutos que esa hora tardaba en llegar.

ALICIA.

¡Y llegó por fin esa hora!

EDMUNDO.

¡Por fin se casó!

ALICIA.

Y al perder su última esperanza el amor, en vez de huir de nuestro pecho.....

EDMUNDO.

Alzóse en él, rugiendo como fiera acosada.

ALICIA.

Callamos, callamos, sin embargo

EDMUNDO.

Á pesar de los ruegos y lágrimas de Yorick, me negué á seguir viviendo en su casa.

ALICIA.

Pero tuvo que venir aquí con frecuencia.

EDMUNDO.

Él lo exigía.

ALICIA.

Nos veíamos diariamente; callamos.

EDMUNDO.

Pasábamos solos una hora y otra hora; callamos.

ALICIA.

Un día, al fin, representando Romeo y Julieta.....

EDMUNDO.

Animados por la llama de la hermosa ficción.....

ALICIA.

Unida á la llama de la ficción, la llama abrasadora de la verdad.....

EDMUNDO.

Cuando tantas miradas estaban fijas en nosotros.....

ALICIA.

Cuando tantos oídos estaban pendientes de nuestra voz.....

EDMUNDO.

Entonces, mi boca—miento—mi corazón, le preguntó quedo, muy quedo: «¿me quieres?»

ALICIA.

Y mi boca—miento—mi corazón, quedo, muy quedo, respondió: «sí».

EDMUNDO.

Hé ahí nuestra culpa.

ALICIA.

Nuestro castigo, á toda hora recelar y temer.

EDMUNDO.

¡Implacables remordimientos!

ALICIA.

¿Consuelo? Ninguno.

EDMUNDO.

¿Remedio? Uno solamente.

ALICIA.

Morir.

EDMUNDO.

Ya nada falta que deciros.

ALICIA.

Lo juramos.

EDMUNDO.

¡Por la vida de Yorick!

ALICIA.

¡Por su vida!

EDMUNDO.

Eso es lo que sucede.

ALICIA.

Eso es.

SHAKSPEARE.

¡Mísera humanidad! Vuélvese en ti manantial de crímenes la noble empresa acometida sin esfuerzo bastante para llevarla á cabo. ¡Mísera humanidad! Retrocedes ante el obstáculo pequeño; saltas por encima del grande. Os amáis; es preciso que no os améis.

EDMUNDO.

Quien tal dice, no sabe que el alma esclavizada por el amor no se libra de su tirano.

SHAKSPEARE.

Quien tal dice, sabe que el alma es libre, como hija de Dios.

ALICIA.

Explicádmelo por piedad: ¿qué hará cuando quiera no amar el que ama?

SHAKSPEARE.

Querer.

EDMUNDO.

Querer no basta.

SHAKSPEARE.

Basta si el querer no es fingido.

ALICIA.

¿Quién lo asegura?

SHAKSPEARE.

Testigo irrecusable.

EDMUNDO.

¿Qué testigo?

SHAKSPEARE.

Vuestra conciencia. Si de la culpa no fuerais responsables, ¿á qué temores, á qué lágrimas, á qué remordimientos? Huirás de Alicia para siempre.

EDMUNDO.

Mil veces se me ha ocurrido ya tal idea. No exijáis imposibles.

SHAKSPEARE.

En la pendiente del crimen hay que retroceder ó avanzar: retrocederás, mal que te pese.

EDMUNDO.

¿Haréis que me vaya por fuerza?

SHAKSPEARE.

Si no queda otro remedio, por fuerza se ha de hacer el bien.

ALICIA.

Edmundo os obedecerá. Teniendo ya quien nos proteja, veréis cómo en nosotros renacen el valor y la fe.

EDMUNDO.

¡Oh, sí! Con vuestra ayuda no habrá hazaña que nos parezca imposible. Soldados somos del deber.

ALICIA.

Vos, nuestro capitán.

EDMUNDO.

Conducidnos á la victoria.

SHAKSPEARE.

Si esta buena obra pudiera yo hacer, reiríame de Otelo y de Macbeth, y de todas esas tonterías. (Con íntimo júbilo.) Confío en la promesa de un hombre. (Estrechando á Edmundo la mano.) Y en la promesa de una mujer.

Estrechando la mano á Alicia.

EDMUNDO y ALICIA.

¡Sí!

SHAKSPEARE.

Pues mientras llega el día de que Edmundo nos deje, nunca estéis solos; nunca delante de los demás os dirijáis ni una mirada. Esto pide el deber; esto reclama la necesidad. Me figuraba ser el único poseedor del secreto..... ¡Necio de mí! Nunca pudo estar oculto el amor.

ALICIA.

¿Qué decís?

EDMUNDO.

Explicaos.

SHAKSPEARE.

Conoce también ese horrible secreto persona de quien fundadamente puede temerse una vileza.

EDMUNDO.

¿Qué persona?

SHAKSPEARE.

Con motivo del reparto de papeles de un drama nuevo, está Walton enfurecido contra Yorick.

EDMUNDO.

Con terror.

¡Walton!

SHAKSPEARE.

Lo sé por el autor de la obra, que de casa de Walton fué hace poco á la mía, y me refirió la plática que ambos acababan de tener. Walton ha dicho estas ó parecidas frases, que el autor repetía sin entenderlas: «Cuadra á Yorick divinamente el papel de marido ultrajado, y no se le debe disputar.»

ALICIA.

¡Dios de mi vida!

SHAKSPEARE.

«Si por descuido ó ceguedad no advirtiese las excelencias de papel tan gallardo, yo le abriré los ojos.»

ALICIA.

¡Oh, no hay duda; ese hombre es un malvado; nos perderá!

EDMUNDO.

Con mucha ansiedad.

Si, Alicia, estamos perdidos, perdidos sin re medio

SHAKSPEARE.

Todavía no. Corro al punto en su busca, y en viéndole yo, nada habrá que temer.

Dirigiéndose hacia el foro.

EDMUNDO.

Yendo hacia ella y asiéndole las manos.

¡Alicia! ¡Alicia!

ALICIA.

¿Qué tienes? ¿Por qué te acongojas de ese modo?

SHAKSPEARE.

Desde el foro.

Valor, Edmundo. Volveré en seguida á tranquilizaros.

EDMUNDO.

¡No os vayáis, por Dios!

SHAKSPEARE.

Dando algunos pasos hacia el proscenio.

¿Que no me vaya? ¿Por qué?

EDMUNDO.

No está ahora Walton en su casa.

SHAKSPEARE.

Viniendo al lado de Edmundo.

¿Cómo lo sabes?

EDMUNDO.

Yo soy quien os dice: ¡Valor! (A Shakspeare.) ¡Valor desdichada!

A Alicia.

ALICIA.

Sácame de esta horrible ansiedad.

SHAKSPEARE.

¿Dónde está ese hombre?

EDMUNDO.

Aquí.

SHAKSPEARE.

¡Cielos!

ALICIA.

¿Con él?

EDMUNDO.

¡Con él!

SHAKSPEARE.

¿Tú le has visto, sin duda?

EDMUNDO.

Delante de mí empezó ya á descubrir el objeto de su venida.

ALICIA.

¡Oh! ¿Qué hago yo ahora, Dios mío, qué hago yo?

EDMUNDO.

Tierra enemiga, ¿por qué no te abres á mis plantas?

SHAKSPEARE.

¡Qué fatalidad!

ALICIA.

¡No me abandonéis; defendedme, amparadme!

EDMUNDO.

¡Por piedad, un medio, una esperanza!

SHAKSPEARE.

Si nos aturdimos..... Calma....., sosiego.....

Como recapacitando. Yorick aparece en la puerta de la derecha seguido de Walton, á quien da la comedia que trae en la mano y hace con semblante alegre señas para que calle, poniéndose un dedo en la boca. Después se acerca rápidamente de puntillas á su mujer.

EDMUNDO.

Con mucha ansiedad á Shakspeare.

¿Qué resolvéis?

ALICIA.

¡Decid!

YORICK.

Asiendo por un brazo á su mujer con actitud afectadamente trágica, y declamando con exagerado énfasis.

Tiemble la esposa infiel, tiemble.....

ALICIA.

¡Jesús! (Estremeciéndose con espanto.) ¡Perdón!

Cayendo al suelo sin sentido.

YORICK.

¿Eh?

EDMUNDO.

Queriendo l·nzarse contra Walton.

¡Infame!

SHAKSPEARE.

En voz baja á Edmundo, deteniéndole.

¡Insensato!

YORICK.

Confuso y aturdido.

¡Perdón!

WALTON.

Irónicamente.

(¡Casualidad como ella!)

YORICK.

¡Perdón!.....

Queriendo explicarse lo que sucede. Shakspeare va á socorrer á Alicia.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA.

WALTON.

Esperaré á que vuelva. (Hablando desde el foro con alguien que se supone estar dentro. Deja el sombrero en una silla y se adelanta hacia el proscenio.) Pasa conmigo en el ensayo más de tres horas, y poco después va á mi casa á buscarme. ¿Qué me querrá? ¿Y hago yo bien en buscarle á él? Como el sér amado atrae el sér aborrecido. Esta noche se estrenará la comedia nueva; esta noche representará Yorick el papel que debió ser mío, y que villanamente me roba. ¿Lo hará bien? Dejárselo hacer; animarle á intentar cosas muy difíciles, donde no pudiera evitar la caída; representar yo á su lado un papel inferior, me pareció medio eficaz de lograr á un tiempo castigo el más adecuado para él, para mí la más satisfactoria venganza. Hoy temo haberme equivocado. Singular es que todo el mundo crea que ha de hacerlo mal, excepto yo. Fuera de que el vulgo aplaude por costumbre..... Yorick es su ídolo...... Hasta la circunstancia de verle cambiar repentinamente el zueco por el coturno, le servirá de recomendación....

Ni mis enemigos desperdiciarán esta coyuntura que se les ofrece para darme en los ojos. ¡Y qué fervorosa es la alabanza dirigida á quien no la merece! ¡Qué dulce es alabar á uno con el solo fin de humillar á otro! ¡Pues bueno fuera que viniese hoy Yorick con sus manos lavadas á quitarme de las sienes el lauro regado con sudor y lágrimas en tantos años de combate; mi única esperanza de consuelo desde que recibió mi pecho la herida que no ha de cicatrizarse jamás. ¡Oh gloria! ¡Oh deidad cuanto adorada aborrecible! Pies de plomo tienes para acercarte á quien te llama; alas para la huída. Padece uno si te espera; mas, si por fin te goza, si luego te pierde, mil veces más. ¿Qué mucho que el anhelo de conservarte ahogue la voz del honor y de la virtud? No bien supe que Yorick trataba de ofenderme, debí yo de herirle con la noticia de su oprobio. La venganza más segura y más pronta, ésa la mejor. Alcance mi rival un triunfo en las tablas, destruyendo mi gloria, y vengarme de él será ya imposible. Dí palabra de guardar el secreto; la dí: ¿qué remedio sino cumplirla? ¡Ejerce Shakspeare sobre mí tan rara influencia!..... ¡Me causa un pavor tan invencible!..... Y no cabe duda ninguna: Yorick tiene celos. Quiere ocultarlos en el fondo del corazón; pero los celos siempre se asoman á la cara. Hizo en parte la casualidad lo que yo hubiera debido hacer; y aunque Shakspeare agotó su ingenio para ofuscarle..... Clavada en el alma la sospecha, no hay sino correr en pos de la verdad hasta poner sobre ella la mano. Y ¿quién sabe si de los celos verdaderos del hombre estará recibiendo inspiraciones el actor para expresar los celos fingidos? Esto faltaba solamente: que hasta los males de mi enemigo se vuelvan

contra mí. ¡Ah! ¿Eres tú? (Cambiando de tono al ver entrar á Yorick por la puerta del foro.) Á Dios gracias. Ya me cansaba de esperarte.

ESCENA II.

WALTON y YORICK.

YORICK.

¿Tú aquí?

WALTON.

Sé que has estado en casa después del ensayo, y vengo á ver en qué puedo servirte. (Yorick le mira en silencio.) Di, pues; ¿querías algo?

YORICK.

Quería solamente..... (Turbándose.) Ya te diré.

WALTON.

(¿Qué será.....?)

YORICK.

Sentándose.

He andado mucho y estoy rendido de fatiga.

WALTON.

Descansa en hora buena.

YORICK.

Me prometía hallar alivio con el aire del campo; mas salió vana mi esperanza.

WALTON.

Con gozo que no puede reprimir.

¿Qué? ¿Te sientes malo?

YORICK.

Siento un malestar, una desazón.....

WALTON.

Á ver, á ver..... (Tocándole la frente y las manos.) Estás ardiendo. Si creo que tienes calentura.

YORICK.

Posible es.

WALTON.

¿Por qué no envías un recado á Guillermo?

YORICK.

¿Á Guillermo? (Con enfado y levantándose de pronto.) ¿Para qué?

WALTON.

Quizá no puedas trabajar esta noche; tal vez haya que suspender la función.....

Con afectada solicitud.

YORICK.

No es mi mal para tanto.

WALTON.

Dejémonos de niñerías; yo mismo iré en busca de Guillermo, y......

Dando algunos pasos hacia el foro.

YORICK.

Te digo que no quiero ver á Guillermo. Te digo que he de trabajar.

WALTON.

Con ironía, volviendo á su lado.

¡Como esperas alcanzar un triunfo esta noche!.....

YORICK.

Un triunfo....., sí, un triunfo..... (Como si estuviera pensando en otra cosa.) Walton.....

Sin atreverse á continuar.

WALTON.

Con desabrimiento.

¿Qué?

YORICK.

Walton.....

WALTON.

Así me llamo.

YORICK.

Desconcertado.

No te burles de mí.

WALTON.

Lelo pareces á fe mía.

YORICK.

Has de saber que tengo un defecto de que nunca puedo corregirme.

WALTON.

¿Uno sólo? Dichoso tú.

YORICK.

Me domina la curiosidad.

WALTON.

Adán y Eva fueron los padres del género humano.

YORICK.

Verás. Hablabais esta mañana Guillermo y tú en un rincón muy obscuro del escenario, y, acercándome yo casualmente á vosotros, oí que decías.....

WALTON.

¿Qué?

YORICK.

(Se turba.) Oí que decías: «Yo no he faltado á mi promesa; Yorick nada sabe por mí.»

WALTON.

¿Conque oíste?.....

YORICK.

Lo que acabo de repetir nada más.

WALTON.

¿Y qué?

YORICK.

Que como soy tan curioso, anhelo averiguar qué

es lo que Guillermo te ha exigido que no me reveles.

WALTON.

Pues, con efecto, eres muy curioso.

YORICK.

Advirtiéndotelo empecé.

WALTON.

Tienes además otra flaqueza.

YORICK.

¿Cuál?

WALTON.

La de soñar despierto.

YORICK.

¿De qué lo infieres?

WALTON.

De que supones haberme oído pronunciar palabras que no han salido de mis labios.

YORICK.

¿Que no?

WALTON.

Que no.

YORICK.

Brujería parece.

WALTON.

Yendo á coger el sombrero.

Y si no mandas algo más.....

YORICK.

(No saldré de mi duda.) Walton.

WALTON.

Dando algunos pasos hacia Yorick con el sombrero en la mano.

¿Me llamas?

YORICK.

Sí; para darte la enhorabuena.

WALTON.

¿Por qué?

YORICK.

Porque mientes muy mal.

WALTON.

Ni bien, ni mal: no miento.

YORICK.

Con repentina cólera.

¡Mientes!

WALTON.

¡Yorick!

YORICK.

¡Mientes!

WALTON.

Pero ¿has perdido la razón?

YORICK.

Cuando digo que mientes, claro está que no la he perdido.

WALTON.

Daré yo prueba de cordura volviéndote la espalda.

YORICK.

En tono de amenaza.

No te irás sin decirme lo que has ofrecido callar.

WALTON.

Sin poder contenerse.

Pues si he ofrecido callarlo, ¿cómo quieres que te lo diga?

YORICK.

¡Ah! ¿Con que no soñé? ¿Conque real y positivamente oí las palabras que negabas antes haber pronunciado?

WALTON.

Déjame en paz. Adiós.

YORICK.

Walton, habla, por piedad.

WALTON.

Yorick, por piedad, no hablaré.

YORICK.

¿Luego es una desgracia lo que se me oculta?

WALTON.

¡Si pudieses adivinar cuán temeraria es tu porfía, y cuán heroica mi resistencia!

YORICK.

Por quien soy que has de hablar.

WALTON.

Por quien soy que merecías que hablase.

YORICK.

Di.

WALTON.

¡Ah!..... (Resuelto á decir lo que se le pregunta.) No.
Cambiando de resolución.

YORICK.

¿No?

WALTON.
Con frialdad.

No.

YORICK.

Media hora te doy para que lo pienses.

WALTON.

¿Me amenazas?

YORICK.

Creo que sí.

WALTON.

¡Oiga!

YORICK.

Dentro de media hora te buscaré para saber tu última resolución.

WALTON.

¿Y si no me encuentras?

YORICK.

Diré que tienes miedo.

WALTON.

¿De quién? ¿De ti?

YORICK.

De mí.

WALTON.

Aquí estaré dentro de media hora.

YORICK.

¿Vendrás?

WALTON.

Tenlo por seguro.

YORICK.

¿Á revelarme al fin lo que ahora me callas?

WALTON.

No; sino á ver qué haces cuando nuevamente me niegue á satisfacer tu curiosidad.

YORICK.

Malo es jugar con fuego; peor mil veces jugar con la desesperación de un hombre.

WALTON.

¿Desesperado estás?

YORICK.

Déjame.

WALTON.

Sin tardanza. ¿Somos amigos todavía?

YORICK.

No..... Sí.....

WALTON.

¿Sí ó no?

YORICK.

No.

WALTON.

Excuso entonces darte la mano.

YORICK.

Lo seremos toda la vida si cambias de propósito

WALTON.

Hasta dentro de media hora, Yorick.

YORICK.

Walton, hasta dentro de media hora.

WALTON.

Saludando á Edmundo que sale por la puerta del foro.

Dios te guarde, Edmundo.

EDMUNDO.

Con sequedad.

Y á ti.

WALTON.

(Empeñándose él en saberlo, me será más fácil callar.)

Vase por el foro.

ESCENA III.

YORICK y EDMUNDO. Yorick anda de un lado á otro del escenario, manifestando irrefrenable desasosiego.

YORICK.

Hola, señor Edmundo, ¿por qué milagro se os ve al fin aquí?

EDMUNDO.

Como esta mañana me habéis reprendido porque no vengo.....

YORICK.

¿Y vienes porque te he reprendido, eh? ¿Solamente por eso?

EDMUNDO.

No..... Quiero decir.....

Turbado.

YORICK.

No te canses en meditar una disculpa.

EDMUNDO.

Me parece que estáis preocupado....., inquieto..... Sin duda el estreno de la comedia.....

Buscando a'go que decir.

YORICK.

El estreno de la comedia..... Ciertamente....., eso es.....

Hablando maquinalmente abstraído en su meditación. Sigue andando en varias direcciones con paso, ora lento, ora muy precipitado; á veces se pára, siéntase á veces en la silla que ve más cerca de sí, demostrando en todas sus acciones la agitación que le domina.

EDMUNDO.

Por lo que á vos hace, sin embargo, nada debéis temer. El público os ama ciegamente..... Esta noche, como siempre, recompensará vuestro mérito, y.....

Notando que no se le escucha, deja de hablar, se sienta y contempla con zozobra á Yorick, que sigue andando por el escenario. Pausa.

YORICK.

¿Qué decías? Habla..... Te oigo.

Sin detenerse.

EDMUNDO.

(Todo lo sabrá al fin. No hay remedio.)

YORICK.

¿No hablas?

EDMUNDO.

Sí, señor..... Decía que el drama de esta noche.....

YORICK.

No me has preguntado por Alicia. ¿Por qué no me has preguntado por ella?

Parándose de pronto delante de Edmundo.

EDMUNDO.

Habiéndola visto en el ensayo esta mañana.....

YORICK.

Sí....., es verdad.....

Anda otra vez por el escenario.

EDMUNDO.

(Crecían sus dudas por instantes: han llegado á lo sumo.)

YORICK.

¿Conque la función de esta noche?.....

EDMUNDO.

Me parece que agradará. Tiene interés y movimiento; es obra de autor desconocido, á quien no hará guerra la envidia.

YORICK.

¡No puede ser!

Hablando consigo mismo, y dando una patada en el suelo.

EDMUNDO.

¡Oh!

Levantándose.

YORICK.

¿Qué? ¿He dicho algo? Suelen estos días escaparse de mis labios palabras cuyo sentido ignoro. No ando bien estos días.

Tocándose la frente.

EDMUNDO.

¿Estáis enfermo? ¿Qué tenéis?

Con ternura, acercándose á él.

YORICK.

Un papel tan largo y difícil....., los ensayos....., el estudio excesivo..... Pero no hay que temer. Esto pasará..... Ya pasó. Charlemos aquí los dos solos un rato. (Sentándose en la mesa.) Hablábamos..... ¿De qué?..... ¡Ah, sí, del drama nuevo! Á ti, por lo visto en los ensayos, no te agrada mucho tu papel. ¿Y Alicia? ¿Cómo la encuentras en el suyo de esposa desleal?

EDMUNDO.

Bien.....; muy bien.

YORICK.

Bien, ¿eh?

Impetuosamente, saltando de la mesa al suelo.

EDMUNDO.

Sí, señor.....; yo creo.....

YORICK.

Y ya ves cuánto me alegro de que tú..... (Conteniéndose y disimulando) Edmundo, ven acá. (Tomando de pronto una resolución y acercándole mucho á sí.) Dime: ¿sentiste alguna vez estallar en tu corazón tempestad furiosa? ¿Pudiste durante mucho tiempo evitar que se vieran sus relámpagos, que se oyeran sus truenos? ¿Es posible padecer y callar? ¿No arranca por fin el dolor ayes lastimeros al más sufrido y valeroso? ¿Hará bien la desgracia en dejarse agobiar de carga irresistible sin pedir ayuda á la amistad? ¿Y no eres tú mi hijo, el hijo de mi alma?

EDMUNDO.

¡Oh!, sí; ¡vuestro hijo!

Abrazándole.

YORICK.

Quiere mucho á tu padre. ¡Ay, tengo ahora tanta necesidad de que alguien me quiera! Porque sábelo,

Edmundo: Alicia..... ¡Oh, cuál se niegan mis labios á pronunciar estas palabras! ¡Y si á lo menos pudiese decirlas sin que llegaran á mis oídos! ¡Alicia no me ama!

EDMUNDO.

¡Cielos!

YORICK.

¿Ves qué horrorosa desventura? Parece imposible que haya desventura mayor. Parece imposible, ¿no es verdad? Pues oye: ¡Alicia ama á otro! Ahí tienes una desventura mayor; ahí la tienes.

Muy conmovido.

EDMUNDO.

Pero sin duda os engañáis. ¿Cómo sabéis que vuestra esposa?..... ¿Quién os ha inducido á creerlo?

Con ira en esta última frase.

YORICK.

Al oir que la llamaba esposa infiel, con palabras de esa maldita comedia que le sonaron á verdad, sobrecogióse de modo que llegó á perder el sentido.

EDMUNDO.

¿Qué mucho, si es tan delicada y sensible que al más leve ruido inesperado se conmueve y altera? Ya os lo dijo Guillermo.

YORICK.

Ciertamente que me lo dijo. (Con ironía.) Alicia, al desmayarse, pidió perdón.

EDMUNDO.

Turbada por la voz acusadora, su mente, como ciega máquina, siguió el impulso recibido. Guillermo os lo dijo también.

YORICK.

También me lo dijo, con efecto. (Con ironía como antes.)

Pero en mi pecho quedó leve espina; espina que fué muy pronto clavo encendido. Yo antes nada veía, en nada reparaba. Como la luz del sol, deslumbra la luz de la felicidad. Nublado el cielo de mi dicha, todo lo vi claro y distinto. Recordé un sí ardiente como el amor, y otro sí tibio como la gratitud; únicamente con el amor hace el amor nudo que no se rompa. Recordé lágrimas á deshora vertidas, zozobras y temores sin razón aparente. Parecióme ella más joven y hechicera que nunca; hallé en mí con asombro fealdad y vejez. Ahora, á cada momento reciben nuevo pábulo mis sospechas, porque ya Alicia ni siquiera intenta disimular ni fingir; el peso de la culpa anonada la voluntad. Cuando la miro se agita y conmueve, como si las miradas que le dirijo tuviesen virtud sobrenatural para penetrar en su corazón á modo de flechas punzadoras. Nunca me habla sin que su labio tembloroso revele el temblor de la conciencia. ¿Asómase alguna vez á sus ojos lágrima rebelde? ¡Oh, cuál pugna por encerrarla de nuevo dentro de sí, y qué angustioso es contemplar aquella lágrima, haciéndose cada vez mayor en el párpado que la sujeta! ¿Quiere reirse alguna vez? Su risa es más triste que su llanto. ¡Oh, sí, Edmundo, lo juraría delante de Dios: Alicia esconde secreto abominable en su pecho! De ello me he convencido al fin con espanto; con espanto mayor que me causaría ver abrirse repentinamente el azul purísimo de los cielos, y detrás de él aparecer tinieblas y horrores infernales. ¿Quién es el ladrón de mi ventura? ¿Quién el ladrón de su inocencia? Responde. No me digas que no lo sabes: fuera inútil, no te creería. ¿Quién es? ¿No hablas? ¿No quieres hablar? Dios mío, ¿qué

mundo es éste donde tantos cómplices halla siempre el delito?

EDMUNDO.

Veros padecer tan cruel amargura me deja sin fuerzas ni aun para despegar los labios. Repito que sospecháis sin fundamento, que yo nada sé. ...

YORICK.

¿Por qué has sido siempre desdeñoso con Alicia? ¿Por qué has dejado de frecuentar esta casa? Porque sabías que esa mujer engañaba á tu padre; porque no querías autorizar con tu presencia mi ignominia.

EDMUNDO.

Oh, no lo creáis..... ¡Qué funesta ilusión!

YORICK.

Si te digo que ya empiezo á ver claro; que ya voy entendiéndolo todo. ¿Ignoras quién es mi rival? Ayúdame á buscarlo. ¿Será Walton quizá?

EDMUNDO.

¿Cómo os atrevéis á imaginar siquiera?.....

Con indignación.

YORICK.

No te canses en disuadirme. No es Walton; de fijo que no. Desechado. ¿Será acaso lord Stanley?

EDMUNDO.

¿Lord Stanley? ¿Porque la otra noche habló con ella un momento?.....

YORICK.

Calla, no prosigas. Tampoco es ése, tampoco. Ya me lo figuraba yo. ¿Será el conde de Southampton, el amigo de Shakspeare?

Pronunciando con dificultad este último nombre

EDMUNDO.

Ved que estáis delirando.

YORICK.

Entonces, ¿quién es? Sí; no hay duda: será quien yo menos querría que fuese. No basta la traición de la esposa; habré de llorar también la traición del amigo.

EDMUNDO.

No sospechéis de nadie. Ese rival no existe. Alicia no es culpada.

YORICK.

Á bien que ahora mismo voy á salir de duda..... Si es culpada ó no, ahora mismo voy á saberlo.

Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.

EDMUNDO.

¿Qué intentáis?

YORICK.

Nada (Volviendo al lado de Edmundo): la cosa más natural del mundo; preguntárselo á ella.

EDMUNDO.

¡Eso no!

Horrorizado.

YORICK.

¿Cómo que no? ¿Puedo yo hacer más que fiarme de su palabra?

EDMUNDO.

Pero ¿y si la acusáis sin motivo? ¿Y si es inocente?

YORICK.

Si es inocente, ¿por qué tiembla? ¿Por qué tiemblo yo? ¿Por qué tiemblas tú?

EDMUNDO.

El tiempo aclarará vuestras dudas.

YORICK.

El tiempo que se mide por la imaginación del hombre, detiénese á veces, poniendo en confusión y

espanto á las almas con anticipada eternidad. Días há que el tiempo no corre para mí. Quiero volver á la existencia.

EDMUNDO.

Esperad otro día, otro día no más.

Asiéndole una mano.

YORICK.

¡Ni un día más, ni una hora más, ni un instante más! ¡Suelta!

Procurando desasirse de Edmundo.

EDMUNDO.

No lo esperéis.

YORICK.

¡Qué obstinación tan insufrible! ¡Vaya si es terco el mozo!

Forcejeando para desprender de la suya la mano de Edmundo.

EDMUNDO.

¡Escuchad!

YORICK.

¡Y necio por añadidura! Aparta.

Haciendo un violento esfuerzo, con el cual logra desprenderse de Edmundo.

EDMUNDO.

¡Oh!

YORICK.

¡Si no hay remedio! ¡Si he de saberlo todo!....

Con furor.

EDMUNDO.

¡Piedad!

YORICK.

¡Si no quiero tener piedad!

Cambiando de tono y con voz lacrimosa. Vase por la puerta de la izquierda.

ESCENA IV.

EDMUNDO y ALICIA.

EDMUNDO.

¡Cielo implacable! ¡Oh! (Viendo aparecer á Alicia muy abatida y acongojada por entre la colgadura que cubre la puerta de la derecha. Breve pausa, después de la cual Edmundo corre al lado de Alicia, que habrá permanecido inmóvil y la trae al proscenio.) ¿Has oído?

ALICIA.

Sí.

EDMUNDO.

Mañana al amanecer se hace á la vela para clima remoto un bajel, cuyo capitán es mi amigo: huyamos.

En voz baja y muy de prisa.

ALICIA.

No.

EDMUNDO.

De aquí á la noche quedarían dispuestos los medios de la fuga.

ALICIA.

No.

EDMUNDO.

Si de otro modo no fuera posible comunicártelos, en el teatro recibirías luego una carta, y por ella sabrías el término de mi solicitud y lo que uno y otro deberíamos hacer.

ALICIA.

No.

EDMUNDO.

Tu marido va á descubrirlo todo.

ALICIA.

¡Cúmplase la voluntad del cielo!

EDMUNDO.

¿Y qué será de ti?

ALICIA.

¡Bah!

EDMUNDO.

¿Qué será de los dos?

ALICIA.

Huye tú.

EDMUNDO.

¿Solo? ¡Nunca!

ALICIA.

Huye.

EDMUNDO.

Contigo.

ALICIA.

¡Mil veces no!

YORICK.

¡Alicia! ¡Alicia!

Dentro, llamándola. Alicia se conmueve.

EDMUNDO.

¿Lo ves? Ya no alientas: ya no puedes tenerte en pie.

ALICIA.

¡Me busca!

Con terror.

EDMUNDO.

Para preguntarte si eres culpada. ¿Qué le responderás?

ALICIA.

¿Qué le he de responder? ¡Que sí!

Con firmeza.

EDMUNDO.

¿Y después?

ALICIA.

¿Después?..... ¿Crees tú que será capaz de matarme? (Como animada de una esperanza lisonjera.) ¡Oh, si me matara!.....

Manifestando alegría.

EDMUNDO.

Su furia ó tu propio dolor darán fin á tu vida.

ALICIA.

¿De veras? ¡Qué felicidad!

EDMUNDO.

Y no buscas sólo tu muerte, sino también la mía.

ALICIA.

¡La tuya!

Con pena y sobresalto.

YORICK.

¡Alicia!

Dentro, más cerca.

EDMUNDO.

Ya viene.

ALICIA.

Callaré....., fingiré. Ea, impudencia, dame tu serenidad, y con ella búrlese el reo de su juez. No puedo ser más desdichada; pero no temas, no temas; aún puedo ser más despreciable.

YORICK.

¡Alicia!

ALICIA.

Aquí estoy. Aquí me tenéis.

Yendo hacia donde suena la voz de Yorick.

EDMUNDO.

Aguarda.

Yorick sale por la puerta de la izquierda.

ESCENA V.

DICHOS y YORICK.

YORICK.

¡Ah!

Turbándose al ver á Alicia.

ALICIA.

Me buscáis, yo á vos, y parece que andamos huyendo el uno del otro.

Sonriéndose y aparentando serenidad.

YORICK.

(¿Está ahora alegre esta mujer?) Tengo que hablar un momento á solas con Alicia. Espérame en mi cuarto.

A Edmundo.

EDMUNDO.

(La defenderé si es preciso.)

Vase por la puerta de la derecha.

ESCENA VI.

YORICK y ALICIA.

Yorick contempla un instante á Alicia en silencio. Luego se sienta en el escaño.

YORICK.

Ven, Alicia, ven. (Alicia da algunos pasos hacia él.) Acércate más. (Alicia se acerca más á Yorick.) Siéntate á mi lado. ¿Acaso tienes miedo de mí?

ALICIA.

¿Miedo? ¿Por qué?

Sentándose al lado de Yorick.

YORICK.

(Parece otra.)

ALICIA.

¿Qué me queréis?

Yorick se levanta.

YORICK.

(Ella serena, yo turbado..... Aquí hay un delincuente. ¿Lo es ella? ¿Lo soy yo?)

ALICIA.

(Las fuerzas me abandonan.)

Yorick se sienta otra vez.

YORICK.

Alicia: el hombre, por lo regular, se despierta amando á la primera luz de la juventud: corre luego desatentado en pos del goce que mira delante de sí, y como en espinosas zarzas del camino de la vida, enrédase en uno y otro amorío, fútil ó vergonzoso, dejando en cada uno de ellos un pedazo del corazón. Íntegro y puro estaba el mío cuando te vi y te amé. Y ¡oh, qué viva la fuerza del amor sentido en el otoño de la existencia, cuando antes no se amó, cuando ya no es posible amar otra vez! Así te amo yo, Alicia. ¿Me amas tú como tú me puedes amar? Responde.

ALICIA.

Yo..... Ciertamente..... Os debo tantos beneficios.....

YORICK.

¡Beneficios!..... ¡Si no hablamos de beneficios ahora! ¿Me amas?

ALICIA.

¿No lo sabéis? ¿No soy vuestra esposa?

YORICK.

¿Me amas?

ALICIA.

Sí, señor, sí; os amo.

YORICK.

¿De verás?..... ¿Sí? ¿Debo creerlo? (Con íntimo gozo.) Por Dios, que me digas la verdad. ¿No amas á nadie sino á mí? ¿Á nadie?

ALICIA.

Asustada y queriendo levantarse.

¿Qué me preguntáis?

YORICK.

Con energía y deteniéndola.

¿No amas á otro?

ALICIA.

No, señor, no.....

YORICK.

Mira que pienso que me engañas. ¡Ah! (Concibiendo esperanza halagüeña.) Quizá ames á otro y no hayas declarado tu amor todavía. Siendo así, no vaciles en confesármelo. Humildemente aceptaría yo el castigo de haber codiciado para esposa á quien pudiera ser mi hija; no con severidad de marido, sino con blandura de padre escucharía tu confesión; te haría ver la diferencia que hay entre el amor adúltero que regocija á los infiernos, y el conyugal amor que tiene guardadas en el cielo palmas y coronas; redoblaría mis atenciones y finezas para contigo, mostrándote engalanado mi afecto con atractivos á cual más dulce y poderoso; continuamente elevaría súplicas al que todo lo puede para que no te dejase de la mano; y no lo dudes, gloria mía, luz de mis ojos; no lo dudes, Alicia de mis entrañas; conseguiría al fin vencer á mi rival, ganarme todo tu corazón, volverte á la senda del honor y la dicha; porque tú eres buena; tu

pecho noble y generoso; caerás en falta por error, no con deliberado propósito; y conociendo la fealdad del crimen, huirías de él horrorizada; y conociendo mi cariño..... ¡Ay, hija mía, créelo!, á quien tanto quiere, algo se le puede querer.

ALICIA.

(Me falta aire que respirar; se me acaba la vida.)

YORICK.

¿Nada me dices? ¿Callas? ¿Amas y has declarado ya tu amor? Pues no me lo ocultes. Quiere la justicia que sea castigada la culpa. No debe quedar impune la mujer que afrenta á su marido..... Y si este marido no tiene más afán que evitar á su esposa el menor disgusto, ni más felicidad que adorarla, ni más existencia que la que de ella recibe; si para ese infeliz ha de ser todo uno perder el afecto de su esposa y morir desesperado; y ella lo sabe y le condena á padecer las penas del infierno en esta vida y en la otra..... ¡Oh, entonces la iniquidad es tan grande, que la mente no la puede abarcar; tan grande, que parece mentira!..... No, si yo no creo que tú..... ¡Conmigo tal infamia! ¡Conmigo! ¿Tú haber sido capaz?..... No....., no..... Si digo que no lo creo..... No puedo creerlo..... ¡No lo quiero creer! (Cubriéndose el rostro con las manos y llorando á lágrima viva. Alicia, mientras habla Yorick, da señales de ansiedad y dolor cada vez más profundos: quiere en más de una ocasión levantarse, y no lo hace porque su marido la detiene: vencida al fin de la emoción, va dejándose caer al suelo poco á poco hasta quedar arrodillada delante de Yorick. Al ver éste, cuando se quita las manos de los ojos, que Alicia está arrodillada, se aparta de ella con furor.) ¡Arrodillada (Alicia apoya la cabeza en el escaño, dando la espalda al público.) ¡Arrodillada! Si fuera inocente no se arrodillaría. ¿Conque no me engañé? ¡Infame! (Va rápidamente hacia su mujer con ade-

mán amenazador. Viendo que no se mueve se detiene un instante, y luego se acerca á ella con expresión enteramente contraria.) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? (Levantándole la cabeza y poniéndole una mano en la frente.) Desahógate..... Llora..... (Alicia prorrumpe en congojoso llanto.) ¿Te me vas á morir?..... Pero ¿qué estoy yo haciendo? (Reprimiéndose.) ¿Qué me importa á mí que se muera? (Con nueva indignación, separándose de Alicia.) No, no se morirá. ¡Mentira su dolor! ¡Mentira su llanto! ¡Mentira todo! Es mujer.

ALICIA.

¡Ay!

Falta de respiración y cayendo al suelo desplomada.

YORICK.

¡Alicia! (Corriendo otra vez hacia ella sobresaltado.) ¡Alicia! Ea, se acabó..... Sosiégate..... Mañana veremos lo que se ha de hacer..... Hoy, fuerza es pensar en otras cosas. El drama de esta noche..... Alicia, vuelve en ti..... ¡Alienta, por Dios! (Shakspeare aparece en la puerta del foro. Yorick se incorpora de pronto y se pone delante de su mujer como para ocultarla.) ¡Eh! ¿Quién es? ¿Qué se ofrece? ¿Por qué entra nadie aquí?

ESCENA VII.

DICHOS y SHAKSPEARE.

SHAKSPEARE.

¿Tan ciego estás que no me conoces?

YORICK.

¡Shakspeare! ¡Él!

SHAKSPEARE.

Levanta, Alicia.

Acercándose á ella.

YORICK.

¡No la toques!

SHAKSPEARE.

Desde que te has aficionado al género trágico no se te puede tolerar.

Hace que se levante Alicia, la cual queda apoyada en él, sin dejar de sollozar angustiosamente.

YORICK.

Acercándose á su mujer.

¿No te he dicho que no la toques?

SHAKSPEARE.

Con gran calma, alargando un brazo para detenerle.

Aparta.

YORICK.

¿Estoy soñando?

SHAKSPEARE.

Yo juraría que sí, ó más bien que estás ebrio ó demente. Vamos á tu aposento, Alicia.

Dirígese lentamente con ella hacia la puerta de la izquierda.

YORICK.

Siguiéndolos.

¡Qué! ¿Tú?

SHAKSPEARE.

Aguarda un poco. (Deteniéndose.) Ya hablaremos los dos.

YORICK.

¿Eres piedra insensible con apariencia humana?

SHAKSPEARE.

¿Eres mujer con aspecto de hombre?

Echa á andar otra vez.

YORICK.

¡He dicho ya que Alicia no ha de separarse de mí!

Recobrando su vigor, y yendo hacia su mujer como para separarla de Shaks-

peare. Éste, dejando á Alicia, que se apoya en la mesa con ambas manos, impele á Yorick hacia el proscenio con imponente serenidad, y mirándole atentamente á los ojos.

SHAKSPEARE.

¡He dicho ya que aguardes un poco!

Vuelve pausadamente al lado de Alicia, y se va con ella por la puerta que antes se indicó, sin apartar un solo momento la mirada de Yorick, el cual permanece inmóvil, lleno de estupor.

ESCENA VIII.

YORICK.

Llévase, después de breve pausa, una mano á la frente, y mira en torno suyo, como si despertase de un sueño.

¿Qué es esto? ¿Se ha convertido la realidad de la vida en comedia maravillosa, cuyo desenlace no se puede prever? ¿Soy víctima de obscura maquinación de brujas, duendes ó demonios?..... ¡Shakspeare!..... Sí, no hay duda..... No, no; ¡imposible! ¡Qué angustia vivir siempre en tinieblas! ¡La luz, Dios eterno, la luz! ¡Y se ha ido con ella!..... ¡Están juntos!..... ¡Condenación! ¡Yo los separaré!

Dirigiéndose á la puerta por donde se fueron Shakspeare y Alicia.

ESCENA IX.

YORICK y WALTON.

WALTON.

Al aparecer en la puerta del foro.

Ya es tiempo; aquí me tienes.

YORICK.

Aparentando extraordinaria jovialidad.

¡Oh, que es Walton! Bien venido, Walton, muy bien venido.

WALTON.

Bien hallado, Yorick.

YORICK.

Esto sí que es cumplir fielmente las promesas.

WALTON.

No las cumplo yo de otro modo.

YORICK.

Y, por supuesto, vendrás decidido á seguir ocultándome lo que deseo averiguar.

WALTON.

Por supuesto.

YORICK.

Sólo que, como antes te amenacé, querrás demostrar que no me tienes miedo.

WALTON.

Precisamente.

YORICK.

¡Así me gustan á mí los hombres! Pues no ha de haber riña entre nosotros. (Poniéndole una mano en el hombro.) Pelillos á la mar.

WALTON.

Como quieras. Á fe que no esperaba que fueses tan razonable.

YORICK.

Si ya no hay necesidad de que tú á mí me cuentes nada. Soy yo, por lo contrario, quien te va á contar á ti un cuento muy gracioso.

WALTON.

¿Tú á mí?

YORICK.

Érase que se era un mancebo de pocos años, todo vehemencia, todo fuego. Se enamoró perdidamente de una dama hermosísima. (Walton se estremece.) Fué correspondido: ¡qué placer! Se casó: ¡gloria sin medida!

WALTON.

Muy turbado.

¿Adónde vas á parar?

YORICK.

Disfrutaban en paz de tanta ventura, cuando una noche en que volvió á casa inopinadamente el mancebo, cátate que halla á su mujer.....

WALTON.

Impetuosamente, sin poderse contener.

¡Es falso; es mentira!

YORICK.

Cátate que halla á su mujer en los brazos de un hombre.

WALTON.

¡Vive Cristo!

YORICK.

¡Vive Cristo! diría él, sin duda, porque no era para menos el lance. Y figúrate qué diría después, al averiguar que aquel hombre, señor de alta prosapia, tenía de muy antiguo con su mujer tratos amorosos.

WALTON.

¡Es una vil calumnia! ¡Calla!

YORICK.

Resolvió tomar venganza de la esposa, y la esposa desapareció por arte de magia para siempre.

WALTON.

¿Quieres callar?

YORICK.

Resolvió tomar venganza del amante, y el amante hizo que sus criados le apalearan sin compasión.

WALTON.

Ciego de ira, asiendo de un brazo á Yorick.

Pero ¿todavía no callas?

YORICK.

Pero ¿no hablas todavía? (En el mismo tono que Walton, y asiéndole de un brazo también.) ¡Ja, ja, ja! Parece que te ha gustado el cuentecillo. (Riéndose.) Hoy el marido apaleado, con diverso oficio y veinte años más de los que á la sazón tenía, lejano el lugar de la ocurrencia, créela en hondo misterio sepultada; pero se engaña el mentecato. Sábese que lleva un nombre postizo para ocultar el verdadero, que manchó la deshonra.

Hablando de nuevo con energía.

WALTON.

¿Qué estás haciendo, Yorick?

YORICK.

No falta quien le señale con el dedo.

WALTON.

¡Oh rabia!

YORICK.

Hay quien diga al verle pasar: «Ahí va un infame; porque el marido ultrajado que no se venga es un infame.»

WALTON.

Entonces, ¿quién más infame que tú?

YORICK.

¿Eh? ¿Cómo?..... ¿Es que ya hablas al fin? Sigue, explícate....., habla.....

WALTON.

Yo, á lo menos, descubrí al punto el engaño.

YORICK.

¡Habla!

WALTON.

Yo, á lo menos, quise vengarme.

YORICK.

¿Y yo? Habla. ¿Y yo?

WALTON.

Tú eres ciego.

YORICK.

¡Habla!

WALTON.

Tú vives en paz con la deshonra.

YORICK.

¡Habla!

WALTON.

Tu mujer.....

YORICK.

¿Mi mujer?..... ¡Habla!..... ¡Calla, ó vive Dios, que te arranco la lengua!

WALTON.

¿Lo estás viendo? Eres más infame que yo.

YORICK.

¿Mi mujer?.....

WALTON.

Te engaña.

YORICK.

¡Me engaña! Á ver; pruébamelo. Tendrás, sin duda alguna, pruebas evidentes, más claras que la luz del sol. No se lanza acusación tan horrible sin poderla justificar. Pues vengan esas pruebas; dámelas; ¿qué tardas? ¿No tienes pruebas? ¡Qué las has de tener! ¡No las tiene! ¡Bien lo sabía yo! Este hombre osa decir que un ángel es un demonio, y quiere que se le crea por su palabra.

WALTON.

Repito que Alicia te es infiel.

YORICK.

Repito que lo pruebes. (Acercándose mucho á él) Y si al momento no lo pruebas, di que has mentido; di que Alicia es honrada esposa; di que á nadie ama sino á mí; di que el mundo la respeta y la admira; di que los cielos contemplándola se recrean. ¡Dilo! ¡Si lo has de decir!

WALTON.

Alicia tiene un amante.

YORICK.

¿Eso dices?

WALTON.

Sí.

YORICK.

¿Y no lo pruebas? ¡Ay de ti, villano, que no lo dirás otra vez!

Lanzándose á Walton como para ahogarle.

ESCENA X.

DICHOS. SHAKSPEARE, ALICIA y EDMUNDO.

Shakspeare y Alicia salen por la izquierda; Edmundo por la derecha.

EDMUNDO Y ALICIA.

¡Oh!

SHAKSPEARE.

Poniéndose entre Yorick y Walton.

¡Teneos!

WALTON.

Confundido al verle.

¡Shakspeare!

SHAKSPEARE.

Bajo á Walton, con expresión muy viva.

Faltar á una palabra es la mayor de las vilezas.

WALTON.

¡Oh! (Dejando ver el efecto que le han causado las palabras de Shakspeare. Luego se dirige rápidamente al foro.) Llorarás con lágrimas de sangre lo que acabas de hacer.

A Yorick. Vase.

SHAKSPEARE.

¿Qué te ha dicho ese hombre?

YORICK.

Lo que de antemano sabía yo. Que mi mujer tiene un amante. ¡Ese amante eres tú!

SHAKSPEARE.

¡Yo!

ALICIA.

¡Dios santo!.....

EDMUNDO.

Acercándose á Yorick como para hablarle.

¡Ah!

SHAKSPEARE.

¡Yo!..... ¡Insensato! (Con ira.) ¡Ja, ja, ja! (Soltando una carcajada.) ¡Vive Dios, que me hace reir!

YORICK.

¡No es él! ¿No eres tú? ¿No es el amigo quien me ofende y asesina? (Con tierna emoción.) Entonces algún consuelo tiene mi desventura. Temía dos traiciones. Una de ellas no existe. ¡Perdón, Guillermo; perdóname! ¡Soy tan desgraciado!

SHAKSPEARE.

Muy conmovido y con vehemencia.

Si eres desgraciado ven aquí, y llora sobre un pecho leal.

YORICK.

Arrojándose en sus brazos anegado en lágrimas.

¡Guillermo! ¡Guillermo de mi corazón!

EDMUNDO.

En voz muy baja, lleno de terror.

¿Alicia?.....

ALICIA.

Con acento de desesperación.

¡Sí!

EDMUNDO.

¡Mañana!

ALICIA.

¡Mañana!

Vase Edmundo por el foro y Alicia por la derecha. Yorick y Shakspeare siguen abrazados.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

PRIMERA PARTE.

Cuarto de Yorick y Alicia en el teatro. Mesa larga con tapete, dos espejos pequeños, utensilios de teatro y luces; dos perchas salientes, de las cuales penden cortinas que llegan hasta el suelo, cubriendo la ropa que hay colgada en ellas; algunas sillas; puerta á la derecha, que da al escenario.

ESCENA PRIMERA.

EL AUTOR y EL TRASPUNTE.

Ambos salen por la puerta de la derecha: el Traspunte con un manuscrito abierto en la mano y un melampo con vela encendida.

EL TRASPUNTE.

Aquí tendrá agua, de fijo, la señora Alicia.

EL AUTOR.

Sí; ahí veo una botella.

Indicando una que hay en la mesa.

EL TRASPUNTE.

¡Tomad!

Echando agua de la botella en un vaso. El Autor bebe.

EL AUTOR.

¡Ay, respiro!..... Tenía el corazón metido en un puño..... La vista empezaba á turbárseme..... ¡Tantas emociones!..... ¡Tanta alegría!..... ¡Uf!..... (Toma un papel

de teatro de encima de la mesa y hácese aire con él.) Conque dígame el señor Traspunte: ¿qué opina de mi drama?

EL TRASPUNTE.

¿Qué opino? ¡Vaya! ¡Cosa más bonita!..... Y este último acto no gustará menos que los otros.

EL AUTOR.

Quiera el cielo que no os equivoquéis.

EL TRASPUNTE.

¡Qué me he de equivocar! ¡Si tengo yo un ojo!..... En el primer ensayo aseguré que vuestra comedia gustaría casi tanto como una de Shakspeare.

EL AUTOR.

¡Shakspeare!..... ¡Oh Shakspeare!..... (Con tono de afectado encarecimiento.) Ciertamente que no faltará quien trate de hacerle sombra conmigo..... Pero yo jamás creeré..... No, jamás. Yo soy modesto....., muy modesto.

ESCENA II.

DICHOS y EDMUNDO. Éste en traje de Manfredo.

EDMUNDO.

Dime, Tomás, ¿Alicia no se retira ya de la escena hasta que yo salgo?

EL TRASPUNTE.

Hojeando la comedia.

Justo.

EDMUNDO.

¿Y yo me estoy en las tablas hasta el final?

EL TRASPUNTE.

¿Pues no lo sabéis?.....

Hojeando de nuevo la comedia.

EDMUNDO.

(Acabado el drama, será ya imposible hacer llegar á sus manos..... ¡Qué fatalidad!)

Dirigiéndose hacia la puerta.

EL AUTOR.

Á ver, señor Edmundo, cómo os portáis en la escena del desafío. La verdad: os encuentro....., así..... un poco......, pues..... En los ensayos habéis estado mucho mejor. Conque, ¿eh?.....

EDMUNDO.

Sí, señor, sí.....

Se va pensativo.

ESCENA III.

EL AUTOR y EL TRASPUNTE: en seguida WALTON. Éste en traje de Landolfo.

EL AUTOR.

Apenas se digna contestarme. Rómpase uno los cascos haciendo comedias como éstas, para que luego un comiquito displicente.....

WALTON.

¿Sale Edmundo de aquí?

Al Traspunte.

EL TRASPUNTE.

Sí, señor.

WALTON.

¿Qué quería?

EL TRASPUNTE.

Nada. Saber cuándo se retira de la escena la señora Alicia.

EL AUTOR.

¿Verdad, señor Walton, que Edmundo está representando bastante mal?

EL TRASPUNTE.

Algo debe sucederle esta noche.

EL AUTOR.

Con efecto, dos veces que he ido yo á su cuarto le he encontrado hablando con Dérvil en voz baja, y cuando me venía, cambiaban de conversación. Debía prohibirse que los cómicos recibieran visitas en el teatro.

WALTON.

Y ese Dérvil, ¿quién es?

EL AUTOR.

El capitán de una embarcación que mañana debe hacerse á la vela.

EL TRASPUNTE.

Pues en cuanto se fué el capitán, el señor Edmundo me pidió tintero y se puso á escribir una carta.

EL AUTOR.

¡Escribir cartas durante la representación de una comedia!

WALTON.

(¡Una carta!..... Una embarcación que se hará mañana á la vela.....)

EL TRASPUNTE.

Y á propósito de carta; ahí va la que en este acto habéis de sacar á la escena, para dársela al Conde Octavio.

Dándole un papel doblado en forma de carta.

WALTON.

Trae.

Toma el papel y se lo guarda en un bolsillo del traje. Óyese un aplauso muy grande y rumores de aprobación. Walton se inmuta.

EL AUTOR.

Eh, ¿qué tal? ¿Para quién habrá sido?

EL TRASPUNTE.

¡Toma! Para el señor Yorick. Apuesto algo á que ha sido para él.

Vase corriendo.

ESCENA IV.

WALTON y EL AUTOR.

EL AUTOR.

¡Cómo está ese hombre esta noche!..... Cuando pienso que no quería que hiciese el papel de Conde, me daría de cabezadas contra la pared. Mas ya se ve; ¿quién había de imaginarse que un comediante acostumbrado sólo á representar papeles de bufón?..... De esta hecha se deja atrás á todos los actores del mundo. ¡Si es mejor que vos!

WALTON.

¿De veras?

Procurando disimular su enojo.

EL AUTOR.

Mucho mejor.

WALTON.

Y si tal es vuestra opinión, ¿os parece justo ni prudente decírmela á mí cara á cara?

Cogiéndole de una mano con ira y trayéndole hacia el proscenio.

EL AUTOR.

Perdonad..... (Asustado.) Creí..... La gloria de un compañero.....

WALTON.

¡Sois un mentecato!

Soltándole con ademán despreciativo.

EL AUTOR.

¿Cómo es eso?..... ¿Mentecato yo?.....

ESCENA V.

DICHOS y EL TRASPUNTE.

EL TRASPUNTE.

Pues lo que yo decía: para él ha sido este último aplauso.

EL AUTOR.

(Se le come la envidia.) ¡Bravo, Yorick, bravo!

Vase.

EL TRASPUNTE.

Y vos, ¿cómo juzgáis al señor Yorick?

WALTON.

Eres un buen muchacho; trabajas con celo, y he de procurar que Shakspeare te aumente el salario.

EL TRASPUNTE.

¡Y qué bien que haríais! Ya sabéis que tengo cuatro chiquillos. ¡Cuatro!

WALTON.

¿Conque preguntabas qué tal me ha parecido Yorick?

EL TRASPUNTE.

Sí, señor.

WALTON.

Y sepamos: ¿qué te parece á ti?

Manifestándose muy afable con el Traspunte.

EL TRASPUNTE.

¿Á mí?

WALTON.

Sí, habla. Esta mañana decías que iba á hacerlo muy mal.

EL TRASPUNTE.

¡Y tanto como lo dije!

WALTON.

¿Luego crees?.....

Con gozo.

EL TRASPUNTE.

No creo; estoy seguro.....

WALTON.

¿De qué?

EL TRASPUNTE.

De que dije una tontería.

WALTON.

¡Ah!.....

EL TRASPUNTE.

Buen chasco nos ha dado. En el primer acto se conocía que estaba....., así....., algo aturdido; pero luego..... ¡Cáspita, y qué bien ha sacado algunas escenas!..... Sí, una vez me quedé embobado oyéndole, sin acordarme de dar la salida á la dama; y á no ser porque el autor estaba á mi lado entre bastidores, y me sacó de mi embobamiento con un buen grito, allí se acaba la comedia. Mirad, señor Walton, cuando os ví representar el Macbeth, creí que no se podía hacer nada mejor..... Pues lo que es ahora.....

WALTON.

Anda, anda (Interrumpiéndole.); no vayas á caer en falta de nuevo.

EL TRASPUNTE.

¿Eh? (Como asustado y hojeando la comedia.) No: esta escena es muy larga. Se puede apostar á que mientras esté en la compañía el señor Yorick, nadie sino él hará los mejores papeles. ¿Quién se los ha de disputar?

WALTON.

Á fe que charlas por los codos.

EL TPASPUNTE.

Fué siempre muy hablador el entusiasmo. Y la verdad....., yo estoy entusiasmado con el señor Yorick. Todo el mundo lo está. Únicamente las partes principales murmuran por lo bajo, y le dan con disimulo alguna que otra dentellada. Envidia, y nada más que envidia.

WALTON.

¿Quieres dejarme en paz?

EL TRASPUNTE.

(¡Qué gesto! ¡Qué mirada! ¡Necio de mí! Si éste es el que más sale perdiendo..... Pues amiguito, paciencia y tragar la saliva.)

WALTON.

¿Qué rezas entre dientes?

EL TRASPUNTE.

Si no rezo..... Al contrario.

WALTON.

Vete ya, ó por mi vida.....

EL TRASPUNTE.

Ya me voy....., ya me voy..... (Walton se deja caer en una silla con despecho y enojo.) ¡Rabia, rabia, rabia!.....

Haciendo muecas á Walton, sin que él lo vea. Vase.

ESCENA VI.

WALTON.

Permanece pensativo breves momentos.

¡Cómo acerté! ¡Yorick aplaudido con entusiasmo! ¡Qué triunfo! ¡Qué inmensa gloria! ¡Mayor que la mía! Sí; ¡mil veces mayor! No le perdono la injuria que antes me hizo..... La que ahora me hace, ¿cómo se la he de perdonar? Sólo que no discurro para mí desagravio medio que no me parezca vil y mezquino. Quisiera yo tomar venganza correspondiente á la ofensa, venganza de que pudiera decir sin orgullo: he ahí una venganza. (Óyese otro aplauso.) ¡Otro aplauso! (Asomándose á la puerta de la derecha.) ¡Ah! (Tranquilizándose.) Para Alicia. Se retira de la escena..... Edmundo va á salir por el mismo lado..... Se miran..... ¡Oh! Sí....., no cabe duda..... Rápida ha sido la acción como el pensamiento, pero bien la he notado yo. Al pasar Alicia, algo le ha dado Edmundo. ¿Qué podrá ser? ¿Quizá la carta de que me han hablado?..... ¿La prueba que Yorick me pedía?..... ¡Si fuera una carta! ¡Si el destino me quisiese amparar!..... Aquí viene..... ¡Ah!

Se oculta detrás de la cortina que pende de una de las perchas.

ESCENA VII.

WALTON y ALICIA. Ésta en traje de Beatriz.

Alicia entra por la puerta de la derecha: después de mirar hacia dentro, la cierra poco á poco para que no haga ruido; dando señales de zozobra, se adelanta hasta el comedio del escenario, donde se detiene como perpleja, y al fin abre la mano izquierda, descubriendo un papel, que mira atentamente.

WALTON.

Sí, es la carta de Edmundo.

Con expresión de gozo, sacando un instante la cabeza por entre la cortina, detrás de la cual está escondido. Alicia se acerca rápidamente á la mesa, donde hay luces, y lee la carta con visible temblor, mirando hacia la puerta.

ALICIA.

«Hasta ahora no he sabido con certeza si podríamos huir mañana..... Ya todo lo tengo preparado..... Esta madrugada á las cinco te esperaré en la calle..... No nos separaremos nunca..... Mi amor durará lo que mi vida..... Huyamos; no hay otro remedio: huyamos Alicia de mi alma, y......» (Sigue leyendo en voz baja.) ¡Huir!..... ¡Abandonar á ese desgraciado!..... Hacer irremediable el mal..... ¡Un oprobio eterno!..... ¡Jamás!..... ¡La muerte es preferible! (Acerca el papel á la luz como para quemarlo. Walton, que habrá salido sigilosamente de su escondite, detiene el brazo que Alicia alarga para acercar el papel á la luz.) ¡Oh! (Cogiendo rápidamente con la otra mano el papel.) ¡Walton!

Reparando en él y retrocediendo asustada.

WALTON.

Yo soy.

ALICIA.

¿Dónde estabáis?

WALTON.

Detrás de esa cortina.

ALICIA.

¿Qué queréis?

WALTON.

Ver lo que os dice Edmundo en el papel que tenéis en la mano.

ALICIA.

¡Misericordia!

Apoyándose en la mesa con expresión de terror.

WALTON.

Dádmele.

ALICIA.

No os acerquéis.

WALTON.

¿Por qué no?

ALICIA.

Gritaré.

WALTON.

En hora buena.

ALICIA.

¿Cuál es vuestra intención?

WALTON.

Ya lo veréis.

ALICIA.

¿Entregársela á mi marido?

WALTON.

Quizá.

ALICIA.

¡Esta noche!..... ¡Aquí!..... ¡Durante la representación de la comedia!..... Sería una infamia sin ejemplo, una maldad atroz..... ¡No hay nombre que dar á semejante villanía! ¡Oh, clemencia!..... ¡Un poco de clemencia para él, tan sólo para él! Os lo ruego.....; ¿por qué queréis que os lo ruegue?..... ¿Qué amáis?

¿Qué palabras llegarían más pronto á vuestro corazón? Decidme qué he de hacer para convenceros.

WALTON.

Sería inútil cuanto hicieseis. Necesito vengarme.

ALICIA.

¿Y por qué no habéis de vengaros? Pero ¿por qué os habéis de vengar esta noche? Mañana os daré el papel que me está abrasando la mano: creedme; lo juro. Mañana sabrá mi marido la verdad. Vos estaréis delante: con su dolor y el mío quedará satisfecha vuestra sed de venganza; no os pesará de haber aguardado hasta mañana para satisfacerla. Me amenazáis con la muerte; con más que la muerte. Dejadme que la sienta venir. Os lo pediré de rodillas. (Cayendo á sus pies.) Ya estoy á vuestras plantas. ¿Me concedéis el plazo que os pido? ¿Me lo concedéis, no es verdad? Decidme que sí.

WALTON.

No, y mil veces no.

Alicia se levanta de pronto, llena de indignación.

ALICIA.

¡Ah, que le tenía por hombre y es un demonio!

WALTON.

Un hombre soy, un pobre hombre que se venga.

ALICIA.

¡Oh!

Viendo entrar á Yorick por la puerta de la derecha. Llévase á la espalda la mano en que tiene el papel y se queda como helada de espanto.

ESCENA VIII.

DICHOS y YORICK. Éste en traje de Conde Octavio.

YORICK.

¿Qué haces aquí? (A Walton con serenidad.) ¿Será prudente que nos veamos los dos esta noche fuera de la escena?

WALTON.

Cierto que no lo es; pero cuando sepas lo que ocurre.....

YORICK.

Nada quiero saber. (Sentándose con abatimiento.) Esta noche somos del público. Déjame.

WALTON.

¿Tanto puede en ti el ansia de gloria que olvidas todo lo demás?

YORICK.

¡Ansia de gloria! (Con expresión de tristeza.) Déjame, te lo ruego.

WALTON.

Como antes me habías pedido cierta prueba.....

YORICK.

Levantándose y acercándose á Walton.

¿Qué?..... ¿Qué dices?.....

ALICIA.

Saliendo de su estupor.

(Pero ¿es esto verdad?)

YORICK.

Walton..... Mira que está ella delante..... (Reprimiéndose.) Mira que en mi presencia nadie debe ultrajarla. ¿Una prueba? (Sin poder dominarse.) ¿Será posible? ¿Dónde está?

WALTON.

Dile á tu mujer que te enseñe las manos.

ALICIA.

No le escuchéis.

YORICK.

A Walton.

Vete; déjanos.

WALTON.

En una de sus manos tiene un papel.

ALICIA.

Pero ¿no veis que es un malvado?

YORICK.

¡Un papel! (Queriendo ir hacia su mujer y conteniéndose difícilmente.) Vete.

A Walton.

WALTON.

Ese papel es una carta de su amante.

ALICIA.

Apretando el papel en la mano.

¡Ah!

YORICK.

¡Ah! (Corriendo hacia ella.) Dame esa carta, Alicia.

Reprimiéndose de nuevo.

ALICIA.

No es una carta..... ¿Ha dicho que es una carta? Miente; no le creáis.

YORICK.

Te acusa, justifícate. Si ese papel no es una carta, fácilmente puedes confundir al calumniador. Hazlo.

ALICIA.

Es que....., os diré....., esta carta.....

YORICK.

Es preciso que yo la vea.

ALICIA.

Abandonándose á la desesperación.

Es imposible que la veáis.

YORICK.

¿Imposible? (Dando rienda suelta á su cólera.) Trae.

Sujetándola bruscamente con una mano y queriendo quitarle con la otra el papel.

ALICIA.

¡Oh!

Haciendo un violento esfuerzo logra desasirse de Yorick, y se dirige hacia la puerta. Yorick va en pos de Alicia; la detiene con la mano izquierda, y con la derecha corre el cerrojo de la puerta.

YORICK.

¿Qué intentas? ¿Quieres hacer pública mi deshonra?

ALICIA.

¡Compasión, Madre de los Desamparados!

WALTON.

Es inútil la resistencia. Mejor os estaría ceder.

ALICIA.

¿Y quién os autoriza á vos á darme consejos? Haced callar á ese hombre, Yorick. Tratadme vos como queráis; sois mi marido, tenéis razón para ofenderme; pero que ese hombre no me ofenda, que no me hable, que no me mire. Ninguna mujer, ni la más vil, ni la más degradada, merece la ignominia de que se atreva á mirarla un hombre como ése. (Walton sigue mirándola con sonrisa de triunfo.) ¡He dicho que no me miréis! Yorick, ¡me está mirando todavía!

Óyense golpes á la puerta.

YORICK.

¿Oyes? Tengo que salir á escena.

ALICIA.

¡Idos, idos, por Dios!

EL TRASPUNTE.

Dentro, llamándole.

¡Yorick! ¡Yorick!

YORICK.

No me obligues á emplear la violencia con una mujer.

EL TRASPUNTE.

¡Yorick, que estáis haciendo falta!

YORICK.

Pero ¿no oyes lo que dicen?

ALICIA.

¡Me vuelvo loca!

YORICK.

¿Mis amenazas son inútiles?.....

EL AUTOR.

Abrid, abrid..... ¡Va á quedarse parada la representación!

YORICK.

¡Oh, acabemos!

Arrójase frenético á su mujer, y forcejea con ella para quitarle la carta

ALICIA.

Luchando con Yorick.

¡Piedad! ¡Piedad!

YORICK.

¡La carta! ¡La carta!

ALICIA.

¡No! ¡Me lastimáis!

SHAKSPEARE.

Dentro, golpeando la puerta.

¿Quieres abrir con dos mil diablos?

ALICIA.

Llamándole á gritos.

¡Shakspeare!..... ¡Shakspeare!.....

YORICK.

¡La carta!

ALICIA.

¡Primero la vida! (Walton le ase la mano en que tiene la carta.) ¡Ah!

WALTON.

Quitándole la carta.

Ya está aquí.

YORICK.

Dámela.

EL AUTOR, SHAKSPEARE y EL TRASPUNTE.

Dentro.

¡Yorick!..... ¡Yorick!.....

WALTON.

¡Ah! (Como asaltado de repentina idea.) Todavía no.

Guardándose la carta en un bolsillo.

YORICK.

¿No?

ALICIA.

¿Qué dice?

ESCENA IX.

DICHOS, SHAKSPEARE, EL AUTOR y EL TRASPUNTE.

Salta el cerrojo de la puerta cediendo al empuje que hacen por fuera, y Shakspeare, el Autor y el Traspunte salen precipitadamente. Óyense golpes y murmullos.

SHAKSPEARE.

¡Walton!

EL AUTOR.

¡Me habéis perdido!

EL TRASPUNTE.

Dos minutos hará que no hay nadie en la escena.

YORICK.

Bajo á Walton.

¡Esa carta!

WALTON.

He dicho que ahora no.

EL AUTOR.

Pero ¿qué os pasa? ¡Escuchad! ¡Escuchad!

Por los murmullos y los golpes que se oyen.

EL TRASPUNTE.

Apuntándole los versos que ha de decir al salir á la escena.

El cielo al fin me ayuda,
Y hoy romperé la cárcel de la duda.

YORICK.

Bajo á Walton.

¡Su nombre, su nombre á lo menos!

WALTON.

Después.

SHAKSPEARE.

El público aguarda, Yorick.

EL TRASPUNTE.

¡El público está furioso!

EL AUTOR.

¡Corred, por compasión!

Los tres empujan á Yorick hacia la puerta.

YORICK.

¡Dejadme! Yo no soy ahora un cómico..... Soy un hombre....., un hombre que padece. ¿Me la darás?

Desprendiéndose de los demás y corriendo hacia Walton.

WALTON.

No saldrá de mis manos sino para ir á las tuyas.

EL AUTOR.

Asiéndole de nuevo.

¡Venid!

EL TRASPUNTE.

Apuntándole.

El cielo al fin me ayuda.....

SHAKSPEARE.

¡El deber es antes que todo!

YORICK.

¡Oh! ¡Maldito deber! ¡Maldito yo!

Vase precipitadamente. Alicia habla con Shakspeare en voz baja.

EL TRASPUNTE.

A Alicia.

Vos ahora.

ALICIA.

Bajo á Shakspeare.

Una carta de Edmundo.....

EL AUTOR.

Muy afligido y consternado.

¡Eh! ¿Tampoco ésta quiere salir?

ALICIA.

Bajo á Shakspeare.

Si la ve mi marido.....

SHAKSPEARE.

Bajo á Alicia.

No la verá.

EL AUTOR.

¡Señora!.....

ALICIA.

Sostenedme, guiadme.

Vase con el Autor, apoyada en él.

EL TRASPUNTE.

Hojeando la comedia muy azorado.

Y vos, prevenido. Esta escena es un soplo.

WALTON.

Ya lo sé.

EL TRASPUNTE.

¡Ah! ¿Os di la carta que habéis de sacar ahora?

WALTON.

Sí.

EL TRASPUNTE.

No sé donde tengo la cabeza.

Vase.

ESCENA X.

SHAKSPEARE y WALTON; á poco EL AUTOR y EL TRASPUNTE.

SHAKSPEARE.

Walton, esa carta no te pertenece.

WALTON.

Ni á ti.

SHAKSPEARE.

Su dueño me encarga que la recobre de tus manos.

WALTON.

Pues mira cómo has de recobrarla.

SHAKSPEARE.

¿Cómo? (Con ira, que al momento reprime.) Walton, los corazones fuertes y generosos no tienen sino lástima para la ajena desventura. Apiádate de Yorick; apiádate siquiera de Alicia. Sálvala si aún está en lo posible. Su falta es menos grave de lo que imaginas, y fácilmente se remedia. Destruyamos ese papel.

WALTON.

Yorick me ha ofendido.

SHAKSPEARE.

¿Te ha ofendido Yorick? Pues toma en hora buena satisfacción del agravio; pero tómala noblemente, que no se restaura el honor cometiendo una villanía. Y si

Alicia en nada te ofendió, ¿cómo quieres hacerla víctima de tu enojo? Herir con un mismo golpe al inocente y al culpado, obra es de la demencia ó la barbarie. Ni aunque esa desdichada te hubiera causado algún mal podrías tomar de ella venganza, á menos de ser vil y cobarde. Se vengan los hombres de los hombres; de las mujeres, no.

WALTON.

Pídeme lo que quieras, Guillermo, con tal que no me pidas la carta.

SHAKSPEARE.

Y á ti, miserable, ¿yo qué te puedo pedir? No pienses que ignoro la causa del odio que tienes á Yorick. No le odias porque te haya ofendido, le odias porque le envidias.

WALTON.

Con violenta emoción.

¡Cómo! ¿Qué osas decir?

SHAKSPEARE.

Te he llamado vil y cobarde; eres otra cosa peor todavía: ¡eres envidioso!

WALTON.

¿Envidioso yo? Ninguna otra injuria me dolería tanto como ésa.

SHAKSPEARE.

Porque es la que mereces más. Sí; la envidia tiene tu alma entre sus garras; la envidia, que llora el bien ajeno y se deleita en el propio mal; la envidia, que fuera la desgracia más digna de lástima si no fuera el más repugnante de los vicios; la envidia, oprobio y rémora de la mente, lepra del corazón.

Óyese otro aplauso.

WALTON.

El deber me llama (Estremeciéndose.) Como tú has dicho á Yorick, el deber es antes que todo.

SHAKSPEARE.

Le aplauden. ¡Óyelo! ¿Tiemblas de oirlo? No hay para un envidioso ruido tan áspero en el mundo como el del aplauso tributado á un rival.

Sale el Autor lleno de júbilo.

EL AUTOR.

¡Albricias, albricias! Ya es nuestro el público otra vez. No ha podido menos de aplaudir calurosamente al oir aquellos versos:

Con ansia el bien se espera que de lejos
Nos envía sus plácidos reflejos;
Mas no con ansia tanta
Cual daño que de lejos nos espanta.

¡Cómo los ha dicho Yorick! ¡Qué gesto! ¡Qué entonación! (Óyese otro aplauso.) ¡Otro aplauso, otro! ¡Admirable! ¡Divino!

Palmoteando.

WALTON.

Queriendo irse.

Haré falta si no me dejas.

SHAKSPEARE.

Poniéndose delante.

Dame antes la carta.

EL AUTOR.

Pero, señor, ¿qué tienen todos esta noche?

EL TRASPUNTE.

Al llegar.

Vamos, que al momento salís.

WALTON.

¿Lo ves? (A Shakspeare.) Anda, ya te sigo.

Al Traspunte.

SHAKSPEARE.

Sujetándole con violencia.

¡Quieto aquí!

EL AUTOR EL TRASPUNTE.

Manifestando asombro.

¿Eh?

SHAKSPEARE.

Te la arrancaré con el alma si es preciso.

EL AUTOR.

Shakspeare, ved lo que hacéis.

WALTON.

Tomando una resolución.

¡Oh!

SHAKSPEARE.

¿Qué?

EL AUTOR.

Mirando la comedia.

No faltan más que cinco versos.

WALTON.

El deber es más poderoso que mi voluntad. Tómala.

Sacando una carta de un bolsillo de el traje y dándosela á Shakspeare.

SHAKSPEARE.

¡Al fin!.....

Tomando la carta con anhelo. Walton se dirige corriendo hacia la derecha.

EL AUTOR.

¡Corred!

Siguiéndole.

EL TRASPUNTE.

Vedme aquí, gran señor.

Apuntándole lo que ha de decir al salir á la escena. Vanse Walton, el Autor y el Traspunte.

ESCENA XI.

SHAKSPEARE.

Abre la carta con mano trémula.

¡Una carta en blanco! ¡Ah! (Dando un grito terrible.) ¡La que había de sacar á la escena!..... ¡Y la otra!..... ¡La otra!..... ¡Fuego de Dios! (Corre hacia la derecha, ciego de ira y asómase á la puerta.) ¡Oh! ¡Ya está delante del público! (Volviendo al proscenio.) La serpiente ha engañado al león. ¡Aplaste el león á la serpiente!

Dirígese hacia la derecha, llevándose la mano á la espada. El blanco entre esta primera parte y la segunda ha de ser brevísimo, casi instantáneo.

SEGUNDA PARTE.

Magnífico salón en el palacio del Conde Octavio. Mesa y sillón á la derecha. Una panoplia con armas á cada lado de la escena.

ESCENA ÚNICA.

EL CONDE OCTAVIO (Yorick), MANFREDO (Edmundo), BEATRIZ (Alicia), LANDOLFO (Walton), EL APUNTADOR, en la concha. Al final de la escena, SHAKSPEARE, EL AUTOR, EL TRASPUNTE y actores y empleados del teatro.

El Conde y Landolfo hablan el uno con el otro sin ser oídos de Beatriz y Manfredo, que están al otro lado de la escena, y demuestran en su actitud y en la expresión de su semblante zozobra y dolor.

EL CONDE (Yorick).

¡Ay, Landolfo! En tu ausencia
Honda ansiedad mi pecho destrozaba;
Mayor afán me causa tu presencia.
Responde: ¿ese billete?.....
Si está ya en tu poder, dilo y acaba.

LANDOLFO (Walton).

Tomad.

Dándole la carta de Edmundo.

EL CONDE (Yorick).

¡Oh!

Tomándola con viva emoción

LANDOLFO (Walton).

(¡Me vengué!)

EL CONDE (Yorick).

'Landolfo, vete.

Landolfo hace una reverencia y se retira. Al llegar Walton á la puerta de la izquierda, detiénese un momento y mira á Yorick con expresión de mala voluntad satisfecha.

BEATRIZ (Alicia).

¡Manfredo!

En voz baja, con angustia.

MANFREDO (Edmundo).

¡Beatriz!

Lo mismo.

BEATRIZ (Alicia).

¡Llegó el instante!

EL CONDE (Yorick).

Voy á saber al fin quién es tu amante.

A Beatriz.

¡Tiemble la esposa infiel; tiemble la ingrata
Que el honor y la dicha me arrebata!
Fué vana tu cautela,
Y aquí la prenda de tu culpa mira.

Abre la carta y se acerca á la mesa, donde hay luces.

La sangre se me hiela.....

Sin atreverse á leer la carta.

¡Arda de nuevo en ira!
¡Ay del vil por quien ciega me envileces!

Fija la vista en el papel y se estremece violentamente.

¡Eh! ¡Cómo!

Vencido de la sorpresa, olvídase de que está representando, y dice lo que realmente le dicta su propia emoción, con el tono de la verdad. Edmundo y Alicia le miran con profunda extrañeza.

EL APUNTADOR.

¡Oh! ¿Qué miro?.....

Apuntándole en voz alta, creyendo que se ha equivocado, y dando golpes con la comedia en el tablado para llamarle la atención.

YORICK.

¿Qué es esto?

EL APUNTADOR.

¡Oh! ¡Qué miro! ¡Jesús!

Sacando la cabeza fuera de la concha y apuntándole en voz más alta.

EL CONDE (Yorick).

¡Jesús mil veces!

Dice estas palabras de la comedia como si fueran hijas de su propio dolor y verdadero asombro. Cae desplomado en el sillón que hay cerca de la mesa, cubriéndose el rostro con las manos. Pausa. Levántase Yorick muy despacio; mira á Edmundo y á Alicia, luego al público, y quédase inmóvil sin saber qué hacer, apoyado en la mesa.

Aquí, no hay duda, la verdad se encierra.

Declamando como de memoria, sin interesarse en lo que dice.

Venid.

A Edmundo y Alicia, que se acercan á él llenos de turbación y miedo.

Mirad.

Mostrándoles la carta, y con nueva energía.

MANFREDO (Edmundo) Y BEATRIZ (Alicia).

¡Oh!

Dando un grito verdadero al ver la carta, y retrocediendo espantados.

EL CONDE (Yorick).

¡Tráguenos la tierra!

Vuelve á caer en el sillón; contempla la carta breves instantes, y después, como tomando una resolución desesperada, se levanta y va hacia Edmundo con ademán amenazador: antes de llegar á él, se detiene y mira al público, dando á entender la lucha de afectos que le acongoja. Dirige la vista á otra parte, repara en Alicia, y corre también hacia ella; pero otra vez se detiene, y vuelve al comedio del escenario llevándose las manos alternativamente á la frente y al corazón. Alicia y Edmundo le contemplan aterrados.

EL APUNTADOR.

¿Conque eres tú el villano?.....

En voz alta, y dando otra vez golpes en el tablado con la comedia.

¿Conque eres tú el villano?.....

Yorick, cediendo á la fuerza de las circunstancias, y no pudiendo dominar su

indignación y cólera, hace suya la situación ficticia de la comedia, y dice á Edmundo como propias las palabras del personaje que representa. Desde este momento, la ficción dramática queda convertida en viva realidad, y, tanto en Yorick como en Alicia y en Edmundo, se verán confundidos en una sola entidad el personaje de invención y la persona verdadera.

EL CONDE (Yorick).

¿Conque eres tú el villano,
Tú el pérfido y aleve,
Tú el seductor infame que se atreve
Á desgarrar el pecho de un anciano?
¿Tú, desdichado huérfano, que abrigo
Debiste un día á mi piadosa mano,
Que al par hallaste en mí padre y amigo?
¿Tú me arrebatas la adorada esposa?
¿Tú amancillas mi frente?
¡Ya con acción tan noble y generosa
Logró admirar el hombre á la serpiente!
Y á fe que bien hiciste. ¡Por Dios vivo!
Que este pago merece quien iluso
Creyó deber mostrarse compasivo,
Y en otro amor y confianza puso.
No; que aun viéndome herido y humillado,
Mi hidalga confianza no deploro.
¡Para el engañador mengua y desdoro!
¡Respeto al engañado!

MANFREDO (Edmundo).

¡Padre!..... ¡Padre!.....

EL CONDE (Yorick).

¿No sueño? ¿Padre dijo?
¿Tu padre yo? Pues caiga despiadada
La maldición del padre sobre el hijo.

MANFREDO (Edmundo).

¡Cielos! ¡Qué horror!

EL CONDE (Yorick).

Y á ti, desventurada,
¿Qué te podré decir? Sin voz ni aliento
El cuerpo inmóvil, fija la mirada,
Parecieras tal vez de mármol frío
Si no se oyese el golpear violento
Con que tu corazón responde al mío.
¿Dónde la luz de que, en fatal momento,
Vi á tus ojos hacer púdico alarde,
Con mengua del lucero de la tarde?
¿Dónde la faz divina,
En que unidos mostraban sus colores
Cándido azahar y rosa purpurina?
Ya de tantos hechizos seductores
Ni sombra leve á distinguir se alcanza
En tu semblante pálido y marchito.
¡Qué rápida mudanza!
¿Cuánto afea el delito!
Te hallé ¡ay de mí! cuando anheloso y triste
Pisaba los abrojos
Que de la edad madura
Cubren la áspera senda; y á mis ojos
Como rayo de sol apareciste
Que súbito fulgura,
Dando risueña luz á nube obscura.
Y vuelta la tristeza en alegría,
Cual se adora á los ángeles del cielo,
Con toda el alma te adoré rendido.
¡Quién dijera que tanta lozanía
Era engañoso velo
De un corazón podrido?
Mas ya candor hipócrita no sella
El tenebroso abismo de tu pecho;

Ya sé que eres traidora cuanto bella;
Ya sé que está mi honor pedazos hecho;
Ya sé que debo odiarte; sólo ignoro
Si te odio ya, cual debo, ó si aún te adoro.
¡Ay de ti, que el amor desesperado
Jamás ha perdonado!

Asiéndola de una mano.

Y si no quieres que el furor me venza
Y que te haga morir hierro inclemente,
Mírame frente á frente,
Y muere de vergüenza.

Haciéndola caer al suelo de rodillas.

BEATRIZ (Alicia).

¡Piedad!

EL CONDE (Yorick).

En vano gemirás sumisa:
Piedad no aguardes.

MANFREDO (Edmundo).

Ella la merece.

EL CONDE (Yorick).

¡Ni ella ni tú!

BEATRIZ (Alicia).

Mi vida os pertenece:
Género es de piedad matar de prisa.

MANFREDO (Edmundo).

Yo solo os ofendí: sobre mí solo
Descargad vuestra furia.

EL CONDE (Yorick).

De ambos fué la maldad y el torpe dolo;
Ambos me daréis cuenta de la injuria.

MANFREDO (Edmundo).

¿Ella también? ¿Capaz de asesinarla
Vuestra mano será?

EL CONDE (Yorick).

Pues di, insensato,
En pena á la traición porque la mato,
¿Qué menos que matarla?

BEATRIZ (Alicia).

Venga y dé fin la muerte á mi zozobra.
Si falta la virtud, la vida sobra.
Pero mi honor mi sangre os restituya;
Mi sangre nada más lave la afrenta.

EL CONDE (Yorick).

¿Con tal que él viva morirás contenta?
Tu sangre correrá; también la suya.
¡Y la suya primero!

Toma dos espadas de una panoplia.

MANFREDO (Edmundo).

¡Noche fatal!

BEATRIZ (Alicia).

¡Qué horror!

EL CONDE (Yorick).

Elige acero.

Presentándole las espadas.

MANFREDO (Edmundo).

Sí, y en mi pecho clávese mi espada.

Tomando precipitadamente una espada y volviendo la punta contra su pecho.

EL CONDE (Yorick).

Y la mía en el pecho de tu amada.

Yendo hacia su mujer como para herirla.

MANFREDO (Edmundo).

¡Oh!

Corriendo á ponerse delante de Beatriz.

EL CONDE (Yorick).

Defiéndela al menos. Considera

Que la amenaza mano vengativa.

BEATRIZ (Alicia).

Deja, por compasión, deja que muera.

MANFREDO (Edmundo).

Tú no puedes morir mientras yo viva.

Con fuego, dejándose llevar de su amor.

EL CONDE (Yorick).

¿Conque ya, á defenderla decidido,
Conmigo reñirás?

Acercándose mucho á él y con hablar precipitado.

MANFREDO (Edmundo).

¡Sí!

EL CONDE (Yorick).

¿Cómo fuerte?
¿Quien eres y quien soy dando al olvido?

MANFREDO (Edmundo).

¡Sí!

EL CONDE (Yorick).

¿Y en la lid procurarás mi muerte?

MANFREDO (Edmundo).

¡Sí, por Dios!

EL CONDE (Yorick).

¡Ay, que el cielo me debía
Tras de tanto dolor tanta alegría!

BEATRIZ (Alicia).

Repara.....

MANFREDO (Edmundo.).

¡En nada!

Rechazándola.

BEATRIZ (Alicia).

Advierte.....

MANFREDO (Edmundo).

¡Ese hombre es tu enemigo!

Fuera de sí.

BEATRIZ (Alicia).

¡Dios eterno!

EL CONDE (Yorick).

Soltemos, pues, la rienda á nuestra saña.

MANFREDO (Edmundo).

El crimen pide crímenes. ¡Infierno,
Digna es de ti la hazaña!

Yorick y Edmundo riñen encarnizadamente.

BEATRIZ (Alicia).

¡Tened!

Sujetando á Edmundo.

MANFREDO (Edmundo).

Déjame.

BEATRIZ (Alicia).

Tente.

EL CONDE (Yorick).

Por culpa tuya perderá su brío.

BEATRIZ (Alicia).

Oidme vos entonces: sed clemente.

Pasando al lado de Yorick y sujetándole.

EL CONDE (Yorick).

¿Le ayudas contra mí?

BEATRIZ (Alicia).

¡Destino impío!

Separándose horrorizada del Conde.

MANFREDO (Edmundo).

¡Cielos!

Sintiéndose herido. Suelta la espada y cae al suelo desplomado.

EL CONDE (Yorick).

¡Mira!

A Alicia, señalando á Edmundo con la espada.

BEATRIZ (Alicia).

¡Jesús!

MANFREDO (Edmundo).

¡Perdón, Dios mío!

Expira. Alicia corre adonde está Edmundo; inclínase hacia él, y, después de tocarle, da un grito y se levanta despavorida.

ALICIA.

¡Sangre!..... ¡Edmundo!..... ¡Sangre!..... ¡Le ha matado!..... ¡Favor!.....

YÒRICK.

¡Calla!

ALICIA.

¡Shakspeare!..... ¡Shakspeare! (A voz en grito, corriendo por la escena.) ¡Le ha matado!..... ¡Favor!..... ¡Socorro!

YORICK.

¡Calla!

Siguiéndola.

SHAKSPEARE.

¿Qué has hecho?

Saliendo por la izquierda. Acércase á Edmundo, y le mira y le toca. El Autor, el Traspunte y todos los actores y empleados del teatro salen también por diversos lados: con expresión de asombro van hacia donde está Edmundo; al verle dan un grito de horror, y todos se apiñan en torno suyo, cuáles inclinándose, cuáles permaneciendo de pie.

ALICIA.

Matadme ahora á mí.

YORICK.

¡Calla!

Sujetándola y poniéndole una mano en la boca.

ALICIA.

¡Le amaba!

Shakspeare sale de entre los que rodean á Edmundo y se adelanta hacia el proscenio.

YORICK.

¡Silencio!

ALICIA.

¡Edmundo! ¡Edmundo!

Con brusca sacudida logra desasirse de Yorick; corre luego hacia Edmundo y cae junto á él. Yorick la sigue, y estos tres personajes quedan ocultos á la vista del público por los que rodean el cadáver.

SHAKSPEARE.

Señores, ya lo veis. (Dirigiéndose al público, y hablando como falto de aliento y muy conmovido.) No puede terminarse el drama que se estaba representando. Yorick, ofuscada su razón por el entusiasmo, ha herido realmente al actor que hacía el papel de Manfredo. Ni es ésta la única desgracia que el cielo nos envía. También ha dejado de existir el famoso cómico Walton. Acaban de encontrarle en la calle con el pecho atravesado de una estocada. Tenía en la diestra un acero. Su enemigo ha debido matarle riñendo cara á cara con él. Rogad por los muertos. ¡Ay, rogad también por los matadores!

FIN DEL DRAMA.

NO HAY MAL

QUE POR BIEN NO VENGA

COMEDIA EN TRES ACTOS

AL SEÑOR

DON AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA

Y ORBE,

que, según parece, vive hoy, y de quien pudiera creerse, por la profunda erudición y gallardo estilo de sus obras, que había vivido en el siglo XVI,

JOAQUÍN ESTÉVANEZ.

ADVERTENCIA.

Por el nudo principal de la acción, por las situaciones que de él resultan, por el desarrollo de los caracteres, por la pintura de los afectos, por el diálogo, puede estimarse original esta comedia, á juicio de su autor; si bien para componerla ha tenido presente una pieza en un acto del teatro francés, titulada *Le feu au couvent*, cuyo argumento es como sigue:

Destruído por un incendio el convento en que estaba Adriana, hija de Pablo d'Avenay, llega ésta inopinadamente á casa de su padre, que vive entregado á la disipación y aquel mismo día ha de batirse con un brasileño, querido de cierta mujer á quien él y un ruso galanteaban. Aconséjale Adriana que se case con una señorita, huérfana de un general, que era maestra en el convento y la había prodigado las atenciones más cariñosas. D'Avenay teme que su hija se entere de sus desórdenes y deplora tener que arriesgar su vida en un desafío. Se va, sin embargo, dejándola con su amigo de Mériel, joven también muy disipado, á quien conmueven la belleza y el candor de Adriana; y cuando ésta adivina que su padre ha ido á batirse, vuelve D'Avenay diciendo que en el lugar de la cita no ha encontrado á nadie. Otro amigo suyo había provocado á su adversario y reñido con él para que D'Avenay no ganase la apuesta de que se

batiría seis veces durante un año. Este amigo, herido ligeramente en el duelo, refiere que la querida del brasileño ha huído con el ruso. D'Avenay ofrece á su hija que se casará con la maestra del convento si ella se casa con de Mériel, y Adriana accede sin dificultad á que se cumplan los deseos de su padre.

REPARTO

en el estreno de la obra, representada en el teatro de la Zarzuela á 23 de Diciembre de 1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
LUISA........................	Doña Teodora Lamadrid.
ENRIQUE....................	Don Victorino Tamayo y Baus.
JULIÁN......................	» Emilio Mario.
UN ANCIANO................	» José Izquierdo.
UNA JOVEN..................	Doña Dolores Franco.
UN CRIADO..................	Don José Martín.
UN LACAYO	» Luis Ponzano.
UNA COCINERA.............	Doña Emilia Villarín.

ACTO PRIMERO.

Cuarto de Enrique, amueblado lujosamente. En primer término, á la derecha, un buró de palo santo con libros y papeles, y un velador pequeño con un servicio de chocolate. En la pared del foro, panoplias con armas blancas y de fuego. Puerta á la izquierda, y otra grande en el foro.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, y en seguida JULIÁN.

Enrique, con traje de calle, está sentado cerca del velador.

ENRIQUE.

Tres veces le ha llamado Miguel y dos yo, y nada; no viene. Estará devorando algún librote de filosofía. ¡Julián! (Gritando, con la cabeza vuelta hacia la puerta de la izquierda.) ¡Chico más raro! (Se levanta, y mira por la puerta antes indicada.) Vamos, ya sale de su nido. Pero ¡qué posma! Ahora viene leyendo. Se queda parado en medio del pasillo..... ¡Julián!

Poniéndose las manos delante de la boca en forma de bocina, y gritando de nuevo.

JULIÁN.

Dentro, con aspereza.

Que ya voy.

ENRIQUE.

Eh, venga cuando quiera. (Se sienta cerca del velador y empieza

á tomar el chocolate. Julián, de bata, sale pausadamente por la puerta de la izquierda, con la vista fija en un libro que trae en la mano.) Acércate, sombra de Nino.

JULIÁN.

Dos horas llevo de romperme los cascos, procurando desentrañar el sentido de una frase de Kant, y cuando ya iba á exclamar *eureka*, Miguel con sus golpecitos á la puerta de mi despacho, y tú con tus voces desaforadas, habéis roto el hilo de mis cavilaciones.

Sigue leyendo con la vista.

ENRIQUE.

¿Y á qué viene tanto estudiar?

JULIÁN.

Sólo estudiando mucho se puede llegar á saber algo.

ENRIQUE.

Bastante sabes ya.

JULIÁN.

Sólo cree saber bastante el que no sabe nada.

ENRIQUE.

Sentencioso estás como un oráculo. ¿Vienes?

JULIÁN.

Sí.

Enrique sigue tomando el chocolate, y Julián, inmóvil, leyendo. Breve pausa.

ENRIQUE.

¡Julián!

JULIÁN.

Respondiendo, sin quitar los ojos del libro.

¿Qué?

ENRIQUE.

Que se enfría.

JULIÁN.

Ya.

Otra breve pausa.

ENRIQUE.

¡Habrá zamacuco! (Contemplándole con enfado cómico.) ¡Pero hombre!.....

JULIÁN.

Voy.

Siéntase cerca del velador; y, leyendo, moja en el chocolate un bizcocho, con el cual se queda en la mano.

ENRIQUE.

¡Se volvió á embelesar! ¿Hay paciencia que aguante.....?

Le quita el bizcocho que tiene en la mano y se lo come.

JULIÁN.

Sin darse cuenta de lo que ha sucedido.

¿Eh?

ENRIQUE.

Nada: que sigas atracándote de filosofía.

Julián toma la jícara y bebe distraído.

JULIÁN.

Sin dejar de leer y como si se hubiese quemado.

¡Ah!

ENRIQUE.

¿Qué?

JULIÁN.

Que abrasa.

ENRIQUE.

Pues sopla.

JULIÁN.

Agua.

Alargando, sin mirar, la mano para buscar agua, deja caer uno de los vasos, y supónese que el agua se vierte.

ENRIQUE.

¡Oh!

Levántase repentinamente, y sacúdese la ropa como si estuviera mojada.

JULIÁN.

¡Ah! (Dando un grito de satisfacción.) ¡Ya lo voy entendiendo!

ENRIQUE.

¡Despierta, condenado!

Da un manotón al libro, que cae al suelo.

JULIÁN.

¿Te has vuelto loco?

Levantándose.

ENRIQUE.

Quien se ha vuelto loco eres tú. Más hace ya de un año que vivimos juntos, y en vez de haber conseguido, como esperaba, poner algún remedio á tu mal, véole crecer cada día, haciéndose incurable. (Julián se habrá ido inclinando indeliberadamente hacia el suelo para recoger el libro: Enrique nota al fin su intención, y apoderándose del libro, lo guarda en el buró.) No, lo que es ahora.....

JULIÁN.

¿Qué me quieres, en fin?

ENRIQUE.

Quiero que bajes de las nubes, que me oigas, que me hables.

JULIÁN.

Di.

ENRIQUE.

Digo, pues, que seas en hora buena más sabio que los siete de Grecia. ¿No admiro yo con entusiasmo tu talento? ¿No tuve yo siempre vanidad en llamarte amigo? Pero bien puede un hombre, á mi juicio, ser sabio sin necesidad de ser al mismo tiempo ridículo

y extravagante. Andas por esas calles de Dios hecho un ave zonza, despeinado, sucio.....

JULIÁN.

Déjame en paz.

ENRIQUE.

Te vas poniendo ramplón, y feo, y viejo.

JULIÁN.

¡Bah!

ENRIQUE.

¿Es la sabiduría materia corrosiva que echa á perder el vaso que la contiene? ¡Qué lástima! Un mozo como tú, guapo.....

JULIÁN.

Gracias.

Desdeñosamente.

ENRIQUE.

Entendido.

JULIÁN.

Algo.

Con satisfacción.

ENRIQUE.

Rico por añadidura, que con sólo alargar la mano podría coger las más preciadas flores del jardín de la vida.....

JULIÁN.

Predicas en desierto. Ofrecerse á la pública admiración como figurín que los tontos consulten embelesados; andar siempre de la Ceca á la Meca, apurando los vanos y enojosos placeres del casino, de la tertulia y el café; entregar á una carta de la baraja el oro del bolsillo y la paz del ánimo; dar ó recibir de cuando en cuando una estocada en desafío, vivir, sobre todo, constantemente ebrio de amor, á cada

paso tropezando y cayendo; ésta es para ti la felicidad. Buen provecho te haga. Yo la entiendo de otra manera. En tanto que el mundo sea lo que ahora es, yo nada quiero con un mundo poblado de hombres fatuos y necios que me exasperan, y de mujeres hipócritas que me fastidian.

ENRIQUE.

Calla, sacrílego. Di cuanto quieras de los hombres, y cargue con todos ellos el diablo; para nada los necesito, y antes bien no me pesaría de ser yo solo la mitad del género humano, y de tener á mi disposición la otra mitad; pero cuenta con lo que dices de las mujeres. ¡Hijas de mi alma! Ni creas tú, insensato, que nunca has de pagar al amor el tributo debido.

JULIÁN.

¿Al amor que ruega y porfía, y espera y gime y.....?

ENRIQUE.

Y esta contribución, como todas, pagándose tarde, se paga con multas y recargos.

JULIÁN.

No me conoces.

ENRIQUE.

Serás amante con buen fin, muy dulzarrón y empalagoso.

JULIÁN.

¡Qué gana de broma tienes hoy!

ENRIQUE.

Y en cuanto una logre darte flechazo.....

JULIÁN.

¿Qué?

ENRIQUE.

Que con ella te casas.

JULIÁN.

¡Casarme yo! (Con indignación.) Á esos peligros estáis expuestos vosotros los que, sin principios fijos ni creencia segura, andáis en medio de tinieblas; no quien, guiado de una idea resplandeciente, sabe por donde camina y adonde se dirige.

ENRIQUE.

Sí; ya te darán á ti la idea. Cuando se tiene alma.....

JULIÁN.

Enrique, el alma no es ni más ni menos que una invención absurda, de la cual provienen todos nuestros males. (Con tono magistral.) Mi sistema filosófico estriba en la unidad de la naturaleza humana, y proclama esta gran verdad: el hombre es simple.

ENRIQUE.

No, pues mira, eso ya lo había yo notado sin ser filósofo.

JULIÁN.

Búrlate de lo que no entiendes. Con la burla se escudó siempre la ignorancia. Pero como decía: luego que hayamos quitado el alma de en medio.....

ENRIQUE.

¿Y, por supuesto, á Dios con ella?

JULIÁN.

Y á Dios con ella, por supuesto, desaparecerán los sentimientos, ideas y deberes ficticios que hoy oprimen y mortifican al sér racional; y éste, con sosiego y dulzura, se dejará llevar de sus instintos y naturales inclinaciones, en cuya satisfacción estará cifrado el único objeto de la vida. Entonces no será el amor difícil y triste, sino fácil y alegre; entonces no existirá el pesado y horrendo yugo del matrimonio. En fin, ya conoces mi último libro: en *La mujer*

á la luz de la filosofía me parece haber demostrado hasta la evidencia.... Y ¡qué efecto ha causado! Por una parte ¡qué alabanzas!, y por otra ¡qué maldiciones! Todavía hay en España mucho atraso. Ya la iremos haciendo entrar en vereda.

ENRIQUE.

El libro es algo atrevidillo, pero admirable. Y á fe que para la empresa de reformar el mundo nos completamos el uno al otro. Tú eres la teoría, yo la práctica; yo que, sin meterme en honduras, como tranquilamente del fruto prohibido, y hallo que me sabe muy bien. Pecaría, sin embargo, de hipócrita si no te confesara que fuí dichoso al lado de mi mujer, y que si ella hubiera vivido..... ¡Tenía un corazón tan hermoso! ¡Un rostro tan angelical!..... Mi hija es su vivo retrato. Cuando la veas.....

JULIÁN.

¿Te decides al fin á sacarla del colegio?

ENRIQUE.

¡Ay! ¡Cómo no? Lleva seis años de clausura. La última vez que estuve allá, se empeñó en que había de traérmela conmigo á Madrid; y después, en todas sus cartas me amenaza con que huirá del colegio y se vendrá sola á mi lado. Capaz es de hacerlo como lo dice.

JULIÁN.

Pero, en resumen, ¿cuántos años tiene esa chica?

ENRIQUE.

¿No lo sabes?

JULIÁN.

Nunca me lo has dicho claramente.

ENRIQUE.

¡Ay, Julián, tiene diez y ocho años!

JULIÁN.

¡Habráse visto el vejestorio! ¡Y parece un muchacho!

ENRIQUE.

Me casé muy joven; poco después de haber nacido. Fuera de que nadie tiene más edad que la que representa. Cualquiera me creerá tu hermanito menor.

JULIÁN.

¡Á los diez y ocho años metida en un colegio esa desgraciada! ¿Y aún no te ha sacado los ojos?

ENRIQUE.

¡Á su padre!

JULIÁN.

¡Á su inicuo tirano!

ENRIQUE.

Afortunadamente, la muchacha no ha estudiado filosofía. ¿Hubiera estado mejor con un hombre solo, y tan poco á propósito como yo para desempeñar el papel de guardián de una joven bonita? Vendrá al cabo, y pasaré las penas del purgatorio. Compadéceme. Aunque no fuera más que por esta razón, tendría que deplorar mi viudez.

JULIÁN.

Pues el remedio no es difícil; en tu mano está. Reincide; cásate de nuevo.

ENRIQUE.

Primero ciegues que tal veas. Eso es bueno para una vez. ¡Sólo de recordar que el año pasado!..... ¡Pobre Matilde! Y á propósito: voy á volver á verla.

JULIÁN.

Amorío tenemos. ¿Y por eso te has engalanado tan de mañana?

ENRIQUE.

Creo que nada te he dicho aún de Matilde.

JULIÁN.

Todos los días me hablas de alguna de tus víctimas. Á ésa no le habrá llegado todavía su turno.

ENRIQUE.

Háblase menos de un afecto á medida que está más arraigado en el corazón. Al poco tiempo de haberla yo conocido, su padre, falto á la sazón de todo recurso, logró un destinillo en Filipinas, y tuvo que irse allá, dejándola sin otro amparo que el de una criada tan sorda como ciega, y no menos vieja que ciega y sorda, y más estúpida que vieja. Resistió, sin embargo, denodadamente la infeliz, hasta que empleé contra ella la estratagema principal en este género de lides: la palabra de casamiento. Fuí padre, y como de veras la amaba, llegué á verme á dos pasos del precipicio. Al fin un día—día que nunca olvidaré—me resolví á desengañarla. ¡Qué aflicción la suya! ¡Creí que se me caía muerta á los pies! Cuando volví en su busca, no pudiendo resistir el deseo de verla y de ver á mi hijo, había desaparecido con él; y en vano, durante muchos meses, he agotado después cuantos medios me ha sugerido la imaginación para dar con ella. Figúrate cuál sería mi asombro recibiendo anoche al entrar en casa una cartita del correo interior en que me dice que su padre ha vuelto á Madrid, que la amenaza una desventura muy grande y que hoy de ocho á nueve de la mañana vendría á verme. Su padre es un viejo muy quisquilloso que la echa de hombre de honor, y se conoce que ya entre los dos ha ocurrido algo serio. No importa. Yo la defenderé. Nuestro amor vencerá todos los obstáculos.

JULIÁN.

Pero ¿dices que va á venir aquí, á esta casa?

ENRIQUE.

Sí. Ya lo sabe Miguel. Él le abrirá la puerta, y sin hablarle una palabra la encaminará hacia este cuarto.

JULIÁN.

¡Venir aquí! ¡Me gusta!

ENRIQUE.

Pues ¿qué tiene de particular?.....

JULIÁN.

¿Y yo?

ENRIQUE.

¿Cómo y tú?

JULIÁN.

¿Te parece regular que en mis barbas?.....

ENRIQUE.

Si no las tienes.

JULIÁN.

Me obligas á representar un papel.....

ENRIQUE.

¡Bah! Para un filósofo..... (Se oye un campanillazo.) ¿Oyes? De fijo será ella.

JULIÁN.

¡Dígote que la broma!.....

ENRIQUE.

Cogiéndole una mano y poniéndosela sobre su pecho.

Mira, mira cómo me late el corazón.

JULIÁN.

Quita. (Rechazándole.) ¿Qué me hago yo ahora?

ENRIQUE.

¿Por qué no pides el coche y te vas á dar un paseo?

JULIÁN.

Manifestando mal humor.

No me siento con gana de pasear.

ENRIQUE.

¡Ah! Pues toma tu librito. (Sacando el libro del buró y dándoselo.) Y anda, anda á ver si acabas de desentrañar el sentido de esa frase de Kant.

JULIÁN.

Tomando el libro con mal modo.

¡Estos calaveras!.....

ENRIQUE.

¡Estos filósofos!.....

JULIÁN.

¡Vete noramala!

Vase muy amostazado por la puerta de la izquierda.

ESCENA II.

ENRIQUE, y luego LUISA.

ENRIQUE.

¡Qué conmovido estoy! ¡Mi corazón no ha pasado de los veinte años! ¡Ay, hijas de Eva—no puedo remediarlo,—me muero, me muero por vosotras! Ya se acerca.

Luisa se presenta en el foro, cubierto el rostro con un velo.

LUISA.

Entrando muy despacio.

(¡Qué miedo tengo!)

ENRIQUE.

Con mucho fuego, acercándose á ella.

¿Será cierto que al fin?.....

LUISA.

Con extrañeza, retrocediendo.

(¿Qué dice?)

ENRIQUE.

No tengas cuidado: estamos solos.

Entorna la puerta del foro.

LUISA.

(Cierra la puerta. ¡Ay! ¿para qué la cerrará? Traía tantos ánimos, y en cuanto le he visto.....)

ENRIQUE.

Descúbrete. (Corriendo hacia ella.) Habla.

LUISA.

Con mucha timidez.

Ya voy. Sólo que.....

ENRIQUE.

¿Eh? ¡Cómo!..... ¡Esa voz!..... (Con asombro.) ¿Quién eres? ¿Quién es usted?

LUISA.

Yo..... Soy yo, papá.

Quitándose el velo de la cara, y quedándose en actitud humilde, con los ojos inclinados al suelo.

ENRIQUE.

¡Oh! (Retrocediendo espantado) ¿Tú?..... ¡Mi hija!

Quédase atónito, sin atreverse á mirar á Luisa.

LUISA.

Corriendo hacia él y abrazándole.

¡Ay, papá mío, no te enfades, no te enfades por Dios!

ENRIQUE.

¡Mi hija!

LUISA.

Pero ¿qué es eso? ¿Qué tienes? Te has puesto más encendido que la grana.

ENRIQUE.

(¡Válgame el cielo!)

LUISA.

Yo tengo la culpa, ¿verdad? Te has asustado al verme así....., de sopetón. Ven. (Conduciéndole hacia una butaca y haciendo que se siente en ella.) Siéntate. ¿Llamo? ¿Quieres un poco de agua con unas gotitas de vinagre?

ENRIQUE.

No; ya pasó. Pero ¿qué es esto? ¿Cómo estás aquí?

LUISA.

Estoy aquí..... Toma..... Porque he venido.

ENRIQUE.

Y ¿por qué has venido; vamos á ver?

LUISA.

Con audacia infantil.

Ya te había dicho que me sacases del colegio, y que si no me sacabas.....

ENRIQUE.

¿Te has escapado? (Levantándose.) ¡Qué atrevimiento! ¡Qué!.....

LUISA.

Con turbación y miedo.

Si te enfadas de esa manera.....

ENRIQUE.

Con ademán amenazador.

¡Pues no he de enfadarme! ¡Y no sé cómo no!.....

LUISA.

¡Bueno!..... (Lloriqueando.) Ríñeme..... ¡Pobre de mí!

ENRIQUE.

(Llora.) (Con ternura.) ¡Y no vale llorar, estamos!

Aparentando cólera.

LUISA.

Como haciendo esfuerzos para no llorar.

Corriente..... No lloraré si también por eso te enojas.

ENRIQUE.

Pero diga usted, señorita. (Asiéndola de una mano y trayéndola cerca de sí.) ¿Ha venido usted sola?

LUISA.

No: he venido con Antoñita y una criada suya de mucha confianza que la llevó ayer al colegio, y que aún no se había vuelto á Madrid.

ENRIQUE.

¿Quién es esa Antoñita?

LUISA.

Pues ¿no te acuerdas? Aquella niña con quien hacía yo tan buenas migas en el colegio.

ENRIQUE.

¿Se ha escapado también?

LUISA.

También.

ENRIQUE.

Manifestando inquietud.

Y ¿dónde está esa otra?

LUISA.

Hemos tomado un coche en la estación del camino de hierro. Yo me he quedado aquí, y ella, con la criada, se ha ido á casa de su abuelita.

ENRIQUE.

Dentro de una hora vuelve á salir el tren. (Mirando el reloj.) Dentro de una hora nos vamos.

LUISA.

Separándose de su padre muy asustada.

¿Que nos vamos?

ENRIQUE.

Sí, señora; al colegio.

LUISA.

Con energía.

¿Al colegio? ¡Eso sí que no!

ENRIQUE.

¿Cómo que no?

LUISA.

Como que yo no quiero volver al colegio. (Agarrándose al respaldo de una butaca y llorando.) Yo quiero quedarme aquí contigo.

ENRIQUE.

Bien....., calla....., si eres buena.....

LUISA.

Sí, muy buena..... Verás qué buena soy. (Serenándose de pronto y acercándose rápidamente á su padre.) Y no creas, para escaparnos hemos tenido sobrada razón. ¡Si supieras!.....

ENRIQUE.

¿Qué?

LUISA.

La abuela de Antoñita, que la quiere mil veces más que tú á mí, la traía de cuando en cuando á Madrid, á pasar con ella unos días. Nunca pude yo conseguir que hicieses tú conmigo otro tanto. Pues bien; Antoñita volvió ayer al colegio de una de tales excursiones, y me dijo que llevaba un libro muy bueno para que lo leyésemos á escondidas. Había oído hablar mucho de él, y encontrándolo en casa de un tío suyo, lo tomó bonitamente, y se lo guardó debajo del abrigo sin que nadie lo viera. ¡Figúrate qué contenta me pondría yo!

ENRIQUE.

Sí; ya me figuro.....

LUISA.

Nos metimos en nuestro cuarto en cuanto se acabaron las clases, y empezamos á leer. ¡Qué libro tan bonito! Eso sí, parece que está escrito en latín, porque apenas se entiende; pero ¡qué bonito debe de ser! Y por lo que ya sabía Antoñita, y por algunas expresiones sueltas que estaban muy claras, pudimos ir sacando en limpio que el autor se proponía ¡redimirnos de la esclavitud!

Con afectada gravedad.

ENRIQUE.

¿Redimiros de la esclavitud? ¿Á quién? ¿Á las muchachas del colegio?

LUISA.

Como antes.

No, señor; ¡á todas las mujeres del globo terráqueo!

ENRIQUE.

Con impaciencia.

Pero ¿qué libro es ése?

LUISA.

Con énfasis.

¡La mujer á la luz de la filosofía!

ENRIQUE.

¡Ave María purísima! ¡El libro de ese condenado!

LUISA.

Estábamos en lo mejor, cuando de pronto se adelanta por en medio de nuestras cabezas una mano..... ¡Ay, nos pareció la mano de la muerte! Era sor Ignacia, aquella viejecita que tanto nos quería á todas..... Á todas no, porque Antoñita no era santa de

su devoción, y algunas veces la amenazó con echarla del colegio, tomó el libro, leyó el título nada más, y ¡válgame Dios, qué rabieta le entró á la buena señora!

ENRIQUE.

¡Ya lo creo!

LUISA.

Nunca nos había puesto encima la mano; pero ayer, á la otra le dió cinco ó seis pescozones muy de prisita, y á mí me tiró un pellizco tan retorcido, tan retorcido, que creía que me sacaba el pedazo. Todavía tengo la señal. Si quieres verla.....

Haciendo ademán de ir á levantarse la manga del brazo izquierdo.

ENRIQUE.

No; no hay necesidad.....

Conteniéndola.

LUISA.

¡Es que fué todo un señor pellizco! Y no se contentó con eso. Nos tuvo dos horas de rodillas en cruz..... ¿Te han tenido á ti alguna vez dos horas de rodillas en cruz?

ENRIQUE.

Sí.

Como contestándole para salir del paso.

LUISA.

¡Es cosa divertida! Y nos condenó á estar tres días á pan y agua, encerradas en un cuarto obscuro lleno de ratones. ¡Yo, que en viendo uno solo me muero! ¿Hay ratones en esta casa, papá?

ENRIQUE.

¿Qué sé yo?

LUISA.

Pero ¿tendrás gato, eh?

ENRIQUE.

Dos.

LUISA.

¿Y son bonitos?

ENRIQUE.

Muy preciosos.

LUISA.

¿Blancos ó negros?

ENRIQUE.

Colorados.

LUISA.

Pues á fuerza de lamentos y súplicas, logramos que se dejase para hoy el encierro; y hoy, en cuanto nos levantamos, recordando Antoñita que aquel libro decía: «¡Mujeres, también tenéis derechos vosotras! ¡También es para vosotras el mundo!»; y con el fin de evitar la reclusión y la abstinencia, determinó tomar las de Villadiego con su criada; porque has de saber que en casa de Antoñita nadie hace más que lo que ella quiere. Animada con el ejemplo, resolví yo escaparme también; y aprovechando el primer descuido, echamos á correr, nos metimos en el coche de señoras del tren que iba á salir, y.....

ENRIQUE.

¡Y aquí estamos todos!

LUISA.

Eso es.

ENRIQUE.

En fin, yo tenía ya decidido sacarte del colegio.

LUISA.

Pues te he ahorrado el trabajo de irme á buscar.

ENRIQUE.

¿No traes ropa?

LUISA.

¿Qué he de traer? La puesta.

ENRIQUE.

Habrá que hacer algo en seguida.

LUISA.

¡Eso! (Con alegría.) ¡Me has de poner muy elegante! ¡Antoñita dice que en Madrid hay un lujo!..... Lo primero que me has de comprar es un traje corto, muy corto.

ENRIQUE.

Bien.

LUISA.

Y un polissón muy abultado, muy abultado.

ENRIQUE.

Bien.

LUISA.

Y unas botas con tacón de á palmo; ¡lo menos! ¡Antoñita volvió ayer al colegio con unas!..... Parecía que iba en zancos. Mira. Así.

Remedando el modo de andar con botas de tacón muy alto.

ENRIQUE.

(¡Dígole á usted que la Antoñita!.....) Ahora voy á mandar que te arreglen una habitación. Se te pondrá una cama.....

Dirigiéndose al foro.

LUISA.

Dorada.

ENRIQUE.

Un tocador.....

LUISA.

De palo santo.

ENRIQUE.

Una sillería.....

LUISA.

De terciopelo.

ENRIQUE.

Sí; lo que tú quieras.

Hace otra vez ademán de echar á andar.

LUISA.

¡Ah, oye! (Deteniéndole.) Me has de llevar á los teatros.

ENRIQUE.

Te llevaré.

LUISA.

A los Bufos. Antoñita ha visto allí bailar el cancán. Y dice que es un baile tan....., ¡tan divertido! Y que se recogen la falda..... (Recogiéndose la suya y poniéndose en actitud de ir á bailar el cancán.) Y que levantan así el pie.....

ENRIQUE.

¡Eh, quieta! (¡La Antoñita y su alma!)

Va otra vez á dirigirse al foro, y Luisa le detiene.

LUISA.

Y también me llevarás á los sermones, y á las novenas, y á todas las funciones de iglesia que haya en Madrid.

ENRIQUE.

(¡Esta es más negra!) ¿Qué, también la Antoñita?.....

LUISA.

No; Antoñita no es aficionada á las cosas de iglesia, pero yo sí, porque decía sor Ignacia.....

ENRIQUE.

Ya me lo contarás. (Con enfado.) (¡Pues señor, entre la Ignacia y la Antoñita!.....)

Quiere retirarse de nuevo y Luisa le detiene también.

LUISA.

Y otra cosa que te quiero decir.

ENRIQUE.

Á ver, ¿qué?

Impacientándose.

LUISA.

Que Antoñita ya tiene novio.

ENRIQUE.

Vaya, me alegro mucho.

LUISA.

Sí, pero es que yo no le tengo todavía.

ENRIQUE.

(¿Qué va á ser de mí, Dios eterno, con esta chica al lado?)

LUISA.

Capitán de artillería nada menos.

ENRIQUE.

¿Qué capitán es ése?

LUISA.

El novio de la otra.

ENRIQUE.

¡Ah, ya!..... (Sudando estoy.)

Va hacia el foro limpiándose la frente con un pañuelo. Luisa se acerca al buró y examina los libros que hay sobre él.

LUISA.

¿Qué tendrá aquí papá? *¡La dama de las camelias!* ¡Qué gusto!

Saltando de alegría.

ENRIQUE.

¡Santa Bárbara! *¡La dama de las camelias!* (Acércase á su hija, le quita el libro de la mano y la separa del buró.) Deja eso.

LUISA.

¿Por qué? Pues yo quiero leerla. Antoñita me ha contado el argumento, y.....

ENRIQUE.

¿Antoñita, eh? Mira, como vuelvas á nombrarla delante de mí te llevo al colegio.

LUISA.

¡Si es mi amiga!.

ENRIQUE.

Á mí no me acomoda que tengas amigas, ¿lo oyes? (Haré un expurgo general en toda la casa.) Siéntate. (Haciéndola que se siente.) ¡Y cuidado con enredar!

LUISA.

¡Qué genio!

ENRIQUE.

(Más vale que no se quede sola.) ¡Julián!

Asomándose á la puerta de la izquierda y llamándole.

LUISA.

¿Quién es Julián? ¿Es un criado?

ENRIQUE.

No: un amigo mío.

Acercándose á ella.

LUISA.

Y si tú tienes amigos, ¿por qué no he de tener amigas yo? Esta tarde iremos á su casa, ¿verdad?

ENRIQUE.

¿Á casa de quién? ¿De Antoñita? No te caerás en el camino.

LUISA.

Si le he ofrecido que nos veríamos esta tarde.

ENRIQUE.

¡Cuando tú la vuelvas á ver!.....

ESCENA III.

DICHOS y JULIÁN.

JULIÁN.

(¡Aun está aquí doña Matilde!)

Deteniéndose en la puerta de la izquierda al reparar en Luisa.

LUISA.

Anda....., sí..... ¡Te querré yo tanto!

Con zalamería, haciéndole fiestas en la cara.

JULIÁN.

¡Sopla!

LUISA.

Y te daré tantos besitos.....

JULIÁN.

¡Canario! ¡Enrique!

Llamándole con ira.

ENRIQUE.

¡Ah, ven!

Yendo hacia él.

JULIÁN.

¿Á qué me llamas?

En tono de áspera reconvención.

ENRIQUE.

Te llamo para.....

LUISA.

¿Este es Julián?

Con viveza, acercándose á ellos.

ENRIQUE.

Sí.

Con sequedad, asiéndola por los brazos y apartándola.

JULIÁN.

(¡Y á fe que no es descocada la niña!)

ENRIQUE.

¿No te lo dije? (Volviendo al lado de Julián.) Ahí la tienes.

JULIÁN.

Sí; con efecto..... (Y ¡qué joven! ¡Qué linda!)

ENRIQUE.

Hazme el favor de quedarte con ella, y de no dejarla revolver libros ni papeles.

JULIÁN.

¡Tan enredadora es!

ENRIQUE.

Mucho. Yo voy á decir que le dispongan una habitación, y.....

JULIÁN.

Á ver, explícate. (Con extrañeza y disgusto.) ¿Piensas quedarte con ella en casa?

ENRIQUE.

¿Quién es capaz de hacerla salir de aquí?

JULIÁN.

¿Quién? Yo. ¡Pues no faltaba más!

ENRIQUE.

Hombre, antes decías..... Justo es ya que se quede.

JULIÁN.

En hora buena, pero sábelo: yo me traeré otra mañana.

ENRIQUE.

¿Otra? ¡Oh! (Dándose cuenta del error de Julián.) ¿Supones?.....

JULIÁN.

¿Qué te da?

ENRIQUE.

Luisa, hija mía.....

En voz alta, dirigiéndose á Luisa.

JULIÁN.

¡Su hija!

ENRIQUE.

Tengo el gusto de presentarte á mi íntimo amigo don Julián Benavides.

JULIÁN.

Y tú, ¿por qué no me has advertido?..... (Bajo á Enrique.) Señorita.....

Saludándola.

ENRIQUE.

Y tú, ¿por qué eres tan negado?

Bajo á Julián.

LUISA.

Julián Benavides..... Yo he oído este nombre antes de ahora..... Ah, sí. (Como recordando.) Julián Benavides se llama también el autor de *La mujer á la luz de la filosofía.*

JULIÁN.

¡Cómo, señorita! ¿Usted conoce mi obra?

LUISA.

¡Su obra! ¿Es usted el autor de esa obra magnífica?

JULIÁN.

¿Le ha gustado á usted?

LUISA.

¡Á rabiar!

ENRIQUE.

¿Serías capaz de envanecerte con la opinión de una chicuela?

Bajo á Julián.

JULIÁN.

¡Yo escribo para la humanidad!

Con énfasis.

ENRIQUE.

(¡Pedante!)

JULIÁN.

¿Conque mi libro se leía en su colegio de usted? ¡Gracias á Dios que en los establecimientos de enseñanza!.....

ENRIQUE.

Que no es eso. No digas disparates. Ya te explicaré.....

LUISA.

¡Usted el autor de *La mujer á la luz de la filosofía!* Como todos los profesores del colegio eran ó feos ó machuchos, creía yo que un sabio..... ¡Mire usted salir ahora con que el autor de ese libro es un caballero tan guapo como usted!

ENRIQUE.

¡Chica!

LUISA.

¿Eh?

Sin entender por qué le riñe su padre.

JULIÁN.

¡Déjala que se exprese con libertad!

En tono muy grave.

ENRIQUE.

¡El diablo que te lleve!

LUISA.

Si usted quisiera dármele.

JULIÁN.

Con mucho gusto. ¿Qué mayor honra para mí?

ENRIQUE.

¡Pero hombre!.....

Tirándole del faldón de la bata.

JULIÁN.

Suelta. (A Enrique con desabrimiento.) Ahora caigo..... (Volviéndose hacia Luisa con rostro placentero.) Perdone usted que me haya presentado en este traje.

Enrique, dando señales de impaciencia, pasa al lado de su hija.

LUISA.

Lo mismo da. Á mí de todas maneras me parece usted bien.

ENRIQUE.

¡Pero chica!.....

Tirándola de la falda del vestido.

LUISA.

¿Qué quieres?

Volviendo la cabeza hacia su padre.

JULIÁN.

Mil gracias. No hay en el mundo espectáculo más admirable que el de la hermosura unida á la bondad.

ENRIQUE.

(¡Cómo se relame el filósofo!)

LUISA.

¡Qué cosas tan bonitas me dice usted!

JULIÁN.

Nada que no sea muy merecido.

LUISA.

¿Pero usted vive aquí?

JULIÁN.

Vivo con su padre de usted.

LUISA.

¡Cuánto me alegro!

ENRIQUE.

(¡Estoy sobre ascuas!)

LUISA.

¡Qué bien lo vamos á pasar los tres aquí juntitos!

ENRIQUE.

Como Julián y yo éramos solos..... Ahora, habiendo venido tú, él.....

Poniéndose entre Luisa y Julián.

JULIÁN.

Con efecto, ahora yo.....

LUISA.

¿Ahora se va usted á marchar? ¿Y por qué? Si á mí no me dan miedo los hombres.

Acercándose á Julián.

ENRIQUE.

Sí, pero.....

Poniéndose entre Luisa y Julián.

LUISA.

¿Ó es que teme usted que yo le moleste?

Pasando al lado de Julián.

JULIÁN.

Nada de eso..... De ningún modo..... Antes bien, celebraría en el alma.....

ENRIQUE.

Sí; pero.....

Poniéndose otra vez entre los dos.

LUISA.

Pues entonces quédese usted.

Pasando otra vez al lado de Julián.

ENRIQUE.

Si no podrá..... (Poniéndose otra vez entre ambos. Luisa hace un movimiento como para pasar otra vez al lado de Julián.) ¡Quieta!

Bajo á Luisa con mucha rapidez, sujetándola por la falda del vestido con una mano, de modo que no lo note Julián.

LUISA.

¿Eh?

Se queda mirando con asombro á su padre.

JULIÁN.

Señorita, lo que es por mí.....

Yendo por detrás de Enrique á colocarse al lado de Luisa.

LUISA.

¿Conque por usted?.....

Volviendo con alegría la cara hacia Julián.

ENRIQUE.

(¡Maldito seas!)

LUISA.

Dile que se quede, papá.

ENRIQUE.

(Y á ésta habrá que darle unos azotes.)

Óyese rumor confuso de voces, que va haciéndose cada vez mayor.

JULIÁN.

¿Qué es eso?

LUISA.

¿Oyes, papá?

ENRIQUE.

Sí. Pero no caigo.....

Prestando atención al ruido que se oye.

JULIÁN.

Parece que disputan.

LUISA.

Y con mucho calor.

JULIÁN.

Gritos.....

LUISA.

Lamentos.....

ENRIQUE.

Esos lamentos..... ¡Oh! ¿Tal vez?..... (Manifestando so-

bresalto y agitación.) ¡Yo que había olvidado!..... Anda, Julián; anda á ver lo que sucede.

JULIÁN.

Sí; que esto ya va picando en historia. (Vase por la puerta del foro, dejándola abierta. Óyese más distintamente el ruido de voces, y con el fin de que este rumor no sea, como suele acontecer en casos semejantes, vano y ridículo, se pone á continuación el siguiente diálogo, que deberá durar hasta que Julián dice esta frase: «Ya le tienes ahí»; y del cual sólo llegarán hasta el público clara y distintamente algunas palabras. El lacayo hablará con acento gallego, y la cocinera como descarada y raída.

EL ANCIANO.

¡En vano lo niegas! ¡Aquí vive! ¡Le hallé por fin!

LA COCINERA.

Que no alborote usted la casa.

EL ANCIANO.

¡Le mataré!

LA JOVEN.

¡Tenga usted lástima de mí! ¡Tenga usted lástima de mi hijo!

EL CRIADO.

Vamos, caballero, tranquilícese usted.

EL ANCIANO.

¿Dónde está ese malvado? ¡Que salga! ¿Dónde está?

EL LACAYO.

Es cabezudo como él solo.

LA JOVEN.

¡Padre, padre, por Dios!

EL ANCIANO.

Suelte usted.

LA COCINERA.

¡Sobre que no quiero soltar! ¡Sobre que no me da la gana!

EL CRIADO.

Nos obligará usted á echarle de aquí por fuerza.

LA JOVEN.

Vámonos, padre. ¡Véngase usted conmigo!

EL ANCIANO.

¿Quieres librarle de mi furia? ¡Aparta!

LA COCINERA.

¿Qué va á que sale usted rodando la escalera?

EL ANCIANO.

¡Paso, canalla, paso!

EL CRIADO.

Usted no considera.....

EL LACAYO.

¡Cuidado con decir palabrotas!.....

EL ANCIANO.

¡Soltad!

LA COCINERA.

¡Dale, machaca!

EL LACAYO.

No apriete, que hace daño.

TODOS.

¡Oh!

LA JOVEN.

¡Padre!

LA COCINERA.

¡Que se escapa!

EL CRIADO.

¡Detenedle! ¡No le soltéis!

LUISA.

¡Me ha entrado un temblor!

ENRIQUE.

No te asustes, hija mía; no será nada.

LUISA.

Pues tú no dejas tampoco de estar muy asustado

ENRIQUE.

Como te veo así.....

LUISA.

No; algo sabes y no quieres decírmelo.

ENRIQUE.

Te aseguro..... (Es la voz de Matilde; pero aunque Matilde haya venido, ese alboroto.....)

LUISA.

¿Qué habrá pasado, Virgen santa?

ENRIQUE.

Quizá una reyerta de los criados.

Julián sale apresuradamente y cierra con cerrojo la puerta del foro.

JULIÁN.

¡Enrique! ¡Enrique!

ENRIQUE.

Habla.

LUISA.

¿Qué hay?

JULIÁN.

Escucha. (Con grande agitación, á Enrique, llevándoselo aparte.) Esa mujer ha venido.

ENRIQUE.

¿Matilde?

JULIÁN.

Con un niño en los brazos.

ENRIQUE.

¡Mi hijo!

LUISA.

Pero ¿no puedo yo saber?.....

ENRIQUE.

Apartándola.

Quita.

JULIÁN.

Detrás de ella su padre, que sin duda debe haberla seguido.....

ENRIQUE.

Con espanto.

¿Está ahí?

JULIÁN.

Con un estoque desnudo en la mano, jurando que te ha de matar.

LUISA.

Se acercan. ¿No oyes?

JULIÁN.

Miguel, el lacayo y la cocinera procuran en vano contenerle. ¡Ya le tienes ahí!

Óyense fuertes golpes á la puerta del foro, y ésta es sacudida con violencia. El diálogo de los que hablan fuera percíbese clara y distintamente.

LUISA.

Pero ¿quién es ese hombre que quiere entrar?

ENRIQUE.

(¡Le va á enterar de todo!)

LUISA.

¿Quién es esa mujer que llora?

ENRIQUE.

¡Llevátela!

LUISA.

Mirando con terror alternativamente á su padre y Julián.

¡Aquí hay un seductor!

JULIÁN.

Yendo hacia ella.

Véngase usted conmigo.

LUISA.

¡Quiere matarle! (Corriendo hacia su padre.) Pero ¿quién es el seductor?

ENRIQUE.

¿Quién?..... ¿Quién ha de ser?

Dándole á entender que es Julián.

LUISA.

Mirándole con susto.

¿Tu amigo? ¿Ése?

JULIÁN.

Yendo hacia Enrique, sospechando lo que sucede.

¿Qué le has dicho?

EL ANCIANO.

¡Abra usted, villano; abra usted!

LA COCINERA.

Que no dé usted golpes.

LA JOVEN.

¡Compasión!

EL ANCIANO.

Ni para él ni para ti.

EL CRIADO.

¡Quieto!

EL ANCIANO.

¡Abra usted, infame seductor!

EL LACAYO.

¡Este hombre es un demonio!

EL ANCIANO.

¡Le he de matar á usted!

LA JOVEN.

¡Dios de misericordia!

ENRIQUE.

No sé.

JULIÁN.

Como tomando una determinación.

¡Oiga usted, señorita!

LUISA.

Huyendo de Julián.

¡Él!.....

ENRIQUE.

A Julián, en tono de súplica.

¡Que soy su padre!

JULIÁN.

Ya, pero.....

ENRIQUE.

¡Llevátela de aquí, por Dios!

JULIÁN.

¡Venga usted!

LUISA.

Huyendo de Julián y amparándose de su padre.

¡Ay, papá, papá!.....

JULIÁN.

¡Ves lo que has hecho!

ENRIQUE.

Asiéndola de una mano.

Ven conmigo.

LUISA.

¡Dejarle solo! ¡Y si el otro le mata!

Resistiéndose á seguir á su padre y logrando desprenderse de él.

EL LACAYO.

¡Suelte usted ese pincho!

LA COCINERA.

Agárrale tú por el otro lado.

LA JOVEN.

¡Máteme usted á mí sola!

EL ANCIANO.

¿Creyó usted que no tenía quien la vengase?

LA COCINERA.

¡Ay, que esta señorita se muere! ¡Vecinos!

EL LACAYO.

¡Señorita! ¡Señorita!.....

EL ANCIANO.

La deshonra usted, la asesina, y es tan vil y cobarde.....

EL LACAYO Y LA COCINERA

¡Socorro, vecinos! ¡Socorro!

ENRIQUE.

¡Llévatela por fuerza, llevátela, Julián!

JULIÁN.

¡Venga usted! (Asiéndola de una mano.) ¡No hay remedio!

Llevándosela con violencia hàcia la izquierda.

LUISA.

¡Papá! ¡Papá!

Resistiéndose á seguir á Julián. Vanse ambos por la puerta de la izquierda. Las voces de Luisa siguen oyéndose.

LA JOVEN.

¡Mi hijo!

EL ANCIANO.

Se oculta usted en vano.

EL LACAYO Y LA COCINERA

¡Vecinos!

EL CRIADO.

¡Callad vosotros!

EL LACAYO Y LA COCINERA

¡Socorro! ¡Vecinos!

ENRIQUE.

¡Perderé la razón!

Con la mayor rapidez toma una pistola de una de las panoplias, la monta y abre la puerta del foro. Detrás de ella aparecen un anciano de aspecto venerable, con un estoque desnudo en la diestra; una joven, caída en el suelo de modo que el público no vea su rostro, ni el niño que se supone tiene en los brazos; un criado y un lacayo con librea, sujetando al anciano; una cocinera con mandil y pañuelo á la cabeza, hincada de rodillas para socorrer á la joven.

EL ANCIANO, LA JOVEN, EL CRIADO, EL LACAYO Y LA COCINERA.

¡Oh!

El anciano, haciendo ademán de ir á lanzarse sobre Enrique; el criado y el lacayo, sujetando al anciano; la cocinera, levantándose del suelo; la joven, incorporándose un poco.

ENRIQUE.

Apuntando al anciano con la pistola.

¡Máteme usted, pero silencio: un solo grito, y usted es el que muere!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con lujo. Puerta á la derecha: otra grande en el foro, por la cual se ve un gabinete, amueblado también.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y JULIÁN.

Julián está sentado á la izquierda con un libro en la mano. Luisa á la derecha, en el extremo opuesto del escenario. Pausa, durante la cual se oye llorar á Luisa.

JULIÁN.

¿Aun llora usted?

LUISA.

Con enfado.

Me ha prometido usted no mirarme.

JULIÁN.

Bien; ya no miro. (Volviendo la cara á otro lado.) Usted me había prometido á mí no llorar.

LUISA.

¡Quiero llorar!

JULIÁN.

Cambiando de postura y dirigiendo de nuevo hacia ella la vista.

Entonces yo también quiero mirarla á usted.

LUISA.

¡Papá! ¡Papá!

Llamando á su padre con enojo y despecho.

JULIÁN.

No hay que enfadarse. ¡Juicio! Cumpliré mi promesa aunque usted no cumpla la suya. (Cambia de postura otra vez y deja de mirar á Luisa. Breve pausa. Julián quiere leer, no puede, y mira á Luisa de reojo.) ¡Qué linda está llorando! (Luisa vuelve hacia Julián la cabeza como para mirarle á hurtadillas: encuéntranse las miradas del uno con las del otro, y ambos cambian repentinamente de postura. Julián vuelve á fijar la vista en el libro, pero como antes, se distrae en seguida y deja de leer.) (Tiene aquel inexplicable no sé qué, principal encanto de las mujeres.) ¿Se va usted serenando?

LUISA.

Que no me hable usted.

JULIÁN.

(¡Pues estamos lucidos!) Y á mí ¿qué me importa?

Arrellánase en la butaca y lee. Luisa se levanta, entra en el gabinete, y luego sale de él y se acerca á la puerta de la derecha.

LUISA.

(Continúa cerrada la puerta del gabinete..... Ésta la cerró él..... ¡No hay escapatoria!) (Aplica el oído á la puerta de la derecha, y mira por el agujero de la cerradura.) (Nada se oye. Nada se ve. ¡Tanto tiempo sin saber qué sucede! ¡Media hora encerrada aquí!) (Acércase á Julián muy de prisa.) ¿Por qué no viene mi papá? (Julián sigue leyendo sin responder.) ¿Esta usted sordo? (Julián continúa inmóvil.) ¿Por qué no viene mi papá?

En voz muy alta, quitándole el libro de la mano.

JULIÁN.

Como me ha prohibido usted que le hable.....

LUISA.

¿Por qué no viene?

JULIÁN.

¿Qué sé yo? Estará ocupado.

LUISA.

¿Con ese hombre que le quería matar á usted?

JULIÁN.

¿Á mí? (Tentaciones me dan de cantar de plano.)

LUISA.

Usted tiene la culpa de todo; usted, que es un grandísimo pícaro.

JULIÁN.

(¡Escuchar esto de su boca!)

LUISA.

¡Y yo que esperaba que nos llevásemos tan bien! (Con ternura.) ¡Sea todo por Dios!

Echándose otra vez á llorar y enjugándose las lágrimas con el pañuelo.

JULIÁN.

(¡No aguanto más, y salga el sol por Antequera! Señorita.....

Levantándose y acercándose á Luisa.

LUISA.

Quitándose el pañuelo de los ojos.

¿Qué?

JULIÁN.

Está usted engañada.

LUISA.

¿Engañada? ¿En qué?

JULIÁN.

Ese hombre no me buscaba á mí.

LUISA.

¡Que no? Pues ¿á quién? ¿Sería usted capaz de echar á otro la culpa? Aquí no vive nadie más que usted y mi padre.

Con sobresalto y amargura.

JULIÁN.

(¡Si averigua que es él!..... ¡Me da tanta lástima!)

LUISA.

No calle usted ahora. ¿Á quién había de buscar más que á usted?

JULIÁN.

No; si yo no digo.....

LUISA.

¿Á quién había de llamar seductor más que á usted?

JULIÁN.

Bien, sí; pero.....

LUISA.

¿Sí? ¿Conque sí? Apártese usted. ¡Qué hombre! Quítese usted de mi vista. ¡Qué hombre tan malo!

JULIÁN.

(¡Por vida de!.....)

LUISA.

Siéntese usted en su butaca. ¡Pronto!

JULIÁN.

(Y ¡qué hechicera está enfadada!)

Mirándola.

LUISA.

Que se siente usted.

Dando una patada en el suelo.

JULIÁN.

Bueno; ya voy.

Se sienta en la butaca.

LUISA.

Y tome usted su libro.

Tirándoselo desde donde está. El libro cae encima de Julián, que da un respingo.

JULIÁN.

¡Oh!

LUISA.

¿Le ha hecho á usted daño?

Con sequedad.

JULIÁN.

No.

Como por galantería, y dando á entender que sí.

LUISA.

¡Qué lástima! (Se sienta en el otro extremo del escenario donde antes estuvo, vuelta completamente de espaldas á Julián. Óyese un golpe á la puerta de la derecha) Llaman. (Levantándose.) ¡Que llaman!

A Julián, impetuosamente.

JULIÁN.

Ya lo oigo. ¡Quién es!

ENRIQUE.

Abre; soy yo.

Dentro.

LUISA.

¡Mi papá! (Con mucha alegría.) Abra usted. (Julián se busca en los bolsillos la llave de la puerta.) ¡No quiere abrir, papá, no quiere abrir!

Gritando para que su padre la oiga.

JULIÁN.

Estoy buscando la llave.

ENRIQUE.

¡Julián!

Dentro, con tono de enojo y recelo.

JULIÁN.

¡Ahora el otro! Vaya, que entre los dos..... Aquí está.

Sacando la llave de un bolsillo.

LUISA.

¡Pues! En cuanto se ha enojado mi padre.

Julián abre la puerta de la derecha.

ESCENA II.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE.

¿No querías abrir? ¿Por qué?

Mirando á Julián y á Luisa.

LUISA.

¿No te ha pasado nada?

ENRIQUE.

¿Vas ahora á suponer?..... Esa criatura no está en su juicio.

LUISA.

Criatura....., sí, criatura.....

ENRIQUE.

¿Te ha dicho algo?

Á Luisa, mirando á Julián.

JULIÁN.

Y tú, más necio que tu hija.

LUISA.

De veras, papá, que no se le puede sufrir.

ENRIQUE.

¿Qué te ha dicho?

LUISA.

Lo mismo que tú; que de todo tiene él la culpa.

ENRIQUE.

¡Ah! (Con gozo.) ¡Gracias, Julián!

En voz baja, con vehemencia, cogiéndole una mano.

JULIÁN.

Mira, quítate, y no me sobes.

Rechazándole.

LUISA.

Pero papá.....

ENRIQUE.

¿Qué quieres?

LUISA.

¿Qué he de querer? Que no seas amigo de un hombre así; que no le des la mano.

JULIÁN.

¡Qué gusto, eh?

A Enrique.

ENRIQUE.

Déjanos.

A Luisa.

LUISA.

¡Otra vez que me vaya!

ENRIQUE.

Sí, hija mía; es preciso.

LUISA.

¿Conque yo no he de poder estar á tu lado?

ENRIQUE.

Volverás al momento.

LUISA.

¡Y todo por ése!.....

Con ademán despreciativo.

JULIÁN.

¡Dale!

ENRIQUE.

Sé juiciosa.

LUISA.

¿No dijo usted antes que se iba á ir?

JULIÁN.

¡Me echa!

ENRIQUE.

¡Luisa!

Reprendiéndola.

LUISA.

Enfádate conmigo..... Eso es..... (Llorando.) ¡En mala hora vine yo del colegio!

Vase por la puerta de la derecha.

JULIÁN.

No lo sabe ella bien.

ESCENA III.

ENRIQUE y JULIÁN.

ENRIQUE.

¡Qué día tan funesto!

Dejándose caer sobre una silla con grande abatimiento.

JULIÁN.

Tu tardanza me iba ya dando mala espina. ¿Qué hay?

ENRIQUE.

No quería un hijo á mi lado, y el cielo, el destino, la casualidad— ¿qué sé yo?—me envía dos al mismo tiempo.

JULIÁN.

¿Conque el niño que traía Matilde?.....

ENRIQUE.

Es mi hijo. ¡Hijo desventurado! Por milagro le he vuelto á ver.

JULIÁN.

¿Ha estado malo?

ENRIQUE.

No; ha querido matarle.

JULIÁN.

¡Cómo! ¿Ella?.....

ENRIQUE.

¡Ella! ¿Estás loco? Él.

JULIÁN.

¿Él?

ENRIQUE.

Ese viejo maldito.

JULIÁN.

¿Qué viejo?

ENRIQUE.

Su padre. ¿No me entiendes?

Impacientándose.

JULIÁN.

Si no te explicas.....

ENRIQUE.

Volvió á Madrid pocos días há; Matilde se lo confesó todo; él tomó el cielo con las manos; se empeñó en averiguar el nombre del autor de su infamia.....

JULIÁN.

Será una especie de viejo de Calderón, muy rutinario y tradicionalista.

ENRIQUE.

No logró que Matilde se lo dijera; y un día, ciego de rabia, cogió al niño y quiso estrellarlo contra la pared.

JULIÁN.

¡Qué bruto!

ENRIQUE.

Resolvióse entonces la infeliz á ponerle bajo mi amparo, y al venir hoy con él hacia aquí.....

JULIÁN.

Ya.

ENRIQUE.

Su padre, que estaba acechando desde un portal frontero del suyo.....

JULIÁN.

Lá vería.....

ENRIQUE.

Y la siguió recatadamente.....

JULIÁN.

Y se entró de rondón.

ENRIQUE.

¡Vive Dios, que ha de pagármelas todas juntas!

JULIÁN.

¿En qué habéis quedado?

ENRIQUE.

Hoy mismo nos batimos á muerte.

JULIÁN.

¿De veras?

ENRIQUE.

Yo no quería. ¡Es un anciano! ¡Se quejaba de mí con razón! ¿Sabes lo que ha hecho para obligarme á reñir con él? ¿Lo sabes?

Con furia.

JULIÁN.

Como tú no lo digas.....

ENRIQUE.

¡Me ha puesto en la cara la mano!

JULIÁN.

¡Oiga!

ENRIQUE.

Á no haber estado aquí mi hija, aquí mismo le hubiera arrancado el alma.

JULIÁN.

¡Consecuencia de un estado social erróneo y ab-

surdo! ¡Lamentables extravíos de la raza humana! ¡Si mi sistema filosófico prevaleciera!.....

ENRIQUE.

Déjate de filosofías. Las condiciones del duelo están ya pactadas. Nos batiremos á pistola, colocándonos á diez pasos el uno del otro, con facultad cada cual de ir ganando terreno y de hacer fuego sobre su adversario cuando lo estime conveniente.

JULIÁN.

¡Enorme atrocidad! No hallarás padrino que la autorice.

ENRIQUE.

Hemos resuelto llevar testigos solamente. Uno de ellos, tú; el otro, la persona cuyo nombre va apuntado en ese papel, con las señas de su habitación. (Dándole un papel doblado.) Anda á ponerte de acuerdo con él. Esta tarde ha de verificarse el duelo.

JULIÁN.

¡Pero un duelo así!..... Mira que no habrá más remedio que morir ó matar.

ENRIQUE.

Matar ó morir quiere ese hombre; lo mismo quiero yo.

JULIÁN.

Muriendo el otro, menos malo.

ENRIQUE.

¡Quién sabe!

JULIÁN.

Pero ¿y si el otro acaba contigo?

ENRIQUE.

Tendré paciencia.

JULIÁN.

Después de muerto es seguro que la tendrás.

ENRIQUE.

No hay tiempo que perder; anda.

JULIÁN.

Me lavo las manos, y allá voy. ¿Quién no imitó alguna vez á Pilatos?

Dirigiéndose hacia la derecha.

ENRIQUE.

Aguarda: otra cosa. ¿Qué haré con ese niño? Está aquí. ¿No te lo he dicho ya? ¿Podía yo tolerar que siguiese al lado de ese tigre que le abomina, que en mi presencia ha vuelto á levantar las manos sobre él? ¡Bárbaro! ¡Amenazar á un sér tan débil; á una criaturita que ni siquiera ha de comprender la amenaza! ¡Y si vieras qué niño! ¡Si vieras qué belleza la suya tan singular! Contrastando en sus hechiceras facciones con la gracia infantil, melancólica seriedad; velado en densa palidez el semblante; los ojos entornados como si no tuviera fuerzas para abrirlos del todo, revélase en él tristeza indefinible, y no se le puede mirar sin indefinible tristeza. Bien que aún dormida su razón, ¿presentirá ya ese inocente su desdicha? Apostaría algo bueno á que te estoy pareciendo soberanamente ridículo. ¿Qué quieres? El amor paternal es otra de tantas antiguallas como afean el mundo. (Irónicamente.) ¡Ay, Julián, Dios ha resuelto castigarme!

Abandonándose á los impulsos de su corazón.

JULIÁN.

¿Empezamos á diosear?

ENRIQUE.

Es verdad; tú no crees en Dios. ¡Dichoso tú! ¿Qué digo? ¡Desgraciado tú!

JULIÁN.

Con efecto: no tengo el recurso de acordarme de Santa Bárbara cuando truena.

ENRIQUE.

Bueno es acordarse de Dios aunque sea tarde. ¿Qué haré con ese niño? ¿Sacarle de aquí? Privado de las caricias de su madre, ¿no ha de gozar las de su padre tampoco? Y si muero, ¿quién mejor que su hermana?..... ¡Pobre hija mía! Debió ser templo de tu pureza esta casa; fijas la planta en ella, y tropezando con un crimen, tienes que abrir los ojos á la dolorosa experiencia del mal. Únicamente mereciéndola se debiera alcanzar la dicha de ser padre.

JULIÁN.

Te vas haciendo moralista. ¡Síntoma aciago! El viejo te va á dar hoy un susto.

ENRIQUE.

Ya que no puede ignorar la culpa, ignore quién es el culpado á lo menos. Según viene de más arriba, tiene el mal ejemplo más eficacia. Dejémosla en el error en que está. Para ella eres tú el seductor de Matilde.....

JULIÁN.

Ese favor te debo.

ENRIQUE.

Sé también para ella el padre de ese niño.

JULIÁN.

¿Yo padre?

ENRIQUE.

¿Qué remedio?

JULIÁN.

¡No faltaba más! ¡Hasta ahí podían llegar las bromas!

ENRIQUE.

Es preciso, Julián.

JULIÁN.

No hay tal precisión. (Enrique hace un ademán de súplica.) Porfiarás en vano. Te digo que no cargo con el mochuelo.

ESCENA IV.

DICHOS y LUISA.

Luisa entra melancólica y pensativa por la puerta de la derecha, y se acerca á su padre.

LUISA.

Papá, en casa hay un niño.

ENRIQUE.

¡Ya le ha visto, Julián!

Bajo, en tono de súplica.

JULIÁN.

¡Que no!

Bajo á Enrique.

LUISA.

Le oí llorar. La criada que estaba con él se inmutó al verme, y no ha sabido qué decir. Papá, ¿qué niño es ése?

ENRIQUE.

Ese niño.....

LUISA.

Dígalo usted.

Dirigiéndose á Julián.

JULIÁN.

¿Yo?

LUISA.

No se atreve á decirlo. No importa. Ese niño es el mismo que también lloró antes.

ENRIQUE.

¡No me descubras!

Bajo á Julián con ansiedad.

JULIÁN.

Pero ¡qué empeño tan maldito!

Bajo á Enrique.

LUISA.

El mismo á quien llamaba hijo la pobrecita mujer que estuvo antes ahí.

ENRIQUE.

¿Oyes?

Bajo á Julián.

JULIAN.

Sí que oigo.

Bajo á Enrique.

LUISA.

Fácilmente se adivina quién es su padre.

ENRIQUE.

¿Lo ves?

Bajo á Julián con mayor angustia.

LUISA.

Aunque su padre.....

En tono de amarga reconvención, mirando á Julián.

JULIÁN.

Sí, que lo veo.

Bajo á Enrique, con mayor aspereza.

LUISA.

¡Su padre no quiere llamarle hijo! ¡Su padre tiene mal corazón!

Con profunda pena, llorando.

JULIÁN.

¡Caramba!

Con rabia y despecho, dando un paso hacia Luisa, resuelto á decir la verdad.

ENRIQUE.

¡Por Dios, Julián!

Con ansiedad vivísima, deteniéndole. Julián se queda suspenso un instante sin saber qué hacer.

JULIÁN.

Abur.

Vase precipitadamente por la puerta de la derecha.

ESCENA V.

ENRIQUE y LUISA.

LUISA.

¡Qué desdichada criatura! (Como hablando consigo mismo.) ¿Á ti no te da vergüenza decir que eres mi padre, verdad?

Corriendo á él y abrazándole con efusión.

ENRIQUE.

¡No, vida mía! En ser tu padre fundo yo mi dicha, mi gloria.

Luisa, muy abatida, se deja caer en una silla, que tendrá al lado, Enrique se sienta junto á ella.

LUISA.

Antoñita me aseguraba que el mundo es muy alegre. Veo que sor Ignacia tenía razón al afirmar que en el mundo se llora mucho más que se ríe.

ENRIQUE.

Ni bastan largos años de risa á compensar unas breves horas de llanto. Siéntese más que el placer la pena, como si el alma estuviera menos dispuesta á

regocijarse con la alegría que á padecer con el dolor. Pero nosotros afortunadamente no tenemos ningún motivo de pesadumbre. (Cambiando de tono para no entristecer á Luisa.) Tú eres muy joven todavía: tú debes ser feliz.

LUISA.

No, papá; no lo soy. Siento el corazón oprimido, perdí el sosiego, y lo conozco; en mucho tiempo no lo volveré á recobrar.

ENRIQUE.

¡Qué niñada! ¿Por qué?

LUISA.

Si yo misma lo ignoro. ¡Me había parecido tan bueno ese amigo tuyo! ¡Me hubiera alegrado tanto de que lo fuese!

ENRIQUE.

(Una desgracia nunca viene sin compañía.)

LUISA.

¡Y me da tanta pena de que sea malo! (Con íntimo dolor.) ¡Me da tanto coraje!

Con indignación, cambiando bruscamente de tono.

ENRIQUE.

(El manantial comprimido salta luego impetuoso. (Levantándose y apartándose un poco de su hija.) ¿Qué debo recelar? ¿Se habrá enamorado de veras?)

Luisa, como asaltada de repentina idea, se levanta también y se acerca á su padre.

LUISA.

Di: ¿le amenaza algún riesgo? ¿Ese hombre que le quería matar?.....

Manifestando mucha zozobra.

ENRIQUE.

Ya no hay cuidado. Tranquilízate.

LUISA.

¿Por qué se ha ido?

ENRIQUE.

Tenía que salir.

LUISA.

¿Ha salido á la calle? (Enrique hace un ademán afirmativo.) ¿Y tardará mucho en volver?

ENRIQUE.

No.

LUISA.

¡Ojalá!

ENRIQUE.

(¿Cuándo empezó este día?)

LUISA.

Y eso que no veo el instante de que se vaya de aquí y nos deje en paz; porque temo que si le trato mucho, á pesar mío, tendré que aborrecerle.

ENRIQUE.

(¡Le ama!)

LUISA.

¡Dios me libre de aborrecer! ¡Qué gran desdicha debe ser el odio! ¡Una desdicha sin consuelo!

ENRIQUE.

Ea, vamos, no llores; se acabó. No quiero verte así. (Limpiándole las lágrimas y haciendo que se siente á su lado.) Hablemos de otra cosa.

LUISA.

Bien....., sí....., habla.

Se queda pensativa.

ENRIQUE.

Pero desarruga ese ceño....., alégrate....., sonríe. Mañana iremos á las tiendas..... (¡Puede ser que mañana!.....) Te compraré vestidos, adornos, joyas.....

(¡Mañana huérfana tal vez!) No ha de haber en todo Madrid señorita con más lujo que tú.

LUISA.

Pues no vuelve tan pronto.

ENRIQUE.

Que no vuelve..... ¿Quién?

LUISA.

Ese caballero....., tu amigo.

ENRIQUE.

¡Ah, ya! Julián.

LUISA.

Julián.

ENRIQUE.

¿No te hallas mejor á solas con tu padre, que tanto te quiere?

LUISA.

También te quiero yo á ti mucho. ¡Y he de quererte más cada día! Porque tú eres bueno. Sí, mi papá es bueno, ¡gracias á Dios!

ENRIQUE.

(¡Qué angustia!)

LUISA.

Y no que el otro.....

ENRIQUE.

¿El otro?.....

LUISA.

Julián.

ENRIQUE.

(¡Siempre Julián!)

LUISA.

Oye. ¿Tú le llamas amigo?

ENRIQUE.

Sí.

LUISA.

¿Conque sin duda le querrás?

ENRIQUE.

Cierto.

LUISA.

¿Conque se puede querer á un malvado?

ENRIQUE.

¡Mira lo que dices! (Levantándose.) (¡Malvado me está llamando mi hija!)

LUISA.

Entonces..... (Levantándose.) ¿Le querré yo también?

Como hablando consigo mismo.

ENRIQUE.

Sé clemente, hija mía, y no llames á nadie malvado. Quizás tuvieras que arrepentirte.

LUISA.

¿No es una maldad lo que ese hombre ha hecho?

ENRIQUE.

Tú no puedes saber.....

LUISA.

Sé que es una maldad.

Con energía.

ENRIQUE.

Te engañas.

LUISA.

¡Una maldad horrible!

Con vehemencia.

ENRIQUE.

Tu imaginación, que todo lo abulta.....

LUISA.

¿Y los gritos de furor que daba aquel hombre?

ENRIQUE.

Sin embargo.....

LUISA.

¿Y los lamentos de aquella mujer, que partían el alma?

ENRIQUE.

Cosas del mundo.....

LUISA.

¡Ay, papá; las cosas del mundo parecen cosas del infierno!

Con terror.

ENRIQUE.

¡Hija, por piedad!.....

Sin poder dominar su emoción.

LUISA.

¿Y ese niño? ¡Oh, desde que he visto á ese niño parece que soy otra! (Con tono muy grave.) Pienso de distinta manera; siento como no he sentido hasta hoy. ¡Papá, ese niño es muy desgraciado!

Con arrebato de amargura.

ENRIQUE.

¡Ay, sí; muy desgraciado!

Abandonándose á su aflicción y llorando.

LUISA.

¿Lo ves? Ya no lo niegas..... ¡Y lloras! ¡Lloras tú también!

ENRIQUE.

Sí..... ¡Lágrimas! (Llevándose á los ojos las manos.) ¡Ya era tiempo! ¡Bien venidas seáis!

LUISA.

¡Me ha echado los bracitos al cuello, como si me hubiera conocido!..... ¡Me ha mirado con tanto afán!..... ¡Parecía que deseaba decirme algo! Y yo, tonta de mí, olvidada de que la pobre criatura no podía hablar, le gritaba: «¿Qué, hijo mío, qué? Dímelo.»

Con acento solemne.

ENRIQUE.

(¡Ojalá hubiera podido decírselo!)

LUISA.

¡Y él, mirándome, mirándome sin pestañear!

ENRIQUE.

Quiérele mucho, Luisa; tu padre te lo ruega. ¡Es tan fácil amar á un niño!

LUISA.

Quien no ame á un niño, ¿qué amará?

ENRIQUE.

¡Y ése es tan hermoso, tan dulce!

LUISA.

¡Como un niño Jesús!

ENRIQUE.

Y si un día le vieses abandonado, solo, tú le ampararías, ¿verdad?

LUISA.

¡Sí, papá, sí; yo le ampararía!

Enérgicamente.

ENRIQUE.

¿Serías para él una hermana?

LUISA.

Eso es poco; ¡una madre!

ENRIQUE.

¡Dios te bendiga, hija de mi corazón, Dios te bendiga!

Arrojándose á ella como delirante, y estrechándola varias veces fuertemente en sus brazos.

LUISA.

Pero ¿qué, no hay medio para desenojar á un padre que amenaza, para consolar á una mujer que llora, para que ese niño no sea desgraciado? Alguno debe haber.

ENRIQUE.

¿Y si no le hubiera?

LUISA.

¡Es imposible que no le haya! ¡Le hay! Yo sé cuál es.

ENRIQUE.

¿Tú?

LUISA.

Yo. ¡Silencio! (Estremeciéndose.) Ahí viene.

Sin apartar de su padre los ojos.

ENRIQUE.

¿Quién?

LUISA.

Julián.

ESCENA VI.

DICHOS y JULIÁN.

Julián sale en traje de calle por la puerta del foro, y al salir deja en una silla el sombrero.

LUISA.

Al fin volvió usted. (Procurando serenarse.) Papá le aguardaba con impaciencia.

JULIÁN.

(Todo está ya arreglado.)

Bajo á Enrique.

ENRIQUE.

Bien: luego.....

Bajo á Julián.

LUISA.

Tenemos que hablar. (Sentándose, y procurando sonreir.) Siéntese usted. (A Julián.) Siéntate.

A su padre.

JULIÁN.

¿Hay algo de nuevo?

Bajo á Enrique.

ENRIQUE.

(¿Cuál será su intención?)

Para sí.

LUISA.

Vamos. (Instándoles á que se sienten. Ambos lo hacen.) Más cerquita. (A Julián, el cual acerca un poco su silla á la de Luisa.) Más. ¿Tan desagradable es para usted estar á mi lado?

JULIÁN.

¿Desagradable? (Acercándose mucho á Luisa.) No por cierto..... Muy al contrario, señorita..... (Manifestando íntima complacencia.) Sino que como antes me ha tratado usted con tanta severidad.....

LUISA.

Me conservaba usted rencor.

JULIÁN.

¿Yo rencoroso con usted? Sentía pena....., pena muy grande solamente.

ENRIQUE.

Pero ¿no has dicho que teníamos que hablar?

LUISA.

Hablando estamos. Un poco de paciencia. (A su padre.) Yo creí que no me miraba usted con muy buenos ojos.

A Julián.

JULIÁN.

Eso temía yo de usted.....

LUISA.

¿Sí? ¡Qué tontería! Ahí tiene usted lo que es no entenderse la gente.

Con ingenuidad.

JULIÁN.

¿Conque puedo esperar?.....

Con calor.

LUISA.

¿Qué?

Con viveza.

JULIÁN.

¿Que seamos amigos?

ENRIQUE.

Pero.....

Levantándose, y dando un paso hacia Luisa y Julián.

LUISA.

Calla tú, papá. Déjanos hacer las paces tranquilamente. (Enrique vuelve á sentarse.) Sí, señor; seremos amigos, muy amigos.

JULIÁN.

¡Qué dicha!

LUISA.

Ahí va mi mano.

JULIÁN.

¡Señorita!..... ¡Mi júbilo!..... ¡Mi satisfacción!.....

Estrechando á Luisa la mano.

LUISA.

(¡Yo no sé qué tengo, Dios mío!)

Con extrañeza candorosa, llevándose la mano que tiene libre al corazón.

JULIÁN.

(¡Qué diablos me sucede!)

Pasándose por la frente la mano izquierda.

ENRIQUE.

¿Acabaréis de hacer las paces?

Sin poder reprimirse.

LUISA.

Ya están hechas. ¡Y para siempre!

JULIÁN.

¡Oh, sí, para siempre!

Se quedan mirándose en silencio con las manos cogidas. Después de una breve pausa, Luisa inclina la cabeza con rubor instintivo, de que no acierta á darse cuenta, y separa muy poco á poco su mano de la de Julián, el cual permanece como embelesado, con la mano extendida. Enrique los contempla triste y abatido. Durante otra breve pausa, procura Luisa dominar su emoción, y al fin, pasándose las manos por el rostro y sacudiendo la cabeza, habla de pronto con aparente jovialidad.

LUISA.

Pues han de saber ustedes, por la mayor ventura del mundo, que el día de la Santa Cruz bajamos de madrugada las niñas al jardín del colegio para cortar flores con que hacer altaritos. Y al acercarme yo á un rosal muy hermoso, vi en él una cosa que se movía, y di un grito asustada, y por poco beso la tierra sin querer. Acercáronse las más valientes á ver qué era, y era..... ¿Á que no lo aciertan ustedes? ¡Era un niño recién nacido!

Con gravedad y ternura.

ENRIQUE.

¿Eh?

JULIÁN.

¿Cómo?

LUISA.

Unas se echaron á llorar, otras se echaron á reir, y al ruido que entre todas hacíamos con risas y lloros, acudió sor Ignacia corriendo, corriendo cuanto se puede correr con ochenta años encima. Llegó al rosal, y se quedó con tanta boca abierta, más parada que las estatuas del jardín. Luego se puso amarilla como la cera; luego se puso encarnada como una amapola; luego miró en torno suyo con ira; luego miró al niño con tristeza; luego miró al cielo con mucho fervor;

rodaron por sus mejillas dos lagrimones como nueces; quiso decirnos algo; no nos dijo nada; tomó el niño en los brazos, y muy despacito, muy despacito, se fué con él. Yo me senté con Antoñita en un banco —Antoñita venía con frecuencia á Madrid, y había leído más de mil novelas, y es muy sabia;—y entre una y otra tuvimos esta conversación. Yo muy asombrada: «¡Ay, Antoñita! ¿Has visto?» Ella muy serena: «Como que no estoy ciega, Luisa.»—«Dime, ¿nacen niños en los rosales?»—«¡Tonta! Ese niño, como todos, tendrá padres de carne y hueso.»—«¡Bah! Si tuviese padres, ¿hubiera estado solo ahí?»—«Sí, porque sus padres no serán marido y mujer, y ahí le habrán puesto para que le recoja sor Ignacia, que pasa por muy caritativa.»—«Y los que no son marido y mujer, ¿abandonan así en cualquiera parte á sus hijos?»—«¡Toma, toma! ¡Y se avergüenzan de ellos, y les niegan su nombre, y á veces los matan!»—«¡Cállate, mujer! ¡Calla, por la Virgen de los Dolores!» Y lo que yo entonces padecí, figúrenselo ustedes por lo que ahora padezco. Y Antoñita, viéndome tan desconsolada, lloró mucho también. Y seguía diciendo: «¡Esos infelices viven luego sin honra, menospreciados de la gente; el mundo está para ellos desierto; y quizá, á impulsos del hastío ó la desesperación, llegan á maldecir á sus padres!» Y yo exclamé: «¿Conque no tiene remedio ninguno la desventura de ese niño?» Y ella me respondió: «Si sus padres fuesen libres y se casaran, todo quedaba remediado.»—«Y entonces, ¿viviría con ellos, disfrutando de sus caricias? ¿No habría vergüenza para el hijo ni para los padres? ¿Todos merecerían la estimación del mundo y las bendiciones del cielo?» Y Antoñita

me iba respondiendo: «¡Sí, sí, sí!» Pues mire usted, Julián, aquí hay un niño tan desdichado como aquél. ¡Ay, Julián! ¡Ay amigo mío de mi alma, cásese usted, por Dios, con la madre de esa criaturita!

Con voz ahogada por los sollozos, cayendo á los pies de Julián. Enrique habrá ido manifestando con sus ademanes y con la expresión de su rostro las varias y violentas emociones que le causan las palabras de Luisa. Julián la habrá escuchado anhelante con interés vivísimo.

JULIÁN.

¡Oh!

Acudiendo á levantar á Luisa.

ENRIQUE.

(¡Todo lo merezco!)

Quédase atónito, inclinando la frente al suelo, y apoyado en la silla con una mano.

LUISA.

¡Respóndame usted! ¡Dígame usted que sí!

JULIÁN.

¡Señorita!..... ¡Luisa!.....

Queriendo levantarla.

LUISA.

No me levanto hasta que me haya usted prometido salvarle. ¿Y su madre de usted? ¿Dónde está? ¿Vive?

JULIÁN.

No, Luisa; murió.

LUISA.

¿Cuándo? ¿Hace ya mucho tiempo?

JULIÁN.

Hace ya..... ¡Oh!

Estremeciéndose como si recordara algo que no debiese haber olvidado.

LUISA.

¿Qué?

JULIÁN.

¡Esta tarde, Luisa; esta tarde al toque de oraciones hará cinco años que la perdí!

LUISA.

¿Se acuerda usted de ella todavía?

JULIÁN.

¡Como si la hubiera perdido ayer!

Muy conmovido.

LUISA.

¡Sí! (Levantándose, y poniendo una mano sobre el corazón de Julián.) ¡Todavía, al recordarla, quiere este corazón salirse del pecho!

JULIÁN.

¡Era tan buena mi madre!

LUISA.

Entonces ¡su hijo no puede ser tan malo!

JULIÁN.

¡Quién sabe!

Con gravedad.

LUISA.

Julián, ¡por su madre de usted! ¡Valga la memoria de una madre tan buena al hijo de su hijo!

JULIÁN.

¡Enrique, habla! ¡Di algo por favor!

Con grande ansiedad.

ENRIQUE.

Luisa....., lo que haces....., á tu edad.....

Sin moverse del sitio en que se halla, dando señales de viva agitación.

LUISA.

Pues si yo soy demasiado joven para defender á una criatura; ven aquí, papá, ven aquí, y defiéndela tú. ¿Por qué tú no intercedes también por ella? (Enrique permanece inmóvil, más angustiado cada vez.) ¡Oh, si viviera su

madre de usted! (A Julián.) ¡Si viviera la mía, cuyo único afán era procurar la dicha de todo el mundo! ¡Mirándonos estás desde el cielo, madre de mi alma; si lo que yo quiero es bueno, ayúdame á lograrlo! (Levantando al cielo los ojos.) Voy por él. (A Julián.) Con él en los brazos, volveré á ponerme de rodillas: haré que tienda hacia usted sus manecitas suplicantes..... No le rechazará usted..... ¡Imposible!..... ¿Verdad que no? ¡Angelitos del cielo, rogad por vuestro hermano!

Vase corriendo por la puerta de la derecha.

ESCENA VII.

ENRIQUE y JULIÁN.

Ambos quedan bastante separados el uno del otro.

ENRIQUE.

(¡Me falta aire! ¡Me ahogo!)

JULIÁN.

(¡Qué desazón!..... ¡Qué angustia!)

ENRIQUE.

Volviéndose casi de espaldas á Julián, y limpiándose las lágrimas con la mano.

(Si éste me ve derramar lágrimas..... ¡Llorar un hombre!)

JULIÁN.

Volviéndose casi de espaldas á Enrique, y haciendo esfuerzos para recobrar la serenidad.

(Si éste me ve tan conmovido..... ¡Yo así!)

ENRIQUE.

(¡Le ama! ¡Le ama de veras!)

JULIÁN.

(¿Querré yo á esa muchacha?)

ENRIQUE.

(¡Maldito duelo! En él puedo morir.)

JULIÁN.

(Enrique puede morir en el desafío, y la pobre niña.....)

ENRIQUE.

(Muriendo con el consuelo de que no se quedaría sola en el mundo.....)

JULIÁN.

(¡Un suegro como ése!.....)

ENRIQUE.

(¡Un yerno como ése!.....)

JULIÁN.

(¡Qué ejemplos daría á mi mujer!)

ENRIQUE.

(¡Qué máximas enseñaría á mi hija!)

JULIÁN.

Procurando en vano ocultar su turbación.

Enrique.

ENRIQUE.

Haciendo también esfuerzos inútiles para disimular.

Julián.

JULIÁN.

Va á volver.

ENRIQUE.

Sí.

JULIÁN.

¿Qué haremos?

ENRIQUE.

No lo sé.

JULIÁN.

Hay que tomar una determinación.

ENRIQUE.

¡Ser despreciado....., acaso aborrecido por ella!

JULIÁN.

Resuelve.

ENRIQUE.

Es probable que dentro de poco deje de existir. Aguarda á que yo no viva para decírselo. Entonces no me despreciará, no me aborrecerá.

LUISA.

Dentro, dando un grito terrible.

¡Oh!

ENRIQUE.

¡Luisa!.....

LUISA.

¡Papá! ¡Julián! ¡Papá!

Dentro, gritando desesperadamente, y sale en seguida corriendo por la puerta de la derecha, pálida y desencajada.

ESCENA VIII.

DICHOS y LUISA.

ENRIQUE.

Acercándose á su hija, asustado al verla.

¿Qué es eso?

JULIÁN.

Acercándose también á Luisa lleno de zozobra.

¿Qué tiene usted?

LUISA.

Señalando á la puerta de la derecha, muy acongojada, sin poder hablar.

¡Ahí!..... ¡Ahí!.....

JULIÁN.

¿Qué?

ENRIQUE.

¡Habla!

LUISA.

¡Ahí!..... No puedo..... Venía con él.....

ENRIQUE.

¿Con el niño?

LUISA.

Sí..... De pronto....., le sentí estremecerse.....

ENRIQUE.

¡Oh!

JULIÁN.

Siga usted.

LUISA.

¡Se quedó horrible!..... ¡Con la boca torcida!..... ¡Con los ojos en blanco!.....

ENRIQUE.

¡Jesús! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Vase, como fuera de sí, por la puerta de la derecha.

LUISA.

Con grande asombro.

¡Eh! ¿Cómo? ¿Qué dice?

JULIÁN.

Nada..... No haga usted caso..... Nada.....

LUISA.

Yendo hacia él con expresión de júbilo.

Pero entonces..... Entonces usted..... ¿Con que usted no es el malo?

JULIÁN.

¡Luisa!

ENRIQUE.

Sale por la puerta de la derecha, lleno de terror.

¡Un médico! ¡Ve, por Dios! ¡Un médico!

JULIÁN.

Mirando á Luisa con dulce emoción.

(¡Me ama!)

ENRIQUE.

¡Corre! ¡Mi hijo se muere!

Con acento de desesperación. Julián toma el sombrero y se va precipitadamente.

LUISA.

Pero entonces..... ¡Entonces es él! (Mirando con espanto á Enrique.) ¡Mi padre es el malvado!

ENRIQUE.

¡Oh! (Dando un grito al oir las palabras de su hija.) ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror!

Ocultándose con las manos el rostro.

LUISA.

¡Es mi padre! (Con expresión enteramente distinta, manifestando sólo intenso dolor y prorrumpiendo en copioso llanto.) ¡Perdón, padre mío, perdón!

Corre hacia su padre, y cogiéndole apresuradamente una mano, se la besa con respeto y amor.

ENRIQUE.

Abrazándola apasionadamente.

¡Hija de mis entrañas!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del segundo. La puerta del foro estará cerrada.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE.

Aparece sentado cerca de un velador escribiendo: después de breves instantes pone sobre á la carta que acaba de escribir.

¿Llegarán al corazón de mi hija estas palrabras? Debo esperar que sí, porque han salido de mi corazón. ¡Pobre corazón, cómo has cambiado en pocas horas! ¡Cuánto se vive padeciendo! (Se guarda la carta en el bolsillo del pecho de la levita.) ¿Dónde estaba yo poco há? ¿Dónde estoy ahora? ¿Por qué lo que antes creí bueno ahora me parece execrable? ¿Por qué me causa ahora vergüenza aquello mismo que antes me envanecía? Toma en el mundo cara de placer el delito, y el hombre que se tenía por feliz hállase un día delincuente. ¡Crímenes tanto más indisculpables los míos cuanto es mayor su impunidad! ¿Quedarán siempre sin castigo? No: la impotencia de la justicia humana es señal infalible de otra justicia omnipotente. No: porque allí donde acaba la justicia de los hombres, allí empieza la justicia de Dios. (Se levanta.) ¡De Dios! ¡Qué olvidado le tuve! ¡Qué miedo me causa recordarle!

Hijo mío, tu padre ha sido tu verdugo. (Mirando hacia la puerta del foro.) Naciste de entrañas llenas de aflicción; te alimentaste de amarguras; el dolor que yo causé á tu madre ha puesto fin á tu existencia. Pero no hay rencor en los ángeles. Mira, ángel mío, con piedad al cuitado que estuvo ciego, y que hoy, al recobrar la luz, ve con espanto lo que hizo en las tinieblas. ¡Qué pronto me has dejado! No era yo digno de poseerte. ¡Y si al menos te hubieras ido sin padecer! ¡Qué angustia ver padecer á un pequeñuelo! ¡Qué horrible angustia ver padecer á un hijo! ¿Por qué, Señor, tan crueles tormentos á una criatura? ¿Son tal vez castigo del culpado los dolores del inocente? ¿Paga tal vez el inocente algo por el culpado? ¿Qué ojos mortales penetrarán los designios de tu misericordiosa justicia? ¡Lo que tú haces, bien hecho está! ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo mío de mi alma! (Déjase caer en un sofá y llora amargamente.) Lloro, siento pena muy honda, y, sin embargo, no sé qué extraña suavidad y frescura me halaga el corazón. ¡Qué poco saben de las dulzuras de la vida los míseros que no te conocen, santa alegría del dolor! Ea: ya se acerca la hora. (Levantándose.) La hora de morir. ¿Qué remedio? La condición de Matilde, tan diferente de la mía; su desdicha, bien que hija de mi vil proceder, eran ya sobrado motivo para que yo no me casara con ella. Hoy, á pesar de todo, me hubiera resignado quizá á ser fábula de Madrid. Pero el padre de Matilde me ha hecho el mayor de los ultrajes. ¿Cómo resolverme á vivir con un rostro abofeteado? ¿Cómo evitar el duelo? No está en lo posible que ese anciano, cuya razón perturba la ira, ceje en el empeño de lavar con sangre su deshonra: con sangre únicamente se puede quitar la

mancha de mi rostro. Pues ¿qué arbitrio me queda sino dar voluntariamente mi vida en pago de mi culpa, y en desagravio del ajeno y del propio honor? Para más alta hazaña se necesitaría una virtud que yo no tengo. No se rompen de una vez las cadenas que el vicio pone á sus esclavos. Viví mal; mal debo morir. ¡Casi al mismo tiempo abandonamos este mundo, hijo mío! Si es verdad que en el otro hay un cielo y un infierno, ¡qué separados vamos á estar en el otro! ¡Adiós para siempre, hijo mío! ¡Ojalá te pudiera decir hasta luego!

ESCENA II.

ENRIQUE y JULIÁN.

Julián sale por la puerta de la derecha con el sombrero en la mano.

JULIÁN.

Ya es hora. ¿Vamos?

ENRIQUE.

¿Qué hace mi hija? ¿Dónde está?

(Julián deja el sombrero en una silla y se acerca.

JULIÁN.

Allí. (Señalando á la puerta del foro.) Al lado de ese niño, cercándole de luces y flores, sin que haya medio de hacer que le abandone un solo instante. Dice y repite ¡que es tan hermoso un niño muerto; que es tan puro el ambiente que en torno suyo se respira; que se halla tan bien en medio de aquel silencio y aquella paz!..... ¿Qué sé yo? Y se queda mirándole embelesada, le acaricia, le besa, llora, sonríe..... Es muy terca tu hija, muy terca. Y la verdad: esa estancia

con su calma y silencio; con sus luces y flores; con el cadáver de ese niño, lleno de apacible dulzura; con tu hija, más bella y candorosa que una virgen de Rafael..... No se puede negar que es encantadora tu hija..... Esa estancia..... Á fe que á mí no me da por el género sentimental..... Si yo creyera en el cielo, Enrique, diría que esa estancia tiene ahora algo del cielo.

ENRIQUE.

¿Por qué no has de creer en él? ¡Qué mal haces! Ya no es tiempo de hablar de estas cosas. Pero si yo pudiera, si yo me atreviera á dejarte ver todo mi pecho tal como ahora se halla.....

JULIÁN.

Di cuanto quieras sin escrúpulo. En tu situación cualquiera debilidad merece disculpa. Y no te empeñes en no llorar. Llora, hombre, llora. Yo me pongo en tu caso, y..... Ó desespérate, y grita, y rabia..... En fin, desahógate. Si á mí no me sorprenderá..... Ese cadáver me ha hecho recordar otro. Tan serena como tu hijo estaba mi madre. En ella, como en él, había rastro misterioso de inefable alegría.

ENRIQUE.

¿Será que el cuerpo se despide con regocijo de un alma pura? Allá en el fondo de la tuya duerme la virtud heredada de padres honrados y piadosos. Orfandad temprana, malos amigos, libros henchidos de veneno, fueron escollos que no lograste superar. Te acabó de perder el ansia de gloria. Adquiérese con tanta facilidad halagando las malas pasiones, como difícilmente combatiéndolas; y al correr sus ciegos adoradores tras ella, no quieren conquistarla como soldados, sino agenciársela como rufianes. Pero no

lo dudes, Julián: es sólo gloria verdadera aquella que se busca anteponiendo al aplauso del mundo la satisfacción de la propia conciencia: no hay gloria sin lucha; ni para alcanzarla mejor estímulo que la íntima convicción de que siempre van juntas la corona del martirio y la palma del triunfo. ¡Oh, si yo pudiese abrigar la esperanza de que al fin se encendería en tu entendimiento la luz de la verdad; de que al fin brotaría en tu pecho, como raudal purísimo, el amor del bien! Con esta esperanza sería yo ahora mucho menos desventurado. Se hace tarde. Es preciso partir.

JULIÁN.

¡Maldito desafío! Vamos allá.

ENRIQUE.

No; tú no.

JULIÁN.

¿Yo no? ¿Pues no soy uno de los testigos?

ENRIQUE.

Carvajal me acompañará. Ya han ido á decirle que á esta hora venga aquí ó me espere en su casa.

JULIÁN.

No entiendo.....

ENRIQUE.

¿Se ha de quedar la pobre niña sola con un cadáver?

JULIÁN.

Tienes razón. Pero ¿y tú?

ENRIQUE.

Yo no te necesito á mi lado: aquí te necesito. (Le da la carta que antes se guardó en el bolsillo del pecho.) Esta carta es para mi hija y para ti. Ledla juntos cuando me haya marchado.

JULIÁN.

Esta carta.....

Quedándose con ella en la mano.

ENRIQUE.

Es mi despedida.

JULIÁN.

Sí....., con efecto....., un duelo á muerte..... Enrique, yo quiero ir contigo.

ENRIQUE.

Respeta mi última voluntad.

JULIÁN.

Tu última..... ¡Qué diablos! (Guardándose en el bolsillo la carta.) Desecha vanos presentimientos. Tu valor, tu destreza en las armas.....

ENRIQUE.

Mi hija será huérfana dentro de poco.

JULIÁN.

¡Qué empeño de mortificarle á uno!

ENRIQUE.

Voy decidido á respetar la vida de mi adversario.

JULIÁN.

¿Qué dices?

ENRIQUE.

Voy resuelto á morir.

JULIÁN.

¡Enrique! ¿Estás loco? ¡Eso no puede ser!

ENRIQUE.

No puede ser que yo arrebate la vida al hombre á quien ya he arrebatado el honor. Tengo sobre mi conciencia la muerte de ese niño: no mataré á ese anciano.

JULIÁN.

¡Qué horror! Advierte.....

ENRIQUE.

Matilde se ha quedado sin hijo; no quiero que se quede sin padre.

JULIÁN.

Pero ¿y tu hija, desdichado, y tu hija?

ENRIQUE.

Hay que elegir entre dos males; mi muerte es el menor.

JULIÁN.

Vuelve en ti. ¡Recuerda que ese hombre te ha llamado infame!

ENRIQUE.

Lo soy.

JULIÁN.

¡Te ha dado un bofetón, Enrique!

ENRIQUE.

Ha hecho poco: debe matarme. En mi mesa hallarás los papeles necesarios para asegurar á mi hija la herencia de todos mis bienes. Manda á llamar á sor Ignacia para que ni un día esté sola. Quiero que sea su tutor el conde de Gumiel..... (Julián hace un movimiento de extrañeza.) Ése..... ése de que tantas veces me has oído hacer mofa. Los malvados se burlan en público de los hombres de bien, y en secreto los respetan y envidian. Carvajal no viene. Me estará esperando, sin duda.

Dando un paso hacia la puerta de la derecha.

JULIÁN.

¡Oye! ¡Detente!

ENRIQUE.

Sería mi última vileza desconfiar de ti en esta ocasión. ¡En tus manos queda mi hija!

JULIÁN.

¡Tu hija es para mí tan sagrada como para ti mismo!

ENRIQUE.

Prepárala á recibir el funesto golpe que la amenaza. Discúlpame con ella. ¡Que no me odie, que no me desprecie!

JULIÁN.

¿Te has propuesto desesperarme?

ENRIQUE.

Un abrazo y adiós.

Abrazándole.

JULIÁN.

¡Enrique!

ENRIQUE.

Estás agitado, trémulo.....

Con gozo de verle conmovido.

JULIÁN.

Si te parece que no hay motivo.....

ENRIQUE.

Tus ojos se llenan de lágrimas.....

JULIÁN.

Hoy es aniversario de la muerte de mi madre; hoy veo morir á ese niño; hoy dices tú que vas á morir..... Si te parece que no hay motivo para hacer una tontería.....

ENRIQUE.

(¡Alguna esperanza queda aún! ¡Quién sabe! ¡Ojalá!) Suelta.

JULIÁN.

No saldrás de aquí si no me prometes defender tu vida.

ENRIQUE.

¡Imposible!

JULIÁN.

Llamaré á tu hija. Se lo contaré todo.

ENRIQUE.

¿Serías capaz?..... No me detengas.

ESCENA III.

DICHOS y LUISA.

Sale por la puerta de la derecha.

LUISA.

Papá, un caballero que te busca.

ENRIQUE

Ya está ahí Carvajal. Dile que su padre se va para no volver. ¡Apresúrate á desgarrar su pecho!

Bajo á Julián.

JULIÁN.

¡Bien desgarras tú el mío!

Bajo á Enrique.

ENRIQUE.

Adiós.

A su hija.

LUISA.

¿Cómo? ¿Te vas?

ENRIQUE.

Con ese caballero. No puedo detenerme...... Julián te dirá..... Abrázame.....

LUISA.

No llores. (Abrazándole) No tengas por él..... ¡Es ya tan feliz!

ENRIQUE.

¡Sólo merece envidia!

LUISA.

Que vuelvas pronto.

ENRIQUE.

Sí; muy pronto.

JULIÁN.

¿Volverás?

Bajo á Enrique.

ENRIQUE.

Nunca. (Bajo á Julián. Este se aparta de él dando señales de despecho.) Adiós, hija mía, y él te bendiga como yo. (Abrazándola con emoción profunda.) Adiós, Julián. (Estrechándole fuertemente la mano.) Llorará mucho: enjuga sus lágrimas. Su dolor es lo que me aterra: procura darle algún consuelo. (Bajo á Julián.) Adiós.

Desde el centro del escenario, despidiéndose de Julián y de Luisa.

LUISA.

¿Por qué te acongojas de ese modo? ¿Cómo has de irte así?

Acercándose á él.

ENRIQUE.

No es nada..... Se acabó..... ¿Lo ves? Ya estoy tranquilo....., muy tranquilo..... Conque..... (Despidiéndose con la mano, como si temiera no poder reprimir su angustia al hablar. Llega á la puerta de la derecha; detiénese allí, y vuelve al lado de su hija y la abraza de nuevo.) ¡Adiós, luz de mis ojos, gloria mía, encanto de mi alma! (Acércase á Julián y le abraza también.) Julián: ¡mira que hemos estado ciegos; mira que la virtud no es una palabra vana; mira que la vida no se acaba en la tierra! Para mí ya no hay salvación..... ¡Sálvate! ¡Sálvese la hija de mis entrañas! (Bajo á Julián.) ¡Adiós, Julián. (En voz alta, y dirígese hacia la derecha.) ¡Adiós, hija mía! (Deteniéndose al llegar á su lado.) (¡Adiós para siempre!) (Deteniéndose ya cerca de la puerta.) (¡Qué doloroso es un adiós eterno!)

Vase.

ESCENA IV.

LUISA y JULIÁN.

LUISA.

¡Muy afligido está! ¡Mucho te quería!

Siéntase á la derecha y permanece inmóvil.

JULIÁN.

¡Se fué! ¡Nada, que se fué! ¡Y yo me quedo aquí hecho un pazguato! No. Aunque se enoje, aunque tenga que reñir con él.....

Dirigiéndose resueltamente hacia la derecha.

LUISA.

¿También usted se va?

JULIÁN.

No.....; yo no....., sino que.....

Deteniéndose.

LUISA.

Como papá ha dicho que usted me explicaría.....

JULIÁN.

Sí; yo le explicaré á usted..... (Mi presencia no impediría el desafío..... Y ella aquí sola..... Hay que irla preparando..... ¿Qué nos dirá Enrique en su carta? ¡No sé qué hacer!)

LUISA.

¿Adónde ha ido mi padre?

JULIÁN.

Á una cita....., á una cita que tiene con unos amigos.

LUISA.

¿Y en un día como hoy?.....

JULIÁN.

Diré á usted..... Se trata de un negocio muy importante.

LUISA.

¡Dios vaya con él!

Quédase de nuevo abstraída.

JULIÁN.

(¡Pobre niña! ¡Pobre flor combatida al nacer por el soplo de los huracanes! ¡Era há poco una rosa! ¡Ahora es una azucena! ¡Qué linda poco há! ¡Ahora más bella todavía! ¿Qué experimento yo á su lado? ¿Qué suaves emociones son éstas que me hacen recordar los puros días de la infancia? No; yo no puedo amar. ¡Ojalá pudiera!)

LUISA.

¡Oh!

Estremeciéndose de pronto.

JULIÁN.

¿Qué?

LUISA.

¡Tengo una excitación nerviosa tan grande!..... Sueño despierta. Ahora estaba soñando, y repentinamente he visto á mi padre blanco y yerto como ese niño; tan inmóvil y tan callado como él.

JULIÁN.

¡Qué idea! (Procurando sonreirse.) (Se me eriza el cabello. Quizá haya cambiado de parecer..... Quizá defenderá su vida..... Y aunque saliese herido..... Las heridas no son todas mortales. ... Vamos, no quiero imaginar que ese desdichado.....)

LUISA.

¿Habla usted solo?

JULIÁN.

¡Ah! (Reprimiéndose.) Sí..... También yo sueño despierto á veces.

LUISA.

No es difícil adivinar en qué estaría usted pensando. Se acerca la hora en que murió su madre de usted, y por fuerza ha de ir haciéndose á cada instante más vivo el recuerdo y más vivo el dolor. No crea usted que por el mío olvido el suyo. También yo pienso en ella.

JULIÁN.

¡Oh, qué buena es usted!

LUISA.

Decía sor Ignacia que el júbilo puede ser egoísta, pero que el dolor es siempre generoso. Mi hermanito lleva el cargo de rogar por mi madre y por la de usted, si una y otra lo necesitan.

JULIÁN.

(¡La sangre se me hiela!)

LUISA.

Rece usted, si quiere, con toda libertad. Como si aquí no hubiera nadie.

JULIÁN.

(¡Rezar yo! ¡Y en acordándome de mi madre, no sé por qué siempre me da pena y enojo de no poder rezar!)

LUISA.

¿Se desespera usted? ¡Oh, no merece una madre que su hijo al recordarla se desespere!

JULIÁN.

Luisa: es preciso que hablemos como dos buenos amigos; como dos hermanos.

Sentándose á su lado.

LUISA.

¡Qué feliz ocurrencia! Tenía un hermano; le he perdido. Llámeme usted hermana.

JULIÁN.

¡Ojalá que mi edad me autorizase á darle á usted el nombre de hija!

LUISA.

¿De hija? ¿Por qué? Únicamente mi padre puede llamarme así.

JULIÁN.

Es que yo creo tenerle á usted afecto de padre.

LUISA.

Ignoro si el que yo siento por usted es de amiga ó hermana; de seguro no es afecto de hija.

JULIÁN.

(Y ella..... No cabe duda..... ¡Ella me ama! (Levantándose.) ¡Por mí late ese corazón virginal sin que él mismo lo sepa! ¿Cómo seguir negándolo? No; ya lo niego; ¡la inocencia es hermosa!)

La mira con afán.

LUISA.

No me mire usted así. ¡Me hace usted daño!

JULIÁN.

(¡Si yo la amase!)

Siéntase de nuevo junto á ella.

LUISA.

¿Qué iba usted á decirme?

JULIÁN.

Verá usted..... (Esta carta me hace temblar.) Iba á decirle á usted que su padre.....

LUISA.

Que mi padre..... ¿Por qué no sigue usted?.....

Con zozobra.

JULIÁN.

Á eso voy. (Se me traba la lengua.) Pues su padre de usted.....

Muy agitada.

LUISA.

¿Qué? Si usted no acaba de explicarse.....

JULIÁN.

Me ha dejado esta carta.

Sacándola.

LUISA.

¡Una carta!..... ¿Para quién es?

JULIÁN.

«Para mi hija Luisa y para mi amigo Julián.»

Leyendo el sobrescrito.

LUISA.

¿Para mí? ¿Para usted? ¿Por qué nos escribe estando á nuestro lado? ¡Qué vuelco me ha dado el corazón!

JULIÁN.

Ahora vamos á verlo. (Procurando ocultar su turbación. Abre la carta.) (¿Qué dirá aquí? ¡Me tiembla la mano!)

LUISA.

¿No empieza usted? (Quitándole la carta. La desdobla y fija en ella la vista.) No distingo las letras. Parece que se mueven.

JULIÁN.

Si me dejara usted á mí..... (Quitándole la carta.) ¡Ea, acabemos de una vez! «Hija de mi vida: mi querido Julián.» (Leyendo.) «Por motivo que ahora no os puedo descubrir, me veo obligado á separarme de vosotros.»

LUISA.

¿Mi padre separarse de mí? ¿Dice eso? ¿Mi padre me abandona?

JULIÁN.

Calma, valor..... Quizá dentro de poco.....

LUISA.

No se detenga usted.

Con viva ansiedad.

JULIÁN.

«Y es casi evidente que ya.....»

LUISA.

¿Qué? ¡No se atreve usted á seguir! (Quitándole la carta.) «Y es casi evidente que ya no volveréis á verme nunca.» ¡Ay! ¡La Virgen me ampare!

Como si fuera á desmayarse.

JULIÁN.

¡Luisa! ¡Amiga mía! ¡Hermana mía! Pierde el sentido..... ¡Oh!

Corriendo hacia la derecha.

LUISA.

No se vaya usted..... No es nada..... Ya pasó.

Julián vuelve á sentarse á su lado.

JULIÁN.

(También á mí se me acaban las fuerzas.) ¡Ánimo! Se conoce que habrá tenido que emprender un viaje....., un viaje muy largo.....

LUISA.

Poniéndole la carta delante de los ojos, sin dejarla ella de la mano.

Lea usted.

JULIÁN.

Pero.....

LUISA.

Con impaciencia y amargura.

¡Oh, lea usted!

JULIÁN.

«Sola te quedas en el mundo, hija mía, sin ninguna

»experiencia, llena de bondad y ternura. Esta es la »flecha más cruel que llevo atravesada en el alma. »Hay una cosa que aún no has podido comprender, »pero que muy en breve comprenderías sin remedio. »Antes de que tú la averigües; antes de que otro te »la revele, debe decírtela tu padre, Luisa.....» ¡Oh!

Detiénese lleno de turbación.

LUISA.

¿Se turba usted? ¿Aparta usted de mí los ojos? ¿Qué nueva desventura?..... (Fija la vista en la carta.) «Luisa.....» (Leyendo.) ¡Oh!

Quédase como aturdida, inclina la cabeza al suelo, y se lleva al corazón una mano, conservando en la otra el papel. Después de una breve pausa, se lo arrebata Julián impetuosamente.

JULIÁN.

«Luisa, tu amas á Julián. ¿Qué hombre no corres»ponderá á un amor como el tuyo? ¿No es cierto, Ju»lián, que tú amarás á Luisa? ¿No es cierto, Julián, »que ya la quieres?» Cierto es: la amo á usted, Luisa; la adoro á usted. Me empeñé en no creerlo. Indignado el amor me abrasa en llama inextinguible.

Con vehemencia.

LUISA.

Con profunda pena.

¡Mi padre se ha ido! ¡Ya no volveré á ver á mi padre!

JULIÁN.

«Pero ¡ay, hijos míos! Os llamo hijos á los dos. Es »preciso que no os améis.» ¡Cómo! «Es preciso que de»jéis de veros y hablaros. Luisa, Julián es indigno de »tu cariño.» ¿Qué dice? (Luisa se va incorporando en la silla como para separarse de Julián.) «Luisa, Julián no cree.....

Luisa, al ver que no sigue, coge apresuradamente la carta.

LUISA.

«¡Julián no cree en la virtud!»

Levantándose muy agitada.

JULIÁN.

Con desesperación.

¡Enrique!

LUISA.

«Julián no cree en Dios.» ¡Oh!

Dando un grito y alejándose de Julián con terror.

JULIÁN.

Con angustia.

¡Ay de mí!

LUISA.

¡No cree en Dios! (Óyese á lo lejos el toque de oraciones.) Y ¿á quién reza usted por su madre?

JULIÁN.

¡Madre de mi alma!

LUISA.

«No brotan flores en el corazón del impío. No »puede amar á nadie el que no ama á Dios. Luisa, »Julián, figuraos que es un moribundo el que os ha»bla. Por la memoria del padre y el amigo, jurad »obedecerme.» ¡Lo juro!

Enérgicamente.

JULIÁN.

¡Oh, no pronuncie usted así mi sentencia! Usted no adivina el mal que puede causarme.

LUISA.

¡Lo juro!

JULIÁN.

Mi corazón estaba muerto. Usted le ha hecho resucitar. No le condene usted á morir de nuevo para siempre.

LUISA.

Él lo manda: ¡lo juro!

JULIÁN.

¡Ay, Enrique, nunca me hubiera imaginado que fueses tan cruel!

LUISA.

«Huye, Julián, de la inocencia que tranquila va ca»mino del cielo. Huye, hija, de la impiedad que te »arrastraría á una senda de inacabable angustia.»

JULIÁN.

Como fuera de sí.

¡Perdí á mi madre en esta hora! ¡Tenga usted compasión!

LUISA.

«Á menos.....»

Julián le arrebata le carta.

JULIÁN.

«Á menos.....» ¿Oye usted? ¡Me queda una esperanza! «Á menos que no seas tú el ángel enviado por »Dios para dar testimonio de su infinita misericordia »á quien le abandona y le ultraja.....» ¡Madre, á ti me encomiendo! ¡Madre, en ti confío! (Con arrebato.) «Á »menos que no llegue un día en que Julián, con lá»grimas de arrepentimiento — lágrimas que no pue»das tú ver sin llorar, — con voz que salga del fondo »de sus entrañas — voz que llegue al fondo de las tu»yas, — caiga á tus pies gritando: ¡Luisa, la amo á »usted! ¡Luisa, creo en Dios!»

Cayendo anegado en lágrimas á los pies de Luisa, y pronunciando estas palabras como si él mismo las dijera espontáneamente.

LUISA.

¡Reina de los cielos!

Levantando al cielo los ojos. Julián permanece con la cabeza inclinada á tierra. Breve pausa. Sigue oyéndose el toque de oraciones.

JULIÁN.

¡Oh, madre mía; tú me enseñaste á creer! Hállase uno luego con los necios y los malvados, que agitándose en todas partes y á todas horas dando voces, logran persuadir á los demás de que sólo ellos son el mundo, y por miedo á su mofa siente uno vergüenza de ser bueno, y para merecer su alabanza quiere uno ser malo; y al fin se llega de este modo á la más repugnante de todas las degradaciones, á la más infame de todas las caídas: ¡á envilecerse adrede por vanidad! ¿Querrá usted acabar su obra de salvación, uniéndose á mí para siempre con lazo de flores? Una palabra, Luisa, y mi madre la bendecirá á usted desde el cielo.

LUISA.

Calle usted por piedad. Yo sólo puedo oir hablar de mi padre de mi corazón; de mi padre que se ha marchado y que dice que no ha de volver nunca.

JULIÁN.

Con angustia. La luz va disminuyendo.

(¡Oh, cuando ya no ha vuelto, no volverá!)

LUISA.

Pero ¿qué misterio es éste, Virgen santísima! ¿Por qué se ha ido? Esa carta..... Esa despedida..... No se despide como quien va á emprender un viaje..... Se despide como quien va á morir. ¡Á morir! ¡Jesús!

Como si de pronto adivinase la verdad, llevándose las manos á la cabeza.

JULIÁN.

Acercándose á ella con susto.

¡Luisa!

LUISA.

¡Ya lo comprendo todo! ¡Ya lo sé todo!

JULIÁN.

¿Qué dice?

LUISA.

Los hombres se desafían..... Los hombres riñen con espadas, con pistolas.....

JULIÁN.

¡Oh!

LUISA.

El que esta mañana le buscaba para matarle.....

JULIÁN.

No: no crea usted.....

LUISA.

¡Pues no he de creerlo, si me lo está diciendo á gritos el corazón! ¿Cómo no me lo ha dicho antes? ¡Vamos corriendo, vamos!

JULIÁN.

¿Á dónde hemos de ir?

LUISA.

Corriendo hacia la derecha.

Adonde estén ese hombre y mi padre.

JULIÁN.

Siguiéndola, y queriendo asirle una mano.

¡Por compasión!

LUISA.

¡No me toque usted! (Corriendo en dirección contraria para huir de Julián.) ¡No se acerque usted á mí! Usted lo sabía..... ¡Lo sabía, y le dejó marchar!

JULIÁN.

¡Luisa, perdón!

LUISA.

¡No le perdono á usted! Si me quedo sin padre, de usted será la culpa.

JULIÁN.

¡No me diga usted eso! (Con la mayor ansiedad.) Hay ciertos deberes en el mundo..... (Como disculpándose.) El honor de los hombres.....

LUISA.

¿El honor hace que se maten? ¡Pues maldito sea él! ¡Morir mi padre! ¡Si no quiero conformarme con esta idea! ¡Mi padre, Julián! Devuélvamele usted. ¡Favor! ¡Socorro! ¡No hay quien me devuelva á mi padre!

Corriendo por la escena como si el dolor la hiciese desvariar.

JULIÁN.

¡Va á perder la razón!

Enrique aparece muy conmovido en la puerta de la derecha.

LUISA.

¡Tú, Dios eterno, sólo tú le puedes salvar! Si es cierto que ya cree usted en Dios, pídale usted que salve á mi padre.

JULIÁN.

¡Vuelvo á ti, Señor, y te llamo! ¡Señor, mi vida por la suya!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE.

Corriendo hacia ellos para abrazarlos.

¡Hijos míos!

LUISA.

Arrojándose en sus brazos.

¡Padre!

JULIÁN.

¡Enrique! (Abrazándole también. Los tres se quedan un instante como embargados por la emoción.) Di: ¿eres tú?

ENRIQUE.

¡Yo soy!

LUISA.

¡Es mi padre! ¡Le tengo aquí!

JULIÁN.

¿Vivo, eh?..... ¿Vienes vivo?

ENRIQUE.

Sí, hombre; al parecer.....

JULIÁN.

Pero....., ¿y el otro?..... ¿Qué has hecho, Enrique?..... ¿Has hecho alguna atrocidad?

ENRIQUE.

Calla, tonto, cállate, y no delires. (Con voz agitada por los sollozos.) Creí forzoso que le dijeran la muerte del niño para que él se la dijese luego á Matilde..... Y oíd: aquel terrible anciano, aquel hombre que nos parecía una fiera, cayó en los brazos de los testigos como torre que se desploma. Volvió en sí llorando á lágrima viva, con aflicción de criatura, y sin poder articular más palabras que ¡mi hija!, ¡mi niño! ¡Y había dicho que le iba á matar! ¡Y lo habíamos creído nosotros! Impulso irresistible del cielo me arrojó entonces á sus plantas. Estreché la mano con que me había ofendido; le pedí perdón, y remedio para mi culpa, y sosiego para mi conciencia, y alegría para mi alma. Y él me abrazó tan fuertemente que mi corazón no podía latir, y con un beso paternal quitó la mancha de mi rostro.

JULIÁN.

¡Cálmate!

LUISA.

¡Qué ventura!

ENRIQUE.

Juntos nos fuimos á su casa. Allí estaba Matilde.... Matilde, no: una sombra, un cadáver que se movía «Matilde, sé mi esposa..... Te has quedado sin hijo pero te queda una hija, que es muy hermosa, que es muy buena; que te amará, que te respetará.....» Y ella, la pobre, me respondía sólo con gemidos..... y yo....., y yo.....

Sin poder continuar, ahogado por las lágrimas.

JULIÁN.

Con ansiedad.

¡Respira!

LUISA.

Como Julián.

¡No hables!

ENRIQUE.

¡Dejad que me ahogue el placer! ¡Dejad que muer de alegría! No existe júbilo mayor que el de un alm enferma cuando recobra la salud. ¡Qué ceguedad l nuestra! Á la menor molestia del cuerpo, ya está un asustado, y al momento se pone en cura, y bebe co afán la más negra pócima, y deja con resignación qu le pinchen, y le sajen, y le hagan pedazos, y tod sacrificio parece pequeño para conseguir que vuelv á su estado natural este montoncillo de tierra. Y aun que el alma adolezca de gravedad, y aunque empeor y aunque llegue á estar en peligro de muerte, no s le aplica ni el más suave remedio, no se repara e ello siquiera; y si por fin luego ha de curar, nad menos se necesita sino que venga á curarla Dios co todo su poder infinito. Y uno es el que lo paga. Po

que ¿hay nada que aflija tanto como hacer mal? ¿Hay nada que alegre tanto como hacer bien? Pero ¡qué feliz soy! ¡Si parece mentira que sea de este mundo tan inmensa felicidad!

JULIÁN.

Con alegría, señalando al cielo.

¡Viene de allí!

ENRIQUE.

Hemos sanado al mismo tiempo.

JULIÁN.

Con fuego, señalando á Luisa.

¡Y la adoro!

LUISA.

Con dulzura, señalando á Julián.

¡Y le amo!

JULIÁN.

¡Felicidad, la mía, Enrique: la mía solamente!

ENRIQUE.

Abrazándolos.

¡Hijo! ¡Hija!

LUISA.

Vamos á ver á mi madre.

JULIÁN.

Llévanos á verla.

ENRIQUE.

Venid. (Cogiéndolos de las manos, y llevándolos hacia el foro.) ¡Ahí la tenéis!

Abriendo de par en par con ambas manos la puerta grande del centro. Ilumínase vivamente la escena. En el gabinete se ve el ataúd del niño, cercado de luces y flores; á Matilde con el traje descompuesto y el cabello caído, cubriendo el cadáver, arrojada sobre él; y al anciano contemplando á su hija y al niño con tristeza y resignación.

LUISA.

Con ternura, arrodillándose cerca de la puerta, de espaldas al público.

¡Bendito Dios!

JULIÁN.

Con fervor, arrodillándose junto á Luisa, de espaldas al público también.

¡Bendito!

ENRIQUE.

Con vehemencia, reclinado en la pared del foro, y apoyado con una mano en el quicio de la puerta.

¡Bendito!

EL ANCIANO.

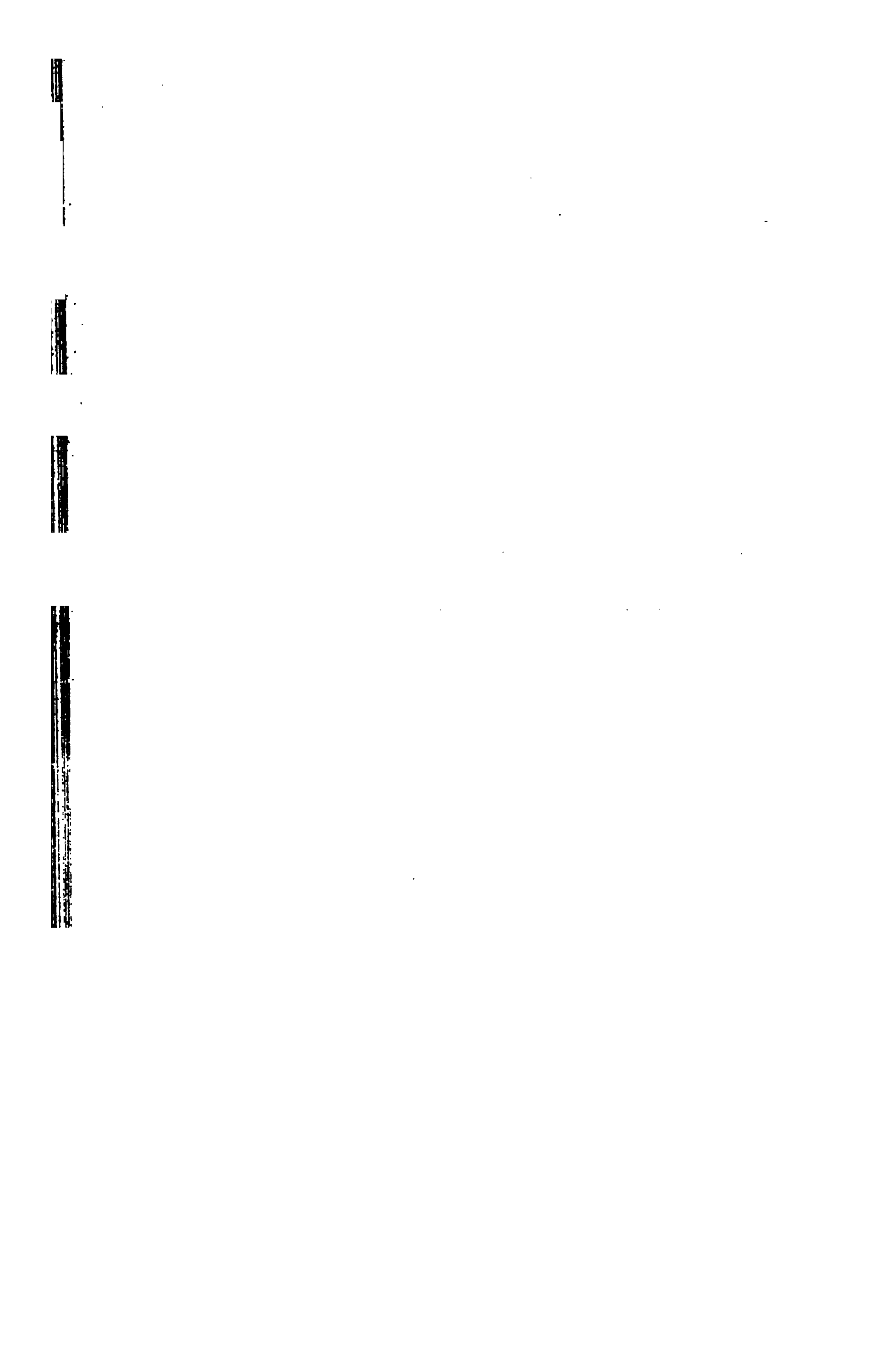
Mirando al cielo con expresión de gratitud.

¡Una y mil veces!

FIN DE LA COMEDIA.

LOS HOMBRES DE BIEN.

DRAMA EN TRES ACTOS.



REPARTO

en el estreno de la obra, representada en Madrid en el teatro de Lope de Rueda (Circo de Paúl), el 17 de Diciembre de 1870, á beneficio de D. Antonio Vico.

PERSONAJES.	ACTORES.
Don Lorenzo de Velasco. . .	Sr. Parreño.
El Conde de Boltaña.	» Fidel López.
Juanito Esquivel.	» García (J.).
Leandro Quiroga.	» Reig.
Damián Ortiz	» Vico.
Adelaida	Srta. Castro.
Andrea	» Mendoza Tenorio.

ACTO PRIMERO.

Sala baja de una casa de campo; dos puertas á cada lado de la escena; dos grandes rejas en el foro, por las cuales se ve el campo; muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO.

Entran por la segunda puerta de la derecha con traje de campo.

DON LORENZO.

Entren ustedes por aquí. ¡Voto va! No hay placer como el que llega de repente.

EL CONDE.

¿Nos suponía usted capaces de faltar á lo convenido?

DON LORENZO.

No; pero no los aguardaba á ustedes precisamente hoy.

Siéntanse los tres.

JUANITO.

¿Y Adelaida?

DON LORENZO.

Se levanta más tarde, y como hace un poco de *toilette*..... Ni en campos ni en desiertos abdicará nunca mi hija su cetro de reina de la moda. Conque

¿de veras no quieren ustedes descansar un rato? Las habitaciones están preparadas.

JUANITO.

Ca, no señor. Anoche dormimos en Irún, y ya ve usted que desde Irún hasta aquí.....

DON LORENZO.

Sí, dos horas de coche.

EL CONDE.

Está admirablemente situada esta posesión.

DON LORENZO.

Creo haber hecho una buena compra, y aquí he de pasarme tres ó cuatro meses todos los años. Conque son ustedes míos hasta fin de Julio por lo menos.

EL CONDE.

¿Y nuestros baños?

DON LORENZO.

Tiempo queda.

JUANITO.

Sería abusar.

DON LORENZO.

Al contrario: hacerme favor. Espero que han de pasarlo ustedes bien. Para los que como nosotros aborrecemos el tráfago del mundo, ¡es tan agradable esta paz, esta soledad!..... En los veinte días que llevo aquí, fuera de la gente de casa, no he visto más que á mis vecinos el paralítico y su hija.

EL CONDE.

¿Un paralítico?

DON LORENZO.

Sí, el dueño de una casita muy humilde, poco distante de la mía. Es la única habitación que hay en estos alrededores, y también la quise adquirir; pero el hombre se negó rotundamente á desprenderse de su

nido. ¿Adónde había de ir á parar con sus huesos un infeliz privado de todo movimiento? Por lo mismo tampoco nos causa molestia alguna. Es persona muy atenta y afable. Parece que se dedicaba al comercio, cuando una gran desdicha y su enfermedad le dejaron sin blanca, y há diez años que vive ahí en la mayor miseria, solo con Andrea, su hija. ¡Una criatura celestial! Ella lo hace todo en la casa: barrer, guisar, lavar....., en fin, todo. Y cuidar á su padre, al cual tiene que llevar de una parte á otra en una especie de carretón, y hasta que ponerle el pan en la boca. ¡Y cómo le cuida! ¡Con qué agrado y ternura! Como se cuida á un niño de pecho. En un desierto únicamente se ven hoy estas cosas.

EL CONDE.

Cierto que ya se encuentra poco de eso en el mundo.

DON LORENZO.

¡Calla! Juanito, se le han saltado á usted las lágrimas.

JUANITO.

Enjugándose los ojos con el pañuelo.

¿Qué quiere usted? ¡Soy tan sensible! En oyendo referir algo tierno....., á pesar mío, se me llenan de agua los ojos.

EL CONDE.

¡Dichoso usted que en nada se parece á la mayor parte de los jóvenes de su edad!

JUANITO.

Á los consejos de usted lo debo, señor Conde. ¡Usted sí que es bueno!

DON LORENZO.

Los dos son ustedes modelo de honradez, de.....

EL CONDE.

¡Modelo usted, señor don Lorenzo!

JUANITO.

Señor don Lorenzo, ¿qué mejor modelo que usted?

DON LORENZO.

Al Conde, con tono muy declamatorio, poniéndose de pie.

La verdad es que uno se diferencia bastante de la generalidad de los hombres, entregados hoy en cuerpo y alma al demonio. Ay, amigo mío, ¡qué mundo!

EL CONDE.

También con mucho énfasis y levantándose.

¡Qué sociedad!

JUANITO.

Como los otros dos.

¡Qué siglo!

DON LORENZO.

¡Rotos los vínculos de la familia!

EL CONDE.

¡Destruídos los cimientos del Estado!

JUANITO.

¡Hecha sistema la impiedad!

DON LORENZO.

¡Corrupción y desorden en todas las clases!

EL CONDE.

¡Los bribones dominándolo todo!

JUANITO.

¡Y en tanto los hombres de bien!.....

DON LORENZO.

Saca un cigarro de papel de la petaca y enciende un fósforo.

¡Para nosotros, los desdenes!

EL CONDE.

Saca una caja de rapé.

¡Los malos tratamientos!

JUANITO.

Saca un cucurucho de caramelos de uno de los bolsillos del traje.

¡La verdadera esclavitud!

DON LORENZO.

Con trágico acento, dejándose caer en la silla y encendiendo el cigarro.

¡Qué escándalo!

EL CONDE.

Con tono muy grave, sentándose y tomando un polvo de rapé.

¡Qué desdicha!

JUANITO.

Con tono lacrimoso, cayendo de golpe en su asiento y echándose un caramelo en la boca. En este momento se ve por las rejas del foro á Andrea, que cruza el campo de derecha á izquierda, con un cantarillo de agua debajo del brazo.

¡Qué abominación!

DON LORENZO.

Señalando á las rejas.

¡Ah, miren ustedes! Por ahí va la hija del paralítico.

El Conde y Juanito se levantan.

EL CONDE.

¿Es aquélla?

JUANITO.

Santiguándose.

¡Ave María Purísima, y qué linda es!

DON LORENZO.

¡Divina! ¡Una cara de Concepción de Murillo!

Vese ahora á Damián cruzar el campo de izquierda á derecha. Salúdanse Andrea y él, y cada cual desaparece por su lado.

EL CONDE.

Y ese cojito que viene hacia aquí y la saluda, ¿quién es?

DON LORENZO.

Levantándose.

Oh, ése es mi escribiente, mi secretario, mi ma-

yordomo..... ¿qué se yo? Una preciosa adquisición que hice pocos días antes de salir de Madrid.

EL CONDE.

¡Calla! Si no estuviera cojo, diría.....

DON LORENZO.

¿Qué?

EL CONDE.

Sí; es Ortiz.

JUANITO.

El mismo: Damián Ortiz.

DON LORENZO.

¿Le conocen ustedes? Me alegro. Yo le conocí cuando todavía era un niño, en casa de don Esteban Samaniego, militar honradísimo, íntimo amigo de su padre y mío también, y desde entonces he seguido tratándole con la mayor intimidad. ¡Un muchacho excelente!

EL CONDE.

¡Oh, inestimable!

JUANITO.

¡Oh, no tiene par!

DON LORENZO.

Eso sí; algo raro.

EL CONDE.

Sí, bastante raro.

JUANITO.

Sí, muy raro.

DON LORENZO.

Figúrense ustedes que pocos meses después de morir su padre se halló aquel mismo Samaniego con que le habían robado cinco mil duros de la caja del regimiento, que tenía á su cargo. ¿Quién dirán ustedes que fué el ladrón?

JUANITO.

¿Quién?

DON LORENZO.

¡Su propio hijo!

EL CONDE.

¡Si los crímenes que hoy día se ven!.....

JUANITO.

Enterneciéndose.

¡Pobrecito! ¡Válgame Dios!

DON LORENZO.

Desesperado y casi demente, acudió á mí pidiéndome prestada aquella cantidad. Yo soy muy rico, cierto; su aflicción me partía el alma; pero ya se ve..... ¡un préstamo de cien mil reales sin garantías!.....

EL CONDE.

¡Sopla!

JUANITO.

¡Caracoles!

DON LORENZO.

Pues Damián, para sacarle del apuro, malvendió una casita que era todo su patrimonio, quedándose á perecer sin un maravedí. Hemos de convenir en que las más nobles acciones, si no están reguladas por la prudencia.....

EL CONDE.

Algunos hechos que parecen muy heroicos no son, en resumidas cuentas, más que simples calaveradas.

JUANITO.

El Evangelio quiere que uno ame al prójimo como á sí mismo, pero no más.

DON LORENZO.

¡Claro!

EL CONDE.

Yo le traté en las oficinas de «La Maravilla del Siglo», donde á duras penas obtuvo un destinillo de ocho mil reales. Ya se sabe lo que, por regla general, son las Sociedades de crédito.

DON LORENZO.

Sí; reuniones de unos cuantos pillos que cobran, y de muchos tontos que pagan. De todas las invenciones de nuestro siglo, ninguna tan maravillosa como la del robo hecho pacíficamente de común acuerdo entre el robador y el robado.

JUANITO.

¡Si ya hay mucha gente que roba de buena fe, y no es posible distinguir á un caballero de un ladrón!

EL CONDE.

Cierto, corriente; pero ello es que el Consejo de Administración de «La Maravilla» se componía de un general, de un magistrado, de un diputado, de un banquero, de otros así y de mí. Me parece que yo..... ¿eh?

DON LORENZO.

¡Oh, usted!.....

JUANITO.

Ya lo creo: ¡usted!.....

EL CONDE.

Y todos callábamos; todos hacíamos la vista gorda, porque á veces.....

DON LORENZO.

Sin duda; hay que transigir.

JUANITO.

Y llevar con paciencia las flaquezas del prójimo.

EL CONDE.

Y que aun los títulos de Castilla si tenemos hijos..... ¡Yo tengo cinco hijos!

DON LORENZO.

¡Y qué bien criados!

JUANITO.

¡Qué monos los pequeños!

EL CONDE.

¡Angelitos! Pues bien; como ese caballero andante no tiene hijos, en cuanto se hubo enterado de los gatuperios de la Sociedad, armó un escándalo y tiró el empleo por la ventana.

DON LORENZO.

Si le digo á usted que es una cabeza de chorlito.

JUANITO.

¿Y qué valen esas quijotadas en comparación de la que dió por resultado su cojera, y que sólo yo presencié por mi mala ventura?

DON LORENZO.

¿Conque presenció usted el lance?

EL CONDE.

¿Y qué fué?

JUANITO.

Al entrar una noche en la Carrera de San Francisco, donde tienen ustedes su casa, vi un mozo y un viejo, ambos de chaqueta, y que el primero se lanzaba al segundo navaja en mano.

EL CONDE.

¡Bueno va estando el pueblo!

DON LORENZO.

¡Se le predica la rebeldía, la inmoralidad!.....

JUANITO.

Me indigné, y cerrando los ojos.....

DON LORENZO.

¿Se fué usted al agresor?

JUANITO.

No: me puse á rezar un Padrenuestro para que Dios le iluminase; cuando en esto llega á la carrera ese Ortiz sin arma ninguna y cubre al viejo con su cuerpo.

EL CONDE.

¡Qué atrocidad! ¡Sin armas!

DON LORENZO.

¡Es mucho Damián!

EL CONDE.

¿No llevaba ni siquiera un revólver?

JUANITO.

¡Toma! Si hubiera llevado un cañón, ya el caso era distinto. Sucedió lo que no podía menos de suceder: aquel energúmeno le atravesó un muslo con la navaja.

DON LORENZO.

Lástima que todo lo que hace ese chico se resienta de falta de previsión.

EL CONDE.

No hay que darle vueltas: es loco.

JUANITO.

Echaron los otros á correr; y yo, viéndome solo con un hombre tendido en tierra.....

DON LORENZO.

¿Se acercó usted á el?

EL CONDE.

Para darle auxilio, ¿verdad?

JUANITO.

Ese fué mi primer impulso, porque como tengo tan buen corazón..... Pero caí en la cuenta de que si estaba muerto y la policía me encontraba á su lado.....

EL CONDE.

¡Tiene usted razón!

DON LORENZO.

¡Podía usted haberlo pasado mal!

JUANITO.

¡Vaya! Conque también yo eché á correr y me encerré en casita, llorando á lágrima viva por aquel infeliz.

DON LORENZO.

Pero no se puede negar que todas sus calaveradas provienen de excesiva honradez. Es muy honrado, mucho.

JUANITO.

Y muy entendido. ¿No vieron ustedes su drama?

EL CONDE.

¿También es poeta? (Con tono de desdén.) Yo no.

DON LORENZO.

Yo tampoco.

JUANITO.

Un drama histórico..... muy largo..... muy triste..... (Como reprobándolo.) ¡Oh, dicen que es muy bueno!..... ¡Y lo que es moral!..... No se hizo más que dos ó tres noches.

DON LORENZO.

Las obras serias no llaman ya gente al teatro.

EL CONDE.

Ya no gusta más que el género bufo.

JUANITO.

Las chocarrerías, las indecencias.

EL CONDE.

¡Y hay maridos que llevan á sus mujeres á ver esas obras!

DON LORENZO.

¡Y padres que llevan á sus hijas!

JUANITO.

¿Han visto ustedes la última bufonada?

EL CONDE.

Yo, sí; tres veces.

DON LORENZO.

Y yo, cuatro.

EL CONDE.

Mi mujer no quiere más que ópera ó esas tonterías.

DON LORENZO.

Mi hija tampoco.

JUANITO.

No, y que algunas cosas no dejan de tener gracia.

EL CONDE.

Y la música suele ser muy bonita.

DON LORENZO.

¡Oh, la música de Offenbach!

JUANITO.

Aquello de «La Gran Duquesa»: *Que duerma, pues, el general.*

Cantando.

DON LORENZO y EL CONDE.

¡Oh, sí, sí!

Con mucha alegría. Cógense los tres del brazo, y cantan remedando los ademanes con que esto se canta en el teatro.

LOS TRES.

Que duerma, pues,
El general.

DON LORENZO.

Pues y ¡aquello de «Barba Azul»!.....

EL CONDE.

¡Ah, sí! *Yo soy Barba Azul.....*

Cantando.

DON LORENZO y JUANITO.

¡Sí, sí!

LOS TRES.

Poniéndose en jarras, y remedando también los ademanes con que esto se canta en el teatro.

Yo soy Barba Azul ¡chipé!
Un buen viudo y un gran pez.

DON LORENZO.

Pero á vueltas de alguna gracia y de algún trozo de música medianilla, cuánta sandez y cuánta inmoralidad!

Sacando la petaca.

EL CONDE.

¡Y en un país civilizado se permiten espectáculos semejantes!

Sacando la caja de rapé.

JUANITO.

¡Si ya los hombres de bien no podemos ir á parte ninguna!

Sacando el cucurucho de caramelos.

DON LORENZO.

¡Qué escándalo!

Sentándose y encendiendo el cigarro.

EL CONDE.

¡Qué desdicha!

Sentándose también y tomando un polvo de rapé.

JUANITO.

¡Qué abominación!

Tomando también asiento y echándose un caramelo á la boca.

ESCENA II.

DICHOS y DAMIÁN.

Entra por la puerta de segundo término de la derecha con el sombrero en la mano.

DAMIÁN.

¡Ah! (Deteniéndose.) Creí que estaba usted solo.

DON LORENZO.

Adelante, Damián. Estos señores son conocidos de usted.

DAMIÁN.

Sí, con efecto.....

EL CONDE.

¿Va bien, señor Ortiz?

Sin levantarse ni alargarle la mano.

JUANITO.

¿Está usted bueno?

Como el Conde.

DAMIÁN.

Bien. ¿Y ustedes?

Sin acercarse á ellos.

EL CONDE.

El señor Ortiz sabe que puede contar con nuestro afecto.

Como vendiéndole protección.

DAMIÁN.

Gracias.

Sonriéndose.

JUANITO.

Y si en algo le podemos ser útiles.....

DAMIÁN.

Gracias.

DON LORENZO.

¿Ha salido ya de su cuarto el señor Quiroga?

DAMIÁN.

Ahora acaba de salir.

EL CONDE.

¿Quiroga?

JUANITO.

¿Leandro Quiroga?

EL CONDE.

¿Está aquí?

DON LORENZO.

¿No se lo había dicho á ustedes? Iba á Francia, pero se detuvo en Irún para hacerme una visita; le invité, por mera fórmula, á pasar unos cuantos días conmigo; me cogió la palabra, y ahí le tienen ustedes.

EL CONDE.

Qué buena alhaja, ¿eh?

DON LORENZO.

Dígamelo usted á mí. Quiso mi mala estrella que cinco años há hiciésemos juntos la travesía de Cádiz á Puerto Rico, y á pesar mío tuve que contraer con él relaciones de íntima amistad. Yo iba á negocios y él iba empleado.

JUANITO.

¿Y es verdad que volvió á España bajo partida de registro?

DON LORENZO.

¡Vaya si es verdad!

JUANITO.

Y cuando volvió, ¿qué le hicieron?

EL CONDE.

Le hicieron oficial de Secretaría, Gobernador, Director.....

DAMIÁN.

Con gravedad irónica.

Y siguió robando tan serio.

DON LORENZO.

Pero nada le basta. (Dirigiéndose al Conde y Juanito.) Ha ya mucho tiempo que está entrampado hasta los ojos Sin embargo, vive como un príncipe. Abono en los teatros, juego, francachelas, queridas, caballos, coche..... ¡Y dicen que en nuestra época no hay milagros! ¿Qué mayor milagro que gastar sin tener?

DAMIÁN.

Eso consiste en que la piedra filosofal, buscada en vano por los alquimistas, ha sido al fin hallada po los tramposos: la piedra filosofal es el dinero ajenc

EL CONDE.

Yo le cobré odio cuando sedujo á la señora d Bustamante.

JUANITO.

Yo no le puedo mirar sin espanto desde que mat en desafío al pobre Ramírez.

EL CONDE.

Levantándose.

¡Y que un hombre así esté bien mirado en el mundc

JUANITO.

Levantándose también.

¡Mejor que nosotros!

EL CONDE.

¿Cómo se puede explicar eso?

DAMIÁN.

Muy fácilmente. En cada época hay un tipo d

moda: el poeta, el filósofo, el soldado, el fraile, el caballero..... Y ahora el tunante es el último figurín.

EL CONDE.

¡Cierto; muy bien dicho!

JUANITO.

¡Y Quiroga es modelo en su género!

DON LORENZO.

¡Oh, pues si ustedes supieran lo que yo!

EL CONDE y JUANITO.

¿Qué?

DON LORENZO.

Le he ofrecido callarlo.

EL CONDE.

Con lo que nadie ignora bastaba para enviarle á presidio.

JUANITO.

Y á la horca también.

DON LORENZO.

Es un desalmado.

EL CONDE.

¡Un pillete!

JUANITO.

¡Un monstruo!

ESCENA III.

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.

Entra por la puerta de la derecha sin sombrero.

¡Hola, hola, cuánto bueno por aquí!

Al oir su voz dan un respingo los tres hombres de bien.

DON LORENZO.

¡Hola, buen mozo! (Yendo hacia él y estrechándole una ma con extraordinaria afabilidad.) ¡Gracias á Dios que se le ve usted, perezosillo!

JUANITO.

¡Oh, señor don Leandro!.....

Yendo también hacia él apresuradamente y cogiéndole una mano con l dos suyas.

EL CONDE.

¡Amigo mío!

Yendo también hacia él y abrazándole con viva efusión. Damián los conte pla con risa burlona, y luego da señales de indignación y enfado.

QUIROGA.

Conde..... Esquivel.....

Saludándolos.

DON LORENZO.

Me han cumplido su palabra y nos acompañar unos días.

QUIROGA.

¿Sí, eh? (¡Maldita sea vuestra estampa!)

EL CONDE.

¡Y cuánto nos hemos alegrado al saber que estal usted aquí!

JUANITO.

Eso decíamos al señor don Lorenzo: donde es Quiroguita por fuerza ha de pasarlo uno bien.

QUIROGA.

(Si lograra espantarlos y que se fueran cuanto a tes.) Pero el que va á pasarlo muy mal con usted cuatro soy yo.

JUANITO.

¿Eh?

EL CONDE.

¿Cómo?

QUIROGA.

Los cuatro son ustedes íntimos amigos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y yo he cortado relaciones con esos caballeros.

DON LORENZO.

¡Ja, ja! ¡Qué cosas tiene este Quiroga!

Riéndole la gracia.

EL CONDE.

¡Ja, ja! ¡Tiene unas salidas!

Lo mismo.

JUANITO.

¡Ja, ja! ¡Lo dice todo con tanto donaire!

Lo mismo. —Damián se manifiesta impaciente y exasperado.

QUIROGA.

No me intimido, sin embargo. Yo les haré ver á ustedes que es gran simpleza seguir hoy creyendo en esas antiguallas.

DON LORENZO.

En dejándole á él hablar.....

JUANITO.

¡Tiene un pico!

EL CONDE.

¡De oro!

DAMIÁN.

Dios, con efecto, va poniéndose muy antiguo. Si á lo menos quisiera vestirse con algún sastre de París.

DON LORENZO.

No, Damián, eso no. Le prohibo á usted hablar de religión ni de política. Aquí hemos venido buscando la paz, y.....

QUIROGA.

Déjele usted que defienda sus opiniones. El amigo Ortiz, sin echarla de santo, es quizá de todos ustedes el creyente más fervoroso. Cree en la otra vida.

Con risa burlona.

DAMIÁN.

Ésta me parece poca vida para mi alma.

QUIROGA.

Cree en el alma, según oyen ustedes.

Riéndose más.

DAMIÁN.

Un caballo es, sin duda, hermoso animal: con fatuidad indisculpable me considero yo algo superior á un caballo.

DON LORENZO.

Ea, Damián, ya he dicho que.....

QUIROGA.

Y hasta oye misa; y tal vez confiese y comulgue.

DAMIÁN.

¡Vaya! Tengo la flaqueza de ser esclavo de Dios, y la arrogancia de no serlo de nadie más.

DON LORENZO.

¡Dale machaca! (Con mayor enojo.) ¿Quiere usted callarse, por los clavos de Cristo?

QUIROGA.

Se continuará. Nadie es elocuente en ayunas. Voy á tomar el chocolate.

DON LORENZO.

Y ustedes, ¿no quieren tomar algo?

EL CONDE.

Tampoco me vendrá mal á mí un chocolatillo.

JUANITO.

Ni á mí; con el aire de la mañana.....

QUIROGA.

Vengan ustedes conmigo. (Los he de aburrir.) Y después daremos una vuelta por el campo si no temen ustedes contaminarse con la compañía de un réprobo.

EL CONDE.

Su compañía de usted nos honrará mucho.

JUANITO.

¡Si yo tengo flaco por usted!

QUIROGA:

Hasta luego, Lorencito mío. (Haciendo una fiesta en la cara á D. Lorenzo, el cual sonríe embobado.) Salud al noble paladín de la fe de nuestros mayores.

A Damián, en tono de burla.

EL CONDE.

¡Bravo, bravo! ¡Ja, ja! (¡Qué tío!)

JUANITO.

¡Ja, ja! ¡Bravo! (¡Qué perro!)

QUIROGA.

¡En marcha! (Dirígese á la puerta de la derecha de primer término tarareando una canción guerrera. El Conde y Juanito le siguen, tarareando como él.) Pasen ustedes.

Deteniéndose cerca de la puerta para cederles el paso.

EL CONDE.

¡No faltaba más!

JUANITO.

Usted debe ser el primero en todo.

QUIROGA.

Adelante.

Sale tarareando, y detrás de él los otros dos, tarareando también.

ESCENA IV.

DON LORENZO y DAMIÁN.

DON LORENZO.

¡Esto no se puede aguantar! (Paseando muy agitado por la escena.) ¡Aunque sólo mirara que se halla en casa ajena! Pero ¡ca! ¡No respeta nada!

DAMIÁN.

Señor don Lorenzo.

Como tomando una resolución.

DON LORENZO.

¿Qué?

Sin detenerse.

DAMIÁN.

Para aceptar la colocación que tuvo usted la bondad de ofrecerme, puse una condición nada más: la de que había de serme lícito decir todo lo que se me viniese á la lengua.

DON LORENZO.

¿Y á qué recordarme tan á menudo esa dichosa condición? (Deteniéndose á su lado.) ¿No oigo yo siempre con placer todo lo que á usted se le antoja decirme? ¿No le trato á usted como á un hijo? ¡El tal Quiroga!.....

Consigo mismo, paseándose de nuevo muy exasperado.

DAMIÁN.

Sí, señor; todo eso es verdad, y yo se lo agradezco á usted infinito; pero.....

DON LORENZO.

Pero ¿qué?

Con enfado, deteniéndose otra vez.

DAMIÁN.

Mil veces me he propuesto cambiar de genio, y no

tomarme frío ni calor por las cosas del mundo; pero..... vamos, no lo puedo evitar; en viendo algo que no me guste, ó trino ó reviento.

DON LORENZO.

¡Pues trine usted! ¿Quién diablos se lo impide? ¿No trino yo también?

Sigue paseándose, y de vez en cuando se detiene para responder á Damián.

DAMIÁN.

Pues señor, ¡á trinar! Ese caballerito es un grandísimo tunante.

DON LORENZO.

¡Noticia fresca!

DAMIÁN.

Y usted.....; ¡usted es amigo de un tunante!

DON LORENZO.

¡Bah! ¿Quién no tiene amigos así?

DAMIÁN.

Usted le obsequia, usted le adula, usted le mima.....

DON LORENZO.

Pues si tratando bien á los pillos siempre acaban por hacer de las suyas, ¿qué sería si uno los tratase mal?

DAMIÁN.

Usted le ha metido en su propia casa.

DON LORENZO.

Yo le ofrecí..... La buena educación.....

DAMIÁN.

La mala querrá usted decir. No es de buena, sino de malísima educación, alternar con gente perdida. Usted se irrita si delante de él sostengo opiniones y creencias que son las de usted.

Don Lorenzo deja de pasear.

DON LORENZO.

Lo hago para evitar que se enrede la discusión, y

él á su vez nos suelte una andanada de blasfemias y de herejías.

DAMIÁN.

Él dice blasfemias y herejías, y usted ó no contesta, ó le ríe la gracia.

DON LORENZO.

Exasperándole diría más. Ya se ve: usted es muy joven todavía; tiene la sangre muy caliente.....

DAMIÁN.

Sí, señor: conservo la facultad de indignarme en tiempos en que nadie se indigna. Pero créalo usted: el no indignarse, en los individuos como en los pueblos, es la señal más evidente de estar envilecidos.

DON LORENZO.

Por eso mismo, justamente; porque la sociedad está envilecida, es inútil dar coces contra el aguijón y hay que tener prudencia.

DAMIÁN.

¡Prudencia! Muy señora mía.

DON LORENZO.

La prudencia, amiguito, es una de las virtudes cardinales.

DAMIÁN.

Sí, cuando es aquella virtud que enseña á discernir el bien del mal para seguir el uno y huir del otro; no cuando es, como sucede con frecuencia, la esposa aparente del bien y la poco disfrazada concubina del mal; no cuando es hipócrita escudo del indiferentismo ó la máscara ruin de la cobardía.

DON LORENZO.

Pero hombre de Dios, ¿qué quiere usted que uno haga?

DAMIÁN.

Luchar. El amor al bien no puede ser platónico.

DON LORENZO.

Luchar inútilmente. El mundo es víctima de otra irrupción de bárbaros.

DAMIÁN.

No, señor; ahora la irrupción no es de bárbaros; es de tunos.

DON LORENZO.

¿Y quién puede con ellos?

DAMIÁN.

Mire usted: el síntoma funesto de las sociedades modernas no es que en ellas haya tunantes; siempre los ha habido. El síntoma funesto es que no haya hombres de bien.

DON LORENZO.

¡Qué exageración!

DAMIÁN.

Sí; hombres de bien vergonzantes, que ni siquiera se atreven á serlo á cara descubierta; que rechazando con espanto el papel de actores, aceptan gustosos el de cómplices en las obras de iniquidad. Entre el bárbaro asesino y el vil que le guarda las espaldas, entre el verdugo y su ayudante, me quedo sin ninguno. La excepción confirma la regla: no lo dude usted, ya no hay más que bribones.

DON LORENZO.

¡Allá va eso!

DAMIÁN.

Bribones activos y pasivos: unos que hacen y otros que dejan hacer.

DON LORENZO.

Usted, por lo visto, quisiera que los hombres de

bien fuésemos otros tantos Quijotes, consagrados romper lanzas con todo el mundo.

DAMIÁN.

Quisiera no ver de un lado celo y entusiasmo los partidarios del mal, y de otro lado, en los del bie apatía y miedo. ¡Oh! Son tan cobardes los hombr de bien que ahora se estilan, que no parece sino qu el miedo es compañero inseparable de la virtud, que nadie se mete á bueno sino cuando no se atre á ser malo.

DON LORENZO.

Usted sueña con imposibles. La profesión de cie tas ideas lleva consigo el amor de la paz.

DAMIÁN.

¿Quién la disfruta menos que esos infelices, que sólo temen los riesgos positivos, sino también l imaginarios; que de todo se asustan, aun de ten razón; que, empeñándose en estar bien con todo mundo, con nadie logran estar bien, ni consigo m mos? ¡Oh! Si de uno de estos dos inmensos band que constituyen hoy la mayoría de la sociedad, ma vados capaces de todo y hombres de bien incapac de nada; si de los unos ó los otros es lícito esper algo bueno, espérese de aquellos que siquiera tien fe en el mal: ¡nada puede esperarse de los que nada tienen fe! Ardiente enemigo de Jesús, cuan frenético de rabia le perseguía, cae á tierra adora dole, y es el Apóstol de las gentes; los hombres bien han tomado como modelo á Pilato, y para Pilatos no hay redención.

ESCENA V.

DICHOS y ADELAIDA.

Adelaida, con traje elegante de campo, entra por la puerta de primer término de la derecha. Trae un libro en la mano.

ADELAIDA.

(¡Ni una sola mirada!)

Acércase á una de las rejas y mira hacia fuera atentamente. Quiroga, el Conde y Juanito cruzan por el campo de derecha á izquierda. Damián se retira á uno de los ángulos del proscenio.

DON LORENZO.

¿No das los buenos días, muchacha?

ADELAIDA.

Buenos días.

Desdeñosamente, volviendo apenas la cabeza.

DON LORENZO.

¡Oiga! Te has compuesto más temprano que de ordinario.

ADELAIDA.

Como tenemos huéspedes.....

DON LORENZO.

Sí; el Conde de Boltaña y Juanito Esquível.

ADELAIDA.

Ya he hablado con ellos. ¡Qué par de fastidiosos!

DON LORENZO.

¿No sabías que iban á venir? ¡Todo te fastidia! De algún tiempo á esta parte no se puede contigo. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

ADELAIDA.

Nada. Abur.

Dirigiéndose á la puerta de la derecha.

DON LORENZO.

Eh, quieta. (Deteniéndola con afabilidad.) No sea usted fuguillas.

ADELAIDA.

¿He de seguir oyendo majaderías delante de un extraño?

DON LORENZO.

¿Un extraño?

DAMIÁN.

Yo.

Dirigiéndose hacia una de las puertas de la derecha.

DON LORENZO.

No se vaya usted, Damián. (Damián sigue andando.) Que no se vaya usted.

Deteniéndole. Damián se retira al ángulo derecho del proscenio.

ADELAIDA.

Yo soy quien se va.

DON LORENZO.

Ni tú.

Sujetándola.

ADELAIDA.

¡Ay, qué pesadez!

Damián durante toda esta escena dará señales de impaciencia é indignación, andando, sentándose, llevándose una mano á la frente y mirando alternativamente á don Lorenzo con expresión de burla, de lástima y de ira.

DON LORENZO.

Pero, mujer, ¿es posible que un padre tan bueno como yo?.....

ADELAIDA.

Bien..... Déjame.

DON LORENZO.

¿No merece mejor pago mi cariño, mi ternura, mi.....?

ADELAIDA.

¡Ay, papá; no, por Dios, no te pongas sensible!

DON LORENZO.

Hé aquí el fruto de la educación que se da á los jóvenes hoy día. (En su tono declamatorio habitual, separándose de Adelaida.) Tratan á sus padres como á iguales. ¿Qué digo como á iguales? Como á inferiores.

ADELAIDA.

Esto va para largo.

Se sienta en un sofá que habrá entre las dos puertas de la izquierda, y lee en el libro que tiene abierto en la mano.

DON LORENZO.

¡Qué hijos!

DAMIÁN.

¡Qué padres!

Bajo á don Lorenzo, en el mismo tono que él.

DON LORENZO.

Los padres no podemos ir contra el mundo. El mundo ridiculiza la autoridad del padre y aplaude la rebeldía del hijo.

ADELAIDA.

Si no hablaras tan alto, me enteraría yo mejor de lo que estoy leyendo.

DON LORENZO.

¿Y á qué tanto leer? ¡Si usted supiera lo que esta criatura tiene leído! Obras en francés, en inglés, en italiano..... Como sabe todas las lenguas conocidas..... Y no crea usted, cosas muy formales: literatura, política, historia..... Hombre, si una vez se leyó de cabo á rabo la historia universal de César Cantú. ¿Y qué estás leyendo ahora, vamos á ver?

Acercándose á ella.

ADELAIDA.

Un libro.

DON LORENZO.

Contesta. Alguna vez se ha de hacer lo que yo mando. ¿De qué trata ese libro?

ADELAIDA.

De lo que no te importa.

DON LORENZO.

Dímelo. ¡Mira que si no me lo dices!.....

Con tono amenazador.

ADELAIDA.

¿Qué?

Con mucha calma y sonrisa irónica.

DON LORENZO.

Lo veré yo.

ADELAIDA.

Ea, bueno; míralo tú.

Cerrando el libro y alargando desdeñosamente la mano, como para que su padre venga á cojerlo. Don Lorenzo va hacia ella, toma el libro y lo abre por la primera página.

DAMIÁN.

(¡En mi vida he deseado ser padre hasta ahora!)

DON LORENZO.

¡Dios me valga! ¡Damián! ¡Dios me valga! ¿Sabe usted lo que está leyendo esta criatura?

DAMIÁN.

Como usted no lo diga.....

DON LORENZO.

La vida de Jesús por Renán.

ADELAIDA.

¿Y qué?

DON LORENZO.

¿De dónde has sacado ese libro?

ADELAIDA.

Me le ha dado Quiroga.

DON LORENZO.

¡Quiroga! ¿Ve usted esto, Damián?

DAMIÁN.

Sí, señor, que lo veo.

DON LORENZO.

¡Dar un libro así á una muchacha!

ADELAIDA.

Recuerda que tengo ya veinticinco años cumplidos.

DON LORENZO.

¡Cuando tú lo vuelvas á pillar!

ADELAIDA.

Supongo que no querrás quedarte con lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Ya sabes que el libro es de Quiroga.

DON LORENZO.

Yo se lo daré á él.

ADELAIDA.

Y él me lo volverá á dar á mí.

DON LORENZO.

Le diré yo que no te lo vuelva á dar.

ADELAIDA.

Le diré yo lo contrario, y ya verás cómo hace más caso de mí que de ti.

DON LORENZO.

De fijo.

ADELAIDA.

Y cuando sepa esto, se reirá muy lindamente.

DON LORENZO.

Se reirá. ¡Vaya si se reirá!

ADELAIDA.

Lo mejor es que no te empeñes en quitármelo. Yo estoy en mi derecho, y tú no.

DON LORENZO.

Á ver, á ver, ¿qué quiere decir eso?

ADELAIDA.

Que un padre no tiene derecho á tiranizar la razón de sus hijos.

DON LORENZO.

Señor, ¿adónde vamos á parar?

ADELAIDA.

Conque trae.

Quitándole el libro de la mano con mucha calma. Vuelve á sentarse y sigue leyendo.

DON LORENZO.

¡Esto es hecho! Ya no hay respeto, ni obediencia, ni..... Castigue Dios á todo el que tenga la culpa.

DAMIÁN.

Bajo á D. Lorenzo, acercándose á él sin poder contenerse.

¡Pobre de usted si Dios le oyese!

DON LORENZO.

Muy exasperado.

Pero ¿qué diablo quiere usted que yo haga?

DAMIÁN.

Antes podía usted haber hecho una cosa.

DON LORENZO.

¿Cuál?

DAMIÁN.

Educar mejor á su hija.

DON LORENZO.

¡Me gusta! Mi hija se ha educado en Inglaterra. Es el portento de Madrid.

DAMIÁN.

Con efecto: sabe cuanto hay que saber, menos.....

Andrea cruza el campo de izquierda á derecha.

DON LORENZO.

¿Menos qué?

DAMIÁN.

Nada: menos respetar á su padre.

DON LORENZO.

¡Ya! ¿Usted querría que la hubiese criado al estilo antiguo, dando que reir á la gente, verdad? ¡Ni quién había de figurarse!..... Y ahora, ahora, ¿qué puedo hacer?

DAMIÁN.

Ahora puede usted hacer otra cosa.

DON LORENZO.

Con ansiedad.

¿Cuál? Sepamos.

DAMIÁN.

Romperle una silla en la cabeza.

DON LORENZO.

Muy exasperado.

Mire usted que no estoy para bromas.

DAMIÁN.

En el mismo tono que D. Lorenzo.

Ni yo.

ESCENA VI.

DICHOS y ANDREA.

ANDREA.

Asomándose á la puerta de segundo término de la derecha.

¿Se puede entrar?

DAMIÁN.

Es Andrea.

DON LORENZO.

Adelante.

ADELAIDA.

(¡Ella aquí!)

ANDREA.

Dios guarde á ustedes, señores y señora.

DON LORENZO.

Buenos días, chiquita.

ANDREA.

Vengo..... porque mi padre me ha mandado venir.

DAMIÁN.

No te turbes. Ya sabes que el señor don Lorenzo te quiere mucho.

ANDREA.

Ya lo sé; y también que es muy bueno.

DON LORENZO.

Gracias. ¿Y qué quiere tu padre?

ANDREA.

Quiere..... que le diga á usted una cosa; pero ¡me da tanta vergüenza!

ADELAIDA.

(¿Qué será?)

DON LORENZO.

(¿Vendrá á pedir?)

DAMIÁN.

Habla sin miedo.

ANDREA.

A Damián.

Bien. Estése usted á mi lado (A D. Lorenzo.) Pues mi padre me ha mandado venir á decirle á usted..... (Tapándose la cara con el delantal.) ¡Qué vergüenza me da!

ADELAIDA.

Con aspereza.

Ea, despacha ó vete.

ANDREA y DAMIÁN.

Andrea con susto y pena. Damián con indignación que difícilmente reprime.

¡Oh!

DON LORENZO.

A su hija, en tono de reconvención.

¡Mujer!

ANDREA.

Llorando.

¡Ay, señorita, no se enfade usted conmigo, por Dios!

DON LORENZO.

No se enfada, no; sino que.....

ANDREA.

Bien veo que estoy cansando á ustedes, pero..... En fin, allá va. (Como haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma.) Pues ha de saber usted que ese caballero que está aquí..... ese que es tan buen mozo..... (Adelaida hace un movimiento involuntario y dirige á Andrea una mirada de furor.) (¡Oh! ¡Qué miradas me echa la señorita!)

Con susto.

DON LORENZO.

(¿Adónde irá á parar?)

DAMIÁN.

Sigue, hija mía.

ANDREA.

Ese.....

DON LORENZO.

Bien; Quiroga.

ANDREA.

Así creo que se llama; el señor Quiroga. Pues al

día siguiente de su llegada se encontró conmigo en el campo, y me dijo..... que era muy bonita.

DON LORENZO.

Sonriéndose.

¡Oiga!

DAMIÁN.

(¡Pillastre!)

ADELAIDA.

Con ansiedad.

¿Y tú qué le dijiste á él?

ANDREA.

Yo, nada. Cuando alguno me ve al pasar por aquí, suele decirme: «Vaya una cara de cielo que tienes, criatura», ó «Dios bendiga tus ojos, muchacha», ó así: y yo saludo, agradeciendo la buena voluntad, y me quedo tan serena y alegre. (Con ingenuidad candorosa.) Cuando ese otro se acercó á mí, tuve miedo; cuando me miró, cerré los ojos; cuando me habló, eché á correr. Y entré en casa corriendo. Y mi padre me dijo: «¿Por qué vienes tan de prisa, muchacha?» Y yo le respondí: «Porque dejé la comida á la lumbre.» «¿Por qué vienes tan colorada?» «Porque hoy el sol calienta mucho.» Mire usted: por éstas que antes nunca había yo engañado á mi padre.

Poniendo las manos en cruz y llorando.

DAMIÁN.

Sosiégate.

DON LORENZO.

(No me llega la camisa al cuerpo.)

ADELAIDA.

(¿Le querrá ella? ¿Le querrá?)

Maquinalmente rasga una hoja del libro que tiene en la mano.

ANDREA.

Después le volví á encontrar muchas veces. Yo al verle, siempre huía: él se empeñaba en alcanzarme. Logrólo al fin, y sujetándome por una mano, dijo que me quería y que yo había de quererle á él bien á bien ó por fuerza. Quedé como difunta, sin poder hablar, ni moverme, ni respirar siquiera. Entonces pasó usted por allí cerca sin vernos. (A Damián.) Me dejó. ¡Cuántas bendiciones le eché á usted aquel día!

DON LORENZO.

¡Cuidado con el hombre!

DAMIÁN.

Con vivo interés.

Sigue.

ADELAIDA.

Con impaciencia y encono.

¿No oyes? Que sigas.

ANDREA.

Siempre que yo volvía á casa, mi padre me observaba con atención, y cada día iba poniéndose más triste. Las horas muertas nos pasábamos en silencio, mirándome él como nunca me había mirado, mirando yo al suelo sin pestañear. Mi padre, que apenas tiene vida en el cuerpo, tiene, al parecer, más vida que nadie en el alma. Sentado en su carretón, ve lo que sucede fuera del alcance de sus ojos, le mira á uno á la cara y le ve el corazón. No se rían ustedes; mi padre es adivino. Todo lo había adivinado mi padre; nada se atrevía á decirme. Sabía yo que él lo sabía todo; no me atrevía á decirle nada.

DAMIÁN.

Pero ya se lo habrás dicho, ¿verdad?

ANDREA.

Estaba ayer tarde á la puerta de casa, recogiendo la ropa que por la mañana había tendido al sol, cuando de repente sentí oprimido mi cuerpo. El señor Quiroga me tenía abrazada. Grité sin poderlo evitar. «¿Qué es eso?», dijo desde dentro y casi al mismo tiempo mi padre. Se me cuajó la sangre de espanto. No sabía qué responder. «¿Qué es eso?», gritó de nuevo mi padre con voz muy ronca y alterada. Y sin saber yo qué decir, dije: «Nada, un bicho que me he encontrado encima.» Y seguí forcejeando en silencio para desprenderme de aquellos brazos que me oprimían y abrasaban como si fueran de hierro encendido. «Volveré esta noche; aguárdame», decía él; y yo muy bajito: «Suélteme usted por caridad»; y mi padre, con voz que ya no parecía la suya: «¿Quién está ahí? ¡Andrea! ¡Andrea!» Y aquel hombre me cogió la cabeza con una mano, y fué acercando por fuerza mi cara á la suya, y no pude ya contenerme, y empecé á gritar: «¡Padre! ¡Padre!» ¡Le llamaba cuando el infeliz no puede moverse! ¿Á quién había de llamar?

Con arrebato de dolor.

DON LORENZO.

¡Bribón!

DAMIÁN.

¡Infame!

ADELAIDA.

¡Acaba!

ANDREA.

Acercó mi cara á la suya, y..... ¡Yo no lo quisiera decir! (En la mayor aflicción.) ¡Mi padre me ha mandado decirlo! Y..... ¡Ay Dios de mi vida, no fué mía la culpa!

ADELAIDA.

¿Qué? Dilo.

ANDREA.

¡Me dió un beso en la boca!

Con terror.

ADELAIDA.

¡Oh!

Se levanta arrancando algunas hojas del libro.

DON LORENZO.

¡Si es el diablo en persona!

DAMIÁN.

El agravio da mayor brillo á tu pureza.

ANDREA.

Entré en casa. ¡Reina de los Ángeles! ¡Mi padre estaba en pie! ¡En pie! ¡Diez años há que no le había visto moverse! Luego cayó de golpe desmayado en el carretón, y del carretón al suelo. ¡Creí que se moría! Volvió en sí; tuve que contárselo todo; hasta lo más pequeño. Cuando ya nada tenía que decir, seguía él preguntando. Su rostro á cada palabra mía tomaba diferente color; despedían llamas sus ojos; temblaba de pies á cabeza; el dolor y la rabia le cambiaron de modo, que, turbada yo y sin darme cuenta de lo que hacía, hube de mirarle un momento con atención para convencerme de que era mi padre. Llegó la noche. «Cierra esa puerta; cierra bien.» Obedecí. «Ven acá; más cerca, más cerca.» Obedecí. «Dame una mano; aprieta; no sueltes.» Obedecí. «¡Aquí, *Leal*!» *Leal* es nuestro perro. Y lo dijo de modo, que *Leal* dió un rugido y vino de un salto á nuestro lado. «¡Defiéndela tú; yo no puedo!» Entonces lloró. ¡Lloraba á mares! ¡Yo no sabía que se pudiese llorar tanto! «Reza.» Rezamos un rosario, y otro después, y luego otro. Se

quedó inmóvil y mudo con la vista fija en la puerta. Miraba *Leal* hacia donde su amo. Yo á mi Virgen de los Dolores. Al más leve rumor que sonaba fuera, mi padre se estremecía violentamente, y *Leal* erguía la cabeza gruñendo. ¡Así hemos pasado la noche!

DAMIÁN.

Ya lo ve usted: hay que tomar una resolución tan pronta como enérgica.

DON LORENZO.

¡El Quiroga y su alma!

ADELAIDA.

¡Dile que es un malvado, el más vil de los hombres!

DAMIÁN.

Bendígala á usted el cielo, señorita, por esa noble indignación.

ANDREA.

Sí, ampárenme ustedes; eso quiere mi padre; que alguien me defienda. Ya saben ustedes cómo está. Si me ve abandonada, la pena de no poderme defender le quitará la vida. Ay, tal vez ya..... No, yo no quiero que mi padre de mi alma se muera. Conque le diré que ustedes..... ¡Qué contento se va á poner! Y yo..... yo si vivo cien años, cien años rezaré por ustedes todos los días. ¡Dios se lo pague á usted, señor! (Besando una mano á D. Lorenzo con viva emoción.) Y á usted, señorito. (Corre hacia Damián y le estrecha las manos.) Y á usted..... (Va hacia Adelaida, la cual le dirige una mirada de odio y rencor que la hace detenerse como sobrecogida de espanto.) (¡Qué mirada!) Conque me defenderán ustedes, ¿verdad? (Andando hacia atrás, y de cuando en cuando mira con recelo á Adelaida, que no aparta de ella la vista.) (¡No me quita los ojos!) Por mí no; por el pobrecito baldado. (¡Qué modo de mirarme! ¡Jesús!)

Vase corriendo llena de terror por la puerta de segundo término de la derecha.

ESCENA VII.

DON LORENZO, DAMIÁN y ADELAIDA.

DON LORENZO.

¡Nada respetan los inicuos! ¡Ni la inocencia sin amparo! ¡Ni la ancianidad desvalida!

Dando paseos por la escena sumamente agitado.

DAMIÁN.

Á usted le toca defenderlas.

ADELAIDA.

(¡Ese hombre me perderá!)

Con acento de desesperación. Asómase á una de las rejas del foro. Andrea cruza el campo de derecha á izquierda.

DON LORENZO.

Sí; es preciso hablar á Quiroga.

DAMIÁN.

¡Es preciso arrojarle al punto de aquí!

DON LORENZO.

¿Eh? ¿Qué dice usted?

Manifestando sorpresa y terror.

DAMIÁN.

Únicamente así podrá evitarse un atentado. En estos alrededores no hay habitación ninguna; él no se ha de quedar en el campo; se irá, olvidará á la pobre niña.....

DON LORENZO.

¡Echar de mi casa á Quiroga! ¿Y cómo se hace eso?

DAMIÁN.

Echándole.

DON LORENZO.

¿Y si no se quiere ir?

DAMIÁN.

Se le echa por fuerza.

DON LORENZO.

¡Ave María purísima!

DAMIÁN.

¿No somos cuatro contra él?

DON LORENZO.

¡Cuatro hombres de bien contra un tunante!

DAMIÁN.

¡Vive Dios que los cien gallegos que se dejaron robar porque iban solos, tenían á quien parecerse: á los hombres de bien!

DON LORENZO.

Usted todo lo saca de quicio. ¡Le hablaré! ¡Vaya si le hablaré!

DAMIÁN.

¿Y cree usted que le hará caso?

DON LORENZO.

¡Maldito! (El Conde y Juanito cruzan por el campo de izquierda á derecha haciendo grandes aspavientos y como si hablasen acaloradamente el uno con el otro.) Si él se ha propuesto deshonrar á esa niña.....

DAMIÁN.

¿Usted dejará que la deshonre?

DON LORENZO.

Y matar á ese anciano.....

DAMIÁN.

¡Usted dejará que le mate!

DON LORENZO.

Y hacernos reventar á todos de un sofocón.....

DAMIÁN.

¿Usted consentirá que todos seamos juguete de un malvado?

DON LORENZO.

¡Dale! ¡Yo no soy don Quijote!

DAMIÁN.

¡Ni Sancho Panza tan siquiera!

DON LORENZO.

Yo me lavo las manos.

DAMIÁN.

Lo que antes decíamos: también se lavó las manos Pilato; ¡y no hay manos más sucias que aquellas manos tan lavadas!

ESCENA VIII.

DICHOS, EL CONDE y JUANITO.

El Conde y Juanito entran por la puerta de segundo término de la derecha, dando muestras de indignación y enfado.

EL CONDE.

¡Esto es por demás!

JUANITO.

¡Vaya con el señor Quiroga!

DON LORENZO.

¿Quiroga?

Yendo hacia ellos.

DAMIÁN y ADELAIDA.

¿Qué?

Acercándose á ellos también.

EL CONDE.

Durante el paseo nos ha comunicado su propósito de..... (Conteniéndose por estar delante Adelaida.) Pues..... de ena morar á la hija del paralítico.

DON LORENZO.

Sí; ya sabíamos las intenciones de ese Barrabás.

JUANITO.

Pues al volver aquí.....

EL CONDE.

Nos la hemos hallado en el camino.

DAMIÁN.

¿Y qué?

Todo el diálogo hasta el final de este acto debe ser rapidísimo.

ADELAIDA.

¿Qué?

JUANITO.

En cuanto ella le vió, echó á correr.

EL CONDE.

Y él detrás.

DAMIÁN y ADELAIDA.

¡Oh!

DON LORENZO.

¡Dios nos la depare buena!

EL CONDE.

¡Y la infeliz iba dando unos alaridos!

JUANITO.

¡Como si la persiguiese el demonio!

DAMIÁN.

¿Y ustedes?.....

Con indignación y rabia.

EL CONDE.

¡Nosotros nos hemos venido escandalizados!

Con mucho énfasis.

JUANITO.

¡Horripilados!

Con énfasis todavía mayor, enterneciéndose.

DAMIÁN.

¡Oh!

Dirigiéndose hacia el foro.

DON LORENZO.

¡No se comprometa usted!

Deteniéndole.

EL CONDE.

¡Mire usted que ese hombre!.....

JUANITO.

¡Si se llega á enfadar!.....

DAMIÁN.

¡Suelte usted! (A D. Lorenzo, desprendiéndose de él.) ¡Paso! (Al Conde y Juanito.) ¿Villanía les parece á ustedes dañar al desvalido? Pues no defenderle pudiendo, ¡también es villanía!

Vase precipitadamente por la puerta de segundo término de la derecha.

ESCENA IX.

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO y ADELAIDA.

Adelaida va á una de las rejas, y asida con una mano á los hierros, mira hacia fuera con ansiedad hasta el final del acto. Don Lorenzo, el Conde y Juanito pasean aceleradamente por el escenario en encontradas direcciones, manifestándose muy agitados y hablan con tono aún más enfático y declamatorio que de costumbre. Se ve cruzar por el campo á Damián, sin sombrero, y andando tan de prisa como su cojera se lo permite.

DON LORENZO.

¡Seducir á una criatura inocente!

JUANITO.

¡Único sostén de un padre enfermo y viejo!

Llorando.

EL CONDE.

¡Atropellar toda ley humana y divina!

ADELAIDA.

(¡Capaz me siento de matarle!)

DON LORENZO.

¡El mundo está perdido!

EL CONDE.

¡La sociedad sucumbe!

JUANITO.

¡Llegaron los tiempos del Antecristo!

DON LORENZO.

¡Qué escándalo!

Dejándose caer en una silla á la izquierda y sacando la petaca.

EL CONDE.

¡Qué desdicha!

Sentándose á la derecha y sacando la caja de rapé.

JUANITO.

¡Qué abominación!

Tomando también asiento, separado de los otros dos, y sacando el cucurucho de los caramelos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, JUANITO, y después DON LORENZO.

JUANITO.

¡Buena está la paz que don Lorenzo nos prometía! ¡En el campo, en un desierto, como quien dice, hallar estos belenes!

EL CONDE.

No queda ya rincón de tierra hasta donde no se haya extendido la plaga de los tunos.

JUANITO.

La peor de todas las conocidas.

EL CONDE.

¡Me río yo de las moscas y las ranas de Egipto!

DON LORENZO.

¡Día fatal! ¡Qué día!

Entrando por la primera puerta de la derecha.

JUANITO.

¿Está peor esa muchacha?

DON LORENZO.

No: se le va calmando la convulsión; va desapareciendo el terror que la dominaba; ya no chilla ni..... Pero se ha quedado como alelada, en un estado de

postración que da miedo. Me ahorcaría de mejor gana que lo digo.

EL CONDE.

¡Esta gente del campo toma tanto cariño á los animales!

JUANITO.

No me hubiera yo llevado menor susto que Andrea. ¡Matarle su perro! El señor Quiroga no tiene entrañas.

DON LORENZO.

Pero si la chica se acongojó, allá en su casa que la hubieran sufrido. Y no que Damián, para que su padre no la vea con la pataleta, sin encomendarse á Dios ni al diablo, la trae aquí y nos hace cargar á nosotros con el mochuelo. ¡Ay, qué Damián de mis pecados! Créanlo ustedes: las personas demasiado buenas son insufribles.

JUANITO.

Lo que es yo, le voy cobrando miedo. Si parece que come víboras y que bebe aguarrás.

EL CONDE.

Y ¡qué insolente! Nos trata como á iguales. ¡Yo no sé adónde vamos á parar con el espíritu democrático de este siglo!

DON LORENZO.

En fin—vean ustedes—ya se la lleva á su casa. (Señalando á las rejas del foro, por las cuales se ve pasar de derecha á izquierda á Damián y Andrea. Ésta va apoyada en aquél.) ¡Gracias á Dios! Pues ¿y Quiroga? ¿Y Quiroga?

Con enojo.

JUANITO.

Quiroga tiene por oficio el escándalo. Hoy el escándalo es un oficio como otro cualquiera.

EL CONDE.

Mejor que otro cualquiera.

DON LORENZO.

¡Buen susto se ha llevado mi pobre hija!

JUANITO.

No ha sido para menos el lance.

DON LORENZO.

Y ¿por qué he de tolerar yo que un belitre con sus desórdenes.....? Además, algo hay que hacer en favor de Andrea: hay que evitar la desdicha que la amenaza.

EL CONDE.

¿Quién lo duda? Nuestra obligación es amparar á la inocencia.

JUANITO.

Para estas ocasiones son los hombres de bien.

DON LORENZO.

¿Conque les parece á ustedes conveniente que le hable gordo?

EL CONDE.

Sí, señor; á mí me parece conveniente que le hable usted gordo.

JUANITO.

Todo lo gordo que usted quiera.

DON LORENZO.

Pero ayúdenme ustedes.

EL CONDE.

Yo, cuando llega el caso, bien que guardando cierta regla y medida, sé decir cuatro frescas al lucero del alba.

JUANITO.

Mire usted: á mí rara vez se me hinchan las narices; pero en llegándoseme á hinchar.....

ESCENA II.

DICHOS y QUIROGA.

Aparece y detiénese en la primera puerta de la derecha, con sombrero y bastón.

DON LORENZO.

Convenido: en cuanto el señor Quiroga se nos ponga delante, firme en él.

Quiroga se habrá ido acercando á ellos sin que le sientan.

QUIROGA.

Pues me pongo detrás.

Poniéndose á espaldas de los otros.

DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO.

¡Oh!

Estremeciéndose.

EL CONDE.

(¡Qué bromas tan pesadas!)

JUANITO.

(¡Es gusto hacerle á uno dar repullos!)

QUIROGA.

Conque decían ustedes que..... ¡firme en él!

DON LORENZO.

Venga usted acá, demoniejo: ¿por qué ha matado usted al perro de Andrea?

QUIROGA.

Porque el perro de Andrea se empeñaba en averiguar á qué saben mis pantorrillas.

DON LORENZO.

¡Si usted no hubiera perseguido á su ama!

QUIROGA.

Bah, no faltaba más sino que los perros se metie-

ran en lo que no les va ni les viene. Miren ustedes el cuerpo del delito.

Desnudando el estoque de su bastón.

DON LORENZO.

Guarde usted eso.

QUIROGA.

En París lo compré: ¡una alhaja!

Esgrimiendo el estoque.

EL CONDE.

Frío siento de verlo.

JUANITO.

Yo frío y calor.

QUIROGA.

El perro acometiéndome por delante; el señor Ortiz siguiéndome con destempladas voces..... Milagro fué que, después de atravesar al chucho, no hiciera lo mismo con ese nuevo amparador de doncellitas menesterosas.

DON LORENZO.

Pero vamos á ver: ¿no sería mejor que usted dejase en paz á la chica?

QUIROGA.

¿Y por qué había de ser mejor? La chica me gusta.

JUANITO.

(Ande usted con él.)

Bajo á don Lorenzo después de haberle tirado de la levita.

DON LORENZO.

Sí, pero ya ve usted..... Como la pobrecilla está sola.....

QUIROGA.

Por eso quiero yo acompañarla.

JUANITO.

Como no tiene amparo.....

QUIROGA.

En mí tendrá el que necesite.

EL CONDE.

Como su padre es viejo y está paralítico.....

QUIROGA.

Ojalá que un día amaneciesen paralíticos todos los padres de este mundo.

DON LORENZO.

(¡Primero ciegues, condenado!)

EL CONDE.

(¡Que no te diera el tifus!)

JUANITO.

(¡Ya escampa!)

DON LORENZO.

(¡Ánimo!) Quiroga: (Con tono resuelto.) yo no puedo consentir que usted pierda á esa pobre niña. ¡No puedo consentirlo!

Tira al Conde del faldón de la levita.

EL CONDE.

(¡Valor!) ¡La honra de una doncella es sagrada muy sagrada, caballerito!

Tira á Juanito del faldón de la levita.

JUANITO.

(¡Pecho al agua!) Lo que usted quiere hacer no tiene disculpa. ¡Vamos, que no la tiene!

QUIROGA.

¿Hablan ustedes con formalidad? Pues más valía, señor don Lorenzo, que en vez de tomarse tanto interés por una muchacha desconocida, se abstuviese usted de seducir á las mujeres de sus amigos.

DON LORENZO.

(¡Santa Bárbara!)

QUIROGA.

Y ¡qué mujer! Una jamona que no vale dos cuartos.

DON LORENZO.

¡Quiroga!

Siguiéndole.

QUIROGA.

¡Aquel pobrecito, que se va tan descuidado á la oficina!

DON LORENZO.

Hombre, hombre, ¡mire usted lo que dice!

QUIROGA.

Con achaque de protegerle para que no pierda el destino.....

DON LORENZO.

Supongo que ustedes no creerán eso de la jamona.

EL CONDE.

¡Ca!

JUANITO.

No, señor.

QUIROGA.

¿Que no? Pues miren ustedes, se llama.....

DON LORENZO.

¡Chito! (Tapándole con una mano la boca.) ¡No comprometa usted á nadie! Mi hija está mala, ¡muy mala! Voy á ver dónde se ha metido..... Voy á ver qué hace.....

QUIROGA.

Por mí, vaya usted bendito de Dios.

DON LORENZO.

(¡Todo por la Andreita!..... ¡Á ver cómo no se la lleva el demonio!)

Vase muy de prisa por la segunda puerta de la derecha.

ESCENA III.

EL CONDE, JUANITO y QUIROGA.

QUIROGA.

Usted, señor Conde, siquiera tiene mejor gusto. La modistilla es muy salada.

EL CONDE.

¡Canario!

QUIROGA.

Y desde que la lleva usted con tanto lujo.....

EL CONDE.

Señor Quiroga, mire usted que esas chanzas.....

QUIROGA.

Verdad es que se gasta usted un dineral con ella.

EL CONDE.

Juanito, supongo que usted no creerá.....

JUANITO.

Ni por pienso.

QUIROGA.

¡Un hombre casado! ¡Un padre con cinco hijos!

EL CONDE.

Voy á ver..... ¡Tengo un picor en este hombro!..... Aquí debe haber pulgas.

QUIROGA.

¿Quién le detiene á usted?

EL CONDE.

(¡Pues aunque reventara esa chica!.....)

Vase por la primera puerta de la derecha.

ESCENA IV.

JUANITO y QUIROGA.

QUIROGA.

Usted, seráfico mancebo....., usted no ha seducido á nadie.

JUANITO.

Con aire de satisfacción.

Lo que es yo.....

QUIROGA.

Se ha dejado usted seducir por una viuda de alta clase muy llena de piezas y remiendos.

JUANITO.

¡Falso! ¡Calumnia!

QUIROGA.

¡Contentarse con una vieja! ¿No sabe usted que para cada hombre hay siete mujeres?

JUANITO.

Pues crea usted que algún tuno se ha guardado catorce.

QUIROGA.

Á no ser que usted lo haga creyendo que amar á una vieja es penitencia y no pecado.....

JUANITO.

No, si yo..... Delante del Conde y don Lorenzo finjo desaprobar su conducta de usted, porque como ellos la echan de timoratos..... ¡Buen par de maulas! Pero usted hace bien..... La Andregüela es preciosa, y..... ¡Vaya, muy bien! ¿Eh? (Haciendo como que oye que le llaman.) El Conde me llama. Abur.

Dirígese precipitadamente hacia la primera puerta de la derecha.

QUIROGA.

Riéndose.

No tropiece usted.

JUANITO.

(Cristo se metió á redentor, y le crucificaron. ¿Cuándo acabará uno de escarmentar?)

Vase.

ESCENA V.

QUIROGA y ADELAIDA.

QUIROGA.

Adelaida estará ciega de furor. Una mujer furiosa está casi vencida. Ella es.

Adelaida entra por la primera puerta de la derecha, cerca de la cual permanece, contemplando á Quiroga breves instantes en silencio.

ADELAIDA.

Con tono despreciativo.

¡Villano!

QUIROGA.

Si no me turba la vista el resplandor de tu belleza, estamos solos; si mal no recuerdo, habías jurado que nunca á solas volverías á dirigirme la palabra.

ADELAIDA.

Le hablo á usted para decirle únicamente villano.

QUIROGA.

Cuando sale de una boca tan linda como la tuya es grato á mis oídos.

ADELAIDA.

¿Por qué persigue usted á esa joven?

QUIROGA.

Ya dices algo más.

ADELAIDA.

¿Por qué?

QUIROGA.

¿La has mirado bien á la cara?

ADELAIDA.

¿Por qué?

QUIROGA.

¿No te parece muy bonita?

ADELAIDA.

Acercándose á él rápidamente.

Pero Andrea te odia.

QUIROGA.

¿De qué lo infieres, Adelaida?

ADELAIDA.

No te querrá nunca. Ni tú la quieres á ella. ¡Mentira!

QUIROGA.

Me quiere ya. La querré con el tiempo.

ADELAIDA.

¿Te empeñas en labrar su desdicha?

QUIROGA.

Me empeño..... La sinceridad es un defecto incorregible. Me empeño en vengarme de ti. Los medios de que para ello me valgo no dejan de tener alguna eficacia.

ADELAIDA.

¿De que te he querido te vengas?

QUIROGA.

¿Tú me has querido?

ADELAIDA.

Irónicamente.

Yo á ti, no; tú á mí, sí.

QUIROGA.

Dos veces creí amar en mi vida. Me equivoqué una vez. ¡Ojalá que también me hubiese equivocado la otra! Una mujer al fin trocó mi corazón de rey en esclavo. Tú, Adelaida. Y nada callaré. Verme esclavo de una pasión me dió ira y vergüenza. Te amé porque no estuvo en mi mano evitarlo. Porque te amé, porque te idolatré, por eso empiezo á odiarte. No se aborrece á una mujer sin haberla querido mucho primero.

ADELAIDA.

Tú me querías, Leandro, ¿y yo á ti no? Exiges que á todo el mundo oculte nuestro cariño como secreto vergonzoso; tomas con el mayor afán precauciones para que nadie lo descubra; me amenazas con que no volveré á verte jamás si mi padre llega siquiera á sospecharlo; y yo, ciega de amor, acepto para un trato amoroso las condiciones de un pacto criminal. Quieres que huya contigo; osas proponerme que viva á tu lado, sin poderte llamar esposo. ¿Y yo lo oí? ¡Y yo, después de haberlo oído no te aborrezco! ¿Y dices que no te amo? ¿Y dices que tú me quieres á mí? Dices cosas, á fe mía, que, aun diciéndolas tú, más que por un malvado, parecen dichas por un loco.

QUIROGA.

Respóndeme. ¿No te he revelado yo mi falta de creencias? ¿No sabes que para mí no hay más Dios que la naturaleza creadora de lo que nuestros ojos ven y tocan nuestras manos? Pues jurándote amor y fidelidad en el templo de un Dios cuya existencia sabes que niego, ¿qué farsa hubiéramos representado tú y yo? Mi papel en ella, ridículo; tu papel, ridículo y abominable. Piensa qué es peor, Adelaida: si creer á medias ó no creer.

ADELAIDA.

¿Y por qué aguardaste á ser dueño de mi corazón para dejarme ver todos los horrores del tuyo?

QUIROGA.

¿Y por qué, desdichada, habiendo en ti fuerza y brío para cruzar como águila espacios sin límite encendidos en la llama del sol, te dejas aprisionar por telas de araña en el estrecho y obscuro nido de las preocupaciones vulgares? Leve soplo bastaría para romper tales cadenas. Rómpelas, vida mía; y vuelve á quien tan sólo puede amarte como tú debes ser amada. ¿Me quieres más que á todo? Por última vez te lo pregunto. Más que á todo te querré yo. Habla.

ADELAIDA.

Con ese amor que tú me pides podrán quizá en otros pueblos del mundo amar las mujeres sin oprobio y deshonra; aquí en España todavía ese amor tiene distinto nombre: se llama prostitución, se llama delito.

QUIROGA.

¡Necio de mí!

Breve pausa, después de la cual dirígese hacia la segunda puerta de la derecha.

ADELAIDA.

¿Adónde vas?

QUIROGA.

¿Qué derecho tiene usted, señorita, á pedirme cuenta de mis acciones?

ADELAIDA.

El que me da mi desventura y tu vileza.

QUIROGA.

Quita; voy á ver si está ya más tranquila esa flor de los campos.

ADELAIDA.

No la verás.

QUIROGA.

¿Sabes lo que hacía el perro del hortelano, Adelaida?

ADELAIDA.

Sé que no puede tener igual tu descaro.

QUIROGA.

Ni tu simpleza. Soy libre. Quedaron rotos para siempre los vínculos que nos unían.

ADELAIDA.

Une el amor estrechamente; el odio, más.

QUIROGA.

Pero ¿qué te propones?

ADELAIDA.

¿Olvidarme? Enhorabuena; olvídame. ¿Ultrajarme? ¡Eso no!

QUIROGA.

¿Cómo has de impedir, insensata, que Andrea me cautive?

ADELAIDA.

Yo creo en Dios aún. ¡Maldígame Dios si llegas á obtener una sola caricia de Andrea!

QUIROGA.

¿Me desafías?

ADELAIDA.

Sí.

QUIROGA.

Andrea será la amada de mi corazón.

ADELAIDA.

No; lo he jurado.

QUIROGA.

Yo juro que sí. ¡Por mi honor lo juro!

ADELAIDA.

¡Por su honor! ¡Este hombre habla de honor!

QUIROGA.

Pronto la verás en mis brazos.

ADELAIDA.

De lo que un hombre infame es capaz, bien lo sabes tú; de lo que es capaz una mujer desesperada, no puedes ni soñarlo.

QUIROGA.

Señalando á la primera puerta de la derecha.

¡No grites!; si hubiera gente en esa habitación..... Si alguien te oyera.....

ADELAIDA.

Que me oigan. ¡No más fingimiento ni disimulo!

QUIROGA.

¿Quieres agotar mi paciencia?

ADELAIDA.

Dirígese hacia la segunda puerta de la derecha.

Quiero que sepa todo el mundo lo que tú no quieres que sepa nadie. Andrea va á saberlo ahora mismo.

QUIROGA.

Detente. Publicándolo te castigarás á ti propia.

ADELAIDA.

Si yo anhelo ser castigada. La culpa tiene sed de castigo.

QUIROGA.

¡Silencio!

ADELAIDA.

¡No!

QUIROGA.

Con tono amenazador.

¡Silencio, ó por mi vida!.....

ADELAIDA.

¿Qué? ¿Me amenazas? ¡Cobarde!

QUIROGA.

¡Adelaida!

ADELAIDA.

El hombre que tiene valor para amenazar á una mujer, para esto no más puede tenerlo. ¿Y tú gozas entre los hombres fama de valiente? Los hombres deben ser muy mentecatos ó muy viles. ¡Cobarde!

QUIROGA.

Asiéndole violentamente una mano.

¡Adelaida!

ADELAIDA.

¡Ay! (Quejándose como si la hubiera lastimado.) Pero ¿usted sabe que me ha hecho daño? ¡Padre! (Gritando fuera de sí.) ¿No hay quien venga á escarmentar á un atrevido?

ESCENA VI.

DICHOS, EL CONDE y JUANITO.

JUANITO.

¿Gritaba usted?

EL CONDE.

¿Qué pasa?

ADELAIDA.

Pasa, que un hombre tan audaz como ruín se atreve á deshacerme una mano entre la suya, en justa pena de haber cometido yo la infamia de quererle.

QUIROGA.

¡Oh!

EL CONDE.

A Juanito, manifestando mucho asombro.

¡Juanito!

JUANITO.

Como el Conde, santiguándose.

¡Ave María Purísima!

ADELAIDA.

Aparta. Voy á casa de Andrea.

QUIROGA.

Pero ¿has perdido la razón?

ADELAIDA.

Ahora estoy recobrándola; ahora que te desprecio.

QUIROGA.

No saldrás.

ADELAIDA.

Ciega de ira.

¿Que no?

EL CONDE.

En tono de súplica.

Pero señor don Leandro.....

JUANITO.

Lo mismo.

Quiroguita.....

ADELAIDA.

¿Que no? ¡Ja, ja, ja! (Soltando una carcajada.) Se empeñó en hacerme reir, y al fin lo ha conseguido. Aparte usted.

QUIROGA.

¿Qué remedio? Es usted una dama.

ADELAIDA.

Usted no es un caballero.

Vase por la segunda puerta de la derecha.

ESCENA VII.

QUIROGA, EL CONDE y JUANITO.

QUIROGA.

Con tono de cólera y amenaza.

Olviden ustedes lo que acaban de oir. ¡Ni una palabra á nadie! ¡Á su padre, menos! ¿Lo entienden ustedes?

EL CONDE.

Muy turbado.

Sí, señor.....

JUANITO.

Lo mismo.

Entendido.

QUIROGA.

¡Á nadie!

Vase por la segunda puerta de la derecha. Adelaida cruza el campo rápidamente de derecha á izquierda.

ESCENA VIII.

EL CONDE y JUANITO.

Ambos se llevan las manos á la cabeza y se pasean por el escenario en encontradas direcciones.

EL CONDE.

¡Esto es inaguantable!

JUANITO.

¡Esto es un horror!

EL CONDE.

¡Y qué suerte de hombre! ¡Quererle una muchacha como Adelaida!

JUANITO.

Señor, ¿en qué consistirá que los pillos tengan tanto partido con las mujeres?

EL CONDE.

La cosa es grave. Ella está muy enamorada, él es un Tenorio.

JUANITO.

Que yo sepa, ha seducido ya á cuatro solteras, ocho casadas y veinticinco viudas.

EL CONDE.

Nosotros somos amigos de su padre.

JUANITO.

Pecaríamos gravemente callándoselo.

EL CONDE.

¡La amistad!.....

JUANITO.

¡El deber!.....

EL CONDE.

Aunque ese matón lo lleve á mal.....

JUANITO.

Que yo sepa, ha matado ya á uno en desafío, y ha herido á nueve.

EL CONDE.

¿Y qué? ¡Se trata de cumplir una obligación! (Quedándose un instante suspenso.) Aunque bien mirado, esto de mezclarse en negocios ajenos.....

JUANITO.

Ya conoce usted el refrán: lo que no has de comer.....

EL CONDE.

¡Cuando uno tiene hijos!

JUANITO.

Si á mí me sucediese algo,—¡pobre mamá!—de fijo se moría.

EL CONDE.

No señor, no; un hombre de bien no se debe meter en líos.

JUANITO.

Que se lo diga su hija, si quiere.

EL CONDE.

Tomando un polvo.

Lo que es yo, como si no supiera nada.

JUANITO.

Comiéndose un caramelo.

Yo tengo una memoria fatal.

ESCENA IX.

DICHOS y D. LORENZO.

DON LORENZO.

Entrando muy sofocado por la segunda puerta de la derecha.

¡Si lo que á uno le sucede!.....

EL CONDE.

¿Eh?

JUANITO.

Bajo, al Conde.

¿Lo sabrá ya?

DON LORENZO.

¿Á que no adivinan ustedes quién se me ha metido por las puertas adentro?

EL CONDE.

Á ver.

DON LORENZO.

¿No oyeron ustedes hablar en Madrid de un ban-

dido famoso, llamado el *Tuerto*, que había matado á su madre anciana y á su mujer recién parida?

EL CONDE.

¡Pues no! ¡Si hubo una consternación general!

JUANITO.

Á mí me dió un síncope cuando me lo contaron. ¡Qué fiera!

DON LORENZO.

Ahí está.

EL CONDE.

Dando un respingo y mirando hacia atrás.

¿Ahí?

JUANITO.

Muy sobresaltado, mirando en todas direcciones.

¿Dónde?

DON LORENZO.

Trataba de ganar la frontera, y descubierto y perseguido por una pareja de la guardia civil, se ha refugiado en esta casa.

JUANITO.

¿Aquí?

EL CONDE.

¡Demonio!

DON LORENZO.

¡Ven ustedes qué desgracia la mía!

EL CONDE.

¿Y usted qué ha hecho?

DON LORENZO.

¡Toma! Recibirle, esconderle, desorientar y despedir con cajas destempladas á los guardias civiles que han llegado poco después, echando el alma por la boca..... Sí; ¡pues bonito es el niño para que se ponga uno mal con él!

EL CONDE.

¡Friolera!

JUANITO.

¡Digo!

DON LORENZO.

¡Un bárbaro que mata á su madre y á su mujer!

EL CONDE.

¡Y es tuerto!

JUANITO.

¡Pues si tuviera los dos ojos!.....

EL CONDE.

Trátele usted bien, don Lorenzo.

JUANITO.

Con mimo, ¿eh? Con mucho mimo.

DON LORENZO.

¡Á cuerpo de rey! Ya he dicho que le den de comer y de beber, y todo lo que pida.

JUANITO.

Y, oiga usted, ¿es muy feo?

DON LORENZO.

¿Qué sé yo? Si creerá usted que cuando uno tiene delante un hombre así, ve, ni oye, ni entiende.

EL CONDE.

¿Y está muy asustado?

DON LORENZO.

Antes, un poco; ahora, tan fresco, y hasta chancero y decidor. Hablando queda con Quiroga.

EL CONDE.

Los dos pueden entenderse muy bien.

DON LORENZO.

Con que hay que ver cómo le ponemos en salvo.

EL CONDE.

Sí, no vayan á echarle el guante.

JUANITO.

¡Esos guardias civiles son tan sagaces y tan pícaros!

DON LORENZO.

Con risita de satisfacción, restregándose las manos.

¡Qué! Si han vuelto atrás. Los engañé como á unos chinos.

EL CONDE.

De todas maneras cuente usted con nosotros.

JUANITO.

Todo lo que haya que hacer en obsequio de ese pobrecito.....

DON LORENZO.

Bien; gracias. Pero qué mozo, ¿eh? ¡Qué tigre!

EL CONDE.

¡Y vaya una policía! ¡Vaya un Gobierno! ¡Haber dejado escapar á un monstruo como ése!

Con tono declamatorio.

JUANITO.

¡Si no se va á poder vivir en el mundo!

DON LORENZO.

¡Dios tenga piedad del género humano!

Saca la petaca y enciende un cigarro.

EL CONDE y JUANITO.

¡Amén!

El Conde tomando un polvo, y Juanito echándose un caramelo á la boca. Breve pausa.

DON LORENZO.

¡Oh, Damián! (Viéndole cruzar el campo de izquierda á derecha.) ¡Y viene hablando solo! Algo trae. No faltaba más sino que éste me armase ahora otra pelotera. ¡Cuando él logre pescarme!.....

Vase por la segunda puerta de la izquierda.

ESCENA X.

EL CONDE, JUANITO, y á poco DAMIÁN.

EL CONDE.

¿Sabe usted, Juanito, que sería prudente buscar un pretexto para salir corriendo, corriendo, de esta Babel?

JUANITO.

Yo estoy ya que se me puede ahogar con un cabello. Sí, señor; vámonos.

DAMIÁN.

¿Qué ha hecho don Lorenzo?

Con vehemencia, entrando por la segunda puerta de la derecha.

EL CONDE.

¿Qué ha hecho?

JUANITO.

(Enfadado viene.)

DAMIÁN.

Supongo que le habrá arrojado ya de aquí.

JUANITO.

¿Á quién? ¿Al *Tuerto*? ¡Bueno fuera!

DAMIÁN.

¿Qué *Tuerto*? Al señor Quiroga.

EL CONDE.

¿Á Quiroga? ¿Está usted en su uicio?

DAMIÁN.

Pero ¿no lo sabe ya todo?

JUANITO.

¿Qué?

DAMIÁN.

¿No sabe ya que ese hombre enamora á su hija?

EL CONDE.

¡Ah!

JUANITO.

¡Ah!

DAMIÁN.

¿No se lo han dicho ustedes?

EL CONDE.

Yo.....

JUANITO.

Nosotros.....

DAMIÁN.

Pero ¿trataban ustedes de ocultárselo?

EL CONDE.

¡Toma usted las cosas de un modo!

JUANITO.

Es mucho que no pueda uno vivir en paz con tirios ni troyanos.

Muy apurado.

DAMIÁN.

¿Dónde está don Lorenzo?

EL CONDE.

Está..... Creo que se ha ido por allí.

JUANITO.

Mire usted que el señor Quiroga nos ha manifestado su formal empeño de que no se le diga nada.

DAMIÁN.

Ya....., sí....., y por eso ustedes..... (Procurando en vano reprimir su indignación.) Doblemos la hoja. Basta.

EL CONDE.

Yo se lo advierto á usted porque luego.....

JUANITO.

Nosotros le queremos á usted bien, y.....

DAMIÁN.

De su cariño de ustedes y del cólera morbo líbreme Dios.

Dirigiéndose hacia la segunda puerta de la izquierda.

ESCENA XI.

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.

Señor Ortiz.....

Llamándole al aparecer en la segunda puerta de la derecha.

DAMIÁN.

Caballero.....

Deteniéndose ya cerca de la segunda puerta de la izquierda.

QUIROGA.

Tenga usted la bondad de oir una palabra.

DAMIÁN.

Diga usted.

Sin acercarse á él.

EL CONDE.

Juanito.....

Dándole á entender que se deben ir.

JUANITO.

Ya verá lo que es bueno.

Bajo al Conde.

EL CONDE.

¡Si no hace más que tonterías!

Vanse los dos por la segunda puerta de la derecha.

ESCENA XII.

DAMIÁN y QUIROGA.

(A gran distancia el uno del otro.)

QUIROGA.

¿Se ha encontrado usted en el camino á esa muchacha?

DAMIÁN.

Sí, señor.

Sin mirarle.

QUIROGA.

¿Le ha contado á usted algo?

DAMIÁN.

Sí, señor.

Breve pausa

QUIROGA.

¿Quiere usted que seamos amigos?

DAMIÁN.

No, señor.

Con rapidez.

QUIROGA.

Categórica es la respuesta.

DAMIÁN.

¿Desea usted preguntar algo más?

QUIROGA.

Sí. ¿Qué piensa usted hacer?

DAMIÁN.

No es difícil adivinarlo.

QUIROGA.

¿Contárselo á su padre?

DAMIÁN.

Ahora mismo.

QUIROGA.

¿Sí?

DAMIÁN.

Sí.

Con firmeza pero sin arrogancia.

QUIROGA.

¿Sabe usted á lo que se expone? (Damián, sin respond echa á andar. Quiroga, corriendo, llega primero que él á la segunda puert la izquierda.) ¡Eh, don Lorenzo! (Llamándole á voces.) Lor cito del alma, venga usted aquí.

DAMIÁN.

¿Usted le llama?

QUIROGA.

Yo.

ESCENA XIII.

DICHOS y DON LORENZO.

DON LORENZO.

¿Qué se ofrece? ¡Damián!

Con disgusto, reparando en él.

QUIROGA.

El amigo Damián que tiene grandes cosas que velarle á usted.

DON LORENZO.

No quiero saberlas. No está ya hoy mi cabeza p más trapisondas.

QUIROGA.

Es preciso que le oiga usted, y á mí cuandc

haya acabado. Hasta luego, hijo mío. (A don Lorenzo.) Hasta luego, señor Ortiz.

Con tono irónicamente amenazador.

DAMIÁN.

Hasta luego.

Con firmeza y sin arrogancia como antes. Quiroga se va por la segunda puerta de la derecha.

ESCENA XIV.

DON LORENZO y DAMIÁN.

DON LORENZO.

Ea, despache usted; ¿qué hay?

DAMIÁN.

¿Qué cree usted que pasaría pudiendo el lobo, cuando se le antojara, acercarse á la oveja?

DON LORENZO.

No lo sé. ¡No me sofoque usted, por María Santísima!

DAMIÁN.

Por María Santísima tengo que sofocarle á usted.

DON LORENZO.

Se quedará usted con la gana. Abur.

Retirándose.

DAMIÁN.

Si no me diera usted lástima.....

DON LORENZO.

¿Qué?

Deteniéndose.

DAMIÁN.

Me daría usted risa.

DON LORENZO.

¡Damián! (Volviendo.) Esto va pasando de castaño obscuro. Usted abusa de mi benevolencia. Si antes fué usted mi amigo, ahora—recuérdelo usted—ahora.....

DAMIÁN.

Ahora no soy más que su criado de usted. Pues bien; el criado, viendo que en casa de su amo hay ladrones, y que su amo, con el mayor sosiego del mundo, duerme á pierna suelta, cree que le debe llamar, y le llama; pero el buen señor tiene el sueño de plomo, y—¿qué remedio?—el criado le ase de un brazo y le sacude violentamente, y con toda la fuerza de sus pulmones le grita: «¡Eh, vamos, abra usted los ojos, despierte usted, que si no antes de que haya usted sacudido ese maldito sueño, le habrán robado su tesoro!»

DON LORENZO.

¿Qué me quiere usted decir? (Dando señales de vivo interés y turbación.) No le entiendo á usted.

DAMIÁN.

Y el amo se mueve y habla al fin; pero aún no entiende á su criado. ¡Ya se ve; de un sueño profundo no puede uno despertarse de golpe! ¡Su hija de usted ama á Quiroga!

DON LORENZO.

¡Jesús!

Con asombro y terror.

DAMIÁN.

Con inocencia todavía; dé usted gracias á Dios. Quiroga ha osado proponerle que huya con él para ser su manceba.

DON LORENZO.

¿Qué dice usted? ¡Si no es posible! ¡No es posible!

DAMIÁN.

El amo se restriega los ojos porque la luz se los ofende.

DON LORENZO.

¿No hace el amor á esa aldeana?

DAMIÁN.

Para vengarse de Adelaida, que rechazó su vil intento.

DON LORENZO.

¿Quién le ha engañado á usted? ¿Quién le ha contado ese disparate?

DAMIÁN.

Su hija de usted me lo ha contado.

DON LORENZO.

¡Mi hija!

DAMIÁN.

¡Está fuera de sí la cuitada! ¡Está celosa!

DON LORENZO.

Pero ¿es verdad?

DAMIÁN.

El Conde y Juanito han sido testigos de su desesperación.

DON LORENZO.

¡Ellos lo sabían!

DAMIÁN.

Sí, señor; lo sabían.

DON LORENZO.

¡Y no me han dicho nada!

DAMIÁN.

¡Ca! no, señor; esos caballeros son muy hombres de bien.

DON LORENZO.

Dios mío, ¡si no puedo creerlo!

DAMIÁN.

¿No puede usted creer que un infame haga infamias? ¿Qué diablos puede usted creer?

DON LORENZO.

¡Habiéndole recibido en mi casa! ¡Habiéndole tratado como á un amigo!

DAMIÁN.

Por eso cabalmente. Depositar confianza en un bribón de quien sabe uno que no la merece, ¿qué es sino autorizarle para que abuse de ella?

DON LORENZO.

Pero si usted no comprende aún toda la odiosidad de su culpa. De su culpa, sí; de su crimen. ¡Damián!..... ¡Qué horror!..... (Sin atreverse á continuar.) ¡Damián!..... ¡Es casado!

Con acento de desesperación.

DAMIÁN.

¡Casado!

DON LORENZO.

Allá en América..... Un matrimonio secreto..... Una de las suyas..... Se valió de mí.....

DAMIÁN.

¿Y usted le ayudó también entonces?

DON LORENZO.

Dejó abandonada á su mujer..... Volvió á España sin ella..... Quiso que le guardara el secreto..... Me rogó que nada dijese.....

DAMIÁN.

¿Y usted no dijo nada? ¿Y ese hombre ha podido obtener de una y otra cándida virgen que le admitiese por amante con la legítima esperanza de que el amante se trocara en esposo? ¿Y usted, conociéndole, usted, no satisfecho con tan aborrecible engaño, coge de la

mano al seductor y le trae á su casa? ¡Dios justiciero! Necesitaba un cómplice el seductor..... ¡Le halló en el padre de la víctima!

DON LORENZO.

¡Damián, por compasión!

DAMIÁN.

Que se hagan picardías por algo que se apetezca ó ambicione, ya me lo explico, ya lo entiendo; el hombre tiene pasiones violentas y ruines apetitos; pero que se hagan sin necesidad, ni provecho, ni gusto, ¡vive Dios que esto es lo que no puedo entender! La infamia bien retribuída me indigna menos que la infamia de balde.

DON LORENZO.

Bien....., sí; pero no perdamos el tiempo. Yo estoy aturdido..... Aconséjeme usted..... ¿Qué le parece á usted que hagamos?

DAMIÁN.

¿Qué hemos de hacer? Dejar que ese caballero siga adelante en el empeño de seducir á su hija de usted. Y mientras lo consigue, nosotros diremos que no somos Quijotes, y nos lavaremos muy bien las manos, y declamaremos contra los males de la sociedad á lengua batiente. Verá usted.

DON LORENZO.

¡Damián!

DAMIÁN.

¡La sociedad está perdida! (Imitando el tono declamatorio de D. Lorenzo, y paseando muy de prisa como él acostumbra hacerlo.) ¡La corrupción es universal! ¡No hay quien pueda con los bribones! ¡Desdichados de los hombres de bien! ¿Quiere usted un cigarro?

Sacando la petaca y ofreciéndoselo.

DON LORENZO.

¡Es usted implacable!

DAMIÁN.

Señor don Lorenzo, aquí estoy á su lado de usted; disponga usted de mí, de mi vida.

DON LORENZO.

Gracias; Dios se lo premie á usted. ¿Qué haremos?

DAMIÁN.

¿Qué? Sacarle de aquí arrastrando.

DON LORENZO.

¡Por los clavos de Cristo!..... Eso no..... Merecía que le matase..... Es verdad..... (Con ira.) Pero más ruido..... (Cambiando de tono.) Otro escándalo..... Ya sabe usted que los hombres de bien no servimos para estas cosas.

DAMIÁN.

¡Dale! Ya sé que los hombres de bien no sirven para nada.

DON LORENZO.

Bastante grande es mi desdicha. No la empeoremos en vez de remediarla. Calma..... Prudencia.....

DAMIÁN.

No, no; si hay que tener prudencia no cuente usted conmigo; yo—bendito Dios—no la gasto.

ESCENA XV.

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.

Apareciendo en la segunda puerta de la derecha.

¡Charlando todavía!

DON LORENZO.

Como asustádo de la impudencia de Quiroga.

¡Eh!

QUIROGA.

Desde la puerta.

¿Va á durar la plática hasta el día del juicio?

DON LORENZO.

Bajo á Damián.

Pero ¿es creíble su impudencia?

DAMIÁN.

Como si quisiera arrojarse sobre Quiroga.

Si no mirara.....

DON LORENZO.

¡Quieto! (Bajo, conteniéndole.) Yo soy quien debe confundirle. Déjeme usted solo con él.

DAMIÁN.

Que se vaya al punto de aquí ó de nada respondo.

DON LORENZO.

Se irá. (Vase Damián por la segunda puerta de la izquierda, dirigiendo á Quiroga miradas de amenaza.) (No sé qué experimento al verle.)

Manifestando turbación y terror.

ESCENA XVI.

DON LORENZO y QUIROGA.

QUIROGA.

Acercándose á él.

El señor Ortiz le ha contado á usted que su hija me quiere.

DON LORENZO.

Con efecto.....; eso me ha contado; y como usted

ve, el asombro y la indignación apenas me permiten hablar.

QUIROGA.

Razón sobrada tiene usted para enojarse. Yo en su lugar de usted me hubiera irritado más todavía.

DON LORENZO.

Celebro en el alma, caballero, que usted reconozca el derecho que me asiste á pedirle severa cuenta de proceder tan incalificable.

QUIROGA.

Lo que es yo, á decírseme que un hombre casado galanteaba á una hija mía, creo que sin darle tiempo á disculparse le hubiera acogotado.

DON LORENZO.

(¿Se burla este demonio?)

QUIROGA.

Usted como persona de juicio no habrá podido menos de considerar que las apariencias engañan, y que no se debe condenar á nadie sin oirle primero.

DON LORENZO.

Siendo cierta la culpa, ¿qué alegará usted en su abono?

QUIROGA.

Calma, y óigame usted.

DON LORENZO.

Enhorabuena: veamos lo que usted se atreve á decirme.

QUIROGA.

Pues ya sabe usted que su hija es hechicera.

DON LORENZO.

¿Y qué?

QUIROGA.

Que yo solía echarle flores. No trato de atenuar mi

falta; pero cuando uno está al lado de una mujer bonita, ¿qué ha de hacer?

DON LORENZO.

(No podré contenerme.)

QUIROGA.

Adelaida lo tomó por lo serio, y se enamoricó de mí.

DON LORENZO.

Dando señales de impaciencia.

Adelante.

QUIROGA.

¿Qué remedio? Resolví dejarme querer.

DON LORENZO.

Exasperado.

¿Sí?

QUIROGA.

Sí, señor; en obsequio de ella y de usted.

DON LORENZO.

Á ver, explíqueme usted ese acertijo.

QUIROGA.

Me figuré que aquello no sería más que fugaz capricho de niña y que, no oponiéndole resistencia, pasaría más pronto. Me equivoqué. ¡Ay, amigo mío, no hay en la tierra dos mujeres iguales! Creí llegado el caso de romper con ella bruscamente, y al efecto le dije que yo tenía hecho voto de no casarme nunca. ¡Me parece que el sinapismo!..... Pues, señor, tampoco este sinapismo dió el resultado apetecible. Se la trajo usted aquí. Vi el cielo abierto. Pero cuando vine con intención de hacerle á usted una visita de media hora, usted se empeñó en que me detuviera algún tiempo á su lado. Y ¡qué terco se puso usted! Si aquel día soy basilisco, le mató á usted con los ojos. Me quedé

para completar mi obra enamorando á esa zafia campesina en quien había reparado al venir. Era otro sacrificio. ¿Y qué? Yo no debía omitir ninguno, á fin de corresponder como buen caballero á la amistad de que á usted soy deudor, curando radicalmente á su hija. ¿Qué tal? Á ver, santo varón; dígame usted qué más podía yo haber hecho.

DON LORENZO.

(¡Si es cosa de matarle!)

QUIROGA.

¿No responde usted? Cuando presumí que se me darían las gracias.....

DON LORENZO.

(¡Esto más!)

QUIROGA.

Que se me tenderían los brazos.....

DON LORENZO.

Pero ¿se burla usted?

QUIROGA.

¿Burlarme? ¿Duda usted acaso de la sinceridad de mis palabras? ¿Le parece á usted que, á ser mi intención conseguir favores de Adelaida, no los hubiera conseguido? Mal me conoce usted, muy mal; y ¡vive Dios! que si me hiciera usted caer en la tentación de probarle que se equivoca.....

DON LORENZO.

No, no, si yo no dudo.....; pero.....

QUIROGA.

Pero ¿qué? Hable usted con franqueza.

DON LORENZO.

¿Por qué no declaró usted á mi hija que era casado?

QUIROGA.

¡Revelar á una muchacha mi secreto!

DON LORENZO.

¿Y por qué no me dijo usted á mí lo que sucedía?

QUIROGA.

Porque entonces usted se lo hubiera revelado. Aun ahora temo que falte usted á la palabra que me tiene dada, y no estará de más advertirle que si á ella faltase alguna vez.....

Con tono de amenaza.

DON LORENZO.

(¡Caramba, y yo que se lo he dicho al otro!)

Con susto.

QUIROGA.

Ahora, en prueba de mis hidalgas intenciones, estoy resuelto á obedecerle á usted con los ojos cerrados. ¿Sigo enamorando á esa chica ó me voy? Elija usted.....

DON LORENZO.

Yo preferiría.....

QUIROGA.

Que me fuese, ¿verdad?

DON LORENZO.

¿No cree usted que esto sería lo más acertado?

QUIROGA.

Yo haré lo que usted mande. Acabo de hablar con ese hombre á quien persigue la justicia. Me ha conmovido: yo compadezco todo género de infortunios. Verá usted lo que se puede hacer. Ustedes, á la hora de costumbre, se acuestan, y allá á las dos ó las tres de la madrugada tomo su coche de usted; con un traje de cochero se encarga de guiarle ese hombre, y nos vamos juntos los dos.

DON LORENZO.

Bien; por mí.....

QUIROGA.

Pero convendrá que con alguna anticipación salgan delante de nosotros á pie Miguel y Antonio, á fin de que vayan explorando el camino y puedan avisarnos de cualquier peligro que pudiera haber en seguir adelante, ó darnos ayuda en caso de necesidad. En Irún recogerían el coche y se volverían con él. ¿Eh?

DON LORENZO.

Bueno; sólo que como todavía no tengo aquí más que esos dos criados.....

QUIROGA.

¿Y qué? No se han de ir hasta que ustedes se hayan acostado, y á las nueve de la mañana estarán ya de vuelta.

DON LORENZO.

Corriente. (¡Con tal de que se vaya!.....)

QUIROGA.

¡Ah! Otra cosa. Oyéndole á usted hablar de sus viajes, he resuelto visitar este año gran parte de Europa. Dos mil duros le trajeron á usted días pasados de San Sebastián: deme usted mil.

DON LORENZO.

¿Qué?

QUIROGA.

En Madrid se los devolveré á usted cuando nos veamos.

DON LORENZO.

Pero.....

QUIROGA.

¡Cómo! ¿No quiere usted dármelos? Enhorabuena. Está usted en su derecho. Pero no será porque desconfíe usted de mí, ¿eh? ¡Si tal supiera!.....

DON LORENZO.

No, señor, no....., sino que.....

QUIROGA.

Hasta ahí podían llegar las bromas.

DON LORENZO.

Pero si yo.....

QUIROGA.

Pediré á Madrid ese dinero por telégrafo..... ¡Verdaderamente que no he dado en toda mi vida mayores pruebas de paciencia! Supongo que por dos ó tres días más que yo esté aquí.....

DON LORENZO.

No, si usted no ha entendido..... Es que no recordaba si tenía con efecto ese dinero disponible. Conque ¿mil duros?

QUIROGA.

Ya no los tomo; no señor.

DON LORENZO.

Le aseguro á usted.....

QUIROGA.

¡Porque he dado á un padre cierto género de explicaciones, se figuran que voy á dejarme sopapear!

DON LORENZO.

Vamos, ¡por favor!

QUIROGA.

¡Le he dispensado á usted ya tantos!

DON LORENZO.

Uno más. Hombre, ¡admita usted ese pico por el amor de Dios!

QUIROGA.

¡Qué pesadez! Lo admitiré. ¡Hagamos el último sacrificio. Ya puede usted agradecérmelo.

DON LORENZO.

Seguramente..... (¡Maldito seas!) ¿Los quiere usted ahora?

QUIROGA.

No hay prisa; tráigamelos usted.

DON LORENZO.

Al momento. (Dirígese hacia la segunda puerta de la izquierda.) (¡Mil duros! ¡En fin, que se vaya!)

QUIROGA.

¡Chis! (Llamándole.) ¡Don Lorenzo! En oro, ¿eh?

DON LORENZO.

Por supuesto, en oro. (¡Qué bribón, Dios mío, qué bribón!)

Vase por la puerta antes indicada.

ESCENA XVII.

QUIROGA.

¿Qué sería de uno si en el mundo no hubiera hombres tan de bien como ése? Á fe que es un bendito. (Breve pausa.) Algo caro se hace pagar *el Tuerto*. Si él no está ahora en la situación más á propósito para acometer nuevas aventuras, yo en cambio le proporciono disfraz y medios convenientes para la huída. ¿Qué importa? Le daré lo que pide. Á bien que paga don Lorenzo. Adelaida ha de arrepentirse de haberme obligado á quererla para reirse luego de mí. No veo el instante de humillarla y desgarrarle el corazón. Andrea es divina: su humildad, su candor, hacen de ella un tipo singularísimo que yo no conocía hasta ahora. Por mi vida, que no me vengo mal.

ESCENA XVIII.

QUIROGA y DAMIÁN.

QUIROGA.

(Hola, el señor Ortiz. (Viéndole entrar por la puerta segunda de la izquierda.) Despachemos con éste. Buenas ganas le tengo, y siquiera se ha de llevar un susto. Por otra parte, si no le hago mío por el miedo, conviene lisiarle un poco para que no pueda estorbar.) ¿Sabe usted lo que digo, señor Ortiz?

DAMIÁN.

¿Qué dice usted?

Acercándose muy tranquilo.

QUIROGA.

Que soy grande apasionado de la simetría, bien que sin negar que por sí sola no constituye la belleza.

DAMIÁN.

¿También de estética sabe usted algo? Es usted un pozo de ciencia.

QUIROGA.

Digo, pues, que cualquiera falta de simetría me lastima los ojos. Y de ahí que no pueda ver con sosiego las piernas de usted; por lo cual me ha de permitir que le tuerza la que aún tiene derecha, para que las dos se queden iguales.

DAMIÁN.

Eso no sería difícil. ¡Ojalá que con tanta facilidad se pudiese enderezar un alma torcida!

QUIROGA.

Sepamos: ¿con qué prefiere usted que se le haga la operación, con plomo ó con acero?

DAMIÁN.

Usted intente corregir mi deformidad con acero ó con plomo, según lo que le parezca mejor, que yo, á mi vez, procuraré hacerle á usted análogo servicio con lo primero que halle á mano.

QUIROGA.

Creo que no me ha entendido usted. Le propongo un duelo. Á mis ojos todos los hombres son iguales.

DAMIÁN.

Á los míos no: á los míos se diferencian mucho los hombres por defuera; más aún por de dentro.

QUIROGA.

Vendremos de todos modos á parar en que, batiéndose conmigo, será usted el honrado.

DAMIÁN.

Tratar con intolerable altivez á los hombres el mismo que los declara iguales, no es cosa tan rara que pueda coger á nadie de susto.

QUIROGA.

¿Hay gran vanidad en presumir que yo valgo un poco más que usted?

DAMIÁN.

Según y conforme. No se mide bien á los hombres sino midiéndolos por el alma, y así medidos, puede resultar el que parecía pequeño, grande, y el que parecía grande, pequeño.

QUIROGA.

El diablo que le entienda á usted, señor Ortiz: unas veces absolutista, y otras veces demócrata.

DAMIÁN.

Ahí verá usted. Consecuencias de no haber vuelto á estudiar nada de política desde que aprendí en la escuela el Catecismo de Ripalda.

QUIROGA.

En resumen: ¿quiere usted batirse conmigo?

DAMIÁN.

No, señor.

QUIROGA.

¿Prefiere usted que le apalee?

DAMIÁN.

Menos todavía.

QUIROGA.

¿Qué he de hacer entonces?

DAMIÁN.

Dejarme en paz.

QUIROGA.

Mucho teme usted á la muerte.

DAMIÁN.

Como que me hace falta la vida para seguirle á usted los pasos.

QUIROGA.

¿Tiene usted apego al oficio de polizonte?

DAMIÁN.

Si el mundo estuviera bien constituído, ¿qué oficio más honroso que el de vigilar á los malos para que no pudieran dañar á los buenos?

QUIROGA.

Y de mí, ¿qué es lo que usted recela?

DAMIÁN.

Sé que piensa usted partir esta noche con un bandido.

QUIROGA.

Y de eso, ¿qué deduce usted, cojitranco de los demonios?

DAMIÁN.

Nada. Usted, con arreglo á sus teorías sobre la

igualdad de los hombres, imaginará sin duda que de usted á un bandido no va el canto de un duro.

QUIROGA.

Será preciso valerme del palo, y no de las manos, porque temería manchármelas.

DAMIÁN.

Don Lorenzo..... En fin, don Lorenzo es todavía mi amo; nada debo decir de él. Dios le ayude. Pero si don Lorenzo nada ha sospechado, ó nada ha querido sospechar, yo, á quien jamás pareció dama de mucha sinceridad la filantropía, necesariamente he debido estimar algo sospechoso ese filantrópico anhelo de salvar con riesgo propio á un foragido, tomando para ello muy singulares precauciones. Ni podrá nadie, que no sea pariente del vecino más famoso de Coria, imaginar de usted que, teniendo á nuestros ojos empeñada su vanidad de seductor incomparable, va á marcharse buenamente de aquí sin procurar por algún medio rescatarla, sin dejar en el camino rastro de vergüenza y dolor, como señal de su nueva lucha y victoria. ¿Quién es la amenazada? ¿La aristocrática señorita ó la moza plebeya? ¿Qué género de riesgo amenaza á la una ó la otra? Confieso que aún no lo adivino. Pero en todo caso, tal vez habrá usted raciocinado así: «Este Damián, este cojitranco de los demonios ha osado ya provocar mi furor, y puede ser obstáculo á la ejecución de mis planes; conviene, pues, por ambos motivos vencerle con el miedo ó inutilizarle con algún daño.» ¿Digo bien? ¿He puesto el dedo en la llaga? De fijo que sí; lo juraría, según lo que aprieta usted los dientes. Pues ha echado usted sus cuentas sin la huéspeda. Quizá en otra ocasión, por el afán de conseguir la honra con que usted

se digna brindarme, hubiera acallado los escrúpulos de una conciencia pusilánime y ruin; pero hoy que veo amenazado al desvalido por aleve opresor, ya que arriesgue mi vida, quiero arriesgarla con provecho. Usted, sin duda, puede atentar á ella, dejándose de vanas formalidades; y por si tal designio llegase usted á concebir, leal y caritativamente debo advertirle que mire bien lo que hace, que procure acabarme de un solo golpe, de uno solo; porque si alguna vida me queda, aunque no sea más que un poco de vida, con ese poco me ha de bastar para arrancarle á usted el corazón y cumplir mi antojo de ver qué hechura tiene un corazón tan execrable.

QUIROGA.

Á los insultos de usted ¡villano! sólo puedo yo dar una contestación: ésta.

Ciego de ira, levantando la mano para dar á Damián una bofetada.

DAMIÁN.

Pues esa contestación ¡canalla! no se me da á mí.

Sujetando á Quiroga el brazo con una mano.

QUIROGA.

¡Oh, suelte usted!

Como fuera de sí.

DAMIÁN.

Ya que otra cosa no, debo á la Naturaleza nervios capaces de hacerle á usted polvo los huesos.

Oprimiéndole fuertemente el brazo y soltándole después con violencia.

QUIROGA.

¡Va usted á morir!

Retirándose. Toma de encima de la mesa el bastón, y desnuda el estoque para acometer con él á Damián.

DAMIÁN.

¿Cuál de los dos?

Cogiendo una silla y levantándola en el aire.

ESCENA XIX.

DICHOS, DON LORENZO, y después EL CONDE y JUANITO.

Don Lorenzo entra por la segunda puerta de la izquierda con dos lios de dinero en la mano.

DON LORENZO.

¡Oh! (Dando un grito al ver á Quiroga y Damián.) ¡Damián! ¡Quiroga!

Dejando el dinero en una mesa y acercándose á ellos.

EL CONDE.

¡Ya se armó!

Entrando por la segunda puerta de la derecha.

JUANITO.

¡Jesucristo!

Entrando por la misma puerta.

DON LORENZO.

¡Quiroga, por Dios!

Acercándose á él.

QUIROGA.

¡Ese hombre ha osado ultrajarme horriblemente! ¡Ese hombre ha puesto en olvido que yo soy un caballero y él un criado infame!

DAMIÁN.

¡Terrible calamidad que en una sastrería se pueda hacer un caballero!

QUIROGA.

Señor don Lorenzo, todavía estoy en su casa de usted; castigue la insolencia de ese criado, ó después de matarle á él tendré que pedirle á usted cumplida satisfacción de la injuria.

DON LORENZO.

Dice bien el señor Quiroga. Damián; en mi casa.....

Yendo hacia él.

DAMIÁN.

En su casa de usted no respetaré ni á usted mismo, si llega su avilantez al extremo de aparentar enojo contra quien le defiende, por halagar á quien ha querido corromper á su hija.

QUIROGA.

Prohíbale usted decir una sola palabra más: prohíbaselo usted.

DON LORENZO.

¡Silencio, Damián! Yo sé quién es este caballero y.....

DAMIÁN.

Usted sabe y dice que es un pícaro redomado.

DON LORENZO.

¿Yo?

EL CONDE.

¡Qué insolencia!

JUANITO.

¡Qué hombre!

DAMIÁN.

Y también el señor Conde, y también este caballerito le tienen á usted por un tunante.

JUANITO Y EL CONDE.

¿Yo?

QUIROGA.

Si estos caballeros han dicho eso de mí, no me lo negarán cara á cara.

EL CONDE.

¿Puede usted creer?.....

Yendo hacia él lleno de espanto.

JUANITO.

Trata de enzarzarnos para sacar el ascua con mano ajena.

Yendo también hacia Quiroga con los brazos abiertos y muy compungido.

DON LORENZO.

Está delirando. ¿No lo conoce usted?

Acercándose también á Quiroga lleno de ansiedad.

DAMIÁN.

Desenójenle ustedes; humíllense ustedes. Dicen algunos que primero fué mono el hombre, y dicen bien, porque se ve que el hombre vuelve ahora á ser mono.

EL CONDE.

Estamos en su casa de usted, don Lorenzo.

Enérgicamente.

JUANITO.

Lo mismo que dijo á usted antes Quiroga le decimos nosotros.

QUIROGA.

Yo le castigaré.

Queriendo ir hacia Damián. El Conde y Juanito le detienen.

DON LORENZO.

Váyase usted, Damián. Salga usted de mi casa.

DAMIÁN.

No ha echado usted al otro; echarme á mí es hacerme justicia. Pero sépalo usted: ese hombre medita una infamia.

QUIROGA.

¿Lo ve usted? ¡Quiere que le asesine!

Queriendo arrojarse sobre Damián. Don Lorenzo, el Conde y Juanito le detienen.

DON LORENZO.

Déjele usted.

EL CONDE.

No le haga usted caso.

JUANITO.

Despréciele usted como yo.

DAMIÁN.

¡Una infamia! Quizá contra la hija de aquel anciano desvalido, quizá contra su hija de usted. ¡Ay de la una ó de la otra!

QUIROGA.

Suéltenme ustedes y acabaré con él; si no—véanlo ustedes—me va á matar á mí el coraje.

Trémulo y ahogado por la ira.

DON LORENZO.

Cálmese usted, amigo mío. (Con la mayor solicitud.) ¡Salga usted al momento!

Furioso, á Damián.

EL CONDE.

¡Tiene usted los ojos inyectados de sangre. (Observándole con ansiedad.) ¡Fuera de aquí!

Muy irritado, á Damián.

JUANITO.

¡Le arde á usted la frente! (Tocándosela.) ¡Salga usted, asesino!

Á Damián con vehemencia.

DON LORENZO.

Siéntese usted.

Acercando apresuradamente una silla y haciendo que Quiroga se siente.

EL CONDE.

Recline usted en mí la cabeza.

Hincando una rodilla en el suelo y haciendo que Quiroga recline la cabeza en uno de sus hombros.

JUANITO.

¡Quieto, por piedad!

Sujetándole con la mano izquierda para que no se levante. Con la derecha saca del bolsillo del pecho un abanico y hace aire con él á Quiroga.

DAMIÁN.

¡Señor, para el desdichado que va ciego á la culpa, toda tu infinita misericordia! ¡Toda tu infinita justicia para el vil que se prostituye por miedo! No tienen cielo y tierra enemigo mayor que la cobardía. (Da un paso hacia el foro y se detiene) ¡He ahí los hombres de bien á los pies del malvado!

Señalando al grupo que forman Quiroga y los otros tres personajes. Encamínase precipitadamente hacia la segunda puerta de la derecha.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un jardín. Á la izquierda un ángulo saliente de la casa de D. Lorenzo: en la fachada que mira á la derecha, puerta de salida al jardín, al cual se baja por una escalera de piedra de cuatro ó cinco escalones con barandilla; á cada lado de esta puerta, una ventana, y otras tres correspondientes al piso principal: en la parte de fachada que da vista al público, una ventana alta y otra baja, la cual se abre á su tiempo dejando ver una habitación, en que habrá una mesita arrimada á la ventana y otros muebles. Á la derecha, un banco de jardín al pie de un árbol. En el foro, una verja que da salida al campo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ADELAIDA.

¡No sé qué hago! ¡No sé qué es de mí! ¡Cuánto pensar! ¡Cuánto padecer! ¡Qué horrible campo de batalla esta cabeza! Mi corazón, ¡qué infierno! (Breve pausa.) Se va. ¿Solo? ¿Con Andrea? ¡Todo menos que se vaya con esa mujer! Ni solo quiero que se vaya. Qué, ¿no hay en el mundo más mujeres que Andrea? ¿Conque le amo? La duda es singular. ¿Conque estoy celosa? Tal vez. ¿Habrá sentido nunca nadie celos como los míos? Y amar á quien nos odia y ultraja, ¿qué es? Una locura como todas. Más locura que todas. Conozco mucha gente que llora con motivo ó sin él. ¡Felices los que llorando se desahogan! Yo creo á veces que al fin suben lágrimas á mis ojos; pero mis ojos se resisten á echarlas fuera, y vuelven cual plomo derretido á devorarme las entrañas. Yo,

aunque padezca horriblemente....., yo no puedo llorar. Hoy menos que nunca. El llanto es un consuelo, y no le hay para un dolor sin esperanza. La desesperación no llora. Me reiré por hacer algo. ¡Si por hacer algo me pudiese morir! ¡No! ¡Tampoco! El suplicio es tremendo. Pero no, nada: este cuerpo mezquino, todavía de pie; esta máquina deleznable, entera todavía.

Déjase caer en el banco. Pausa. Damián, al otro lado de la verja, mira atentamente hacia donde está Adelaida, permaneciendo un rato indeciso.

ESCENA II.

ADELAIDA y DAMIÁN.

DAMIÁN.

Adelaida.

Llamándola sin esforzar mucho la voz.

ADELAIDA.

¡Damián! (Levantándose sobresaltada.) ¿Quién?

DAMIÁN.

Yo; Damián.

ADELAIDA.

¡Ah!

Reponiéndose.

DAMIÁN.

Señorita, una palabra por favor.

ADELAIDA.

Entre usted.

Abriendo la verja.

DAMIÁN.

¿Usted aquí á estas horas? (Entrando.) ¿Lo sabe su padre de usted?

ADELAIDA.

Tiempo há que mi padre me dejó encerrada en mi habitación, guardándose la llave.

DAMIÁN.

Entonces, ¿cómo la hallo á usted en este lugar?

ADELAIDA.

Las señoritas que nos hemos educado á la inglesa contamos con audacia y agilidad bastantes para más ardua empresa que la de salir de un aposento, aunque esté cerrado, si en el aposento hay un balcón, y junto á él una parra levantada sobre armazón de hierro y madera.

DAMIÁN.

¿Y á qué ha sido abandonar usted su habitación de ese modo? No me niegue usted el derecho de preguntárselo.

ADELAIDA.

¿Á qué? ¿Lo sé yo por ventura? No quería estar encerrada..... Quería ver qué hace ese hombre..... si con efecto se va....., si con efecto se va solo. ¿Y usted? Imaginaba que ya estaría usted muy lejos de aquí.

DAMIÁN.

Mal me conoce usted, Adelaida. Él se ha de ir antes que yo. No han permitido Andrea y su padre que los deje un momento solos en todo el día ni en toda la noche, hasta que poco hace me he venido á contemplar los muros de esta casa, como si por ellos quisiera adivinar las intenciones de Quiroga. ¿Las ignora usted completamente? ¿No las presume usted siquiera? Respóndame usted.

ADELAIDA.

Las ignoro; no las presumo. Tiemblo, sin embargo. El alma con misteriosa voz me grita que debo temblar.

DAMIÁN.

Quizá usted más que nadie.

ADELAIDA.

¿Por qué?

DAMIÁN.

Si usted me permitiese hablarla cual si fuera su amigo.....

ADELAIDA.

Perdóneme usted, Damián, que siempre le haya tratado con injusticia. Quien no está satisfecho de sí, ¿de quién lo estará? Perdóneme usted, y sienta yo alguna vez entre las mías la mano de un hombre noble y generoso.

Estrechándole la mano.

DAMIÁN.

¿Noble....., generoso? No tal. La sangre algo caliente....., los nervios algo levantiscos....., y hé aquí mi generosidad y nobleza. Pero acepto la honra de figurarme por esta sola noche que soy su amigo, su hermano de usted. Adelaida, ¿ama usted aún á Quiroga?

ADELAIDA.

Verá usted qué amiga, verá usted qué hermana tiene usted tan despreciable y tan odiosa. No le quiero aún; le quiero más.

DAMIÁN.

¿Está usted segura de lo que dice? ¿Es usted capaz de amar á un hombre casado?

ADELAIDA.

¡Casado! ¿Quién?

Con profunda extrañeza.

DAMIÁN.

¿No lo sabe usted todavía? ¿No lo sabe usted por su padre?

ADELAIDA.

Mi padre, lleno de turbación y angustia, me ha repetido muchas veces que ese hombre no podía casarse. (Hablando rápidamente con viva agitación.) Creí que aludía á su falta de creencias, á su impiedad. ¿Dice usted que es casado? Damián, ¿dice usted eso?

DAMIÁN.

¡Adelaida! (Con espanto.) Domine usted su agitación.

ADELAIDA.

No dice usted eso, ¿verdad? ¡Esta noche me asaltan de pronto unos delirios!

DAMIÁN.

Se casó en América, y allí abandonó á su mujer.

ADELAIDA.

Pero—¡Dios me valga!—¿Es casado ese hombre? (Con arrebato de indignación y augustia.) ¡Casado! ¿Conque aún podía yo ser más desventurada? ¿Conque no hay desdicha que, por grande que sea, no pueda ser todavía más grande? ¡Casado! Y si uno llega á odiar la vida, y da la vida en no acabarse, ¿qué remedio? Cuando la carga es insufrible, bien hace el que la arroja.

DAMIÁN.

Ahora, Adelaida, ahora empieza usted á delirar.

ADELAIDA.

Si voy creyendo que tiene razón ese malvado al asegurarme que el cielo está vacío. Alienta aún ese malvado. ¿Cómo ha de haber nada allá arriba?

DAMIÁN.

¿Dudará usted de Dios?

ADELAIDA.

Pues amando á Quiroga, ¿de qué no quiere usted que yo dude? Vamos á ver, ¿de qué?

DAMIÁN.

Arranque usted ese ponzoñoso amor de su pecho.

ADELAIDA.

Creo en la fatalidad; en la fatalidad solamente.

Quédase como abstraída en austera cavilación.

DAMIÁN.

Se castiga al ladrón que roba dinero, y se deja en paz al ladrón que arrebata á un alma la fe.

ADELAIDA.

Dicen que soy hermosa (Como hablando consigo mismo.); dicen que no hay mujer más elegante que yo; en París me toman por francesa; por inglesa, en Londres; por italiana, en Roma; el más hábil y alentado jinete muy rara vez conseguirá dejarme atrás en la carrera; si toco el piano, causo entusiasmo verdadero; conozco libros de todas épocas y naciones; mi dote puede dar envidia á la hija de un príncipe. ¿Cómo no habían de admirarme, cómo no me habían de amar los hombres? Muchos me amaron. Á ninguno amé yo. El que no me parecía niño, parecíame viejo; desdeñaba al humilde, irritábame contra el poderoso; amante grave y circunspecto ó vehemente y volcánico, por igual me hacían reir. Mi burla, más que el activo encono de sus adversarios políticos, fué parte á desacreditar y hundir á un hombre de mérito que tuvo en la cumbre del poder la flaqueza de aspirar á mi mano. Quísome un pintor que amenazaba robar laureles á Murillo, y heló mi burla primero su inspiración, después la sangre de sus venas. Me afligió unos días su muerte; fué luego pábulo á mi orgullo. Las muchachas amigas mías, empleadas constantemente en fútiles devaneos, me contemplaban con asombro; yo á ellas con lástima. Todo el mundo me llamó la

niña de piedra. Acabóse en mí de este modo esa edad de las ilusiones que se cree dulce y halagüeña; llegué á la edad de la fría razón; cumplí veinticinco años sin que mi corazón hubiese dado un latido sólo de amor..... Pues mire usted para quién se guardaba el insensato. (Impetuosamente con amarga ironía.) Para ese hombre se guardaba: para quien había de cubrirle de luto y de vergüenza. Desprecio al más rico, al más ilustre, al más hidalgo y bueno; detesto á quien me adora, y—véalo usted—al único digno de implacable odio y desprecio, á ese amo; adoro á quien, al solicitar mi cariño no siendo libre, me hace la injuria más atroz que nunca pudo hacerse á una mujer honrada. Si esto no es fatalidad, ¿qué es? Dígalo usted, Damián. Quiero saber qué es esto. ¡Oh! Sí, no hay duda; por fin logro llorar. (Pasándose una mano por los ojos.) Llanto de fuego; pero llanto. ¡Ay Damián, qué desdichada soy!

Rompiendo á llorar con la mayor angustia y apoyando la cabeza en un hombro de Damián.

DAMIÁN.

Sí, muy desdichada. ¿Fatalidad? No. Fruto de la soberbia es la desgracia y la ignominia que usted llora. De la soberbia, Adelaida, que parece que le hace á uno subir, por el afán y las angustias con que le hace bajar. La humildad al revés: con ella parece que bajamos cuando vamos subiendo. Sea usted humilde, y podrá salir del abismo en que se ve ahora hundida; soberbia, todavía puede usted hundirse más en el lodo. Una grande ignominia origínase fácilmente de una gran vanidad.

ADELAIDA.

Ya es tarde: ya no hay salvación para mí.

DAMIÁN.

Quiso Dios que para volver á él no fuese nunca tarde. El momento que basta á que en las tinieblas de una vida entera se haga la luz, ¿con qué reloj podrá medirse? Únicamente con el reloj de la Infinita Misericordia. Usted pone ahora el pie en el mundo; su culpa tiene fácil remedio. ¡Vuelva usted en sí! Por la memoria de su madre.

ADELAIDA.

¡Mi madre! No la conocí apenas. ¡Oh, si ella me hubiera vivido!..... Mi padre me confió á manos mercenarias.

DAMIÁN.

¿Y por qué? Porque anhelaba que su hija recibiese la más brillante educación.

ADELAIDA.

Me abandonó para hacer viajes de años enteros.

DAMIÁN.

Porque á toda costa quería aumentar los bienes de su hija.

ADELAIDA.

No puso dique á mis malos instintos; no corrigió mis faltas.

DAMIÁN.

¡Porque era usted su única hija y la amaba con frenesí!

ADELAIDA.

Conocía á ese inicuo y le trajo á mi lado.

DAMIÁN.

¡Adelaida! El padre es el que ha de juzgar á su hijo, y no el hijo á su padre. (Con severidad y enojo.) Adelaida, no sea usted mala hija, por Dios.

Con ternura, llorando.

ADELAIDA.

¡Pero si le amo, Damián, si le amo! ¡Si es muy cruel mi desventura! ¡Si no hay consuelo para mí!

Rompiendo otra vez á llorar.

DAMIÁN.

¿Cómo ha de haberlo, cómo? Se aleja usted de Dios, y no tiene el dolor otro compañero. Y si Quiroga intentase arrastrarla á mayor oprobio, ¿quién la defendería á usted de sí misma? ¿Quién refrenaría los villanos impulsos de un pecho descreído?

ADELAIDA.

Yo sola me basto á salvar mi honra. No nací yo para manceba.

Enérgicamente.

DAMIÁN.

¡Insensata! La mujer impía, ¿para qué más puede haber nacido?

ADELAIDA.

¡Silencio!

Mirando hacia la ventana baja de la parte de fachada que da frente al público.

DAMIÁN.

Venga usted.

Llevándosela hacia la derecha. Ábrese la ventana antes indicada, y Quiroga se asoma ella.

ESCENA III.

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.

Calma completa. (Retírase de la ventana.) Bien: ya es hora; partamos. (Hablando con persona que se supone estar á la izquierda de la habitación y que no puede ser vista por la ventana.) Salga usted con el coche. Nos encontraremos allí.

Quiroga, tarareando una canción, se guarda en los bolsillos algunos objetos, se pone el sombrero, toma la luz que habrá encima de la mesita arrimada á la ventana y desaparece por la izquierda.

DAMIÁN.

Se van. No sé qué experimento.

ADELAIDA.

¡Se va! Se va cantando..... ¡No se ha de ir así, por mi vida! ¡Leandro!

Gritando.

DAMIÁN.

¿Qué hace usted?

QUIROGA.

¿Eh? ¡Esa voz!

Volviendo. Vase por la derecha.

ADELAIDA.

Quiero dar mi último adiós al amigo que parte.

DAMIÁN.

¡Imposible!

ADELAIDA.

¿Qué teme usted? (Con altivez.) Óiganos si le place. (Óyese abrir la puerta de la casa.) Ahí está.

DAMIÁN.

¡La oiré á usted, criatura infeliz!

Con tono de amenaza y reconvención. Vase por la derecha.

ESCENA IV.

ADELAIDA y QUIROGA.

QUIROGA.

¡Adelaida!

ADELAIDA.

No era justo que sin despedirnos te fueras. Y, ¿adónde vas? ¿Quizá en busca de tu mujer?

QUIROGA.

¿Ya te lo han dicho? (Con ira.) Enhorabuena. (Conteniéndose.) Siendo casado, te vi y no pude menos de amarte. Ahí tienes la explicación de mi conducta. Ahí tienes mi culpa y mi castigo.

ADELAIDA.

¡Tu vileza increíble!

QUIROGA.

Decidido estoy á partir y á que jamás vuelvas á verme. Pero este sacrificio sería tal vez superior á mis fuerzas, á tropezar, yendo á cumplirlo, con señales de ser amado todavía.

ADELAIDA.

Te oigo, y me parece estar soñando. Obra parece de una pesadilla tu impudente maldad.

QUIROGA.

La cólera suele ser indicio de amor. Si me insultas, creeré que me amas; si me amas, no tendré valor para separarme de ti. Adiós.

ADELAIDA.

Adiós. (Quiroga da algunos pasos hacia el foro.) Pero te has de ir tranquilo y gozoso, quedándome yo con el alma llena de vergüenza y remordimientos, de angustia y

coraje. Vete, sí, pero antes de que te vayas ¿no te podría yo castigar?

QUIROGA.

Aún es tiempo.

ADELAIDA.

¿De castigarte?

QUIROGA.

De que tú y yo cumplamos nuestro destino.

ADELAIDA.

¿Cuál es nuestro destino?

QUIROGA.

Amarnos.

Con vehemencia, asiéndole una mano. Damián se deja ver lleno de ansiedad y como resuelto á lanzarse entre Quiroga y Adelaida.

ADELAIDA.

¿Amarte yo?

QUIROGA.

Sí, ven; huyamos, Adelaida.

ADELAIDA.

¡Suelta! (Desprendiéndose violentamente de Quiroga.) ¡Huir contigo! ¡Si tanta audacia mete miedo! ¿Hasta ahí crees que puede llegar mi infamia? Haces bien: mujer que fué capaz de amarte, debe á tus ojos ser capaz de todo lo malo.

QUIROGA.

Llorarás haber desdeñado mi amor.

ADELAIDA.

¡Ojalá que fuese verdad que me amas! Si tú me amases, entonces sí que te aborrecería yo. Vete.

QUIROGA.

Me voy; sí; pero no me voy solo.

ADELAIDA.

¡Eh! ¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Con viva agitación.

QUIROGA.

Á fe que no contaba con el gozo de ser testigo de tu desesperación. Me daba por satisfecho con el gozo de imaginármela.

ADELAIDA.

¿Que no te vas solo? ¿Con quién te vas?

QUIROGA.

¿Á qué me lo preguntas? Harto lo adivinan tus celos.

ADELAIDA.

¿Celosa yo de ti? No me digas que estoy celosa.

QUIROGA.

Tú lo has querido. Sufre las consecuencias de tu insensata cobardía.

ADELAIDA.

Pero ¿con quién te vas?

QUIROGA.

El coche está ya delante de su casa.

ADELAIDA.

Pero ¿dices que te vas con Andrea?

QUIROGA.

Con Andrea.

ADELAIDA.

Mientes.

QUIROGA.

Con Andrea, que me ama; con Andrea, á quien amo yo.

ADELAIDA.

¡Daría mi vida entera por ser hombre un momento!

QUIROGA.

¿Qué harías siendo hombre?

ADELAIDA.

¡Matarte! ¡Abofetearte primero!

QUIROGA.

Así te quería yo ver.

ADELAIDA.

No cumplirás tu atroz designio.

QUIROGA.

¿Quién lo ha de impedir? ¿Tu padre? ¿Sus amigos? Me conocen á mí y conocen al hombre que me acompaña.

ESCENA V.

DICHOS y DAMIÁN.

DAMIÁN.

Dos monstruos mayores rara vez se ven juntos.

QUIROGA.

¿No se ha ido usted? ¡Maldito empeño de morir á mis manos!

Va hacia el foro.

ADELAIDA.

Aguarda.

Deteniéndole.

QUIROGA.

¡No más! ¡Déjame!

La aparta con violencia de sí y vase precipitadamente por el foro.

ESCENA VI.

ADELAIDA y DAMIÁN.

ADELAIDA.

¡Se va! ¡Se va con ella!

En el colmo de la desesperación.

DAMIÁN.

¡Don Lorenzo! ¡Don Lorenzo! (Á voz en grito, llamándole.) ¡Llame usted á su padre!

ADELAIDA.

¡Padre! (Queriendo gritar y no pudiendo.) ¡Padre! Se me anuda en la garganta la voz. ¡Padre! (Haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma y gritando desaforadamente.) ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!

DAMIÁN.

Que vayan corriendo.

Va hacia el foro

ADELAIDA.

Y usted, ¿adónde va?

Corriendo tras él y deteniéndo e.

DAMIÁN.

¿Adónde he de ir? Adonde se intenta cometer un horrendo crimen. Adonde Dios quiere que vaya.

Procurando desasirse de Adelaida.

ADELAIDA.

¿Y qué será de usted?

DAMIÁN.

Esa es cuenta de Dios.

ADELAIDA.

¡Le matarán á usted!

DAMIÁN.

Que me maten. ¡No importa!

Logrando desasirse de Adelaida.

ADELAIDA.

¡Damián!

DAMIÁN.

La conciencia vale más que la vida.

Vase por el foro.

ESCENA VII.

ADELAIDA, D. LORENZO, EL CONDE y JUANITO.

ADELAIDA.

¡Padre! ¡Padre!

Volviendo al proscenio y gritando como loca. Abrese la ventana del centro del piso principal de la casa, y por ella asoma la cabeza D. Lorenzo.

DON LORENZO.

¡Adelaida! (Con susto.) ¿Tú ahí?

ADELAIDA.

¡Pronto! Baje usted.

DON LORENZO.

¡Y yo de centinela toda la noche á la puerta de tu habitación!

Con zozobra y enojo. Abrese la ventana de la derecha.

ADELAIDA.

¡Baje usted al momento!

Don Lorenzo desaparece.

EL CONDE.

¿Quién grita?

Asomando la cabeza por la ventana de la derecha. Abrese la ventana de izquierda.

ADELAIDA.

¡Van á matar á Damián!

JUANITO.

¡Ea, otro susto!

Asomando la cabeza por la ventana de la izquierda, tapándose la boca con un pañuelo.

ADELAIDA.

¡Van á llevarse á Andrea! ¡Bajen ustedes, por piedad!

EL CONDE.

Hay para dar un estallido.

Desaparece de la ventana.

JUANITO.

¡Sea todo por Dios!

Desaparece.

ADELAIDA.

¡Irse con ella! ¡Ni imaginarlo quiero! ¡Padre! ¡Conde! ¡Esquivel! (Gritando.) ¡Lo he de impedir! ¡Á toda costa hay que impedirlo!

EL CONDE.

Al punto voy. (Asomándose á su ventana.) No hallo el sombrero.

ADELAIDA.

Irse con Andrea. No; ¡imposible!

JUANITO.

Ya bajo. (Asomándose á su ventana.) Hace aire. Me estoy poniendo una bufanda.

Desaparece.

ADELAIDA.

¡Irse con ella! ¡Oh! ¡Yo le detendré!

Corre hacia el foro.

DON LORENZO.

¡Adelaida!

Llamándola al salir por la puerta de la casa. Trae una pistola en la mano.

ADELAIDA.

¡Padre! (Viniendo á su lado.) ¡Corra usted! ¡Evite usted una desgracia!

DON LORENZO.

Pero ¿qué hay? ¡Habla!

ADELAIDA.

¿No lo he dicho ya? Quiroga..... Ese hombre que ha de partir con él..... Andrea.....

EL CONDE.

Aquí nos tiene usted.

Saliendo por la puerta de la casa con una pistola en la mano.

JUANITO.

¡Me ha dado un tiritón!

Saliendo por la puerta de la casa con un revólver en la mano.

ADELAIDA.

Quière robarla, y matar á su padre, y matar á Damián.

DON LORENZO.

¡Qué hombre, Dios eterno, qué hombre!

EL CONDE.

¡No hay quien pueda con él!

JUANITO.

Es un aborto del infierno.

ADELAIDA.

Vayan ustedes á impedirlo.

DON LORENZO.

Sí, ya vamos.

EL CONDE.

Al instante.

JUANITO.

Corriendo.

DON LORENZO.

Pero no te quedes tú sola aquí. Luego sabré cómo has salido de tu cuarto.

ADELAIDA.

Yo iré con ustedes.

DON LORENZO.

De ninguna manera. Entra en casa.

ADELAIDA.

¡Llegarán tarde!

DON LORENZO.

Tú nos detienes. Entra.

Llevándola hacia la puerta de la casa.

ADELAIDA.

¡Qué insufrible agonía!

Entra en la casa, y un momento después en la habitación en que antes se vió á Quiroga. Queda de pie apoyada con una mano en la mesita que hay delante de la ventana.

DON LORENZO.

¡En buenos tiempos le ha tocado á uno vivir!

Paseándose por el escenario.

EL CONDE.

¡Volvemos al estado de la barbarie!

Paseándose también.

JUANITO.

¡Ahí se ve lo que es un hombre sin religión!

Lo mismo.

ADELAIDA.

¡No se van!

DON LORENZO.

Y que ese Lucifer intentaba algo contra la chica, ya me lo figuraba yo.

EL CONDE.

¡Y yo!

JUANITO.

¡Y yo!

ADELAIDA.

¡No se van!

DON LORENZO.

Por eso estaba alerta.

EL CONDE.

Yo me había echado vestido.

JUANITO.

Yo estaba rezando.

Oyense á lo lejos gritos de ira y angustia.

DON LORENZO.

¿No oyen ustedes?

Lleno de temor.

JUANITO.

¡Qué horror!

Con acento acrimoso.

EL CONDE.

¡Cómo gritan!

ADELAIDA.

¡Y el cielo calla!

DON LORENZO.

Señores: se está cometiendo un crimen. (Como queriendo sacar fuerzas de flaqueza.) Nosotros debemos hacer algo.

EL CONDE.

Sí, señor; la obligación de una persona bien nacida.....

JUANITO.

La caridad exige á veces que uno.....

DON LORENZO.

Pues, ea, vamos.

EL CONDE.

Guíe usted.

A D. Lorenzo, empujándole.

JUANITO.

Ande usted.

Fingiendo impaciencia y empujando al Conde para que vaya delante. Al llegar los tres á la verja del foro óyese dentro un tiro, y los tres vuelven rápidamente al proscenio. Siguen oyéndose gritos á lo lejos.

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO y ADELAIDA.

¡Oh!

Dando un grito.

DON LORENZO.

¡Se están matando!

EL CONDE.

¡Sabe Dios si ya habrá muerto alguno!

JUANITO.

¡Vamos, yo no puedo ver estas cosas!

Muy acongojado.

ADELAIDA.

Las fuerzas se me acaban.

Dejándose caer en una silla y apoyando la cabeza en la mesa.

DON LORENZO.

¡Tiemblo por Damián! ¡Son dos contra él!

EL CONDE.

¡Y qué dos!

JUANITO.

¡Quiroga! ¡Un ateo!

DON LORENZO.

¡Y el otro!

EL CONDE.

¡El otro! ¡Un bárbaro que ha matado á su madre y á su mujer!

JUANITO.

¿Y qué habíamos de hacer nosotros contra ese par de fieras?

DON LORENZO.

¡Capaces serían de acabar también con nosotros!

EL CONDE.

¡Mis pobres hijos!

JUANITO.

¡Mi pobre mamá!

DON LORENZO.

¡Adelaida no tiene á nadie más que á mí en el mundo!

EL CONDE.

¡Yo soy un padre de familia!

JUANITO.

¡Yo soy un hijo de familia!

DON LORENZO.

¡Yo soy un hombre de bien, y los hombres de bien!.....

EL CONDE.

¡Los hombres de bien no debemos cometer imprudencias!

JUANITO.

¡Los hombres de bien no debemos hacer locuras!

DON LORENZO.

Pero ¡qué iniquidad la de esos impíos!

EL CONDE.

¡Si parece mentira que haya gente con tan mal corazón!

JUANITO.

¡Ya las pagarán todas juntas en la otra vida!

DON LORENZO.

¡Caiga la maldición de Dios!

Damián entra por la verja del foro andando trabajosamente, aunque de prisa, con el brazo izquierdo sin movimiento y caído á lo largo.

ESCENA VIII.

DICHOS y DAMIÁN.

DAMIÁN.

No caiga sobre usted.....

DON LORENZO

Yendo hacia él.

¡Damián!

ADELAIDA.

Levantándose de pronto.

¡Damián!

DAMIÁN.

Dando señales de no poderse tener en pie.

No caiga sobre usted si vuela á defender la vida de un padre y la honra de una doncella. ¡Oh!

DON LORENZO.

¡Sangre!

Sosteniéndole.

EL CONDE y JUANITO.

¡Sangre!

Acercándose á Damián. Don Lorenzo, el Conde y Juanito, vueltos de espalda á la casa, conducen á Damián al banco que hay á la derecha y le sientan en él.

ADELAIDA.

¡El cielo no me quiere ayudar! ¡Ayúdeme el infierno!

Desaparece de la ventana.

DON LORENZO.

¿Qué tiene usted?

EL CONDE.

¿Está usted herido?

DAMIÁN.

En un hombro..... No es nada. Ese anciano....., esa niña....., esos inicuos.....

Adelaida sale de la casa, y sin ser vista, vase corriendo por la verja del foro.

ESCENA IX.

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO y DAMIÁN.

DON LORENZO.

Venga usted adentro.

EL CONDE.

Sí.

JUANITO.

Usted necesita.....

DAMIAN.

¡Yo no! ¡Ellos! ¡Ellos! Pueden ustedes llegar á tiempo todavía. Andrea es valiente. No la separarán de su padre si no la hacen pedazos. Pero ¿todavía están ustedes aquí?

DON LORENZO.

Mire usted, Damián, lo mejor será que nos cuidemos de usted.

DAMIÁN.

Dejándose caer del banco al suelo y poniéndose de rodillas.

¿No he dicho ya que de mí no? ¡Por caridad! ¡Por las entrañas de María! ¡Por la sangre del Redentor! Sálvelos usted, don Lorenzo. ¡Míreme usted á sus pies! ¡Se lo ruego llorando!

DON LORENZO.

Turbado.

Nosotros íbamos ya á salir cuando usted.....

EL CONDE.

Sí, señor; pensábamos haber ido allá.....

JUANITO.

¿Qué más quería usted que hiciésemos?

DAMIÁN.

¡Intentan robar una hija á su padre! ¿No lo ha oído usted? ¡Y usted es padre! ¡Usted tiene una hija!

DON LORENZO.

¡Logrará usted que su herida se haga incurable!

DAMIÁN.

Habiendo en el mundo hombres como aquéllos y como ustedes, ¿qué mejor cosa le puede á uno suceder que morirse?

EL CONDE.

. Pero—¡qué diablos!—si con ir allá nosotros nada se había de remediar.

JUANITO.

Y—¡qué demonio!—considere usted que nadie está obligado á exponer temerariamente su vida.

DON LORENZO.

Si Quiroga se quiere llevar á la muchacha, no es mía la culpa, y....., en fin, con tal de que ese condenado nos deje en paz, que se la lleve enhorabuena.

DAMIÁN.

¡Canalla! ¿Qué osa usted decir? ¡Canalla! ¿Y no tengo aliento para ahogarle á usted entre mis manos? He visto á los otros amenazar con puñales á un viejo impedido y forcejear con una débil niña. Pues usted me causa más espanto. Usted me parece más infame.

EL CONDE.

Han cesado los gritos.

JUANITO.

Va hacia el foro y se asoma á la verja.

Sí; nada se oye.

DAMIÁN.

¡Horrible silencio!

DON LORENZO.

¿Se habrán marchado ya?

JUANITO.

Miren ustedes, miren ustedes; por allí va el coche que vuela.

El Conde va hacia el foro.

DAMIÁN.

¡Andrea! (Como llamándola desesperado.) ¡Infeliz! ¡Los gavilanes se llevan á la paloma!

Llorando.

DON LORENZO.

¡Qué vuelco me ha dado el corazón!

DAMIÁN.

¡Ya está consumado el delito! Sobre usted, don Lorenzo, sobre usted la maldición de Dios!

DON LORENZO.

Como sobrecogido de espanto.

¡Damián!

ANDREA.

Gritando dentro desde lejos, de modo que sus palabras no lleguen claras á la escena.

¡Socorro! ¡Don Lorenzo, socorro!

DON LORENZO.

Yendo hacia el foro.

Gritan de nuevo.

EL CONDE.

Sí.

JUANITO.

Y parece que se van acercando los gritos.

ANDREA.

¡Socorro! ¡Socorro! ¡Don Lorenzo!

DAMIÁN.

¿Me engañan mis oídos? ¡No! (Con arrebato de alegría) ¡Es Andrea!

DON LORENZO.

¿Andrea?

ANDREA.

¡Socorro! ¡Socorro!

DAMIÁN.

¡Sí! ¡Cielo divino, ella es!

DON LORENZO.

Con desabrimiento á Damián, viniendo hacia él y como alegrándose de hallar disculpa para sí mismo.

Pues ya ve usted que no la han robado, ni.....

EL CONDE.

Volviendo al proscenio.

Bien me figuraba yo que eso de robar á una mujer no queriendo ella.....

JUANITO.

Volviéndose al proscenio también.

¡Toma! ¿Por qué no me he dado yo más prisa á.....

DAMIÁN.

¡Jesús mil veces!

Dando un grito, como asaltado repentinamente de una idea espantosa, y poniéndose de pie. Queda agarrado con la mano derecha al árbol que tiene junto á sí.

DON LORENZO.

¡Eh! ¿Qué le pasa ahora?

DAMIÁN.

Con la mayor ansiedad.

¿Y su hija de usted? ¿Dónde está su hija?

DON LORENZO.

¿Dónde ha de estar? ¡En casa!

DAMIÁN.

¡Adelaida! ¡Adelaida! (Llamándola.) Pero ¿está ahí?

DON LORENZO.

¡Oh! ¿Cómo? (Dándose cuenta del recelo de Damián.) ¡Qué idea! ¿Será usted capaz de sospechar?.....

DAMIÁN.

Cada vez con más viva angustia.

Pero ¿está ahí?

DON LORENZO.

Me ha dejado usted sin gota de sangre en las venas. ¡Adelaida! (Llamándola.) ¡Ha perdido el juicio, y quiere que todos le perdamos también!

ANDREA.

Ya desde muy cerca.

¡Socorro, don Lorenzo, socorro!

DON LORENZO.

¡Pide socorro!

DAMIÁN.

¿Para quién?

ANDREA.

Socorro, que se la llevan.

DON LORENZO.

Con terrible estupefacción.

Que se la llevan.....

DAMIÁN.

¿Á quién? (Casi delirante.) ¡Adelaida!

Con voz de trueno.

DON LORENZO.

¡Oh! (Dando un grito espantoso.) ¡Adelaida! ¡Hija! ¡Hija!

Llamándola fuera de sí y dirigiéndose precipitadamente hacia la escalera.

ESCENA ÚLTIMA.

DON LORENZO, DAMIÁN, EL CONDE, JUANITO y ANDREA.

ANDREA.

Entrando por el foro despavorida, con el traje en desorden y el pelo caído.

¡Socorro, don Lorenzo, socorro!

DAMIÁN.

¡Ven aquí!

Llamándola angustiosamente. Andrea se acerca á él.

DON LORENZO.

¡Habla!

Corriendo hacia Andrea.

ANDREA.

Sin poder articular las palabras por el cansancio y las vivas emociones de que está agitada.

¡Sí!..... ¡Ay!..... ¡Me ahogo!..... ¡Me muero!.....

DAMIÁN.

Enérgicamente.

¿Para quién pides socorro?

DON LORENZO.

Di.

ANDREA.

Llegó..... Hablaron..... Se fueron.....

DAMIÁN.

¿Quién se va?

DON LORENZO.

¿Quién?

ANDREA.

Ella..... Ella..... La señorita.....

DON LORENZO.

¡Mi hija! Y vosotros..... ¡Infames! ¿Vosotros no lo habéis impedido? ¡Hija! ¡Hija! (Llamándola como loco.) ¡El cielo me confunda!

Cayendo al suelo sin sentido. El Conde y Juanito se acercan á él como para prestarle auxilio.

DAMIÁN.

¡Justicia de Dios!

ANDREA.

¡Sálvala, Madre mía de los Dolores!

Poniéndose de rodillas y juntando las manos en actitud de súplica.

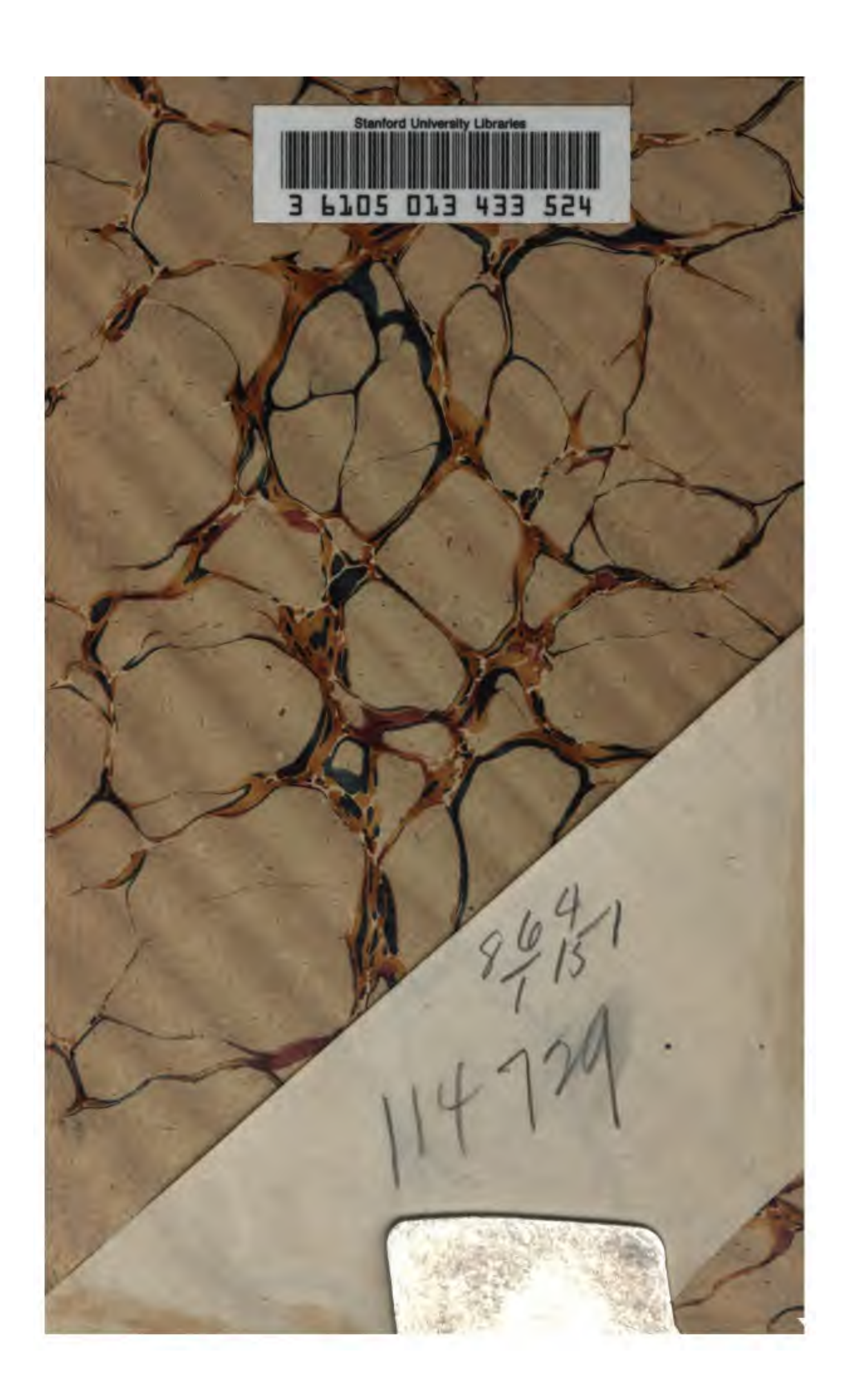
FIN DEL DRAMA.

ÍNDICE.

Páginas.

Del dicho al hecho........................... 5
Más vale maña que fuerza..................... 109
Un drama nuevo............................... 165
No hay mal que por bien no venga............. 287
Los hombres de bien.......................... 391





Stanford University Libraries
3 6105 013 433 524

